

CUENTOS CORTOS



*Cuentos cortos participantes en nuestro
Concurso del Ciclo 2023*

Índice

Presentación del libro	Página 4
Rotary Lomas Este	Página 5
Reseña Gala premiación	Página 6
Pronósticos sin ton ni son	Página 9
Te amo más que al queso	Página 10
La búsqueda del tesoro	Página 11
¡Hola Juan...!	Página 12
El hotel y sus habitantes misteriosos	Página 16
Sueño Entre Los Senderos Del Purgatorio	Página 18
“Los pajaritos ideas”	Página 19
Náuseas	Página 22
La modelo	Página 26
¿Piano o sarcófago?	Página 29
Lazos de amor	Página 30
Soy tu vida	Página 32
Desayuno	Página 36
El libro marcado	Página 38
Extraño Equipaje	Página 39
De estreno	Página 41

Destino mardel	Página 42
Inconsciente colectivo	Página 43
Empatía	Página 45
Descolocadas	Página 46
El maestro y el humano	Página 47
Cuestión de carácter	Página 50
Ama de casa	Página 53
Bruja	Página 54
Por un puño	Página 57
Un día de furia blanca	Página 59
El gran maestro de ajedrez	Página 60
La Revancha	Página 61
Consecuencias de un sabroso puchero de gallina	Página 63
El pasillo	Página 66
Tanti auguri a me	Página 68
El viaje	Página 70
Despedida del editor	Página 167

Estimados lectores,

Nos complace presentarles este libro digital que reúne los cuentos participantes del Concurso de Cuento Corto 2023 organizado por Rotary Club Lomas de Zamora Este. Este certamen, con tema libre, recibió una gran cantidad de obras de gran calidad y diversidad, provenientes de diferentes puntos del país, Latinoamérica y España.

En este libro hemos compilado los cuentos recibidos por su orden de recepción. Después de la premiación compartiremos los cuentos con todos los participantes esperando que nazcan vínculos entre ustedes y con nosotros.

Rotary Club Lomas de Zamora Este

ROTARY CLUB LOMAS ZAMORA ESTE

A lo largo de más de medio siglo, hemos sido testigos de cómo el compromiso y la dedicación pueden marcar la diferencia, no solo a nivel local, sino también nacional e internacional. En Rotary Lomas Este, nos enorgullece decir que cada proyecto que emprendemos es una manifestación de nuestro profundo compromiso con el servicio y el bienestar de los demás.

En la actualidad, nos encontramos inmersos en una serie de proyectos que reflejan nuestro compromiso con diversas áreas de acción:

Medio Ambiente: A través de charlas de educación ambiental y jornadas de recolección de "Botellas de amor", nos esforzamos por concientizar sobre la importancia de cuidar nuestro entorno. Además, participamos activamente en limpiezas en la reserva Santa Catalina, contribuyendo así a la preservación de nuestro ecosistema.

Prevención y Tratamiento de Enfermedades: Nuestro compromiso con la salud se manifiesta en campañas de colecta de sangre para el Hospital Interzonal Luisa C. de Gandulfo de Lomas de Zamora, así como en la fabricación de pelucas para pacientes que sufren de alopecia. También organizamos eventos recaudatorios destinados al Programa Pongamos Fin a la POLIO, con el objetivo de erradicar esta enfermedad para siempre.

Alfabetización y Educación: Creemos firmemente en el poder transformador de la educación. Por ello, apadrinamos alumnos de colegios secundarios, brindándoles el apoyo necesario para su desarrollo académico. Además, reconocemos el esfuerzo de los mejores alumnos y promovemos la capacitación de docentes para abordar las dificultades en el aprendizaje.

Estos son solo algunos ejemplos de los proyectos que llevamos a cabo en Rotary Club Lomas Este. Los invitamos a conocer más sobre nuestro trabajo y nuestras iniciativas a través de nuestra cuenta de Instagram @rotarylomaseste, donde compartimos información actualizada y detalles sobre cómo pueden sumarse a nuestra causa.

En Rotary Lomas Este, estamos comprometidos con hacer del mundo un lugar mejor, y cada uno de ustedes es parte fundamental de ese compromiso. Juntos, seguimos construyendo un futuro más brillante para todos.

RESEÑA DE LA GALA DE PREMIACIÓN

El miércoles 22 de noviembre tuvimos el enorme placer de recibir en nuestra sede a los participantes del Concurso Literario Cuento Corto 2023 para la Gala de Premiación, compartimos con ustedes los resultados de esta tercera edición.

El tema fue libre y recibimos 77 obras de gran calidad y diversidad, que llegaron desde diferentes puntos del país, de Latinoamérica y España entre el 1 y el 30 de septiembre.

En esta oportunidad el jurado estuvo integrado por:

- Ángeles Nagy
- Gabriela Fernández Rosman
- Sabrina Ulicki
- Andrés Marabotto
- Hugo Vento
- Roberto A. Codegoni

Para quienes fue un gran desafío seleccionar a los tres ganadores por lo que, además, se entregaron tres reconocimientos y cinco menciones a obras destacadas por su talento y creatividad:

Premios

Primer premio: "Consecuencias de un sabroso puchero de gallina" de Gustavo Eduardo Green

Segundo premio: "Lazos de amor" de Fabián Kon.

Tercer premio: "Arcoíris nocturno" de Adriana Cosso.

Menciones

"La numerosa" de Ana María Figueira

"Sueño entre los senderos del purgatorio" de Daniel Alberto Coletta

"Ama de casa" de Teresa Elsa Domínguez

"Bruja" de Marisol Massola

"El actor" de Carlos Darío Nogueira

Reconocimientos

"La modelo" de Claudio Mamud

"Un día de furia blanca" de Ricardo Francisco Covelli

"Descolocadas" de Soledad Viviana Fleury

Durante la ceremonia, se otorgaron los diplomas y medallas correspondientes a aquellos que pudieron asistir en persona al Club, mientras que muchos otros se conectaron a través de Zoom. Posteriormente, hemos acercado las medallas a los ganadores que no pudieron asistir personalmente.

Además, tuvimos el privilegio de contar con Ángeles Nagy, miembro del jurado y narradora, quien compartió la lectura del cuento ganador, "Consecuencias de un sabroso puchero de gallina", con todos los presentes.

Para nosotros, la promoción de la cultura en nuestra comunidad es de suma importancia. Es por ello que continuamos apostando por este proyecto, el cual nos brinda la oportunidad de reconocer y premiar el talento de aquellos que se suman a él. Asimismo, buscamos fomentar la participación de un número creciente de autores, animándolos a enviar sus obras. Es importante destacar que todos los cuentos recibidos serán incluidos en un libro digital, el cual será compartido próximamente con todos nuestros seguidores.

Estamos enormemente agradecidos por la amplia participación y esperamos poder contar con su presencia y colaboración en futuras convocatorias.

¡Muchas gracias a todos!

Presentamos al distinguido jurado que hemos tenido el honor de participar en la edición 2023 de nuestro concurso de Cuento Corto:



Ángeles Nagy

Profesora en Letras egresada de la Universidad Católica Argentina y residente en Lomas de Zamora. Actualmente jubilada y dedicada a la narración oral en la Biblioteca Esteban Adrogué, así como en el Hospital Gandulfo y próximamente en el Hospital de Llavallol. Reconocida como Personalidad Cultural destacada por la Municipalidad de Almirante Brown. Personalidad Cultural destacada por la Municipalidad de Almirante Brown.

Roberto Codegoni

Abogado y Escribano jubilado, dos veces presidente del Colegio de Escribanos de Lomas de Zamora. Destacado escritor con 8 libros de cuentos y poesías publicados. Fue presidente de la Academia de Tango de Lomas de Zamora y conductor del programa "Academia de Tango con opinión" en la Radio AM 1380. Ciudadano Ilustre de Lomas de Zamora y Ex presidente de la Institución Cultural y Biblioteca Popular J. M. Gutiérrez.



Gabriela Fernández Rosman

Escritora, guionista audiovisual, periodista y abogada. Ganadora de varios premios literarios, incluyendo el Primer Premio en el I Concurso de Guiones de Webseries y Webnovelas para Pantallas Transmedia. Reconocida por sus obras literarias, como "Por si muero" y "Las palabras de mis silencios".



Andrés Marabotto

Abogado y escritor nacido en Uruguay, con una destacada carrera literaria en Argentina. Ganador de nuestros dos primeros premios en varios certámenes literarios.



Sabrina Ulicki

Nació en Lomas de Zamora, donde vive actualmente luego de pasar 6 años recorriendo el mundo. Ex-estudiante de licenciatura en Ciencias Biológicas en la UBA, actualmente estudiante de licenciatura en artes de la escritura en la UNA. Trabajó en infinidad de rubros que le dieron la experiencia para actualmente desempeñarse como escritora fantasma freelance e instructora de pole dance, mientras utiliza el tiempo libre para entretener sus propios relatos y escribir su primer libro a publicar.

Hugo Bento

Periodista, escritor e historiador reconocido en Lomas de Zamora. Autor de varios libros sobre la historia local y ganador de un Premio Internacional de Literatura. Designado como Vecino Ilustre de Lomas de Zamora y Coordinador del área Literatura Lomas en la Secretaría de Cultura y Educación del Municipio. Su experiencia y conocimiento en la historia contemporánea de la región aportan un valioso criterio al jurado del concurso.



CUENTOS



Pronósticos sin ton ni son

En 2020, año retrechero por donde se le espulgue, este punto no admite discusión, dos pájaros enormes de una especie exótica (del sur lo más seguro) oscurecieron el cielo del pueblo y nos pusieron los pelos de punta a valientes y cobardes por igual.

Cuando los consabidos se cansaron de volar y de despertar toda suerte de comentarios (disparatados la mayoría), se posaron con pachorra sobre la estatua del prócer local y como quien no necesita excusas ni justificaciones para proceder a su aire carraspearon un poco para aclarar la voz y enseguida, convencidos de que la turbación que su presencia concitó en un principio había amainado un tris, se presentaron ante los concurrentes como los artistas de fama mundial Rivera y Siqueiros, respectivamente, reencarnados en criatura superior, se sobrentiende.

Al respecto no hay por qué escamarse ni rasgarse las vestiduras, con tomar las cosas por el lado carnavalesco y estrambótico es suficiente. Se acercaban las fiestas patronales. Además, vale la ocasión para recordar que una persona cuerda y sensata en todo momento no vale gran cosa. Si uno de vez en cuando no abre las compuertas de la fantasía y se deja embrujar por un pajarraco azul pintado de azul o uno verde que te quiero, verde...

Una vez roto el hielo, eso creyeron los condenados, y antes de que su debut provocara réplicas irónicas entre la población, el tal Erre y el tal Ese sacaron de no sé dónde brochas y barnices y se largaron a pintar mamarrachos en las paredes de alcaldía, botica y centro de salud, a firmar un puñado de autógrafos (no faltó el bestia que les siguió el juego) y a cagar lo suyo como buenos pajarracos que son (plastas hediondas del tamaño de un disco olímpico).

Terminada su faena, tres murales coloridos que una bola de zafios como la nuestra no estaba en capacidad de justipreciar debidamente (por eso no provocaron éxtasis de admiración), dijeron adiós para siempre.

Por descontado que su presencia, inmotivada y rocambolesca, suscitó en nuestra comunidad toda suerte de especulaciones agoreras. Galeno y juez de paz vaticinaron que de un momento a otro se desataría, en zonas urbana y rural, una pandemia que no dejaría vivas ni a las moscas. Sacerdote y madre superiora, por su parte, se decantaron por pronosticar Armagedón seguido de juicio final (quien no se arrepienta de sus pecados a tiempo...).

¡Meros aspavientos! Nada de eso ocurrió. Con decirles que aquí ni siquiera Covid19blandió su guadaña como en el resto del globo terráqueo. En dicho año, ni en el siguiente, hubo desgracia grande o chica que lamentar. Ni un piojo estiró la pata.

De allí estribó, creo yo, que hace poco, cuando sendos caimanes gordos, reencarnaciones de Mozart y Beethoven (eso aseguraron los dos luego), aparecieron en la plaza mayor con un piano a cuestas y un propósito firme de estrenar Marcha Turca y Claro de Luna ante concurrencia tan entendida en el tema...

José Aristóbulo Ramírez Barrero
Colombia

Te amo más que al queso

Se acercaba el momento esperado: la boda soñada de Charlotte. La futura novia seguía una dieta muy estricta. Había dejado de consumir chocolate, harinas y queso. Ella quería, de cualquier manera, parecerse a las modelos estereotipadas que veía por televisión. Esa obsesión se veía reflejada en el vestido de organza roja de Prina

Tornai (dos talles menos) que había comprado en Kleinfeld.

Juan Ma, su futuro esposo, amante del queso en todas sus formas y sabores, había sacrificado su gusto por amor a Charlotte. Pero cada vez que pasaba por la quesería el picante aroma de un sardo o el olorcito de un queso azul seducían sus papilas gustativas, y le recordaban lo que había dejado.

Fideos de harina integral, sin queso o pizza con Tofu eran los platos diarios. Se preguntaba si su vida alimenticia sería así hasta que la muerte los separase. La respuesta era afirmativa, ese sacrificio alimenticio no terminaría con la boda.

La promesa escrita "Te amo más que al queso" le resultaba cada vez más difícil de cumplir. Este alimento era parte de su vida, de su alegría en cada momento en que ponía un bocado entre sus muelas.

Juan Ma lo pensó, reflexionó y comprendió que el amor por el queso era mayor que el que sentía por Charlotte. Decidió, entonces, hacer lo que cambiaría el resto de su vida. Viajó a París. Y allí en la ciudad del amor se casó un tiempo después.

¿Con quién?, se preguntarán. ¿A quién había conocido?

Con la música de la Piaf y la torre Eiffel de testigo, se casó una noche de verano parisino con una hermosa horma de Camembert que le había sonreído con su sutil perfume desde una vidriera de la rue Rivoli.

*Guadalupe Valusso
Argentina*

La búsqueda del tesoro

Como cada tarde al caer el sol, cuando la ciudad comenzaba a parir la noche, Pedro Sosa acompañaba a su papá – Rubén – en la rutinaria ronda, ayudándole a empujar el carro. En su humilde casa, la mamá – Patricia – y sus cuatro hermanos pequeños aguardaban con ansias el regreso, ya que para ellos ese salir a cartonear de papá y Pedro era algo así como ir tras la búsqueda de un tesoro. No porque cartonear sea precisamente un juego, todo lo contrario, es un trabajo que requiere fuerza, voluntad, empeño, tiempo, solo que, gracias a ello y a la remuneración correspondiente a la venta de cartones, lograban paliar el hambre. En realidad lo de “la búsqueda del tesoro” estaba relacionado con que la gente tiraba muchas cosas a la basura que todavía tenían vida útil, así: muñecos, juegos a los que apenas les faltaban algunas pocas piezas, lápices rotos (pero vivos), fibras con poca tinta (aún saludables), libros, cuadernos con poco uso y muchas hojas en blanco, zapatos viejos, zapatillas gastadas... Pedro seleccionaba todo aquello que en casa podía llegar a tener utilidad y lo guardaba en una bolsa; entonces cuando los hermanitos finalmente se disponían a abrirla se hacían un festín. Verles las caritas de alegría en ese momento era por demás de gratificante, casi un bálsamo ante tanta adversidad. Dos de los pequeños usaban pañales, pero los otros dos asistían al jardín de infantes “La casita de Lourdes”, donde aprendían a utilizar y cuidar el material, entre otras actividades. Pedro no quería que sus hermanos sufrieran necesidades como las que él atravesó cuando pequeño. Debido a eso, con quince años de edad, trabajaba duro, a la par de su padre, y no le restaba tiempo para estudiar. Rubén, por temporadas, tenía serios problemas de lumbalgia, tanto agacharse y hacer fuerza, pero por suerte, siempre estaba Pedro sosteniendo a la familia.

En una de esas tantas bolsas de residuos, entre otras cosas que habían descartado en una escuela, halló un caleidoscopio y aunque no sabía muy bien lo que significaba quedó tan impresionado con lo que admiraban sus ojos que no podía despegarlos de ahí, de esa cosa extrañamente lúdica y mágica. Estaba tan poseído por tanta belleza que olvidó cerrar la bolsa con los objetos preciados de la jornada y cuando comenzaron a empujar el carro para regresar a la vivienda, se desparramaron cayendo sobre la calle. Así, un manojo de lápices de colores muy cortos, pero que conservaban su punta afilada; un libro con imágenes para pintar, muchas de las cuales ya estaban rayadas con colores fluorescentes; potes de témperas casi sin témperas... Pedro le hizo señas a su padre para que parara de empujar así juntar todo, guardando el caleidoscopio con cuidado, no fuera cosa que se le cayera. Al llegar a la casa los niños corrieron a su encuentro, ansiosos por ver qué objetos preciosos traía. Él les dijo que había algo muy especial, pero que, para poder verlo, los más grandes, tenían que inventar una historia y, el que la hiciera mejor, lo podría ver en primer lugar junto a uno de los más pequeños. Luego los otros. Parecía todo un reto. Miguel empezó a contar una historia en la que los perros de la cuadra se peleaban por un hueso que el carnicero les había arrojado. Uno de los tres perros, el que corría más veloz, tomó carrera con el hueso entre sus dientes y los otros dos no pudieron quitárselo. Luego, Robertito comenzó con su historia sobre gallinas que jugaban a poner huevos en nidos de palomas, hasta que una de las palomas los encontró y se hizo una tortilla. Como fue mucho más creativo en la narración – que Miguel –, pudo tener entre sus manos, y en compañía del pequeño Sebastián, el objeto tan maravilloso que Pedro les había traído esta vez. Estaban tan encantados con el caleidoscopio y las figuras geométricas que se formaban que no podían quitarles los ojos de encima. Cuando la mamá, al día siguiente, los llamó para comer el arroz con huevo ninguno quería

acercarse a la mesa, ¡seguían fascinados! Cada vez que ocurría algo así, tan sorprendente, festejaban cantando al finalizar el almuerzo. Luego el papá acompañaba a Roberto y Miguel al jardín mientras los más pequeños se preparaban para dormir la siesta con mamá.

Los niños les comentaron a sus respectivas maestras sobre el hallazgo del caleidoscopio. Ellas les prometieron traer uno al aula para que todos los chicos supieran de qué se trataba. Era muy difícil explicarlo con palabras, había que verlo. Y disfrutarlo. En “La Casita de Lourdes” todos los pequeños compartían sus vivencias con el resto, así cuando alguno aportaba algo nuevo, el resto también tenía la oportunidad de disfrutarlo. Será por eso que, a los pocos días, cuando la maestra de Robertito llevó un caleidoscopio al aula, todos se maravillaron. Una vez que los chicos lograron descubrir la belleza que habitaba en su interior, la maestra les repartió hojas blancas y crayones decolores para que cada uno intentara representar lo que había visto. Crearon imágenes muy diferentes y coloridas, en especial Mariano Campolongo, un pequeño al que le gustaba mucho dibujar y pintar. Las docentes siempre comentaban que podría llegar a ser un gran artista, porque dejaba a la luz su inimaginable creatividad y un talento

innato, capaz de sobresalir por entre los más grandes de la pintura y el arte en general. Será por eso que, cuando en una oportunidad Pedro salió de recorrida con su padre – con el carro –, al pasar frente a la casa llamó a su puerta para obsequiarle un bastidor entelado que alguien había descartado en el contenedor de residuos, el cual estaba algo roto, pero con posibilidad de ser reconstruido. La madre de Mariano le agradeció con una sonrisa muy especial y al despedirse le ofreció una bolsa de caramelos (esos que una madre siempre guarda para ocasiones especiales) para que compartiera con sus hermanitos.

Pasó el tiempo, mucho tiempo, y hoy me encuentro paseando por la ciudad de Buenos Aires. En una galería de arte, con sorpresa y asombro, descubro la exposición del artista plástico Mariano Campolongo. Entre sus bellos cuadros me llama la atención uno muy especial en el que se puede ver una botella que por efecto de la marea quedó depositada en la playa, sobre la arena; en el vidrio, a modo de caleidoscopio, está representada una familia, con variedad de colores y diversas formas – algo difusas –. Además, un carro como el de la familia Sosa; sobre uno de los tirantes (pintados con color símil madera), a modo de homenaje, está escrita la frase: “LA BÚSQUEDA DEL TESORO”.

Me quedo pensando con qué poco cada uno puede ser capaz de dar vuelta la página en su vida y cuán importante es ser agradecido y poder de algún modo manifestarlo, no importa dónde, cómo, cuándo. Cada quien sabrá recibir e interpretar el mensaje, aunque para ello sea necesario que transcurra tiempo (mucho o poco). Todo queda guardado en algún rincón del alma. Todo, así como en la mía late el recuerdo de cada uno de los niños que pasaron por el Jardín “La Casita de Lourdes”, con quienes compartimos muchos gratos momentos y extraordinarias historias, antes y después de las misas en la Capilla del establecimiento, donde yo era sacerdote, historias imposibles de olvidar.

Claudia Beatriz Felippo
Argentina

¡Hola Juan...!

Agosto 2014

- ¡Juan...! ¡Juan!

- ¡¿Qué?! ¿Qué te pasa...?

- ¡¿A vos qué te pasa?! Estás gritando y pateando dormido.

- ¡Perdón, perdón Graciela! Es otra vez la misma pesadilla con el accidente de los viejos. Todavía no me cierra y me perturba la necesidad de saber qué hacían en ese pueblito de Mendoza cuando nos habían dicho que se iban a pasar unos días a Córdoba...

Y encima esa imagen de mí mismo que me mira y me dice "tenés que ir a ese lugar, allí está la verdad..." Soy yo mismo que me hablo, y siento como que esas palabras brotan desde mis entrañas... No sé, se me juntó todo, los dos nietos recuperados este mes, mi cumpleaños, mis dudas...

Por eso, tengo ganas de pedir unos días de licencia y viajar a Mendoza ¿Qué te parece?

- Me parece bien, y así cerrás este tema por la memoria y el descanso de ellos. Diciembre 1976: 36 años antes... en el pueblito "Los Árboles" (del Departamento Rivadavia, Mendoza) sucedía:

- ¡Hola mamá!

- ¡Hola hijo! ¡Qué lindo verlos!

- Con María, les trajimos una linda sorpresa... ¡un nietito! Bueno, todavía no se ve bien si es uno o son dos...

- ¡¿Sí?! ¡Un nietito! ¡Gracias María! ¡Gracias hijo! ¡Qué felicidad Diosito...! Para festejarlo, de media tarde, voy a preparar un yerbio con unas ricas tortitas de chicharrón para todos. ¿Y Ud. mi niña, cómo se siente?

- Por ahora lo llevo bien mamá Zulema. Pero me tengo que cuidar y dejar de salir con la Agrupación por un tiempo... Y el parto, si Dios quiere, lo voy a tener en el Monasterio de las Monjitas en Villa Nueva. Por seguridad sabe, allí nos van a cuidar bien pues no puede ingresar nadie sin autorización...

Agosto 1977: Nacieron dos hermosos gemelos: Juan Eduardo y Juan Francisco; y la María y el Juan regresaron a su casa.

- ¡Hola mi niño!, ¿Qué pasa que lo veo tan apachangado?

- Es por los niños mamá, nos vinimos sólo con Juan Eduardo porque Juan Francisco se tiene que quedar un tiempito más con las Monjitas hasta que se ponga bien... Septiembre 1977:

Diario "Los Andes libres": El pequeño pueblo de Los Árboles vio convulsionada su tranquilidad por la desaparición de dos jóvenes matrimonios y un bebé de pocos días, los jóvenes son estudiantes universitarios y militantes de izquierda...

Después de varios meses de incansables búsquedas, los padres de Juan se hicieron cargo del otro gemelo, Juan Francisco.

Julio 1987: Junín – Buenos Aires – Barrio de Oficiales del Grupo de Artillería 10.

- ¡Juan Martín! ¿Te vas a levantar?
- Sí mamá. ¡Hoy tengo que ir a la Parroquia San Ignacio, voy a hacer de Monaguillo!

Octubre 1987: Los Árboles – Mendoza

- ¡Juan Francisco! ¿Hoy tiene que ir a la capilla?
- Sí nona, me espera el Padre Guillermo.
- Entonces le preparo unas ricas empanadas de carne molida para que lleve calientitas y las comparta con el Padrecito y también con los otros niños.

Noviembre 1995: Los Árboles – Mendoza

- ¡Lo felicito mi niño, ha terminado la escuela!
- ¡Gracias nona, gracias por todo lo que ha hecho por mí! Sabe, me hubiera gustado tener aquí al papi, a la mami y a mi hermanito...

Pienso mucho en ellos, por eso decidí que quiero ser Cura. Es una manera de hacer la Acción Social por los demás que le gustaba al Papi, como Ud. me lo contó. Me voy a anotar en el Seminario que está en Bermejo, Guaymallén...

Septiembre 2014: Juan Martín y Graciela parten desde Junín (Bs.As.) con destino a Los Árboles (Mdza.).

Después de recorrer casi 800 kms., atravesando Santa Fe, Córdoba, y San Luis, llegaron a Mendoza, llegaron a Los Árboles...

Juan preguntó a un lugareño dónde había un Destacamento Policial, y allí fue.

- ¡Buenas tardes!

El Policía, que estaba de espaldas, respondió:

- ¡Buenas tardes! Ya estoy con Ud. ¡Ha visto pué! ¡Pero si es Ud. Padre Juan!
- Disculpe, debe estar equivocado; mi nombre es Juan Martín Godoy y vengo de Junín – Buenos Aires.
- (¿?) Disculpe Sr. Godoy, pero si es igualito a nuestro Padrecito Juan... Bueno, ¿en qué lo puedo servir?
- Mis padres fallecieron hace unos meses, en un accidente, aquí en Los Árboles, y quería tener más información sobre cómo ocurrió.
- ¿Ud. es hijo del Coronel Godoy?
- Sí, ¿lo conoció?
- Lamentablemente sí. Y disculpe que le hable así, pero su padre llegó aquí en 1976 como Interventor de la Cooperativa Vitivinícola, y se fue en septiembre del 77, después de las desapariciones...
- ¿Cómo?

- En septiembre de ese año desaparecieron dos matrimonios, chicos jóvenes, y uno de ellos con un niño de pocos días de vida, y nunca más supimos de ellos...

- Y, sobre el accidente, ¿sabe cómo fue?

- Testigos no hay. El accidente fue sobre el puente del Río Tunuyán, aparentemente por una mala maniobra su auto se desbarrancó y cayeron en un lugar no muy profundo, pero por el golpe y al estar sujetos por el cinturón de seguridad murieron ahogados.

¿Y por qué Ud. mencionó lo de las desapariciones?

- Porque esa es una fecha trágica e imborrable para la gente del pueblo... Y porque muchos años después se supo que otro niño, gemelo del desaparecido, se había salvado gracias a unas monjitas que lo estaban cuidando por un problemita de salud que tuvo al nacer, y que luego lo entregaron a los abuelos paternos. Y ese niño es hoy el Cura de este pueblo, el Padre Juan Francisco, y es físicamente idéntico a Ud...

A Juan Martín se le hizo un nudo en el estómago y recordó las palabras que escuchaba en sus pesadillas “tenés que ir a ese lugar, allí está la verdad...”

- ¿Ud. sabe dónde vive ese joven Juan Francisco?

- Sí, vive con su abuela Zulema, aquí, en Los Árboles. A pocas cuadras, en el barrio Madreselva, una casita blanca al lado de la Panadería Apóstol Santiago.

- ¡Muchas gracias Sr. Agente!

Juan Martín salió en busca de la casa indicada, y encontró a la Sra. Zulema en su jardín.

- ¡Sra.!

- Mi niño, ¿qué hace aquí? Y sin su sotana...

Después de escuchar a Juan Martín, sobre quién era, a doña Zulema se le nubló la vista y se descompuso, y el mismo Juan Martín la ayudó a entrar a la casa. Allí doña Zulema le contó su historia y le mostró mil fotos...

- ¿Y el Padre Juan Francisco dónde está?

- Aquí nomás, en la Placita Lombardo dando una misa de Campaña. ¿Quieres que vayamos a verlo?

- Sí, por favor...

Llegaron en el momento de la eucaristía. Juan Martín, católico practicante, se colocó en la fila para comulgar. Cuando llegó frente al Padre Juan Francisco lo miró y se vio a sí mismo (como estando frente a un espejo); el Padre lo miró con asombro y al tomarle la mano, para entregarle la ostia consagrada, se transmitieron las mismas sensaciones y recuerdos que habían compartido durante 9 meses en la panza de su madre.

Sin dejar de mirarse, fascinados, con tierno respeto y casi al unísono (como buenos hermanos gemelos) se dijeron en voz baja “¡hola Juan...!”

Juan Carlos Viale
Argentina

El hotel y sus habitantes misteriosos

Larry y Jimmy eran hermanos recorrían el país y estaban cansados, entonces decidieron para unos días por allí, por lo menos, esa noche deseaba dormir cómodamente en una cama limpia y de fresco aroma, después del último trayecto de su recorrido, el que había ya pasado un par de meses. Era hora de descansar. Se abrió la puerta de aquel hotel, con un aspecto por fuera brillante y en su interior sobre sus paredes, de un color achocolatado, dándole un aspecto viejo y sucio, aunque no lo parecía todo lucía limpio y frío. Y al cruzar el umbral, el tiempo se hubiera detenido en un pasado muy lejano y atemporal. El acomodador los llevó a su cuarto y en el camino tropezaron con un gran baúl, el que ocupaba un espacio intermedio entre el ascensor y las escaleras. A Jerry le llamo la atención, mientras el botones se ruborizo, poniendo cara de “Yo no sé nada de esto, a mí no me pregunten”, y su corazón comenzó a latir más fuerte de lo que debería ser, y una palidez repentina fue la que llamó la atención de Yimmy. Aunque no pronuncio palabra alguna, hasta estar a solas con su hermano. – ¿Ese chico nos veía

atemorizado al toparnos con aquel baúl, o fue cosa mía? –

-Si tal vez. Pero lo que observe justo antes que chocáramos con ese gigante baúl. No se por qué no lo cambian de lugar ¿Qué sentido tiene que este ahí? Bueno volviendo al tema, el gerente y el botones se lanzaron una extraña mirada-

-No lo sé hermano, algo me está haciendo ruido y no me gusta nada –

Y el sueño invadió sus cuerpos y así cada uno mantuvo un viaje onírico por unas cuantas horas. Decidieron quedarse un par de día más, aun necesitaban descansar.

Una señora mayor polaca, desconfiada, y que cada tanto miraba de reojo al baúl y durante un par de veces creyó sentir algún raro sonido, pero los demás no. Porque para todos, era simplemente la imaginación de una vieja muy huraña.

Una noche de luna llena con su luz plateada, ciertos rumores comenzaron a agitar los corazones de los huéspedes. Otra chica joven que se hallaba hospedada desde hacía un mes por motivos de trabajo, era concertista, y estaba de gira. Ella vio sombras salir del baúl, y entre murmullos y murmullos, ya nadie sabía que era cierto y que no. Aquella noche las pesadillas se mezclaban con reales visiones y tímpanos abiertos para tales ruidos, risas y respiros invisibles.

-¡Gerente! . ¿Cuándo se llevarán ese gigantesco baúl? que nos... - (Y por no decir miedo. Jerryen caro hacia otro lado). Que nos molesta en el paso, es muy grande y nos chocamos por

escaleras al ascensor- respiro con una mirada casi acusadora, espero por la respuesta.

El gerente que parecía sumiso al principio, se transformó en un inquisidor hablando severamente, manteniendo la solemnidad y por sus ojos, ventana de un alma enrarecida, dijo:

-Mi querido señor. No se preocupe, pronto vendrá una empresa a buscarlo para trasladarlo a otro sitio - Y giro secamente sobre sus pies, el que estaba calzado por un negro zapato, casi

sintiendo como se movió el traje, al compás de ese andar. Su cara algo tenebrosa, se resignó y la paciencia de un modesto gerente salió a relucir nuevamente.

El hombre resultó ser muy misterioso, así como el conserje y botones, lo eran, no obstante, la mujer de cabellos negros y lacios, con buenas curvas y mirada penetrante, sensual, y erótica, que estaba detrás del mostrador. No se la veía inquieta, sino por el contrario, muy

despreocupada. Luego de los cinco días, de la llegada de Jerry y Yimmy se preparaban para partir al día siguiente, otra vez. Pero esa noche los se tornaría mucho nos sospechosa.

-El acomodador debe saber que llave abre ese misterioso baúl. Y así hacemos que las personas que aún siguen aquí y la que puedan llegar no tengan algún miedo platónico al respecto – dijo Yimmy a Jerry, encaminándose en busca del botones.

- Creo señor que en el cuarto del sótano hay llaves antiguas, alguna debería abrir ese maldito baúl – y fue corriendo en busca de esas casuales llaves. Cuando las lamparitas y grandes arañas temblaron en los techos, como sacando chispas produciendo fuegos artificiales, hasta que otro apagón sobrevino repentinamente.

- Las llaves, las llaves están... A... - y no pudo concluir, el muchacho, había caído brutalmente al suelo muerto, sin sentido. Las llaves cayeron a un abismo muy oscuro y rotundo, ya que, de un metro hacia abajo, se veía menos que arriba. Todos los que se arrebataron corriendo

desesperados escaleras abajo, juntándose en el hall, desde el miedo en forma de pánico, se

inclinaron para rescatar esas llaves, sin saber aún si estas funcionaban. La poca luz que de un hilo empobrecido entrara desde afuera, pudieron luego de hallar las llaves, ver si abrían esa

cerradura. Vaya sorpresa. No había cerradura donde colocar alguna de aquellas llaves. El miedo continuó alimentando el interior de ese baúl, sea lo que sea, que allí habitará, se hacía aparentemente fuerte.

-Ilumina Jerry, ilumina, voy a probar otra vez – Le dijo Jerry enloquecido

- ¿Qué quieres abrir? No hay ningún tipo de cerradura – enojado

Y tímidamente la joven artista, la brillante concertista, se desnudó frente a todos su verdadera imagen. Tomó las llaves y con palabras incomprensibles para los que estaban allí. Ella se transformó en una bruja o hada o parecido, algo raro también, pero muy brillante y hermosa.

La cerradura que estaba solamente pintada en esa caja, se fue formando y mostrándose realmente y así penetro una llave, no pasó nada, otra y nada, más una insignificante se acomodó tan plena en la cerradura que el clic, clic fue para todos, música en sus oídos.

-¿Quién eres? – Jerry

-¿Eres real? – Yimmy

-Si lo soy... Solo que cayó sobre mí un hechizo y ahora lo voy a revertir - y sin decir más abrió el baúl y una lucha crucial comenzó.

Las personas asombradas daban un paso atrás, los jovencitos no pudieron, se quedaron paralizados. La joven bruja sacó un instrumento de música, de no se sabía dónde apareció y comenzó a tocar magistralmente. Cada espíritu que había allí era hipnotizado por la dulce melodía, así fue chupado la oscuridad a través de su instrumento y su música. Al cabo de un rato todo pareció más iluminado, limpio, la luz eléctrica regreso y los seres que atendían se esfumaron. Solo el botones cayó en el piso y al despertar fue como de un sueño interminable.

El hotel misterioso se convirtió en un abrir y cerrar de ojos en una arquitectura moderna, actual y excepcional mente iluminada. Sus habitantes olvidaron todo, pero Jerry y Yimmy no fueron confundidos. Esa mañana subieron a su coche dejando aquel hotel misterioso para siempre.

Graciela Cecilia Enriquez
Argentina

Sueño Entre Los Senderos Del Purgatorio

En ese edén confuso, la primavera se delata en la tibieza de la tarde, mientras tú y yo paseamos a ritmo lento. El corazón se adapta al paso. Los senderos se acercan y se alejan arbitrariamente formando laberintos modestos. De repente, siento que las palabras que salen de mi boca ya fueron pronunciadas.

– Todo se repite en esta vida – dices –. Sin embargo, ¿por qué no podemos conservar intacto el recuerdo de un momento?

– Porque se repite con insistencia – respondo –. Pero un día todo cesará y se perderá. Entonces vendrá la muerte, única depositaria de la memoria.

El paisaje sugiere una redención, un esplendor renovado. Aspiras el aroma de una flor que mi mano enamorada te ofrece.

– Este atardecer no volverá a repetirse, al igual que el perfume de esta rosa que me das; o la dicha de estar entre tus brazos.

– Siempre volveré a la dulzura de tus labios, de los que no me cansaré jamás.

Dóciles a nuestro destino, los senderos nos conducen al mármol impreciso. La luna cae de lleno sobre nuestras tumbas. Te acercas a la lápida que tiene tu nombre.

– Todo esto parece un sueño – dices después de leer el epitafio –. Trataré de recordarlo para poder contártelo mañana.

– Es un sueño del que no se puede despertar – digo sin dejar de mirarte –, y no puedes contárselo a nadie. Todos creen que estamos muertos.

Casi imperceptible, tu voz concluye:

– Es verdad. Todos creen que estamos muertos, menos nosotros. Tal vez estemos equivocados.

Equivocados o no, nuestra locura es inevitable.

Daniel Alberto Coletta
Argentina

“Los pajaritos ideas “

Mi abuelo es el último de la familia que me despide con un beso y un cuento cada noche. Si se retrasa en venir a mi habitación le llamo a gritos:

-“ Abuelo, que me voy a dormir!” Él al oírme viene presto y me dice:

- “Sabes, nieto mío, que yo no puedo acostarme sin darte un beso, eres la brillante estrella de mi vida.”

Cuando llegó, se sentó a los pies de mi cama y comenzó el cuento de aquella noche:

- “Hijo, hoy te voy a hablar de un nido y de unos pajaritos muy interesantes...” Le interrumpo diciendo:

- “Venga, me gustan mucho las aves, los niños somos incapaces de romper y destrozarse el nido de las avecillas.”

El abuelo prosigue:

- “Mira, de las que te voy a hablar hoy son unas que vuelan sin tener alas y nidifican en la copa de nuestro ser, en cada una de las cabezas humanas. Cuando comienzan a alear, son canoras y atractivas, por suerte suele siempre aparecer quien les ofrezca una rama de apoyo para que tomen forma. Si no salen del nido quedan allí mismo muertas. Esos pajaritos que con su volar alegran al mundo junto con sus trinos de progreso se llaman ideas. Si no existiera este espécimen lamentablemente la sociedad no podría avanzar; por eso, querido nieto, cuando veas que en tu cabeza trina una idea con cantos de solidaridad procura hacer partícipe a los demás, sácala, déjala que vuele.”

Nos despedimos y, antes de cerrar la puerta de la habitación me miró y dijo:

- “Ah, recuerda, deja siempre que vuelen las que con sus alas no eclipsan el sol de los demás y cuando alean lo que hacen es mover aires de respeto, tolerancia y solidaridad. Que sean avecillas de colores bellos y nunca pajarracos malignos que con su solo graznar asolan los campos. Si alguna de este último tipo quiere volar cercena las alas y aplástala en su mismo nido. Los buitres y carroñeros hay que alejarlos. A quien nunca hay que ponerle espantapájaros es a la idea que viene a construir un mundo mejor y no a devorar la semilla productiva del social sembrador.”

Le contesto:

- “Gracias por el consejo, abuelo, procuraré que de mi solamente salgan siempre pájaros bonitos y nunca rapaces malignas.”

Desde ese día supe que el árbol humano debe cobijar ideas positivas para la humanidad y hay que luchar para conseguir que vuelen y no queden encerradas por miedos absurdos. No puede agonizar la idea que hace avanzar al mundo. Que nunca por indecisión convirtamos nuestra cabeza en una jaula de ideas que revolotean y revolotean sin poder salir y terminan siendo quimeras que se devoran. Las ideas que vienen para beneficiar a todos deben alear en libertad en este orbe que sin ellas estaría abocado a su fin.

José Reinaldo Pol García
España

Náuseas

Me había despertado temprano, con un malestar en la boca del estómago. A pesar de no haber metido nada en la panza en todo el día, tenía las tripas revueltas. Cada tanto la boca se me llenaba de una saliva espesa, como una baba. Me daba asco, así que apretaba los dientes y respiraba hondo para no vomitar.

Me tiré en el catre boca arriba, pero fue peor, parecía que el corazón me saltaba en la garganta, me di vuelta hacia la derecha y una puntada me atravesó el costado; me encogí y me quedé quieto. Después me fui estirando de a poquito y cerré los ojos tratando de dormir. Como entre sueños, oía refunfuñar a mi madre con mi padre...

- ¿Qué mierda habrá andado comiendo por ahí? -él le contestaba con gruñidos como era su costumbre –

- ¡Bueno, a ver si se deja de joder un poco, carajo! Desde que llegó este borrego, ya ni un vino tranquilo se puede tomar en esta casa. -

Los gritos me sobresaltaron, pero me quedé quieto mirando el techo. De repente me pareció que se me venía encima así que volví a cerrar los ojos, entonces debo haberme quedado dormido, no sé bien, porque fue como si estuviera viendo una película...

Me acuerdo bien que vi cómo se llevaban a mi madre, muy enferma, dijeron que, a la capital, a un hospital al que van los que contagian. Se van ahí para morir, nomás. Me extrañó que fuera tan tapada. Yo estaba acostumbrado a verla en la cama, pero con muy poca ropa.

Desde que se enfermó, siempre me echaba de su cuarto porque decía que estaba cansada, pero, cada vez que podía, yo me escurría para verla dormir. Me hubiera gustado darle un beso cuando la subieron al auto, pero no me dejaron.

Al día siguiente, Elena, una de las chicas del parador que dormía en el cuarto que había usado mamá antes de quedarse ciega, se acercó y me dijo:

-Machingo, te va a venir a buscar un hombre y te vas a ir con él, porque ya no podés quedarte aquí

-¿Quién es? -recuerdo que pregunté.

-Tu padre -me respondió y eso fue todo.

Igual que en una película, como dije antes, o en sueños, bien no lo sé, todos los recuerdos fueron tomando forma, casi los podía tocar

El Balbino se me apareció de golpe y como si tal cosa me dijo:

-Si ya tiene todo listo, puede ir saliendo, nomás. Espéreme afuera, arreglo unas cuentas y ya voy

-Tá bien, señor -tardé en contestar.

Caminamos unas veinte cuadras hasta llegar a la casa sin hablar. Doña Ida estaba en la cocina cuando llegamos, apenas si se volteó para mirarme de reojo. Así fue como conocí a la abuela.

-Este se queda acá, prepárele algo de comer y ármele un catre -le dijo mi padre.

-¿Desde cuándo se volvió tan dadivoso, usted? ¿De dónde habrá salido?-lo toreó doña Ida.

-¡Menos pregunta Dios y perdona! El chango es el de la Celeste, es mi sangre y me hago cargo. Así que es mejor que haga lo que le dije y se deje de andar haciendo tantas preguntas!

-Si usted lo dice... -contestó, sumisa, la abuela.

Es curioso pero me resultó bastante fácil quererla, a pesar de que parecía áspera como un papel de lija. Por las noches, cuando creía que yo no me daba cuenta, se acercaba a mi catre y me acomodaba el mechón de pelo que yo enroscaba en mi dedo hasta dormirme.

Yo me fui haciendo grande, sin controles ni exigencias, podía hacer lo que quería mientras no estorbara a mi padre ni a sus negocios. Mi abuela solo se ocupaba de tener todo como a él le gustaba, para que no hubiera motivo de queja.

Para mí era normal ver caras nuevas, sobre todo mujeres jóvenes que llegaban a la casa y al tiempo se iban como habían llegado. Siempre calladas y siempre sujetas por el brazo de mi padre o el de alguno de sus amigos. Me recordaban a mi madre, eran lindas pero se las veía tristes.

De pronto vino a mi memoria una chica... No debía tener más de trece años, puedo decirlo, porque en la escuela yo ya miraba a las chinitas de esa edad.

Era delgada, cubría su cuerpo un vestido tan gastado que se le notaban sus pezones agrandados por el fresco de la mañana. Se quedó parada ahí, temblando. ¡Tenía tanto miedo!

Sus grandes ojos marrones eran como los de los ciervos que se quedan mirando al cazador antes de que el tiro les arranque la vida. Desde que la vi, no pude olvidarme de ella.

-¿Y ésta? ¿De dónde la sacaste? Cada vez son más chicas, pronto las van a traer sin destetar.

¡Hay que ser hijo de puta para querer culear criaturas así, che! ¡No me jodás! -escuché decir a mi abuela en tono indignado.

-Todavía va a quedar pegado en esto, no sé qué le dice la cabeza a usted. ¿De dónde me dijo que venía?-

-Es una chinita orillera, está todo bien, son como diez hermanos. Así que es una boca menos y algunos pesos para llenar tanta panza, no les viene mal. Quédese tranquila está todo arreglado, además, por lo de quedar pegado, no tengo problema. Usted bien sabe que soy amigo del juez -dijo con voz pausada mi padre.

-Sí, pero... -intentó seguir mi abuela.

-Nada de peros, el negocio es el negocio y si mal no recuerdo eso me lo enseñó usted. Así que, déjese de joder con tanto escrúpulo. ¡Ni que fuera usted la que tiene que poner el culo. ¡Carajo!

-gritó furioso.

-Los gringos las quieren tiernitas y mientras paguen, yo se las busco. ¿Qué hay de malo en eso ¿A ver? - la abuela no contestó.

Después de unos días, la volví a ver, no parecía la misma; usaba ropa ajustada mostrando su cuerpito bien formado. Tenía la boca y los ojos pintados, pero el maquillaje no podía ocultar las ojeras, culpa del alcohol y las pastillas que le habían dado, para que aprendiera su nuevo oficio, que al decir de mi abuela, era el más antiguo de todos.

Subió al auto con un viejo gordo. Uno de esos copetudos que todo lo consiguen a fuerza de plata. Se la llevaba, le pertenecía. Ella lo seguía como un cachorro.

Yo sabía, porque lo conocía de antes, que cuando se cansara de jugar con ella y de sacarle fotos, la iba a traer de vuelta, como si fuera una mercadería usada.

Me parecía ver el cuerpo sin forma del hombre, desnudo al pie de una cama, y a la pobre chica tratando de cumplir con todos sus caprichos. Por un momento imaginé el aliento a podrido del gordo sobre su cara y el bigote con restos de baba tocando su boca. Recordé como se reía con la boca abierta, llena de dientes marrones, manchados de alcohol y tabaco y me provocó arcadas.

Desde ese momento, no pude comer nada más.

-No sé qué fue lo que me pasó, no sé si fue esa chica o las ganas de encontrar el hospital donde estaba mi mamá, pero no pude aguantar más. Yo sabía que el tren me traería para acá y me vine nomás - le explicó al comisario.

-¿Y qué hiciste cuando llegaste a la Capital? -preguntó el secretario del Juzgado.

-Bueno, anduve dando vueltas hasta que me agarró la noche. ¡Tenía tanto para ver!

-¿Y dónde comiste?

-¿Comer? ¡No! ¿No le dije que tenía las tripas revueltas? Cuando me cansé de dar vueltas entré a un bar, estaba lleno, estaban pasando Boca-River. Yo soy de Boca, le dije ¿No? Buen... después vino el noticiero y ahí fue que vi las noticias. Lo de las menores y todos eso... Bueno, usted ya sabe...

Por eso me fui a la comisaría que está por ahí, cerca de la estación, ¿vio?, para que sepan lo que está pasando allá.

-Está bien, pero vos entendés que lo que nosotros necesitamos son pruebas, sin pruebas no podemos hacer nada -le explicó el funcionario.

-¿Pruebas? -preguntó el muchacho sin comprender-. ¿Qué pruebas?

-Necesitamos que nos des los nombres de todos los que vos conocés -le aclaró el oficial que estaba frente a la máquina de escribir.

-¡Ah! Bueno, el primero en empezar con las orilleras fue el intendente, él es el dueño de donde paran los turistas, los paradores que le dicen; después están los mellizos, hijos del comisario, ellos ponen los coches; también está metido el Balbino que dice ser mi padre, aunque eso bien yo no lo sé. Después está el juez, por eso Balbino siempre dice medio en joda Hacete amigo del juez y no le des de qué quejarse pues siempre es güeno tener, palenque ande ir a rascarse. Ellos se conocen todos, son amigos -siguió contando el muchacho.

-¿Y? ¿Qué sacaron en limpio? Se lo puede tomar como algo serio, ¿Hay evidencias? -preguntó, ansiosa, la fiscal de turno.

-El pibe es un personaje, pero es creíble, además está “vomitando” todo con nombres y apellidos, solo nos queda ir con la orden judicial y hacer los allanamientos para corroborar sus dichos

-le dijo satisfecho el oficial.

Después de haber prestado declaración durante horas, el muchachito salió a la calle acompañado por una asistente social. Antes de llevarlo al instituto de menores donde quedaría alojado momentáneamente, pasarían por el hospital parara que viera a su Ni el asedio de los periodistas ni el cansancio de tan larga jornada pudieron borrarle su sonrisa.

-¿Estás contento? ¿Te sentís bien? -lo increpó un notero

Mientras se subía al coche que lo llevaría un nuevo hogar transitorio, Machingo respondió:

-¡Si, ahora estoy bien! Andaba como entripado, pero ahora me siento aliviado, igual que si hubiera vomitado... ¿Vio?

*Elsa Beatriz Wade
Argentina*

La modelo

Hoy Mariana vendrá con rulitos rubios. Lo sé porque así la pinté el último día que vino a mi taller. La semana pasada seguía con su larga cabellera morena, pero ahora mecansé de verla morocha. Mariana viene a mi taller como yo quiero.

Creo que todo empezó hará cinco meses. Un día había ido a la cocina para hacerme un café y, al regresar al taller, la encontré sentada en el sillón que tengo en esa esquina. Me detuve al verla: la sorpresa de encontrar de repente a una desconocida en mi propio espacio, y que ella fuera una mujer tan bella, me paralizó.

“Hola”, fue todo lo que dijo. Le pregunté cómo había entrado, me señaló la puerta y sonrió. Dirigí la mirada hacia la puerta, y no me acordé cómo la había dejado. Quizá, por imprudencia mía, estaba abierta. No recuerdo bien. Pero me sonrió, y eso fue suficiente.

“Por favor, no te muevas”, le supliqué. Tomé la única tela que tenía preparada y comencé a retratarla. Estuve tres horas pintándola. Mantuvo la misma pose

sin decirnada. Si se movía un poco, de inmediato volvía a colocarse como estaba.

Al terminar, le mostré mi obra. Por un gesto que hizo, comprendí que le había gustado. “¿Podrás venir el jueves?”, le pregunté temeroso ante la posibilidad de perder a tal modelo. Asintió y, también sonriendo, se fue.

Ese jueves la pinté parada. En la sesión me ocupé sólo de ella, con la intención de crear más adelante un fondo adecuado, que aún no tenía claro. Fue ese día en que, al escuchar un ruido de la calle, presioné un poco más el pastel en la tela y le hice un

pequeño círculo oscuro en su mejilla. Continué con el retrato y dejé para otro momento la corrección del detalle. También postergué para otra sesión pintar los colores del vestido y el collar de perlas con el que vino. Me parecía que era de perlas naturales; el collar ayudaba a resaltar su aire distinguido. Al despedirse, quedamos en que regresaría el lunes.

Tuve un fin de semana complicado, lo cual me impidió entrar al taller. No me hice problema, pues consideré que podía terminar el retrato cuando ella viniera. Así sería más fiel a las luces y sombras de su vestido y a las arrugas que se le hacían a la tela de manera natural.

Como las otras veces, Mariana entró sin que la viera.

Bajaba de mi dormitorio, luego de una siesta que había considerado necesaria, ya estaba allí parada esperándome. Al acercarme a saludarla, noté una manchita bermellón en su rostro, muy parecida a la que por accidente le había pintado durante la sesión anterior. Igualmente, me sorprendió – pero también me desilusionó – su vestido: era todo blanco. No llevaba el collar de perlas. Lo atribuí a mi aciaga fortuna. Justo cuando decido pintarlo, ella no lo trae. No le dije nada por temor a que se ofendiera.

Quise concentrarme sólo en pintar su rostro. Terminé y le dije que podía retirarse; no quería que se cansara. En cuanto se fue, comencé con el fondo. Imaginé una tranquila campiña. A ella le pinté un vestido amarillo con flores lilas y verdes, y un collar de perlas que, luego comprobé, era idéntico al original. Lo comprobé porque con él vino a la sesión

siguiente. Y también con el vestido que pinté, que creí que era fruto de mi imaginación, pero no: se ve que alguna vez habrá venido con él y eso quedó en mi memoria.

No obstante, por la noche, antes de dormirme, pensé en algo que me pareció absurdo.

Al día siguiente, no estaba tranquilo. La idea, aunque ridícula, no me permitía concentrarme en nada. Me pareció que la mejor manera de volver a mi paz tan anhelada era comprobar que se trataba de una tontería.

Antes de terminar el nuevo retrato de Mariana, cuando ya incluso le había dado el gris que quería a una roca – esta vez, decidí sentarla sobre una piedra gigante, como si fuera una sirena –, tomé el pastel con el que le había pintado el rostro y le ensanché levemente su nariz. Por las dudas – en realidad, por temor –, sólo se la ensanché muy poquito; lo suficiente para que únicamente yo me diera cuenta.

Es difícil describir qué sentí al verla en la sesión siguiente sentada tranquila en el sillón con su nariz tal como la había pintado. Me quedé mirándola en silencio. Ella parecía no darse cuenta de nada. Sólo sonreía.

Luego de reponerme, me dispuse a pintar otro retrato de ella – con la nariz ensanchada, pues ahora ella era así – y seguí probando. Le afiné los dedos,

pero, por miedo a no darme cuenta de la diferencia, le introduje en mi obra un cambio más notorio: le hice una cabellera extensa que le llegaba hasta la mitad de la espalda.

Mariana siempre tenía el cabello corto y yo siento debilidad por las mujeres con pelo más largo. Me parecen más sensuales. No sé por qué. Cosas que tiene uno.

En efecto, a la sesión siguiente se presentó con el cabello tal como lo había pintado y – esto no me fue tan fácil comprobarlo – con los dedos más delgados.

Estaba preparado, pero me sorprendí. Procuré que no se notara mi turbación.

Así estuve varias semanas: un día Mariana tenía piernas más largas; otro, llevaba un solero violeta; otro, un sombrero antiguo con una flor exageradamente grande; una vez

– ese día fue divertido –, vestía una minifalda que terminaba justo donde deben terminar las minifaldas; otro día le amplié las caderas un poco. Yo decidía cómo se me presentaría. Hasta que me harté.

En un arranque de furia – que es una de las maneras en que reaccionamos ante una situación que no comprendemos –, raspé con mi espátula todos los retratos que hice de ella y luego le pasé trementina para que no quedara rastro alguno. Recuerdo haberme sentido muy tranquilo cuando, con una taza de café en la mano, contemplaba los lienzos en blanco.

Aún no sabía qué haría cuando ella viniera a mi taller. Eso me inquietaba. Pero mi incertidumbre fue en vano, pues no apareció más. Me sentí aliviado unos días. Después me invadió la preocupación: ¿y si le pasó algo? Ahí me di cuenta de que nada sabía de ella. Ni siquiera me acordaba cuándo me dijo su nombre.

Se la describí a mis vecinos del edificio, a los dos porteros que mayormente están parados en la entrada de sus edificios mirando a las personas que pasan, a la agente de policía que suele estar en la esquina, al vendedor del puesto de diarios, al kiosquero, y no



obtuve respuesta alguna. Nadie la conocía. Lo atribuí a mis caprichosos cambios de su aspecto. ¿Acaso ya no estoy grande para jugar de esa manera?

Esas semanas decaí. No me afeitaba, no atendía el teléfono; apenas si comía algo.

Hasta que se me ocurrió la gran idea. Me reproché mi propia tontería: ¿cómo no se me había ocurrido antes?

Tomé un lienzo y me puse a pintar a Mariana como la recordaba. Esta vez la ubiqué dentro de mi propio taller. Y resultó: un día que regresé de la casa de mi madre, ella me estaba esperando recostada en el sillón; estaba igual a como la había pintado.

Mi condenado espíritu infantil hizo que siguiera haciéndole cambios en sus retratos. Me divertía comprobar cómo ella venía tal cual la había pintado en la sesión anterior. Hasta le cambié el color de los ojos: los verdes que le había hecho le quedaban lindos, pero lo cierto es que los marrones que tenía antes le quedaban mejor, de modo que volví

a cambiárselos. Una vez se los alargué un poco y se los dejé así. Le daba un aire felinoque me seducía aún más.

Fue un gran impacto cuando me di cuenta de que me había enamorado de ella. Casi no hablaba, pero su sonrisa mostraba cierto afecto hacia mí. Además, por algo venía a mi taller. Sospeché que quizá iba también al taller de algún otro pintor, pero alejé esa terrible sombra pensando que seguramente se sentía cómoda sólo conmigo. Era una

conclusión arrogante, sin base alguna; lo sabía, pero no me importaba. A mí, pensar asíme tranquilizó, y es lo que cuenta.

En la última sesión, para variar, le cambié el cabello: la pinté con rulitos rubios. Me resultó divertido.

Mientras la pintaba, mi mente estaba en cómo lograr que expresara lo que yo deseaba. Sin querer, o no, la ubiqué en mi propio dormitorio. Se me ocurrió en el momento pintarme a mí mismo de espaldas con su mano sobre la mía. También incorporé algo que nunca había pintado en mis obras: letras. Sé que varios artistas en sus obras pintan letras para escribir palabras que transmitan un mensaje o como un recurso estético más. Yo pinté tres palabras cerca de su boca, las palabras que anhelaba escucharle: “Te quiero mucho”.

Ahora ella está aquí, a mi lado, con los rulitos rubios que yo le pinté. No se sienta en el sillón; me toma de la mano y sube lentamente hacia mi dormitorio. Con su mano sobre la mía, está a punto de abrir la boca para decir las tres palabras que deseo

escuchar. Me asombra, y me entusiasma a la vez, ver en sus ojos un brillo que jamás le pinté.

*Claudio Mamud
Argentina*

¿Piano o sarcófago?

Había cierto encono entre él y yo, decididamente no congeniábamos; yo lo consideraba un carcelero, él una torturadora.

Ambos nos veíamos como enemigos. Pero, a pesar de eso, nos necesitábamos, yo, para ejecutar la música, para practicar las partituras; él para permanecer afinado, para evitar que se le secaran sus paños. Dependencia de una pasión enfermiza.

Él permanecía muy orondo en la sala de ingreso y yo no tenía forma de entrar sin pasar por su lado.

A veces intentaba no mirarlo, pero olía su presencia. Para colmo, no era cualquier piano, no, era de cola, de un negro laqueado, ampuloso, dominante. No pasaba desapercibido. Yo era su antítesis, flaca, esmirriada, pequeña, en pocas palabras, insignificante. Al menos así me veía.

Sucedió una noche de tormenta, las vísperas de mi concierto en el conservatorio.

Partí a comer unas pizzas con unas amigas para intentar relajarme. De nada servía seguir golpeteando las teclas, ya no podría perfeccionar la ejecución de los preludios y fugas de Bach.

Cuando regresé, no quise encender las luces para no despertar a mis padres. Abrí con cautela la puerta que chirrió a pesar de mi cuidado.

Inmediatamente un acorde sordo eructó la noche. Me detuve en la oscuridad presintiendo que estaba a su lado. Prendí el encendedor y lo vi parapetado en medio de la sala, sarcófago negro que me invitaba a entrar.

Me froté los ojos, apagué y volví a encender el chispero y ahí seguía en la forma que lo había visualizado antes.

Me alejé temblando, traté de rodear su presencia lo más lejos posible.

Cuando estaba por abandonar la sala, un nuevo acorde, esta vez lúgubre, volvió a sonar. Mi corazón bombeó. espanto, pero no me amilané, saqué un coraje desconocido, di vuelta y me acerqué. Lo empecé a acariciar, a recorrerlo con mis manos, a delinear su figura. No lo sentí diferente a como lo veía todos los días.

Maldije mi imaginación tan morbosa, me aparté lentamente y con el miedo anudado en mi alma, me dirigí al dormitorio.

A la madrugada, una llamada telefónica anunció la muerte de mi abuelo. No quise enfrentarla, me encerré en mi pieza y lloré hasta agotar las lágrimas.

A mediodía, salí de mi encierro y al llegar a la sala, me encontré que en lugar del piano había un negro sarcófago y dentro yacía, muy blanco, el anciano. Una vez más, el concierto quedó inconcluso, una vez más, mi corazón plasmó un acorde de odio.

Clara Gonorowsky
Argentina

Lazos de amor

– Contame qué actividades te gustan, Josefina – dijo la licenciada Sapirstein – . El colegio ocupa gran parte de tu tiempo, pero... ¿qué te divierte hacer?

Josefina apoyó el iPhone sobre la mesa y se estudió las uñas pintadas de violeta:

¡copadas mal! Mañana todas las chicas del cole le envidiarían el look, le pedirían prestado el esmalte. ¡Ni muerta se los daba!

Lo que me divierte, pensó, lo que estaría buenísimo... es que no me jodieran. Que no me trajeran a entrevistas con viejas anteojudas que preguntan boludeces.

– Ver tele – dijo Josefina.

– ¿Algún programa en especial? – la psicóloga hizo una pausa: el iPhone acababa de vibrar, y Josefina chequeó el display – . Te voy a pedir que apagues el teléfono, así nos focalizamos en nuestra conversación.

Ella sostuvo la vista en el celu: las chicas habían subido fotos de la matiné del sábado en Heaven. Mejor se conectaría más tarde. Si no, aquella bruja mala onda se pondría más y más pesada. Apagó el celular y lo guardó en el bolsillo trasero del jean.

– Bien – continuó la licenciada – . Me decías que te gustaba ver tele.

¿Pelis?

¿Series? ¿Alguna en especial?

Lazos de amor, pensó Josefina. Salía corriendo del colegio para no perderse esa novela. Loreley sí que tenía suerte: José Francisco la invitó al cine, se sentaron en la última fila y estuvieron tomados de la mano durante toda la película. También la llevó a remar en un lago celeste rodeado de árboles, y les tiraron migas a los cisnes. José Francisco nunca le apretaría fuerte el brazo a Loreley, ni le dejaría los dedos marcados. José Francisco era dulce y educado.

– Te hice una pregunta – la licenciada Sapirstein esperó hasta que obtuvo contacto visual – . Vos estás acá a pedido de la directora del colegio. Tus notas son muy bajas. Ya cursás tercer año, y, de seguir así, vas a reprobar todas las materias. Hay clases, por ejemplo la de Educación Física, a la que faltaste en reiteradas ocasiones.

– Me aburre la gimnasia.

Vieja infumable, se dijo Josefina, no me la banco más. En cambio, a Loreley no la molestaban con evaluaciones de psicólogas que querían entrometerse en su vida. Loreley vivía en una mansión cerca de las montañas y se divertía charlando – en realidad, ellas decían “platicando” – con sus vecinas y amigas. Y no iba al colegio ni nada. Ayer, cuando la visitó José Francisco, lo recibió con un vestido bien entallado, azul a lunares blancos. A la hora del té se había parado bien derecha en la galería para saludarlo con un beso. Y José Francisco siempre le traía una rosa. La trataba como a unadama. O mejor todavía: como a una princesa la trataba José Francisco. Jamás intentaría apretarla y besuquearla.

Bombón, qué buena que estás. Me volvés loco. Dale. Un besito, dame. No seas arisca.

– Josefina, es importante que entendamos por qué en este último año tu rendimiento decayó tanto. Seguramente te cuesta concentrarte. ¿Hay algún problema que te inquiete? Además es necesario que pidas turno con un nutricionista. A tu edad es muy común que a las chicas les guste lucir delgadas como las modelos. No es para preocuparse, pero es mejor controlarlo. ¿Qué comidas te gustan más?

Me encantaban las milanesas y los raviolos que cocinaba mamá, se dijo Josefina. Ahora viene a cocinar una tipa que sólo prepara coliflor, espárragos y otras verduras asquerosas.

– Los raviolos – dijo Josefina –. Me gustaban... me gustan los raviolos.

– Ah, bueno – dijo la psicóloga entre risas –. ¿A quién no le gustan los raviolos? Para nuestra próxima entrevista te voy a pedir que anotes lo que comiste cada día. Lleváuna libretita, o mejor anotá en el celu. También quiero que me cuentes en qué momentos tuviste vómitos o malestares por la comida.

¿Vómitos?, se dijo Josefina. Escucharte me va a hacer vomitar.

Y su mente volvió a la mansión de Loreley. Allí, ella vivía con dos tías rebuenas y primas con las que charlaba hasta la madrugada: se contaban todo mientras comían chocolates. Y al otro día no amanecían con granos llenos de pus. Y menos Loreley. Además, José Francisco la amaba. Eso podía leerse en esos ojos tiernos con los que la contemplaba todo el tiempo. ¡Y cómo la escuchaba y le sonreía! A Loreley sí que la querían bien. A Loreley nadie le diría... esas cosas.

¿Nena, no te molesta que me saque la ropa? Qué piel suave que tenés, dejame sentirte toda.

Y, si alguna vez Loreley tuviese que escaparse, seguro que no le apretarían el codo ni le retorcerían la mano hasta que le doliera.

– Lo voy a anotar – dijo Josefina encogiéndose de hombros.

– Quiero que vuelvas el próximo martes a las cinco. Y algo más: te invito a que reflexiones, a que entiendas que mi función es ayudarte – la Sapirstein se inclinó y agarró la mano de Josefina –. Vamos a trabajar juntas en tus preocupaciones. Y las vamos a aliviar. Ya vas a ver...

Soltame la mano que me muero de asco, pensó Josefina simulando una sonrisa complaciente.

– Bueno – dijo la psicóloga – . Hasta el martes.

Josefina se levantó y salió. En la sala de espera, su padre sonrió al verla y dijo:

– ¿Terminaste? Vamos para casa.

Bajaron por el ascensor. Él la miraba. Y al salir a la calle la agarró del brazo. Y con esos feroces ojos de mitad de la noche, le dijo:

– No le habrás contado nada, ¿no?

Josefina se estremeció por esa garra inmunda que le apretaba el codo y le dejaba los dedos marcados.

*Fabián Kon
Argentina*

Soy tu vida

Soy tu vida. Estoy en un embudo lleno de agua hasta el tope. O mejor dicho, era lleno de agua cuando nació. Podía nadar en todas las direcciones, a la velocidad que quisiera, o simplemente dejarme acariciar por el agua tibia. Sentir el aroma tan familiar, que no sé definir, pero que amo tanto. La vida comenzó tranquila, feliz y despreocupada.

Entonces, un dichoso día hiciste un descubrimiento preocupante. El nivel del agua comenzaba a bajar, muy lentamente, casi gota a gota, pero constantemente. ¿Sería una situación pasajera, pasaría el verano y volvería a subir el nivel? Continuaste disfrutando de tu vida, feliz y contento. Pero ahora, allá en el fondo de tu mente había una luz amarilla prendida. Una que no molestaba mucho pero que tampoco podías apagar.

Te diste cuenta de una situación adicional. Te diste cuenta que no estabas en un lago cualquiera, estabas, como lo mencioné al principio, en un embudo. A medida que bajaba el agua las paredes del recipiente se iban acercando, lentamente, paso a paso, milímetro a milímetro. Aún vivías feliz, casi siempre. Era ese el sentimiento que te inundaba. Casi siempre, porque poco a poco, lentamente, casi imperceptiblemente la preocupación crecía.

Comenzó a haber un futuro, comenzó a terminar la infancia de tu vida. A la felicidad, a la alegría se juntaron otros sentimientos. Seguías feliz, seguías alegre, pero no todo el tiempo. Porque ahora parte de tu mente estaba ocupada con dudas e incertidumbres. ¿Que estaba pasando? De repente había preguntas que antes no estaban. Pero las respuestas para esas preguntas seguían sin estar. Por ahora eso todo estaba simplemente en un rinconcito pequeño de tu ser, desagradable, pero de poca relevancia.

Porque aún seguías disfrutando de tu vida, nadando, con más cuidado, pero con mucho placer.

El agua seguía bajando, las paredes cada vez más cerca, el rincón de preocupaciones en tu mente creciendo poco a poco, lentamente, ahora mucho más presente y más agudo. ¿La vida era bella, pero no siempre, había momentos de tristeza, o debíamos llamarlo un principio de desilusión?

En esos momentos te preguntabas si lo que estaba pasando era el curso natural de las cosas o si había alguna forma de disminuir la velocidad con la que el agua desaparecía.

¿Adónde iba esa agua? ¿Habría algún agujero en el embudo de tu vida? Podía ser tapado? Estabas aprendiendo que había un futuro, diferente de tu presente, diferente y poco promisor.

Comenzaste a leer libros que pudieran enseñarte a solucionar tu problema, a estabilizar tu vida. Había un sinfín de libros que prometían una vida mejor, había una categoría entera que se llamaba libros de autoayuda. En realidad, no era de “auto” porque solo daban recomendaciones y no eran ellos sino tú el que tenía que ejecutarlas, o al menos intentarlo. Y tampoco eran de “ayuda” porque por más que los leyeras el agua continuaba bajando.

Lo mismo sucedió cuando fuiste a buscar en la internet. Allí había un número casi infinito de certezas y un número un poco mayor aún de fracasos. La psicóloga que consultaste a continuación dijo que se necesitaba un largo proceso con reuniones semanales por muchos meses. Y mucha plata. No estabas convencido y desististe sin intentarlo.

Había, cerca de ti, en el agua un profesor de natación. Te enseñó a sumergirte y bucear para verificar si en el fondo, lejos de la superficie, había algún tipo de solución. Todos los días lo intentabas un par de veces. Cada día conseguías llegar más profundo, pero nunca hasta el fondo. ¿Había un fondo? No estabas seguro. El agua desaparecía por algún lugar, por eso bajaba el nivel, por eso las paredes llegaban más cerca y se reducía cada vez más tu libertad de acción.

Antes habías podido nadar en todas las direcciones, comer todo lo que el lago te ofrecía, conocer a los otros habitantes alrededor tuyo, conversar con los visitantes que venían de lejos y también con todos los vecinos. Ahora te cuidabas, no podías llegar muy cerca de las paredes para no lastimarte. Habías aprendido a leer y comenzaste a ver letreros por todos lados. Decían cosas como “Peligro a la vista, no se acerque” “Aguas hirviendo, aléjese” “Evitar las corrientes”, “solamente accesible durante el día”.

Antes nadabas sin cuidado, tranquilamente, con los ojos abiertos, a alta velocidad o haciendo la plancha de ojos cerrados plácidamente, casi inmóvil. Ahora debías estar

alerta todo el tiempo para evitar esos peligros, Nadabas únicamente durante el día, lentamente y siempre con el temor de que alguno de esos peligros potenciales se tornara realidad.

Aquel rinconcito de tu mente que habías reservado al principio para coleccionar las preocupaciones fue creciendo. Cada día un poco más. Y ahora ya no lentamente, ahora ya no era paso a paso. Ahora ocupaba cada vez más espacio en tu mente dejando poco lugar para los pensamientos de alegría y felicidad. ¿Donde estaba ahora aquella libertad que llenaba tus pulmones de aire y tu corazón de alegría?

Había momentos en que, si te concentrabas mucho, podías sentir un soplo de felicidad, un instante de alegría pura. Segundos de vida, rayos de luz. Si, momentos, minutos. Después volvían las preocupaciones. Después sentías tu corazón apretado, tus piernas pesadas, tu boca seca.

De vez en cuando pasaba cerca de ti un barquito Un día paró a tu lado. Una persona vestida con un delantal blanco preguntó si estabas bien, parecía interesada, y le confesaste tus preocupaciones. Soy médico, dijo, si lo deseas puedo revisarte y ver si te falta algo.

Lo dejaste hacer, lo dejaste medir tu temperatura, palpar tu pulso, conectarte a unas máquinas. Después de un largo tiempo explicó algo que no entendiste muy bien. Lo que si entendiste fueron unas reglas novedosas, a partir de ese momento debías nadar menos, conversar menos, dormir más.No te explicó como eso iba a evitar que siguiera bajando el nivel del agua, pero el médico parecía muy seguro y por eso obedeciste Por lo menos parcialmente.

Comiste menos, en vez de nadar como te gustaba, comenzaste a hacer unos ejercicios desagradables que te recomendaron. Te sentías mejor, pero no por eso más feliz. El agua seguía bajando de nivel. Seguías sin saber si existía un método de parar el derrame. Las paredes del embudo se acercaban más y más. De vez en cuando olvidabas las reglas y nadabas por doquier, comías lo que te apetecía, pero después tenías que volver a la dieta, volvías a lo que ahora era tu vida, en las aguas que aún quedaban.

Al principio el embudo había sido un amplio lago, de superficie enorme, había tantas cosas para ver y hacer. Pero poco a poco a medida que el agua escurría y bajaba su nivel te ibas alejando de la

boca del embudo y con pocas brazadas podías llegar de una pared a la otra. Cuando mirabas hacia arriba veías a lo lejos el sol, cada vez más chiquito. Y cuando mirabas hacia abajo, las aguas, sin la luz del sol. se estaban tornando oscuras, tenebrosas, opacas y amenazadoras. La preocupación empezó a convertirse en miedo.

Aún había momentos de alegría, más cortos, pero aun sentías que la vida valía la pena. Todo era más estrecho, más chiquito, más difícil, pero vivías. Hoy había agua y había luz, menos, pero suficiente. Cada vez dedicabas más tiempo a pensar en el mañana, en preguntarte como sería.

Hasta que tomaste la decisión de no pensar más en el futuro. Sabías que sería peor que el presente. O al menos así era la tendencia que observabas. Por momentos era inevitable pensar en lo que te esperaba, pero aun así conseguiste dedicar más tiempo al presente. Era más estrecho que el pasado, pero hubiera podido ser mucho peor. Aún había agua, aún se veía a lo lejos el sol, el fondo era oscuro pero lejano.

Comenzaste a chocarte con las paredes cuando intentabas nadar más impulsivamente. Son ásperas y tu piel no resiste, más y más heridas por todos lados. Tienes que tener más cuidado. Cada vez más cuidado.

Aquí estás hoy. Una vida feliz. Aún feliz. Un pasado feliz. Muy feliz. Un futuro desconocido, amenazador. Un futuro que te llena de temores, pero que aún consigues encerrar en una gaveta que solo abres de vez en cuando, aunque últimamente lo haces con mayor frecuencia.

Da la gaveta abierta surgen temores y preguntas. ¿Qué hay al fondo del lago? ¿Se va a acabar el agua? ¿O te vas a atascar en la parte más estrecha del embudo sin poder moverte ni para atrás ni para adelante? ¿Cuánto tiempo tienes hasta que esas cosas sucedan? Cierras la gaveta.

El sol brilla, nadas una vuelta, después descansas soñando. La vida sigue. Puede ser que en poco tiempo estés nadando en una pequeña piscina de plástico con poquita agua, con poco espacio.

Habrás nadado mucho en tu vida, tendrás bellos recuerdos.

Nadie te quita lo nadado. Por eso sigues nadando, feliz mientras se pueda.

Alguien algún día abrirá la gaveta y conocerás las respuestas, la vida será inundada por esas respuestas y no habrá como cerrar la gaveta nunca más. Esa, es una respuesta que ya tienes.

*Ernesto Neumann
Brasil*

Desayuno

Maira se levanta como todos los días sin necesidad de poner el despertador. Le alcanza con el canto de los pájaros y el primer rayo de luz que se asoma por la ventana. -

Tiene algunas dificultades motrices a raíz de un accidente que tuvo hace poco y no además no puede hablar. -

Como es habitual, luego de levantarse, no sin penurias, Maira se sienta a esperar en la cocina a que se levante Domingo para poder desayunar juntos. -

Domingo, acaba de cumplir 82 años y adoptó a Maira como si fuese su propia hija. Maira no tiene recuerdos de sus padres ni de nada antes de que Domingo le diera abrigo en su hogar, aunque sabe que de no haber sido por aquel hombre su vida hubiese sido muy dura. -

Maira se dio cuenta que Domingo no andaba bien de salud por esos días. Lorenzo, el hijo de Domingo, lo llama por teléfono frecuentemente, cosa que no sucedía hasta la semana pasada y cada viernes por la tarde, religiosamente pasa a visitarlo y a traerle unas bolsas con mercaderías. -

Maira presta atención a las conversaciones entre Lorenzo y Domingo. Se da cuenta que Domingo le miente a su hijo diciéndole que se siente mejor y que está tomando las pastillas como le indicó el doctor. Ella sabe de tales mentiras porque cuando se quedan solos Domingo le cuenta a ella y nada más que a ella que no quiere preocupar a su hijo diciéndole que se siente cada día un poco más débil y enfermo. -

Ya pasó un rato largo de la hora en que Domingo se suele levantar para desayunar por lo que Maira se preocupa y se pone ansiosa. Piensa en irrumpir en el dormitorio de Domingo y despertarlo, pero jamás hizo una cosa así. La habitación de Domingo es un reducto inexpugnable, un lugar sagrado al cual jamás se permitiría ingresar y menos siendo éste un hombre viudo. Maira respeta los espacios que cada uno tiene dentro de la casa, pero se pregunta ¿y si le pasó algo a Domingo? -

Maira para matar el tiempo y despejar los malos pensamientos, sale al patio de la casa, observa que el jazminero está lleno de flores, se da cuenta que el pasto está más largo de lo habitual y se da una vuelta por los malvones que lucen rozagantes. Cuando está a punto de beber un poco de agua, suena el teléfono que distrae la atención que venía poniéndole al jardín. Se dice que, seguramente debe ser Lorenzo el que llama, para preguntarle a su padre como amaneció ese día. En vano resultaría intentar atender el aparato, porque Maira no tiene el don del habla. -

Pese al batifondo que hace la campanilla del teléfono, Domingo parece seguir sumido en un profundo sueño. Vuelve a preocuparse y se pregunta qué hacer. ¿Y si se hace una escapada hasta la casa de Lorenzo para que éste se dé cuenta que algo está pasando y que venga a verlo a Domingo? Recuerda que, cuando Domingo estaba mejor de salud, solían algunas tardes ir caminando hasta la casa de Lorenzo, por lo cual no tendría inconvenientes en ir sola hasta ahí sin perderse. Son pocas cuadras. Calcula mentalmente que no más de diez. Lo más peligroso es cruzar la avenida y más después del accidente que tuvo hace un mes y del cual todavía se viene reponiendo. Se reprocha que lo que le pasó es por hacerse la viva y mandarse a pasear sola, desoyendo los consejos de Domingo. -

Nuevamente suena el teléfono. La impotencia de Maira al no poder contestar se le nota en la cara. Se dice para sus adentros que, si era nuevamente Lorenzo, seguramente que se va a acercar a ver como esta su padre ante la falta de atención a los llamados. Por un instante se tranquiliza, aunque le haga un poco de ruido la panza por no haber desayunado aún. -

Ya es casi medio día, Maira entiende y se convence de que algo malo le pasó a Domingo. Toma coraje, entra a la habitación y ve que Domingo está recostado de lado con la cobija de lana encima que lo tapa casi por completo. De forma muy suave descubre el rostro de Domingo y le toca el brazo derecho, pero aquel no responde. En ese preciso momento se oye el sonido de las llaves de la puerta de entrada. Maira vuelve sobre sus pasos y ve a Lorenzo que como una tromba y sin siquiera saludarla como es habitual, va directo al dormitorio de su padre. -

Maira no se ofende por el actuar de Lorenzo y su falta de respeto hacia ella, por el contrario, entiende que algo malo está sucediendo y entra a la habitación por detrás del joven. Observa que Lorenzo sacude, llama, y le grita a su padre, pero el hombre no responde. Maira se da cuenta que Domingo ha muerto, que los 12 años que han compartido juntos han terminado y que ya no habrá más desayunos juntos. Siente pena por Domingo y por el llanto de Lorenzo y en un arrebato de egoísmo, la invade el miedo porque no sabe quién habrá de cuidar de ella desde ese momento. -

Duda en que Lorenzo la admita en su casa porque son muchos de familia y tiene dos gatos. No quiere volver a ser un perro callejero.-

Pablo Alberto Pizzo
Argentina

El libro marcado

I

Sonia entró a la antigua casona y sintió la humedad y el frío de sus muros.

Allí funcionaba la biblioteca popular de Tratayén. Se acercó a la ventana y corrió las cortinas. Tenues rayos de sol dieron algo de calidez al ambiente. Ese era su hogar, ahí se sentía vital y útil.

Su aspiración era ser escritora, su mundo, el de la poesía. Años atrás había viajado mucho hasta la capital para asistir a la escuela de Letras, pero por razones económicas no cursó más allá del primer año.

Sonia, la de los ojos melancólicos y gruesos anteojos, algo excedida de peso. Siempre tenía algún sándwich o un croissant sobre su escritorio. Sonia y su carácter casi huraño, que no perdía el anhelo de escribir un libro.

A veces repartía fotocopias de sus escritos entre las socias, pero sin llegar a conseguir un reconocimiento.

De los libros que retiran las socias o los socios y de algunas conversaciones, podía individualizar a quiénes les gustaban los libros románticos, los policiales o los eróticos.

Revisaba los libros que devuelven los socios. Allí aparecían extraños marcadores: estampas religiosas, boletos de colectivo o de avión, recibos de pagos de hoteles, restaurantes, postales de viajes.

De esa manera podía saber dónde habían ido de vacaciones sus vecinos y algunas veces enterarse que algún socio había viajado con alguna mujer que no era su esposa.

En un libro encontró el recibo del pago de un hotel en la Capital, a nombre de la farmacéutica y de un médico de la clínica, en lo que había sido un presumible viaje clandestino.

Entre otras, Sonia leía con interés las cartas de amor dedicadas a las socias y escritas por un prestigioso abogado. Tampoco faltaba el socio que olvidaba en los libros los números de las apuestas a la quiniela.

Sonia recibía los libros usados que llegaban como donación. De las dedicatorias, podía comprobar cómo antiguas amigas íntimas con los años se habían transformado en rivales por amores entreverados.

Ella se solazaba imaginando las historias amorosas, las infidelidades y, más de una vez, las tramas intrigantes que se vislumbraban de aquellos papeles que encontraba en los libros devueltos.

Otras veces la convocaban para seleccionar qué libros donar y qué tirar, cuando había fallecido su propietario.

De esa manera comprobó que el autor de la historia de la ciudad, no era tal, sino que había puesto a su nombre los escritos de un pariente.

La curiosidad por saber de la vida de los integrantes de la ciudad, se había convertido en una obsesión. Decía que quería escribir las memorias de las familias.

En la biblioteca los libros los tenía agrupados en lo que ella titulaba rincones así existían los denominados: rincones de literatura americana, europea, geografía, historia, un rincón titulado "Tema libre" y varios más.

II

Margarita era socia de la biblioteca, aunque no una concurrente habitual. Había sido maestra en Tratayén

Se había casado con un viajante de artículos del hogar que un día simplemente desapareció.

Arturo, el hijo en común, tenía veinticinco años y había emigrado a Estados Unidos. Ahora estaba jubilada. La tristeza y la desesperanza la acompañaban, en sus días de pueblo.

– Cuando cobre el retroactivo de la jubilación me voy a visitar a Arturo – se había dicho. Margarita no era fea, pero su cuerpo menudo y pálido no la favorecía. Senos pequeños,

cabellos lacios ya canosos y a veces desgredados, ojos grandes y asustadizos, le daban un aspecto tímido.

Una tarde de otoño, entró a la Biblioteca.

– Buenas tardes, Sonia, vengo a llevarme libro, pero que me distraiga. Este pueblo está cada

día más aburrido

– Hola, hacía tiempo que no venía por acá, mire lo que hay en el segundo estante con el 2

cartel “Tema Libre” quizás encuentre algo que la ayude, aconsejó Sonia.

Margarita recorrió los estantes y vio un título que le atrajo: “La mujer rota”.

– Esa soy yo – dijo

– Esta escritora, Simone de Beauvoir, ¿es buena? – le preguntó a Sonia.

– Llévelo, es un excelente libro. Quizás usted se encuentre reflejada en él. Lo han leído numerosas socias.

III

Pasaron los días y el libro no se devolvió. Sonia marcó el libro como perdido y Margarita fue dada de baja como socia de la biblioteca.

Preguntó por ella en el pueblo, pero solo se sabía que había viajado.

Casi un año después, el correo entregó una encomienda con el libro “La mujer rota”. Al abrirlo, lo primero que notó fueron las marcas con tinta, subrayados y comentarios que tenía.

– No hay caso, marcan y escriben los libros, no aprenden – dijo Sonia.

Pero se puso a leer las expresiones marcadas tales como: “Confía en sí misma, No mirar demasiado lejos. La vejez es una etapa de nuestra vida. No temer enfrentarla. Es tan cansador detestar a alguien que se ama. Aprendí a valorar mi cuerpo y resucité. He vuelto a salir al mundo. Quiero encontrarme conmigo. He cometido el error de creer que las historias de amor duraban. Y muchas más”.

Se quedó unos minutos meditando, las frases marcadas la golpearon, se sentía muy identificada con el subrayado. No dudó, repuso al libro en el rincón de los textos feministas.

IV

Pasaron tres años.

Un día entró a la biblioteca una señora, de silueta esbelta, cabello color rojizo cortado a la moda, vestía un traje marrón claro, tacos altos y rostro sonriente.

– Buen día, vengo a donar dos libros para la biblioteca Sonia, salió detrás de uno de los estantes.

– Gracias, por favor démelos para anotarlos.

Sin prestar mucha atención, y mientras tragaba un resto de sándwich, en forma mecánica dejó sobre el escritorio unos libros y se acomodó los gruesos anteojos y tomó los dos ejemplares

– Son dos libros iguales y nuevos, nadie dona tanto. La visitante no respondió.

Sonia abrió su cuaderno de anotaciones.

– Título “Mujer Libre”, autora Margarita La Rosa, no conozco esta autora – dijo. Al mismo tiempo que se sacaba los anteojos para ver con quién estaba hablando.

– Yo soy la autora, ¿no se acuerda de mí, Sonia?

El rostro de Sonia se tiñó de amargura, la figura y el recuerdo de Margarita apareció como en un espejo frente a ella, tiró el cuaderno y se desplomó en la silla.

Jorge Alberto Navarra
Argentina

Extraño equipaje

Tomó la valija, su razón de ser y partió...

Rebeca tenía una obsesión: para ella vivir era sinónimo de viajar, si no lo hacía se sentía deprimida.

No le interesaba su casa a la consideraba un antro, así lo manifestaba, ni su marido, fuente de importantes ingresos, ni sus colaboradores, “gente con obligaciones pues estaban bien pagos”. Solo su perra, a veces, le despertaba una pizca de empatía que la mascota devolvía con amor, mientras ella la premiaba regalándole piedras a sabiendas que le rompían los dientes.

Adoraba su valija, grande, muy grande y tener un pasaje en la mano.

A pesar de ser septuagenaria, los años no le pesaban, más bien los ignoraba, por ello acostumbraba a vestir con ropa para adolescentes.

No le podían faltar remeras escotadas y ajustadas, pantalones cortos de jean desflecados, calzas con brillantes colores.

Su último viaje lo decidió de un día para otro, a tontas y a locas.

Como su país vivía una profunda crisis económica, todas las compras realizadas con tarjeta de crédito en el exterior estaban alcanzadas por un fuerte impuesto, por lo tanto, ella decidió llevar efectivo.

Fue así como partió con su inmensa valija y un pequeño portafolio negro lleno de dólares. Lo que ella había calculado que necesitaría para deambular un mes y medio.

Su gira arrancó en España, pasó por Barcelona y de allí partió a París donde la situación tomó un giro inesperado.

Los primeros días deambuló por diferentes museos reviviendo visitas anteriores.

Al quinto, decidió quedarse en el hotel pues se había lastimado un pie y se encontraba muy cansada.

Sentada en la recepción vio pasar una joven con una ropa igual a la que ella tenía entre sus pertenencias. — ¡Qué casualidad! —, pensó en voz alta, pero como ella compraba todo en una tienda europea no era algo imposible.

Almorzó frugalmente, sonrió a un elegante hombre que se sentaba cerca de ella y no paraba de mirarla, y partió a su habitación para tomar una siesta.

Decidió primero revisar su valija pues no dejaba de rondarle en la cabeza el episodio de la joven vestida como ella.

Grande fue su sorpresa cuando al abrir la maleta, observó que no había ninguna de sus prendas sino ropa oscura, vieja, atuendos de una época antigua. Decidió ir a recepción a denunciar el robo y canje de su equipaje, pero la puerta no se abrió, tiro con fuerza, pero la misma permanecía trabada. Levantó el auricular del teléfono, escuchaba la voz del recepcionista, pero de su boca no salía palabra.

Quiso revisar también el portafolio con el dinero que guardaba en la caja fuerte de la habitación, pero cuando lo abrió, vio horrorizada que en lugar de los dólares había pesetas.

Nuevamente intentó salir, pero los intentos fueron infructuosos.

Desesperada corrió al baño para mojarse pues le hervían las sienes y cuando se miró en el espejo, vio su rostro surcado por arrugas profundas y su cabello cano y despeinado. Una blusa negra había permutado la remera turquesa y una falda larga, sus bermudas floreadas.

Esta vez, con una fuerza sobrehumana, pudo abrir la puerta, alzó la valija y el maletín y bajó por la escalera. Frente al mostrador se encontró con un anciano que la atendió de manera ceremoniosa pero que no comprendía lo que ella le relataba.

Espantada, decidió huir, regresar a Barcelona para embarcar en el primer vuelo a Argentina. Llegó a la estación de tren y vio que humeando partía la última locomotora a vapor.

*Clara Gonorowsky
Córdoba Centro*

De estreno

Tenían que haber pasado 70 años desde su nacimiento para darse cuenta de que podía sobrevivir a pesar de todo y de todos.

Para comprender que “darse permiso” no significa pecar. Que cada día es posible redescubrirse.

De a poco supo que el miedo al ridículo es solo falta de coraje y es mejor borrar las decepciones que cargarlas sobre la espalda después de haberlas guardado una a una en la bolsa de la auto conmiseración.

Le resultó una ironía el perdonar 70 veces 7; ¿para qué, si los otros no piden ni imploran perdón? Tampoco se consideraba libre de culpas, ya que con quien primero estaba en deuda era consigo misma. Conclusión, la escoba del tiempo podía borrar los yerros.

Pero, eso sí, los buenos recuerdos había que sacarlos del fondo del arcón y colgarlos en sus ojos, en su piel, en su sonrisa, como si fueran guirnaldas de colores para festejar cada día en lugar de permitirles llevar la cuenta de sus arrugas.

Depositó todos los besos apasionados de su vida sobre sus pechos. Tanto los dados como los recibidos. Debajo del corpiño, sobre el corazón, para volver a sentirlos, para vibrar con ellos, para avivar el fuego entre dormido bien arropado por los prejuicios.

Volvió a escuchar esas canciones que dejan huellas en el alma, que son las sendas recorridas mil veces, y en cada repetición cambian de color y de aroma.

Sueños locos, a veces nos transportan al Edén, otras al Hades.

Abordó el micro en la terminal Dellepiane, ya que Retiro no estaba abierta.

Comenzó a sentir la libertad; esa que podía vivir a su lado tanto sobre la almohada como en la caricia del agua tibia de la ducha rodando por su cuerpo.

Se rio con ganas del imperativo categórico de Kant y lo imaginó al pobre Immanuel atribulado por las pasiones e indeciso por no poder soltar las riendas de la conducta moral socialmente aceptada. Tan prohibida, y tan deseada a la vez.

Lamentó en parte los sueños no cumplidos por atenerse al “primero debo... y luego”, luego el tiempo fue pasando y esos sueños quedaron en el costurero para ir remendándolos, recomponiéndolos, suplantándolos por los sueños de los hijos.

Los hijos y luego los nietos. Esos pichones que fueron cubriéndose de plumas, aprendiendo el difícil arte de volar. Libres hasta donde cada uno de ellos se lo permite. Cada uno a su manera, distintas habilidades, diferentes enfoques.

Se sintió en paz, por lo otorgado y por lo recibido.

Antes de salir con rumbo desconocido puso especial atención en el maquillaje de los labios y unas gotas de Chanel N°5 se deslizaron detrás de sus orejas. Ni siquiera pensó en llevar su documento de identidad. Sabía de sobra quien había sido, quien era en el

presente. Quien llegaría a ser lo descubriría sin prisas y sin pausas, al igual que un rayo de sol o una nube viajera.

María Rosa Rezzepka

Destino Mardel

causa de la pandemia de coronavirus. Y se aprestaba a ese viaje de seis horas hasta Mar del Plata, en la costa argentina, donde habría de pasar una semana libre de sus ocupaciones cotidianas, que por cierto no eran muchas: vivía en un departamento de Colegiales, sola, y se hallaba pensionada hace años a causa de una leve discapacidad en su muñeca izquierda, producto de un accidente que había sufrido cuando joven. La suya era una vida tranquila, libre de sobresaltos y preocupaciones, protegida de infortunios y pesares varios, ya que nunca se había casado ni tenido hijos, toda su vida había sido la señorita Azucena Ocampo. Así a secas, nunca Ocampo de nadie, nunca un apellido de casada que le adornase el nombre. Había tomado esa decisión cuando joven, asqueada de observar las posibles vidas que le esperaban si contraía matrimonio o procreaba. En ese momento, cuando ya se hallaban a las afueras de Buenos Aires, se asomó por la ventana del micro para ver la ruta. Entonces reparó que a su lado había un hombre joven, moreno, de pelo muy corto, mediana estatura y ojos claros, una mirada enigmática, de esas que tienen las personas que guardan una vida muy rica en su interior, y que mirarle los ojos es como asomarse a un parapeto en el que se intuye un abismo al que no siempre queremos asomarnos. El tipo portaba en sus manos un celular que revisaba en ese momento, pero al ver a Azucena correr la cortina, comenzó a mirarla. No a mirarla como quien ve una vieja en el asiento de al lado de un ómnibus, sino a mirarla permanentemente, milimétricamente, a no quitar sus ojos de encima de la mujer, como escrutándola, como esperando que la otra hiciese o dijese algo. Azucena no se esperaba semejante representación, no sabía que papel jugaba con ese trastornado que no dejaba de mirarla.

¿Tendría algo en la cara? ¿Estaría enferma?

Quien sabe qué motivos llevaban a ese muchacho a actuar de esa manera, a mirarla tan invasivamente, a hacer de inquisidor con esa pobre vieja que iba unos días de vacaciones a la costa. Su vestimenta no habrá sido, llevaba una blusa gris y una pollera al tono, un impermeable azul en las faldas, y una cartera negra. ¿Qué sería lo que le ocurría a aquel pasillo, cruzando el cual había un matrimonio de ancianos que dormitaban en sus asientos, y que no la miraban así, de hecho, ni reparaban en su presencia. No volvería a poner atención en ese joven. Pudiese ser que fuese un trastornado que se había escapado de algún neuropsiquiátrico, de los pocos que quedaban, en Buenos Aires. Y que se hubiese tomado ese micro a la costa para perderse entre las multitudes de porteños que se iban buscar sosiego ante esos meses de calor en la ciudad. ¿Quién sabe? También podía ser que el joven la encontrase parecida a otra, que la confundiese con otra mujer, con alguna estrella de cine o televisión, o más probablemente, con

algunatía o abuela que lo había acompañado en su niñez. Y así se explicaba esa mirada acosadora. Como fuese, Azucena no se volvió al asiento contiguo, de modo de no cruzarmirada, ni mucho menos palabra, con ese joven, con ese chico tan estrafalario. El resto del viaje lo pasó dormitando y leyendo una revista que había traído, donde se contaba del reciente nacimiento del cuarto hijo de una modelo famosa. Frivolidades, superficialidades, pero a Azucena le permitían pasar las horas de ese viaje, y sobre todo, no tener que interactuar con el loco de al lado.

El joven dejó el celular cuando vio que esa mujer se sentaba al lado suyo. Estaba navegando por redes sociales, pero semejante encuentro era mucho más importante. Esa mujer, ese rostro, según todos los indicios que había recibido, léase sueños, mancias, intuiciones, habría de morir en los próximos días. Y como se dirigían a Mar del Plata, era probable, casi seguro que su muerte ocurriese allí. No por una enfermedad, no por dolencias previas que la aquejasen, sino por un hecho fortuito. Un accidente en el que resultaría atropellada en la vía pública, falleciendo poco después. Ramón, como se llamaba el joven, ya había tenido antes esas premoniciones. Muchas veces desde niño, lehabía sido revelada la muerte o el destino trágico de muchas personas. Pero eran semblantes, o meras sombras sin rostro que nunca había podido identificar, nunca adelantarse a esas tragedias pudiendo asignarle un nombre y apellido, o un número de teléfono a los próximos occisos.

Y en este caso, en esa escapada de unos días a la costa, se topaba con esa mujer, con la última depositaria de sus presagios, con la protagonista de sus premoniciones hace meses.

El micro llegó a la terminal de Mar del Plata pasadas las seis de la tarde, todos los pasajeros descendieron rápidamente, atiborrando la plataforma en busca de sus equipajes en la bodega. Ramón esperó hasta el final para descender, solo llevaba un bolso de mano y un libro sobre borras y rosacruces que había heredado de su abuela. Buscó a Azucena entre la multitud y cuando vio que se marchaba con su valija negra, le cortó el paso y la abordó. Por primera vez en su vida le daría una utilidad a esas facultades que lo habían perturbado desde niño. Por primera vez le salvaría la vida a una persona. Azucena abrió grandes sus ojos al verlo.

Cristian Barrionuevo
Argentina

Inconsciente colectivo

El inconsciente colectivo, sin que sea necesario recurrir a los genes, es simplemente el conjunto de prejuicios, de mitos, de actitudes colectivas de un grupo determinado.

Frantz Fanon

De tiempos inmemoriales, se han tenido registros de que la humanidad a lo largo del desarrollo de su cultura, ha realizado viajes a lo largo del mundo. Este hecho, es el producto de la herencia y evolución que han tenido las civilizaciones con el correr de los años. Es una realidad pero que siempre ha tenido representaciones e ideas, en la mente del ser humano, vale decir con sus respectivas imágenes simbólicas en el pensamiento, expresadas por medio del lenguaje. Y estas ideas hacían soñar a Cristóbal, que deliraba con conquistar el mundo. Porque en medio de sus estudios, que eran su fuente y pasión a los que dedicaba su vida, se nutrían sus sueños de navegante. Porque Cristóbal tenía ya sus propias divagaciones personales; que lo hacían soñar con encontrar un nuevo mundo, y así convertirse para la posteridad de la humanidad, en un héroe. Además en lo que serían sus futuros viajes marinos, Cristóbal pensaba encontrarse con dragones, serpientes, demonios, aves, monstruos de leyendas nunca vistos, y por supuesto con enormes e imaginarias bestias de los mares, por lo que debía ir preparado para tales travesías. Claro que dichas ideas y sueños que tenía Cristóbal, no eran compartidos por las masas, sino que eran contenidos muy propios de él, íntimos e individuales. En los que radicaba su espíritu de creerse un futuro héroe, con un valor que tendría posteriormente; y porque la meta que tenía Cristóbal de ser héroe, en contraposición y contradicción a lo que le planteaban las masas, tenía por finalidad expresar su más profunda genuinidad, vale decir autenticidad y de esta forma demostrar que su imaginario legado, algún día servirá para la humanidad dando expresión a un aspecto del alma humana individual, hacia lo universal. Debido a que lo que planteaban las masas, era que los proyectos que exponía Cristóbal, sólo eran un legado de su imaginación, vale decir correspondientes a sus desbordadas fantasías propias del campo de los mitos, por consiguiente creados por el hombre. Claro que eran tantas las divagaciones y sueños de Cristóbal, que en más de una ocasión, las masas lo tildaban de trastornado, por creer que sus contenidos abarcaban todos los tiempos y lugares del mundo, representados por símbolos desconocidos eran sólo producto de su desbordada imaginación, vale decir contenidos de la psique humana que están más allá de la razón. Y dichas materias trascendían todo lo conocido convencional y culturalmente por las masas, que tenían sus prejuicios arraigados fuertemente a la religión católica. Ya que las masas eran muy dogmáticas, en lo que se refiere a sus planteamientos de religión; debido a que los sueños de Cristóbal tenían total relación con la naturaleza inexplorada por el hombre. De esta forma las masas sostenían que si Cristóbal hiciera realidad sus proyectos, sería como enviarlo por medio de un metafísico viaje hacia la luz, o hacia su muerte; existiendo la posibilidad de encontrarse con lo desconocido porque no sabría con qué se encontraría al final de él. Si con monstruos de leyendas, hombres, riquezas, o si es que volvería de tan arriesgada, inviable e instintiva empresa. El planteamiento que tenían las masas, debido a su dogmatismo era objetivo e incuestionable; frente a las ideas personales de Cristóbal, por ser estas, de naturalezas personales y subjetivas, propias de un soñador, ya que ellas albergaban sus propios deseos personales, y de esta forma consideraban a Cristóbal como un quimerista irreflexivo. Y como todo soñador incorregible, Cristóbal anhelaba con cruzar el mundo, llegando al lejano oriente desde Europa navegando por el Atlántico rumbo al oeste, por exponerla a las masas sus teorías consistentes en el tamaño de la esfera mundial más pequeña de lo que realmente es; y creyendo estas especulativas exposiciones plantearía que existirían tierras más cercanas a Europa. Entonces Cristóbal fue el primer navegante en llegar al nuevo mundo, estableciendo el comercio y el nutriendo de alimentos que no tenían las masas, como tabaco, maíz, papas, cacao, pimiento, zapallo y poroto entre otros; logrando ser un héroe para las masas, y también uno universal para toda la humanidad.

Fin

Munir Eluti Cueto
Chile

Empatía

Parezco un torbellino que tira por el camino control remoto, almohada, frazada, acolchado, hasta quedar envuelta en una de las sábanas tal como si tuviera un chaleco de fuerza. No reconozco los bufidos que salen desde lo más profundo de mi garganta y ocupan la habitación. Respiro profundo, cierro los ojos y comienzo a contar desde noventa y nueve en forma descendente (alguna vez leí que eso ayuda), llegué a cero, nada. Veo la hora, son las cuatro y media, si lo consigo ahora podría dormir dos horas, con suerte en total serían cuatro. Repaso lo que hice durante el día, algo diferente tuvo que haber pasado. Capaz fue el cortado que tomé con Luciana en su confitería, pero si lo tomé a las cinco de la tarde ¿me puede quitar el sueño? Para no ahondar en el efecto del café en el cuerpo, desisto de la idea que un cortado pueda desvelarme. Seguro que fue el chocolate que comí al acostarme, ¿pero hace una semana que le estoy metiendo al chocolate y recién hoy me desvela? Creo que se me fue la mano, lo mejor sería comerlo después de almuerzo. Con razón ayer noté que el pantalón me quedaba medio ajustado. Solo a mí se me ocurre aprovechar la oferta y no convidar a nadie. Mejor los escondo en la heladera.

Ahora me acuerdo que no anda bien el automático y el técnico no se digna a venir. Ya veo que sale más caro el arreglo que una nueva, pero es imposible comprar una. Con esta inflación me va a alcanzar para una conservadora y nada más. De todos modos, para qué quiero algo tan grande si siempre está vacía. El único problema es que no sé dónde voy a poner todo lo que tengo encima de la heladera: procesadora, tostadora, juguera, panera, yerba, mate, edulcorante y la lata que hace rato no tiene ahorros. En sus mejores épocas esa lata estaba escondida y pesada, en cambio ahora está adelante, desafiante y enrostrándome lo mal que la estoy pasando no solo porque no puedo dormir, sino porque no puedo cambiar la heladera, no puedo viajar, no puedo comer chocolates ni tomar café y encima está sonando la alarma, tengo que levantarme, manejar el colectivo y bancar a los pasajeros que se quejan de todo.

Pero... si le tengo alergia al chocolate, no tomo café, no conozco ninguna Luciana, la heladera funciona bien, acabo de volver de Cancún, nunca tuve una lata con ahorros, no soy colectivera, en cuanto apoyo la cabeza en la almohada me duermo y lo peor de todo, ningún pantalón me queda más apretado.

Soñar el desvelo ajeno es peor que el desvelo propio.

Agustina Ernst Saravia
Argentina

Descolocadas

Sin lugar a dudas era una casa antigua, un enorme salón con columnas de mármol despintadas, sillones apolillados y cuadros torcidos (retratos de personas en blanco y moho.

Las personas dejaron de hablar cuando vieron llegar a las hermanas Fenezco. Marta arrastraba su bastón, y Mariza se sostenía entre paredes. Ambas tenían el pelo gris a blanco, recogido con horquillas, delantales de tela, polleras acampanadas y zapatos de tacón medio empeine cerrado. Marta sabía la vida de todos los vecinos y de los que no eran también, charlatana, pasaba horas en la puerta de su casa con la radio prendida.

Mariza no escuchaba bien, le gritaban para que pueda captar alguna oración, era la compañía indispensable de su hermana mayor.

–Hay mucha gente llorando– Dijo Marta mientras se acomodaba en el sillón.

– ¿Bailando? ¿No íbamos a un velorio? –Respondió Mariza.

–¡Llorando mujer!

Se acercó un joven con una bandeja y tazas de café.

–No gracias joven, el café me hace mal– Contestó Marta– No deberían convidar solo café, hay mucha gente en este lugar y estoy segura que no todos almorzaron, yo no almorcé pensando justamente que acá me iban a dar algo de comer, mal o bien nosotros seguimos vivos...

El joven se acercó a Mariza.

– ¿Señora gusta una taza de café?

–No joven, no tengo palé, Marta el joven necesita Palé ¿hay en la casa?

–¡Café...! – Marta agarró una taza –Aprovecha que es gratis y después no te quejes cuando no te invito a tomar algo ¿y...la comida para cuándo joven?

El muchacho aturdido dio media vuelta y siguió con su trabajo.

La lluvia comenzó a golpear bruscamente contra la ventana, Marta se levantó.

–Voy a saludar a los hijos de Susana que están al lado del cajón–le comunicó a su hermana.

Mariza afirmó con su cabeza sin entender ni una palabra.

Allá fue Marta con su pierna coja, olvidó el bastón y era tarde para volver, prefirió sostenerse de quien pasaba a su alrededor.

–Pobrecita Susana era tan buena...mis condolencias– le habló a un joven que la miraba como a un extraño.

–Disculpe, no la conozco y mi madre no se llamaba Susana.

–Eras muy pequeño, pero yo a Susana la conozco hace muchos años, íbamos juntas a todos lados, hasta los hombres compartíamos en nuestra juventud ¡que época!

–Señora, ya le dije que mi madre no se llamaba así, por favor debería retirarse.

Justo había una gotera encima del cajón, cayó agua sobre el rostro del muerto, Marta empezó a suplicar:

– ¡Susana está llorando! ¡Está viva! ¡Hay que sacarla de ahí...! ¡Está viva...!– y zamarreaba el cuerpo.

El joven con otros trataba de controlar la vergonzosa situación. Mariza vio cómo su hermana luchaba contra varios hombres, y ella en su alma justiciera se levantó y le daba bastonazo a quien se le cruzaba. En un momento la feroz tormenta cortó la luz, solo se escuchaba los truenos camuflados por gritos y llantos. Marisa en total penumbra tropezó y cayó encima de una persona este sobre otro, instantáneamente se formó un audaz efecto domino, solo Marta se mantuvo en pie, se acercó a su hermana y le dijo:

–Vámonos, ahora que lo recuerdo Susana era la señora de la otra cuadra, estuve hablando con ella, va... paso un mes de esta conversación.

–No me gusto este belingo, apagan las luces y todos lloran– repuso Mariza mientras sostenía el bastón partido en pedazos.

–Recuerda que debo comprar pilas para la radio–comentó Marta

–Claro que si... vamos a una librería y compramos las minas– respondió Mariza.

Soledad Viviana Fleury
Argentina

El Maestro y el Humano

Siente que algo le falta, pero no sabe que es...

Hasta este momento su vida está vacía, aun con su trabajo, sus pertenencias, sus amigos y su familia y, sin embargo, sigue sin darse cuenta porque esta así.

Ese hueco no tiene sentido, pero ahí está... -atormentándolo-

Intenta de todo, pero nada lo llena. Lo superficial del mundo hace satisfacer por un rato ese desierto que siente en su pecho.

Casi rendido decide emprender por un camino completamente desconocido, ese sendero que no se ve, pero esta y solamente con una mochila y dejando atrás todo lo que ya no le sirve

En la búsqueda de una vida mejor emprende un camino espiritual... -asustado-

Dejando todos los lujos de lado y viajando por el mundo, caminando por las rutas con el pulgar arriba, esperando que alguien se apiade de su alma penosa y sin sentido.

Solamente con una mochila en sus hombros y una incesante sensación de búsqueda.

Duerme bajo las estrellas en su carpa humilde buscando respuestas en el silencio de la noche sepulcral. La vía láctea lo acompaña en sus sueños, pero nada de esto parece ser suficiente para disipar la tormenta de su duda.

Durante el día el sol abrasador lo acompaña en su caminata, dejándolo casi al borde de la deshidratación y encima, la historia se repite como con su antagonista, la noche.

Suplica a todos los dioses conocidos que le den la sabiduría necesaria para entender porque le pasa todo esto y a la vez, lo que requiere para satisfacer ese espacio sin nada que oprime su pecho... -angustia-

Camina y camina, sin encontrar lo que está buscando...

Casi vencido con sus últimas fuerzas y a punto del derrumbe, llega a un pueblo escondido. Un lugar pequeño, con pocas casas, sin luz ni agua y encerrado entre dos montañas como si no existiera para el mundo real.

Con su último aliento golpea la puerta y espera recibir alguna contestación. Solo obtiene silencio y esto lo desploma.

Abatido se duerme allí mismo, entregando su rendición a las líneas enemigas. Ya no tiene remedio seguir luchando por algo que nunca aparecerá. Sin embargo, para cuando despierta, advierte que está dentro de la casa. Con hambre y deshidratado intenta recordar como llegó ahí, pero solo encuentra más silencio.

Empieza a perder la razón y la cordura y junto a esto, siente que el vacío que lo recorre por dentro, se adueñará de su mera existencia.

Logra sentarse y ver en una esquina oscura de esa casa diminuta que alguien lo está espiando. Enojado y asustado exige la presencia de ese ente y demanda saber porque está ahí.

Pero desde ese rincón oscuro solo hay sigilo.

Más enojado aun reanuda su exigencia a esa persona para que se acerque a la luz y diga sus intenciones para con él.

Y para su locura esa esquina dice... -que estás buscando-

El miedo se hizo más fuerte que el enojo y por unos segundos el trotamundos queda sin poder emitir cualquier tipo de sonido.

Nuevamente la esquina... -que estás buscando-

No tengo respuesta para eso, no se... espero que tú me lo digas... -suspira- Una gran carcajada aparece en esa esquina, sarcástica y lastimera.

El extraño viajero se queda en silencio pensando que su cerebro le juega una mala pasada, piensa que su sano juicio ya desapareció y que el tormento de su duda se quedara para siempre.

Al rato vuelve la tortura, esa esquina le repite la pregunta...

Pero esta vez el extraño se anima a contestar... busco por el mundo entender esa sensación de vacío y poder descubrir de donde viene.

La voz le devuelve... y luego que.

Frustrado como nunca y cansado de tanto cinismo por parte de esa voz, decide pararse con sus últimas fuerzas y gritar más allá de sus pulmones... -NO SE-

La voz, al escuchar este grito aplaude en forma de reconocimiento hacia el extraño, porque se da cuenta que ahora si tiene la posibilidad de llenar ese vacío.

Encontrarás tu propia razón de existir desde ese no se y solamente aparecerá cuando te permitas aprender. El maestro y el humano son uno.

No entiende esas palabras, no está en un estado para poder pensar y reflexionar, solo quiere que las respuestas aparezcan y su razón de existir se haga presente.

Se entrega al sueño sabiendo que mañana será otro día... -frustrado-

Al despertar, solo puede recordar las palabras de esa voz y la frustración como consecuencia. Y, al contrario, recuerda la hermosa sensación que sintió al gritar ese no sé, sabiendo ahora que es por ese camino para llenar el vacío en él.

Escucha profundamente las enseñanzas de este extraño, pero ahora sin buscar respuestas. Solo quiere regocijarse en ese no sé.

Sin embargo, se olvida sobre su camino espiritual. Se concentra demasiado en esas dos palabras que le trajeron paz y sin darse cuenta que el vacío sigue ahí.

Hasta que de esa voz extraña surge el recordatorio sobre este camino, sobre esta iluminación mística que está buscando. Es ahí, cuando viaja hacia su interior dejando de lado el no sé, rendido en el piso...

En ese viaje, descubre muchos dolores sin sanar, muchas heridas sin curar y muchos círculos sin cerrar, extrañamente aparece ante él su propia vida vacía en todo su esplendor. Solo se abstiene de observar y no juzgar, esa es la vida que vivió hasta ahora y es la vida que lo trajo hasta acá. Enrollado y en el piso, sigue vislumbrando su vivir hasta quedarse dormido.

Piensa sobre la experiencia vivida en esa noche y descubre que las respuestas sobre su razón de existir están en su historia pasada. Necesita curar lo ocurrido para acomodar su presente e inventar su futuro. Depende de él y de nadie más.

Espera y busca con la mirada a ese extraño en el rincón oscuro y cuando logra incorporarse, advierte que en ese rincón no había más que sombra, que esa voz no existía.

¿Pero cómo era posible?

Aparentemente, sostuvo una conversación con su conciencia que, en ese momento de rendición, apareció para mostrarle su razón de existir.

El maestro y el humano son uno solo, conciencia y nada más.

*Fernando Lamas
Argentina*

Cuestión de carácter

Todo parecía presagiar un accidente de grandes dimensiones. Al menos, eso fue lo que creyó Oscar, el chofer de la grúa N° 4 de “SERVI-MÓVIL”, la compañía de auxilio mecánico de Valle Menor, un pequeño pueblito ubicado en las cercanías de la Cordillera de Los Andes.

El teléfono había sonado intensamente aquella tarde, interrumpiendo la paz provinciana, y su siesta personal (que, dicho sea de paso, bien merecida se la tenía).

Atendió con su característica frase: “SERVI-MÓVIL al servicio de la comunidad, buenas tardes”, y lo que oyó del otro lado fue una sucesión ininterrumpida de gritos inundados en llanto.

De ese atropellamiento verbal, apenas pudo sacar en limpio el lugar donde se hallaba esa mujer tan desesperada: el camino hacia la gruta de San Benito.

Salió hacia allí a toda la velocidad que podía dar el viejo Ford 350 (que no era demasiada, ya que el motor estaba muy cerca de terminar sus días en un chatarral).

En el trayecto comenzó a hacer conjeturas acerca de lo que encontraría al llegar. Por un momento, imaginó un auto volcado en alguna de esas curvas cerradas tan peligrosas, de las que ese sendero estaba plagado. Pensó que dentro encontraría a varios miembros de una familia (quizás uno o dos serían niños) bañados en sangre, quizás muertos o, lo que le pareció peor aún, agonizantes.

Oscar era un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad, larguirucho y bastante hosco para tratar a sus clientes, ya que le molestaban los que hablaban demasiado.

Justamente, el día anterior, había tenido un entredicho con un joven extranjero que había solicitado su ayuda para cambiar una rueda que se le había pinchado.

El joven no paraba de hablar, de contar anécdotas y hacer bromas, hasta que Oscar, acostumbrado a su parquedad habitual, golpeó el piso con la llave cruz y le lanzó una maldición para hacerlo callar.

El joven, sin perder la sonrisa, le dijo que algún día sentiría una verdadera necesidad de charlar con los demás.

Cuando la rueda estuvo arreglada, el joven abonó el importe, y se marchó.

Oscar se quedó un rato observando la polvareda levantada por el automóvil de aquel extraño joven, y luego volvió a su oficina, a terminar el crucigrama que le habían interrumpido...

...Se hallaba Oscar a un par de kilómetros del lugar donde debía estar la ...Al principio no supo muy bien lo que era; quizás fuera solamente el cansancio...

Cuando llegó al lugar, lo que vio le heló la sangre: encontró allí un automóvil volcado, con signos de haber estado así por muchos años... ¡pero él había pasado por allí la semana anterior, y ese auto no estaba!...

Al lado del auto vio otro espectáculo aún más espeluznante: un esqueleto vestido con ropas de mujer, que aferraba un teléfono en su mano izquierda, se hallaba tirado al lado de un espejo roto.

Se alejó de allí, presa del pánico. Una vez arriba del camión, quiso ponerlo en marcha, pero no pudo. Intentó nuevamente, y nada...

Abrió el capot, revisó el motor, y no encontró nada fuera de lo normal. Volvió a intentar ponerlo en marcha, pero parecía que nada podría hacerlo arrancar.

Finalmente, comenzó a caminar para volver al pueblo. No quería quedarse en ese tenebroso lugar ni un solo segundo más...

Oyó, a lo lejos, el ruido de un motor.

Le hizo dedo al automóvil que se acercaba, y éste se detuvo.

Al subir, descubrió que el conductor no era otro que el joven con quien había discutido el día anterior.

Le pidió disculpas por lo mal que lo había tratado, y luego comenzó a contarle todo lo que le había ocurrido ese día.

Oscar notó que el joven no había pronunciado una sola palabra en todo el trayecto. Esto lo intrigó un poco, pero lo atribuyó a la discusión que habían mantenido la tarde anterior.

Al llegar al pueblo, agradeció al joven por haberlo traído; éste hizo un ademán con la cabeza por toda salutación, y partió raudamente.

Oscar se acercó a la comisaría. Al pasar frente al agente que estaba en la puerta, lo saludó, pero no obtuvo respuesta.

Oscar presentía que algo no funcionaba del todo bien...

Llegó a la oficina del comisario, y llamó. Como no escuchara nada del otro lado, abrió la puerta y entró.

El comisario se hallaba sentado en su escritorio firmando unas planillas. Oscar comenzó a contarle lo del accidente, pero el comisario no le contestaba...

Al mirarlo con detenimiento, observó que tenía la boca cosida.

Aterrado, Oscar abandonó la oficina, y salió a la calle. Vio allí que el agente que estaba en la puerta tenía igualmente cosida la boca.

Una mezcla de curiosidad y pánico se apoderó de Oscar. Su temor fue en aumento cuando, al recorrer el poblado, se dio cuenta de que todas las personas tenían la boca sellada de igual forma.

Oscar comenzó entonces una desenfadada carrera por todo el pueblo buscando alguna persona que tuviera la boca libre de aquel extraño fenómeno.

En medio de tanta locura, Oscar comenzó a recordar las palabras de aquel joven: “Algún día, señor, usted sentirá una verdadera necesidad de

Aquella advertencia se convirtió para Oscar en una macabra maldición.

Oscar, desesperado, iba de un lado a otro del pueblo, pero todos poseían aquel extraño maleficio.

De pronto, un grito comenzó a llenar el aire. Un solo grito, continuo, agudo, desesperante... un grito que pronto doblegó las fuerzas de Oscar, quien cayó de rodillas sobre el piso, tapándose infructuosamente los oídos...

Ese grito se transformó de pronto en el timbre de su casa. Cuando Oscar abrió los ojos, se encontró tendido sobre su cama.

Tardó todavía unos segundos en despertarse totalmente.

Se levantó. Sudaba copiosamente, y aún su mente recordaba flashes de aquella extraña pesadilla.

Fue hacia la heladera, y tomó una lata de gaseosa, cuando otro timbrado le avisó que había alguien en la puerta.

Abrió la puerta y... ¡cuál no sería su sorpresa!... Frente a él se hallaba ese joven que tanto conocía.

El joven le dijo a Oscar que solamente venía a disculparse por lo inoportuno de sus palabras del día anterior, y que comprendía la actitud de éste por haberse enojado.

Oscar le respondió que era él el que debía pedir disculpas, ya que ahora había comprendido que no podía vivir siendo tan parco y poco sociable.

El joven se despidió de Oscar con una amplia sonrisa, que parecía indicar que el deber estaba cumplido.

Oscar salió para preguntarle de dónde venía, pero no pudo encontrarlo.

Solamente vio en el cielo una nube muy blanca y muy brillante que se alejaba en dirección contraria al viento...

*Sergio Martínez
Argentina*

Ama de casa

Había terminado de barrer y trapeado el piso de la cocina. El aroma a pino del limpia piso le dio sensación de estar al aire libre y no encerrada en su casa. No bien concluyó esa tarea y sin haber descansado un minuto llega Martín, su hijo mayor, pidiéndole la merienda porque tenía que ir a la casa de un amigo para hacer un trabajo juntos. Aun no la había engullido cuando oyó los gritos de Ana, su hija del medio, avisándole que ya había llegado. Con esos gritos pensó la pobre madre cómo para no darse cuenta. Ni lerda ni perezosa se enmantecó dos rebanadas de pan con mermelada y se tomó dos tragos de agua. Su madre le ofreció prepararle el té con leche. Adujo estar apurada porque debía ducharse y prepararse ya que salía con otras amigas. Suspiró la madre. Todos salen menos yo que sigo atada acá. Miró su reloj viejo y calculó el ingreso del menor. Éste le avisó que ya había merendado en el colegio y se iba a descansar un poco. Bueno, un poco de paz al fin, pensó y se sentó. Parece que su reposo finalizó pronto. Su marido le avisa que quiere cenar temprano porque está exhausto luego de un día laboral. Se filtró un gesto de disgusto en su cara. Resignada se dispuso a prepararla. Prendió la radio para que le hiciera compañía.

Al llegar su marido puso la mesa para los cinco. Salió al pasillo para avisarle a los hijos que estaba servida la cena. Sólo los varones. Ana avisó que cenaba con la amiga y volvía tarde. Su marido como era su maldita costumbre comió y se fue al living- comedor a ver un partido de fútbol. Ni una palabra con ella. Claro era una estatua. Pero no una de adorno. A veces querría comprarse un robot. Total, no ameritaba una conversación. Preguntarle cómo

varones ya estaban en su cuarto. Fregado los cacharros de la cocina. Se sentó amargada rumiando los tristes días de su existencia. Todos los días que desplegaban la misma rutina. Desde su casamiento, la maternidad, la crianza de sus hijos, los mandados, la limpieza, etc., habían ocupado su vida que languidecía en una vida anodina. ¿En qué se había convertido?

¿Se reducía a eso? ¿No había ninguna gratificación para ella? Sólo era una mucama, cocinera, fregona, y nada más. No se quiso dar más manija con este pesimismo, pero advertía que la juventud ya se había fugado. Estaba agradecida porque gozaba de buena salud, sus hijos y su marido también. Así mismo, que se había casado con un hombre honrado, trabajador y fiel. Pero sentía que su realidad corroía su autoestima. Ni siquiera pudo tener amigas. Cada una de sus viejas conocidas o compañeras tenían también sus ocupaciones. Desconocía si ellas tuvieron un poco de mayor fortuna personal. En fin, se dijo, todo es monótono. Una cotidianidad nefasta. Triste, sola, perdida en sus pensamientos destructivos. Se cansó de los “me hubiera gustado hacer tal o cual cosa” porque las ideas son destructivas y quedan como huellas vacías o arrugas. Al fin, se obligó a irse a dormir. Trató de relajarse a pesar de los ronquidos del hombre con quien dormía. Se habían fugado hasta los pocos momentos íntimos.

Un día su marido vino con una novedad: iba a venir Jorge, un amigo muy querido de la infancia que vivía en el interior, para hacerse unos estudios y que le habilitara el altillo porque se quedaría unos días. Bueno se dijo con resignación, otro más para atender. Cuando llegó quiso prepararle el desayuno, pero la sorprendió invitándola a sentarse que él lo prepararía. Mientras lo hacía inició una charla amena. ¿Qué era de su vida? ¿Qué le gustaba hacer? No supo contestarle. Quedó desconcertada. ¿Qué decirle? ¿Manifestar

sus pensamientos negativos? Rebuscó en su mente gustos postergados. De pronto se encontró dialogando agradablemente con ese desconocido. Le pareció simpático, agradable y conversador. Es como si se hubiese elevado una esclusa y salían borbotones de agua contenida. Hasta que salía y salía más serena convirtiéndose en un lago placentero de navegar. No podía estar más contenta. Así habló y habló hasta se rieron. Hasta sus hijos no reclamaban su atención. La presencia de Jorge los obligó a prepararse solos sus desayunos. Aleluya, pensó, que dure su estancia. Cada día que transcurría era un gozo inesperado. El amigo Jorge no sólo no molestaba, sino que era colaborador. La ayudaba a poner la mesa, a preparar las cenas, y sobre todo distrayéndola con su charla amena. Hasta un día le trajo un ramo de flores para agradecerle el trabajo extra ocasionado por su presencia. Estaba fascinada. Hasta su marido había cambiado su horrible costumbre de ver fútbol después de cenar.

Hasta que Jorge terminó sus estudios y debió regresar a su casa. No fue en vano. En la primera cena estando toda la familia reunida les lanzó su gran novedad:

Familia, les aviso que voy a retomar mis estudios. Así que a partir de hoy cada uno colaborará en la casa.

Teresa Elsa Domínguez
Argentina

Bruja

Texto original. No hace falta saber el contexto, aunque ayudaría saber que la historia puede que se haya desarrollado entre el siglo XVI o XVII en algún pueblo perdido de la Europa septentrional.

Los niños la mirábamos desde la lejanía, esa extraña y horrible mujer de uñas largas, sucias y pies descalzos que en los peores inviernos andaba caminando por las márgenes del lago mientras cantaba alguna tétrica canción de cuna. Eternamente cubierta por una capucha y una capa negra cuyos bordes siempre estaban llenos de cadillos y restos de barro seco o húmedo.

Escondía su rostro, la mayoría de las veces, deforme como era. Decían que tenía colmillos invertidos y puntiagudos como los cerdos salvajes, otros rumiaban que no tenía uno, que todo era un agujero negro por el que se tragaba el alma de las personas. Pero lo cierto es que sí lo tenía, yo lo llegué a conocer.

Llevaba siempre un bulto envuelto en tela blanca, agarrado con fuerza y aprisionado contra el pecho como si se tratara de un tesoro muy preciado. Sin embargo, en alguna ocasión, la habían atacado ladrones de poca monta, solo para darse con que no había ninguna cosa de valor allí, apenas un montón de pétalos de flores, todos marchitos; lo que siempre causaba la ira de los delincuentes. Y, la "bruja", así apodada por todos, recibía unos cuántos golpes por haberlos ilusionado a lo tonto.

Nadie conocía bien su historia, o todos tenían una versión distinta y no se ponían de acuerdo. Algunos decían que era una mujer que se había vuelto loca porque en un arranque de celos mató a sus hijos gemelos ahogándolos en un estanque, otros decían que era una hechicera, que solía hacer trabajos de magia negra y satanismo y que estaba poseída por un demonio que le había desfigurado la mitad de la cara, o que había hecho un pacto con el diablo y quedó loca cuando lo conoció. Los más perversos decían que se había acostado con un párroco y la ira de Dios recayó sobre su pecado marcando su cara.

Siempre andaba sola y lejos del pueblo, como si lo evitara. Supongo que era lo lógico ya que en varias ocasiones había sido testigo, y en alguna partícipe, de las apedreadas que recibía. Nadie la quería cerca, decían que atraía la mala suerte y en general los niños le teníamos un miedo irracional.

Nos desafiábamos a ver quién se le acercaba más. Yo nunca me había animado a estar a menos de veinte pasos de distancia, se me erizaban los vellos del cuerpo cuando se nos acercaba porque algún cascote le había hecho daño. Nos convertíamos en un tropel de gritos y piernas corriendo ligero, mientras escuchábamos a nuestras espaldas sus gruñidos y lamentos.

La bruja no hablaba, lo que la hacía más terrorífica, parecía como si estuviera gritando a la nada mientras levantaba una mano o la otra y la ondeaba en el aire, tratando de atrapar figuras que eran invisibles para la gente normal. Solían decir que sabía imitar muy bien los sonidos de animales, pero otra gente decía que escucharla era para quedar maldito, porque ella hablaba el lenguaje de los demonios.

Más de una vez había tenido pesadillas con ella. Me veía atado sobre una bandeja enorme, de plata, mientras ella cortaba partes de mi cuerpo y me devoraba. Las noches que soñaba esos horrores... mojaba la cama.

No miento si digo que todos en lo profundo de nuestros corazones (incluso el párroco George, lo sé porque lo escuché a la salida del sermón dominical hablando con mi padre detrás de la iglesia), deseábamos fervientemente que esa harapienta alma en pena muriera de una buena vez y dejara de estorbarnos las visitas al lago.

La vida de todos sería mejor si ella pudiera desaparecer, eso sentíamos. La bruja representaba todo aquello de lo que uno huye en esta vida. Miseria, locura, suciedad, soledad, horror. La inquisición no reparaba en ella, decían que mejor expiara sus pecados sufriendo en vida. Al crecer entendería que no había nada más para arrebatarle, que cuando no hay un beneficio para sustraer, eres invisible hasta para las flamas de las antorchas.

Y aunque había lobos y osos en los bosques, la bruja parecía inmune a sus ataques, eso reforzaba la teoría de que ella tenía un pacto con el diablo o algo así. Decían que solía criar gatos en la casucha donde vivía en los alrededores del lago, que luego los ofrecía en rituales paganos como ofrenda a sus dioses. Mucho efecto no producía, solo bastaba mirarla una vez para darse cuenta que vivía en la pobreza más austera. Aunque cosas como el calor o el frío no parecían afectarle en lo más mínimo.

Me desentendí de su existencia, como la mayoría de los pueblerinos, en especial cuando estuve abocado a mis estudios de médico. Mi buena cuna me permitió estudiar y luego ejercer una profesión para la que había nacido, la que siempre sentí como mi vocación. Luego de mucho esfuerzo, logré obtener mi ansiada licencia, pero al ser nuevo tuve que

ganarme el respeto de mis pares y superiores, trabajando en los lugares menos agraciados.

Cierta noche invernal, fui convocado con urgencia a asistir a personas que habían sido partícipes de un accidente de carruaje. A decir verdad, fue más un susto, ya que no había personas que corrieran peligro de muerte, excepto una, la que había sido golpeada por el transporte. El cochero había dicho que le parecía haber golpeado un perro, que el mismo había rodado cuesta abajo hasta una cuneta cercana. En medio del barullo de los cuatro pasajeros que se encontraban aún alterados, llegó hasta mí un pequeño y breve lamento, tal como un hilo entra por el ojal de una aguja, ajustado y diminuto. Giré mi cabeza y cuerpo, y me dirigí al epicentro del sonido.

Cuando la lumbre de la lámpara vació su luz sobre el cuerpo, noté aterrado que no se trataba de ningún animal. Era un cuerpo humano, a decir por los pies desnudos que se dejaban vislumbrar al final de una maraña de telas roídas y harapientas. Descendí al lugar, importándome poco el barro, o la nieve, y la capturé en mis brazos. Era ligera, era una anciana, y bastante sangre le salía de un costado de la cabeza.

Por la adrenalina no lo noté en un principio, pero al llegar al hospital la confirmación fue contundente. Era ella, "la bruja", sucia, maloliente y desgredada, las uñas azules por el frío, los ojos ciegos, la boca despoblada y la piel curtida de tanto maltrato. Se hacía un ovillo sobre sí misma, como un caracol que busca meterse en su caparazón.

– No va a sobrevivir.

La voz provenía de mi mentor y guía dentro del nosocomio para albergar los enfermos mentales y las vergüenzas de la gente del pueblo, allí donde nos habían mandado a foguear nuestra experiencia de médicos novatos.

– Déjala, no tiene remedio, ve a descansar que mañana tendremos un día pesado – me dijo. Y se retiró sin mirar una sola vez atrás.

Era consciente de que no le quedaba mucho, pero dudé antes de retirarme. La observé de nuevo. Ella estiraba su mano en el aire y se quejaba bajito. Fui hasta el boticario y le pedí una fuerte dosis de morfina, regresé y se la coloqué. De seguro me hubieran regañado de enterarse, aduciendo que era un desperdicio de recursos en alguien que no tenía posibilidades de sobrevivir, pero no pude evitarlo. Le acerqué un vaso con agua que ella bebió con avidez, para luego sonreír con una alegría que me dejó estupefacto.

Con sus huesudos dedos se aferró a mi muñeca, sentí el frío de la muerte en ese toque, su mano temblaba ligeramente, trató en vano de enfocarme con esos ojos gastados y vacíos, y soltó una sola palabra que tuvo el efecto de atravesarme el cuerpo como una lanza afilada.

– Gracias.

Fue como si me hubieran partido en gajos.

Ella que tanto tenía para reprocharnos a nosotros, a los que la segregamos, los que la dejamos de lado, los que la apedreamos y volvimos su vida miserable. Ahora se despedía de este mundo con esa sincera y casi angelical acción de gratitud de la que no me sentía merecedor.

Lloré como un niño perdido sobre su pequeña y arrugada mano, esperando que el arrepentimiento que sentía fuera capaz alcanzar a su alma.

Al final, los verdaderos demonios... siempre fuimos nosotros...

Marisol Massola
Argentina

Por un puño

- Si a vos te parece.
- Es una cosa que no tiene sentido.
- ¿Sabes si alguien lo consiguió?
- Mira, nunca averigüé sobre una cosa así.
- Yo lo voy a conseguir y después vemos.

Marcelo y Jorge estudiaban juntos. El fútbol, una pasión que también compartían varias tardes a la vuelta del colegio. Una plaza a dos cuerdas de la escuela los juntó varias veces, en diferentes picados. Sentado en un banco, José daba indicaciones.

- Eh, muchacho. Le dijo a Marcelo
- Estoy en una prueba de jugadores, si quieren se pueden sumar.

Los dos aceptaron. Marcelo fue al arco y Jorge de cinco. A poco de andar la pelota Marcelo comenzó a gritar a sus compañeros.

- Miren a los jugadores, no a la pelota.

Relató varias jugadas e incluso elogió al árbitro como así también a sus compañeros. En tanto, Jorge cumplió un gran desempeño casi en silencio. Marcó, quitó, tuvo el balón en “ , y tres tacos de “zapatería “

-Eh, hasta cuándo. Gritó José.

Los jugadores fueron a reclamarle al juez. El árbitro se sorprendió y José más. Se dirigía a Marcelo.

-Juga, habla menos.

Llegó una pelota “llovida“ al área. El pronóstico meteorológico no había anunciado “balones sobre el arco“ de Marcelo. Medio metro por arriba de la cabeza, el balón comenzó a caer de costado, él estiró los brazos hacia el segundo palo para volar y con el puño de la mano derecha la tocó, rozó el palo para terminar enroscada entre la red y el palo del lado de afuera del arco. Con Jorge intentaron varias veces “piruetas“ en las jugadas y estaban detrás de “ modificar y sorprender “ a partir de las agudas observaciones que hacían como verdaderos estudiosos de la técnica y táctica.

Así fue como Marcelo “no quiso habilitar más rivales “con rechazos al medio cuando no podía agarrarlas y Jorge decidió que“ no estaría más en el medio “ sin compañía. Para ello, se volvió hacia el arco.

-¿Achican el arco, o ponen dos arqueros ?

Jorge se paró en esa mitad, ahora sí, mientras Marcelo, en la otra.

-¿Y en el medio?

-Nadie.

¿Del arco?

-Tampoco.

Jorge inventó “una nueva función“ con un “arco más chico“ mientras, Marcelo pasó a ser reconocido como “ uno de los puños más largos “ y “ el del rechazo más corto hacia los costados .”

Se tocaron el “puño” entre ambos, con la mano cerrada antes que quien esto escribe doblara el “puño“ de la camisa.

Cerré el puño y las teclas sólo escribieron esto.

-Si no abris la mano no habrá palabras.

A las cuatrocientas cuarenta anteriores le siguieron estas. Cuatrocientas cuarenta y ocho.

Diego Lanis
Argentina

Un día de furia blanca

1. El calendario marca el mes de junio de mil novecientos cincuenta y ocho. Presiento otro día de calor agobiante, húmedo, en San Petersburgo en el sur de Estados Unidos. Memphis tiene diecisiete años, vive con sus padres, Joseph y Sophia, afroamericanos, en una modesta casa de gente trabajadora, en un barrio solo para gente “de color”.

Disfruto sentarme para pensar bajo la frondosa copa de un musgo español plantado por mi padre a pocos días de mudarse, hace veinte años. Mi mirada como perdida se centra en ese cielo con sol ausente y nubes de variadas formas que perturban mi pensamiento obsesivo. No me caben dudas que es el día indicado para lo que vengo pergeñando desde hace tiempo...

Descubro una nube que parecía estar suspendida en el cielo, como colgada, inmóvil, una figura perfecta de una paloma sosteniendo en su pico un ramo de olivos. Es la figura bíblica del símbolo de la paz.

¡Hoy es el día!, digo con seguridad, en voz baja y apretando los puños de mis manos.

Voy a mi habitación, tomo mi pequeño bolso con los colores azul y dorado y el escudo del Gibbs High School, guardo un short de baño, una toalla y sandalias. Evito dar mayores explicaciones a mis padres acerca de lo que iba a hacer durante la mañana y el lugar donde me dirijo. –Voy a pasar el día a la casa de Jordan, regreso por la tarde. Justificando mi salida. –Cuidate hijo y no llegues tarde. Me pide mi madre.

Subo al autobús, pago el boleto y busco un asiento libre en la parte trasera, donde se nos permite ubicar a los de nuestra raza. Miro a una abuela de piel curtida y ojos que expresaban tristeza, un hombre con su vianda que seguramente se dirigía a trabajar, una mujer con varias bolsas con alimentos, todos en silencio y con expresiones de cansancio en sus rostros. No dudo que no se trata de agotamiento físico, sino de acostumbamiento al maltrato y humillaciones, difamaciones, comentarios ofensivos o despectivos. Y eso debía cesar...

Al pasar el autobús por la puerta del colegio no puedo evitar recordar las palabras de mi profesor preferido, Jackson, quién en alguna de sus clases sostuvo: “... Señores esta institución respeta a alumnos, sus familias y personal sin distinción de razas. Y eso, es motivo de orgullo...”. Esas palabras operaron en mí como disparador motivacional.

También viene a mi memoria el mensaje de mi padre el primer día de colegio, “tus antecesores nacimos esclavos. Mi señor era un prestigioso escritor educado en los mejores colegios y traductor para los franceses en época de la colonización. Sus tierras parecían no tener límites... tal vez hasta donde se ponía el sol. Tenía esclavos, animales, plantaciones, su casa era un castillo, todo lo que una persona de clase alta pueda ambicionar. Mi madre le pertenecía y compró de muy joven para cuidar los animales, a quien con el tiempo sería mi padre. Así se conocieron tus abuelos. Ni tu madre ni yo tuvimos oportunidad de concurrir a un colegio. ¡Nuestro orgullo sos vos! Hoy inicias un camino muy importante... ¡no lo malogres!

A pocas cuadras me esperaba la pileta de natación municipal. Es la primera vez que siento miedo en mucho tiempo, pero por mi cabeza no pasa dar marcha atrás de mi decisión de la que estoy totalmente convencido. Solo me preocupan represalias hacia mi familia y hermanos de raza.

Ingreso al natatorio ante la mirada atónita de los que se encontraban en la puerta principal. -Señorita, buen día. Quisiera un boleto para el uso de la piscina. – ¡Buen día señor! Por supuesto, la entrada tiene un costo de cincuenta centavos de dólar. Me mira la empleada como aprobando la situación, entregándome el ticket con una sonrisa cómplice. En el vestuario recibo miradas hostiles como puñales o, en el mejor de los casos, indiferentes. Lejos de declinar, me alienta a continuar.

En el tránsito por el borde de la pileta a paso lento, seguro, con la frente alta, la toalla blanca sobre mis hombros firmes, veo que las miradas y gestos también están divididos, como cuando se divide el mar del río. Algunas mujeres y casi todos los jóvenes blancos transmitían aprobación o indiferencia y la mayoría de los hombres, un fuerte rechazo. Solo recibo un gesto claro de aceptación de parte del guardavida.

Esos cincuenta o sesenta metros caminados por el borde de la piscina me parecen eternos y a las cuatro y cinco de la tarde como marca el reloj que se encuentra en una de las paredes laterales, descendiendo por la escalerilla al territorio prohibido para las personas del color de mi piel.

Me siento satisfecho, logro doblegar, vencer la vejación y desprecio de ese cartel que cuelga en el ingreso al predio “NO NEGROS”.

Tommy, el salvavidas, cuando observa venir al gerente furioso con bidones de cloro en sus manos, ordena a todos los que se encuentran en la pileta de natación salir inmediatamente. Yo soy el último. Arroja litros de “desinfectante” y “odio”, para “purificar el agua”, al mejor estilo nazi-fascista. Salgo del agua con la misma serenidad como entré, sin contestar la provocación. Paso por delante del administrador, ignorándolo. Me espera un vestuario silencioso. Me cambio, armo mi bolso y mi salida es de idéntica forma que mi ingreso, con la frente bien alta, sin arrepentimientos. Mi satisfacción es entender que, con mi actitud pacífica pero firme, represento a millones de personas. ¡La misión valió la pena!...

...

Las nubes ya no están, un cielo diáfano de un celeste intenso y el sol espléndido, enmarca un homenaje al valiente joven que intentó reparar, a su manera y dentro de sus posibilidades, una injusticia de siglos para los suyos. Ese granito de arena fue un aporte a un cambio que se venía gestando para lograr un mundo mejor, más justo, aún consciente que la segregación entre blancos y negros persistiría. La tristeza de convivir con ese lema tramposo “separado pero igual”, fue un intento de morigerar para sostener por décadas el racismo.

“Tengo un sueño, un solo sueño, seguir soñando. Soñar con la libertad, soñar con la justicia, soñar con la igualdad y ojalá ya no tuviera necesidad de soñarlas”.

Martin Luther King.

*Ricardo Francisco Covlli
Argentina*

El gran maestro de ajedrez

Ahora que después de tantos años se había convertido en un prestigioso gran maestro de ajedrez y tras haber recorrido el mundo entero envuelto en los triunfos, sintió el deseo de visitar el pequeño tallercito de ajedrez de la escuela donde estudiaba cuando era niño.

Al arribar al pueblo humilde y remoto donde había vivido, observó que todo había cambiado y no lo reconoció. Las calles de tierra habían sido asfaltadas y las humildes viviendas de aquel entonces, habían sido reemplazadas por casas residenciales.

De pronto, vio la escuela. Era la misma donde después de haberse capacitado en el tallercito de ajedrez, había partido para recorrer el mundo cuando tenía apenas catorce años. Envuelto en la curiosidad, penetró en ella para observar el local con más detenimiento. Al mirar por la ventana, distinguió en la oscuridad, a los viejos juegos de ajedrez apoyados sobre los pupitres y sobre la pared del frente, estaba iluminado el tablero mural con el cual se había capacitado en aquella época.

Todo se conservaba igual que antes. Ese recuerdo de su niñez lo puso nostálgico y se le humedecieron los ojos, porque le parecía que mágicamente había retrocedido en el tiempo.

Fue al abrir la puerta, cuando escuchó la voz enérgica del profesor de ajedrez emergiendo desde las penumbras del local.

– ¿Estas son horas de venir? Llegaste tarde y seguro que te demoraste pensando como siempre en esas estúpidas historias que rondan en tu mente.

Al escucharlo y volver a la realidad, el niño agachó la cabeza y se sentó rápidamente junto a sus compañeros en uno de los pupitres vacíos. Luego, en el tallercito de ajedrez de esa escuela, emplazada en aquel pueblo de calles de tierra y humildes viviendas donde vivía, comenzó a escuchar la clase con atención. Tenía la esperanza de que algún día podría llegar a ser ese gran maestro de ajedrez que siempre imaginaba en sus sueños.

Nestor Quadri
Argentina

La revancha

La cancha del Crespín Fútbol Club, ubicada en las afueras de Colonia El Crespín, tenía una particularidad: solo una calle la separaba del Cementerio Comunal. El motivo era que Don Onofrio Sojola, un productor local y socio fundador del club, había donado un par de hectáreas de su campo para la construcción de dicho estadio. Eligió para ello las más próximas a la zona urbana, razón por la cual se dio esa curiosa vecindad.

Los domingos por la tarde, el "centro" del pueblo se mudaba al sector sur del mismo. Los futbolistas, de un lado de la calle, y los santos difuntos del otro, convocaban a casi toda la población.

Don Onofrio fue el primer presidente del Crespín Fútbol Club, como reconocimiento a su valiosa donación. Cuando falleció, a edad muy avanzada en una mañana estival, la institución decidió realizar un cuadrangular amistoso en su honor, con una copa en juego que llevaría su nombre.

Invitaron a tres clubes de la zona y programaron dicho torneo para febrero, antes del inicio de la actividad oficial. Debido a las altas temperaturas, los dirigentes optaron porque el torneo se dispute en horario nocturno, algo totalmente inusual aun disponiendo de iluminación artificial.

El equipo local abrió el torneo, homenajes de por medio, frente al Deportivo La Tabá de Villa Verde. Lo que los organizadores no tuvieron en cuenta fue que en el electo visitante jugaba el "Patón" Carbonetti, un líbero de torpes movimientos y con una "patada de mula", según decían los aficionados.

A los quince minutos de iniciado el cotejo, el recio defensor, quien no dudaba en "reventarla" para evitar complicaciones, ya había mandado al camposanto a dos de los tres balones que el club organizador había dispuesto para el evento deportivo.

El nuevo Presidente del Crespín Fútbol Club envió al utilero a cruzar la calle y solicitarle al guardia del cementerio permiso para buscarlos. El asistente empalideció y se negó, no solo a ingresar a ese lugar de noche, sino a arrimarse siquiera a la tétrica imagen del sereno del lugar. El mandamás les solicitó a algunos integrantes de la Comisión Directiva con idéntica respuesta, mientras él mismo tampoco se ofrecía para tal misión.

Cuando promediaba el primer tiempo, La Tabá dispuso de un tiro libre a treinta metros del arco local, que daba espaldas al cementerio. Cuando el presidente vio al "Patón" acomodar el balón, se agarró la cabeza. En ese momento prefirió que la clavara en un ángulo antes de meterla dentro de un panteón...

Sucedió algo parecido a lo segundo: la pelota pasó por encima del travesaño, la tribuna, la calle y el muro del cementerio.

Final del partido y de las actividades nocturnas en el club. El torneo fue reprogramado en horario vespertino.

Al día siguiente, con las primeras luces del alba y antes de ir a su trabajo, el presidente del Crespín F. C. en persona fue al camposanto con la intención de recuperar los balones perdidos. Se sorprendió al hallar el portal cerrado, sin la presencia del sereno. Justo en ese momento se apersonó el guardia matutino. Pidió disculpas por el retraso y le explicó

que debió dirigirse a la casa de su antecesor a buscar las llaves, ya que aquel había huido despavorido por lo sucedido unas horas antes.

Sorprendido, el dirigente escuchó el relato que le contaba que Omar, el vigilador nocturno, oyó ruidos y gritos provenientes del interior del cementerio. Cuando se asomó a ver lo que ocurría, un pelotazo se estrelló en la pared, a escasos centímetros de su cabeza. Allí no dudó. Cerró con llave y escapó del lugar para no volver por el resto de la noche.

El presidente pidió permiso y, acompañado del guardia, ingresó a buscar los balones. Asombrados, vieron varios destrozos en el lugar, desde flores y floreros en el suelo hasta el vitral roto en un panteón. La primera pelota que hallaron estaba pinchada, cerca de los vidrios que la habían dañado. La segunda lucía ilesa. Pero la sorpresa mayor fue al ver, cerca de la tercera y en los fondos del predio, dos pares de mortajas dobladas ante sendos tapiales opuestos, emulando a "los arcos del campito".

El directivo dejó la esférica donde estaba y le pidió al cuidador que haga lo mismo con la deportiva escena. "Compraré otras pelotas para el club. Seguramente, esta noche la revancha será apasionante" comentó.

"Le pediré a mi colega que no se asuste, que es solo un juego", respondió el guardia...

Luego aprovechó la ocasión para hacerle, indirectamente, un reproche al presidente del Crespín por la falta de refuerzos para la institución: "Mejor no los enfrentemos nunca. Es muy probable que estos muertos nos ganen".

Miguel Angel J. Segurado
Argentina

Consecuencias de un sabroso puchero de gallina

Un día el sol no salió en Villa Soler. Ese día no pareció: un día.

Ya eran las siete de la mañana cuando Armando Diaz, el sereno de la cooperativa de luz, extrañado y en el medio del frío invernal, cruzó hasta la plaza Intendente Salvattori.

En la otra punta de la plaza, Benigno Lucero, el panadero, miraba al cielo buscando

un rayito de luz. La farmacéutica Marisol Solari, saliendo de la farmacia de turno "Del Pueblo", escuchó el silencio.

Y en la plaza, se encontraron los tres.

"¿Estará por llover que está tan oscuro?" -arriesgó Marisol.

"No m' hijita, no ve que está todo estrellado." -afirmó don Lucero-, "Acá pasa algo raro."

"Sí, es extraño, no hay pájaros cantando." -dijo la joven.

"¿Y el gallo de doña Esperanza? ¿alguien lo escuchó?" -dijo Diaz y agregó:

"Para mi tendríamos que ir a ver al comisario."

Caminaron, en una cerrada oscuridad, hasta la vieja comisaría.

"¿Qué andan haciendo por acá tan temprano? ¿Pasó algo?"

"Y...no amaneció."-contestaron a coro.

"¿Cómo va a amanecer si todavía no cantó el gallo de doña Esperanza?..."

¡¡¡Pero pucha!!!, a esta hora ya tenía que haber cantado." -reflexionó el uniformado.

"Andará atrasando el gallo." -dijo el sereno.

"¡¡Habrá que ponerlo en hora!!"-sentenció el comisario.

Doña Esperanza tardó en responder los golpes a su puerta.

"¿Quién es? ¿Quién molesta a esta hora?"

"¿Doña Esperanza? soy el comisario. Venimos a ver qué le pasa al gallo, que no canta y nos está retrasando el amanecer. Usted sabe que es el único gallo cantor de Villa Soler."

Todos entraron a verlo. Allí estaba, con el pico apoyado en un ala, triste, con la mirada perdida.

"Algo le ha pasado a este gallo, mírelo ¿no lo ve caído? ¿Estará cansado? ¿afónico? ¿tal vez alguna desilusión amorosa?" -dijo preocupado el panadero.

El gallo, al escuchar el último interrogante, clavó sus ojos en el panadero.

Doña Esperanza trató de reanimarlo.

"Déle Gardelito, ¿qué le pasa? ¿por qué no me canta? A ver : ¡qui-qui-ri-quí!

¡qui-qui-ri-quí! ¡qui-qui-ri-quí!"

"Estará cansado nomás, anoche estuvo molestando hasta tarde, no nos dejó comer el puchero tranquilos."

"¿Puchero? ¿puchero de qué?" -interrogó el comisario cerrando el ojo derecho.

"De gallina. Puchero de gallina."

De repente el gallo se largó a llorar.

"Seré curioso doña Esperanza, ¿compró la gallina en la granja El Amanecer o...?"

"¡¡No!!...era una gallina de las mías." -interrumpió la dueña de casa.

El gallo, ahora, lloraba desconsoladamente.

"¡Lo que ha hecho! se ha comido a la novia." -le dijo en voz baja el comisario, cuidando que el gallo no escuchara.

"¿Y me vas a llevar presa por eso che?!"

"No, pero hay que conseguir que este gallo cante. Si no canta no va a salir el sol, y si no sale el sol la gente no se va a despertar nunca."

"Bueno, vayan; que si no amaneció yo me vuelvo a la cama." -apuró doña Esperanza.

Mientras todos dormían, ellos caminaban por las calles del pueblo buscando una solución.

"Yo tengo un perico, no es lo mismo, pero...a lo mejor..."-comentó Marisol.

El tiempo fue pasando y en Villa Soler todo era oscuridad y silencio.

Coincidieron en que, agotadas sus posibilidades, era hora de recurrir al profesor Zenón Imo.

Don Zenón era un poco de todo: profesor de ciencias de la aglomeración, decorador de ladrillos ambivalentes, moderador de transbordadores anaeróbicos, intensificador de hornos agraciados, veedor de pensamientos disyuntores e instrumentador de meriendas orientales. Nadie sabía cómo hacía pero, don Zenón, nunca dormía.

"Yo pienso, reflexiono, medito y llego a la conclusión que estamos ante un serio problema, dilema, conflicto." -dijo en voz alta el profesor.

"Tal vez, quizás, a lo mejor, convendría olvidarse de este animal y probar con otros medios, que hagan iluminar al sol, febo, astro rey...yo digo, comento, menciono, que se podría confeccionar una laaaaaaaaaaaaaaarga escalera para llegar hasta él; una vez allí buscar cómo encenderlo, seguramente cuente con un interruptor, lo ideal sería que el que llegue hasta allí sea electricista, especialista en soles y lunas...claro que podría ser que se haya quemado la bombita y ahí ya se complicaría llevar otra de similares características...o, tal vez, si el año que viene me comunicara, contactara, hablara, con el profesor Anthony Mon, que estuvo más cerca del sol, cuando hizo, concretó, realizó, aquel viaje en avión..."

"¡¡Profesor !!!" -interrumpió el sereno, que no estaba tan sereno. - "¡¡Es algo urgente!!"

"Entonces propongo, que un tercero, otro, alguien, reemplace a ese animal defectuoso."

"El chanco está ronco." -advirtió don Lucero.

"Y el perico no quiso.", afirmó la joven.

"Yo pregunto, cuestiono, planteo: ¿no será hora, entonces, de ir a buscar, rastrear, ubicar, al gallo de otro pueblo?" -concluyó el erudito, intelectual, sabihondo.

Decidieron ir en busca del gallo de Arroyo Verde, el pueblo más cercano.

Se comentaba que era el más puntual de la zona y que jamás había dejado de cantar.

Muy pronto estuvieron de regreso en la casa de doña Esperanza. Los dos gallos cruzaron sus miradas, el de Arroyo Verde caminó a paso firme, moviendo la cola; con la cabeza erguida y el pecho inflado. Atrás lo seguía un cortejo de pulposas gallinas blancas. Se ubicó en el preciso lugar donde todas las mañanas cantaba el gallo de Villa Soler. Hizo unas gárgaras con agua de charquito, afirmó sus pies sobre la tierra, infló aún más su pecho, levantó sus alas y...no cantó.

Su dueño se acercó preocupado, el gallo pareció decirle algo al oído.

"Extraña." -sentenció el vecino de Arroyo Verde.

Gardelito sonrió hacia un costado, suficiente.

En la apurada retirada, los avergonzados vecinos, olvidaron una de aquellas rechonchas emplumadas batarazas.

"La más linda." -dijo Gardelito mientras caminaba alrededor de ella observándola.

Hubo un cruce de miradas. Fue en ese momento que la suerte de Villa Soler cambió.

El gallo cantó y cantó y cantó y, al fin, amaneció.

La gente comenzó a despertarse y el pueblo retomó su ritmo habitual.

Tanto cantó aquel gallo que, en Villa Soler, el sol brilló -sin parar- hasta la primavera. Y dicen que en Arroyo Verde la noche se instaló para siempre.

*Gustavo Eduardo Green
Argentina*

El pasillo

Curiosamente un día la bautizaron Juana, aunque nada tenía que ver con el nombre que

o Juana de Arco, o Sor Juana Inés de la Cruz, lo cierto es que graciosamente y desde el cariño pasó a ser Juana.

Pero Juana se fue diluyendo, casi sin darse cuenta, sin poder precisar tiempo y espacio, para

volver a ser ella, con su nombre, parada frente al pasillo, ese que ahora prefiere mantener cerrado con la puerta corrediza.

Pasillo que tiene que atravesar cada noche para ir a dormir, porque en ese pasillo convergen cuatro puertas, cuatro dormitorios, cuatro historias.

Tres puertas permanecen cerradas, ahí hoy sólo habitan los recuerdos, las estrellas que brillan en la oscuridad y algún día fueron el marco para acunar los sueños de una niña, alguna figurita pagada en las puertas, algún juguete viejo, unos peluches con ojos grandes, asombrados ante tanto silencio, esperando ser acarreados hacia espacios de juegos que ya no existen.

Juana, que ya no es Juana mira el pasillo, enciende la luz, alguna araña pícaro comenzó a tejer su tela, pero ella interrumpe y aborta el trabajo.

Atraviesa el pasillo, abre la puerta de su cuarto, ha cambiado las sábanas de su cama oceánica inmensa y perfumado la almohada con una de esas fragancias que vende una marca internacional y que dicen que ayuda a conciliar el sueño, ese que se niega a llegar aun cuando llega al conteo de las mil ovejitas.

Prende el televisor, para acortar la noche, se sumerge en historias que no son la suya, vive otras vidas diferentes, en las que no habita tanto silencio, ese mismo silencio que intenta acallar con actividades, con trabajo para llegar agotada al final del día.

Juana ya no es Juana, ni tampoco la que fue, ahora intenta reconocerse, re-crearse en esta nueva realidad. Desayuna con una amiga, que también vive sola, y de pronto contabiliza varias mujeres cercanas en esa misma situación, atravesando la famosa crisis del nido vacío, de la vejez que galopa y la alcanza, para quedarse cubriendo de blanco su cabeza, blanco que esconde con modernos tintes, y esa piel caprichosa que se niega a obedecer a las cremas para las arrugas, sus manos tiene surcos dibujados, parecidos a los de su madre, aparecen esas famosas “manchitas de la edad”, todo parece complotarse para denunciar el paso de los años.

Recorre la casa, grande, muy grande para una sola persona, analiza los riesgos de los accidentes domésticos en las personas mayores, a veces sus cervicales le provocan mareos, quizás sea necesaria una barra en la bañera de donde poder tomarse si algo pasa durante la ducha.

Ya no va a los supermercados, no hay más compras familiares, tampoco cocina, escribe, lee un libro, sabe que a su edad no es bueno no tener con quien hablar, que la soledad puede ser riesgosa, pero las alternativas son pocas, los días muy largos y los silencios muy profundos. Sus dos perros la acompañan, la observan, la siguen pareciera que quieren preguntarle qué sucede, quizás también tengan miedo que ella desaparezca y se queden solos ellos también. La acompañan al baño, al patio, al dormitorio, se sientan a su lado cuando almuerza, la miran asombrados cuando cierra la puerta de calle y sube a algún taxi, la ven alejarse desde la ventana y parecen pedirle que regrese.

Juana que no es Juana y tampoco es la que fue, hoy es esa mujer que intenta aprender a vivir de otra manera y que el pasillo silencioso, con tres puertas cerradas no duela.

Maria Cristina Pereyra
Argentina

Tanti auguri a me

30 de agosto de 1906, apenas podía adivinarse la fecha dibujada en el papel vez y para siempre.

-Te lo dije, yo sabía que lo había guardado muy bien – murmuró Rosa triunfante mientras una mueca de alegría apareció entre sus arrugas.

Hacía meses que una y otra vez , en los vaivenes desacompañados de su memoria, buscaba un lugar, un momento, algo que le devolviera la seguridad de que todo había tenido un comienzo, intentando ordenar desde allí alguna cosa.

Era invierno todavía, y a pesar de que el día se anunciaba soleado acompañado por ese cielo ultraceleste que tanto me gustaba, el frío se imponía con toda su majestuosidad.

Antes de entrar a la cocina aumenté el calor de las estufas del pasillo y el comedor. Así me sentía más a gusto y sabía que la calidez del ambiente aunque resultara desapercibida para muchos, predisponía los ánimos de otra manera.

Las tareas cotidianas estaban impresas en mí sin necesidad siquiera de dudar un instante, se abalanzaban una detrás de otra sin anunciarse y sin llevarse por delante. Si alguna vez me detenía a pensar, podía sentir que la secuencia coreográfica incansablemente repetida obraba más allá de mi voluntad. Cada detalle resultaba predecible. Pero esa mañana algo que no llegaba a descifrar me detenía dejándome inmersa en la idea de que me estaba olvidando de algo muy importante, entonces sacudía mi cabeza y volvía a mi trabajo.

Después de poner sobre las hornallas las ollas con el agua para las infusiones, estiraba los manteles sobre las mesas y disponía las sillas cuidadosamente.

Era inconfundible el murmullo que desde lejos traía hasta la puerta a mis compañeras, y creo que era justo en ese momento en el que de una vez por todas lograba despabilarme. No sé si era el frío que con ellas entraba, o las historias a medio contar y las risas que por alguna ocurrencia nunca faltaban, o quizás los besos o algún abrazo que me permitía restablecer la última conexión entre mi cuerpo y mi alma.

Comenzaba otro día de trabajo en el geriátrico.

- Cada una en su puesto como cada mañana - pensaba mientras entraba nuevamente a la cocina y empezaba a escuchar las primeras voces conocidas de los que podían llegar por cuenta propia al salón. Mientras contaba en voz alta cuántas tazas llenaría con té y cuántas con café volvía a aparecer esa idea que me detenía y me desconcertaba, no podía recordar lo que me había prometido no olvidar.

Fue el sonido inconfundible que anunciaba la hora en punto en la radio el que me rescató y me obligó a escuchar: - Son las ocho en punto de un nuevo 30 de agosto, hoy saludamos a todas las Rosas en el día de su ... Y creo que ya no escuché más porque un gritito se me escapó al darme cuenta por fin de lo que me estaba olvidando, Rosa y su cara de felicidad descubriendo su partida de nacimiento guardada cuidadosamente entre las toallas de hilo inmaculadas de su ajuar de novia.

Era su cumpleaños y nada ni nadie podría postergarlo.

Todavía no entiendo cómo antes de que el último abuelo se ubicara en su mesa para el desayuno, improvisé una torta que decoré con esas rositas de azúcar que alguna vez compré sin saber por qué, desempolvé los globos multicolores que de algún otro cumpleaños guardé y descubrí arrumbados unos bonetes con motas y voladitos que seguramente alguien donó alguna vez.

Por esas cosas de la vida que no tienen explicación, ese día Rosa se había pintado los labios, lucía su medalla de plata con la virgencita protectora que solo usaba para las grandes ocasiones, se había cambiado la blusa y tenía una sonrisa instalada en su cara que pocas veces pudimos ver.

Quizás por esa coincidencia sin explicación, cuando llevé la torta con la velita encendida cantando el Feliz Cumpleaños hasta ponerla delante suyo, no se sorprendió y siguió el ritmo de la musiquita levantando sus manos con los dedos índices en alto imitando al mejor director de orquesta. Tomó todo el aire que pudo y sopló con fuerza mientras me miraba con complicidad, todos aplaudían y me dijo al oído después de besarla:

_ Tanti auguri a me!!!

Graciela Cresmani
Argentina

“El viaje”

Enrique Martínez > Pau Martínez

11 de mayo de 2016

¡Ya un año, hija! ¿Cómo viene el viaje? ¡Quién habría dicho que te irías tan lejos! Te habría preparado más asados, te habría abrazado mucho más. Por donde andes en estos días, sé que vas a estar sonriendo, y llenando de sonrisas a todos los que te rodean. Te amo, pequeña.

Belén Etzel y (109) amigos saludaron a Pau Martínez en su cumpleaños.

28 de noviembre de 2015

Lautaro Galván > Pau Martínez

21 de octubre de 2015

Hoy me acordé de vos, otra vez. ¿Cómo andás, loquilla? ¿Qué tal el viaje? Se te extraña muchooooo...

Espero que no lo tomes a mal, pero después de todo lo que pasó, necesito borrarte del Face. Sos parte de mí, y siempre lo vas a ser. Y estoy mejor así. Te quiero.

Belén Etzel > Pau Martínez

10 de octubre de 2015

Reina, ya cinco meses. ¿Te acordás cuando discutíamos por horas sobre cómo todo queda bien con aceitunas? ¿Y nuestras charlas sobre qué garpa y qué no en los chicos? Atesoro esas conversaciones, esos chats, esas salidas. Sos mi ángel. Te quiero, hasta el infinito.

Belén Etzel > Pau Martínez

8 de septiembre de 2015

Te fuiste, forra, jajaja. Me dejaste sola. ¡Cómo te extraño! No hay día en el que no te piense.

3 de septiembre de 2015

– Hola, Belu. (Visto)

– ¿Qué hacés, Lauta? =)

– Bien, qué se yo. Otra vez me puse a pensar en Pau...

– Es loco seguir viendo que aparece en Facebook, ¿no? Te juro que hasta consideré borrarla, pero no sé. No quiero.

– Sí, es como que funciona a modo de santuario, como un museo de arena. Pertenece al pasado, revisamos sus fotos, sus comentarios, pero el viento se va llevando cada vez más y más su imagen, el recuerdo... Es extrañísimo para mí verla. No termino de hacer el duelo.

– Me va a pegar duro cuando me aparezca el anuncio de su cumpleaños.

– Y sí. ¿Viste eso de las etapas del duelo? Mi psicóloga dice que ya pasé por el shock, la negación, la ira, y la negociación, pero que estoy prolongando la depresión más de lo saludable. Ella piensa que, en parte, se desvirtuó por esto de la mediación virtual.

– Te entiendo, Lautaro, me pasa igual. Cuesta dejar ir. Entro a cursar, hablamos a la noche.

– Dale, chau.

– Beso.

Lautaro Galván > Pau Martínez

20 de julio de 2015

Consuelan, acompañan, ríen, perdonan, se equivocan, escuchan. Siempre están ahí. ¡ELLOS SON LOS VERDADEROS AMIGOS! Feliz día, ¡te extraño! Siempre estabas ahí para escuchar mis mambos y aconsejarme. En algún momento nos volveremos a ver.

Enrique Martínez > Pau Martínez

29 de mayo de 2015

Mi chiquita, te fuiste demasiado pronto. No hay un día en el que no te llore y no te piense. Te amo, hija.

María Inés González > Pau Martínez

23 de mayo de 2015

No sé si hago bien en escribirte por acá, porque soy de las que habla sola o con ángeles. Uno de ellos sos vos. Es muy fuerte ver tus fotos. Cuesta imaginarse que sos vos, y que ya no estás. Te quiero mucho.

Valeria Inostroza > Pau Martínez

12 de mayo de 2015

Más que una amiga, una hermana. No hay palabras para describir el dolor que siento por tu partida. Seguí brillando, solcito mío. Donde quiera que estés, qepd.

Belén Etzel > Pau Martínez

12 de mayo de 2015

Simplemente no lo puedo creer. Hoy veía los mensajes y no entendía nada. Irradiaste una luz y tenías una alegría increíble. Dios tiene un ángel a su lado. Ahora, descansa.

Pau Martínez

11 de mayo de 2015

Tengo la maldición más grande. Soy inteligente y también muy fea. Sé lo que me espera. Todos se van a casar, coger, tener hijos. Pero nadie va a sentir pasión por mí. Estoy desesperadamente asustada de crecer sola.

Sé que nadie me va a entender. Ustedes no están ahí realmente. Únicamente estoy yo. No hay nadie más que yo en la oscuridad.

Y, la puta madre, ya los extraño tanto.

Pau Martínez (se siente agradecida) con Lautaro Galván y Belén Etzel.

07 de mayo de 2015

Paseando por la capital... ¡Gracias por tanto, chicos! No sé qué haría sin ustedes. =)

(64) Me gusta (13) Comenta

Luciano Sivori
Argentina

La numerosa

Desde el día en que nació, mi hermana tuvo el don de los números. Qué digo, desde antes de nacer.

Mis padres tenían un escudo de familia que decía UNIDAD Y LIBERTAD. Cuando se enteraron que sería una mujer, les pareció un buen motivo para usar esa inscripción. Como Libertad era un nombre algo trillado, decidieron llamarla Unidad.

Esto la marcaría por el resto de sus días. Contaba mi abuela que, cuando mi madre estaba por parir, la partera le decía... un dos tres, respire y puje... un dos tres, respire y puje.

Unidad era una niña sorprendente. A los seis meses empezó a hablar y su primera palabra fue seis. Desde chica se interesó por el tema, siempre miraba los carteles, las

chapas de los autos, las numeraciones de las casas. Así aprendió los números hasta mil, antes de los tres años.

Cuando empezó la escuela conocía de pé a pá los millones. Eso sí, nunca aprendió a sumar ni a restar. Decía que cuando tenía que pensar mucho se aburría. Los números para ella eran como un rompecabezas. Piezas sueltas que, si las acomodaba de diferente manera, cambiaban el paisaje. Eso la divertía, decía que había múltiples paisajes en los números.

Con suma rapidez combinaba cualquier número... dos... veinte... doscientos... dos trillones. Era tan precisa con todo, que mi madre tenía que tener cuidado cuando preparaba sopa. Si la sopa era de letras, no la tomaba. Había que preparar dedalitos. Antes de tomarla contaba uno por uno. Siempre la tomaba fría.

Nunca terminó la escuela, tampoco le importaba. Mi madre era profesora de matemáticas y mi padre astrofísico. No podían con el sufrimiento de tener una hija tan diferente. La llevaron a todas partes: a al pediatra, neuróloga, psiquiatra, a la psicóloga, a una numeróloga. Nadie encontraba solución a su problema. Bueno, el problema era para los otros. Ella tan campante seguía con sus rompecabezas. Eso sí, cantaba las tablas, las cuarenta y también fue niña cantora en la lotería.

Armaba y leía números infinitos. Por supuesto era la admiración de todos. Por eso empezaron a llamarla Unidad, La Numerosa.

Cuando había reuniones familiares, alguien escribía en un papel una ristra de números sin ton ni son y ella, al instante, leía el número completo. Todos aplaudían, brindaban y les decían a mis padres que se tranquilizaran, que era una dotada, que tenía un don especial, que le dieran tiempo, que ya iba a aprender todo lo demás.

Nunca, nadie pudo superarla. A los doce años un vecino la propuso para el Guinness. Por supuesto se presentó a la competencia y ganó. Ahora está en el Libro Guinness de los Récords. Si la buscan, la van a encontrar en la página 123.

En su adolescencia decidió tatuarse el cuerpo. Mis padres se escandalizaron. No podían creer que tuvieran una hija así. Por supuesto, Unidad hizo lo que quiso. Se fue a la Galería Central, acampó allí quince días, pasó por todos los artesanos en tattoo y salió de allí toda tatuada. Cuando digo toda tatuada es eso, toda tatuada, no sé si me comprenden. Toda tatuada con números en todos los sistemas de escritura, chino mandarín, japonés, sánscrito, hebreo, egipcio, árabe... Por supuesto, otro vecino la propuso para el Guinness y por supuesto, lo volvió a ganar. Por ese récord la van a encontrar. Figura en la página 234.

Al mediar la juventud, Unidad sufrió su primera transformación. Su cadera comenzó a crecer, adquirió dimensiones extraordinarias. Tal era su tamaño que no podía pasar por las puertas, ni de frente ni de perfil. Los números que tenía tatuados comenzaron a estirarse y se convirtió en una enorme bola con rayas sin sentido.

Mis padres ya estaban un poco viejos, no se dieron cuenta de nada. Tuve que llamar a algunos albañiles que tiraron todas las paredes para que pudiera pasar. La casa se convirtió en una gran galería. Mis padres y yo nos cobijamos en el galponcito. Llevamos con nosotros el escudo familiar. Unidad dormía en la galería. Por la noche, yo la escuchaba roncar mientras rodaba por el piso.

Así estuvimos un tiempo, hasta que un día, dijo sentirse mal, mareada, descompuesta. Se la veía pálida, perdió su habitual buen humor. Pasó dos días rebotando contra el piso, el techo y al fin se produjo el milagro. Sin ningún dolor comenzó a lanzar miles de números por la boca que se iban agrandando al salir.

Fue una catarata que tapó la zona. Los vecinos se parapetaron en sus casas. Vinieron los municipales a llevarse todos. Eso fue bueno, hicimos donaciones a escuelas, plazas de juegos, orfanatos, hospitales. Los niños y las maestras estaban felices con tantos regalos.

Por supuesto, Unidad quedó con la figura de antes y el buen humor de siempre. La volvieron a nominar para el Guinness y lo ganó. Si la buscan, la van a encontrar en la página 345.

A partir de ese momento, sin ningún trabajo, Unidad soltaba varios números por día. Unos más débiles y otros más rotundos, a veces pequeños y otras veces grandes. No sé por qué, un día decidió juntarlos en el fondo de la casa y dejó de regalarlos. Claro, ya los vecinos tenían más que suficientes y la municipalidad ya había rellenado los baches y empedrado todas las calles con ellos.

Una mañana la vi en el fondo, sentada frente a una pila de números cuatro, mirándolos, pensando. A la noche me dijo que iba a construir una escalera con los cuatros al revés, la más alta que pudiera, que se iba a trepar y que, con esa trepada, iba a ganar otro premio Guinness.

Al día siguiente se presentó en la Escuela de Montañismo. Durante quince días tomó un curso breve. Después fue a una casa de deportes de altura y compró unos zapatos especiales, mosquetones, sogas, arneses, mochila, clavos...

Bien pertrechada, una tarde, en el medio de la plaza comenzó el ascenso al primer cuatro. Todo el vecindario se había reunido para dar fe de la hazaña. Las cámaras de televisión transmitían en vivo y en directo. Cuando llegó a lo alto del cuatro, todos vitoreaban gritando NU ME ROSA... NU ME ROSA... ella saludaba con los brazos en alto. Tardó unos minutos en volver a lanzar otros números, algunos pequeños que no retuvo porque le eran inútiles. Hasta que surgió otro cuatro, parecido a una palestra, esas paredes con salientes que usan los alpinistas para las prácticas del oficio. Lo barajó en el aire mientras iba creciendo y lo encajó rápidamente en el otro. Se acomodó y siguió el ascenso. Así continuó la cosa.

Los números inútiles iban cayendo de lo alto. Los vecinos tuvieron que ir desplazándose por el peligro que corrían. Tal vez alguno podía darles en la cabeza. Los enviados de Guinness y yo nos quedamos cerca, esquivando números. Yo por amor a mi hermana Unidad y ellos por deber profesional.

Se fue haciendo la noche y ella seguía subiendo, ya casi no se la veía. Comenzó a llover y los vecinos se fueron retirando a sus casas, a cenar sopa de dedalitos. Las cámaras de televisión se cansaron de entrevistar y apuntar hacia el cielo, que ya era un muro negro, mojado, sin ninguna estrella. Los del Guinness, protegidos con sus paraguas, se fueron al hotel a registrar la altura alcanzada en la fecha.

Yo me quedé apostada bajo el primer cuatro. Ahí pasé toda la noche, escuchando el caer de la lluvia y los números inútiles. Al amanecer dejaron de caer. Miré hacia arriba y vi que la gran escalera se extendía más allá del cielo. No podía distinguir a Unidad ni el final de

los escalones. Sólo vi algunas nubes... una tenía forma de cuatro. Creo que Unidad me estaba saludando.

Por supuesto que volvió a ganar el premio Guinness. Lástima que nunca bajó a recibirlo.

Si la buscan, la van a encontrar en la página 444.

Ana Maria Figueira
Argentina

La verdad del flautista

Señor juez, juro solemnemente decir la verdad y nada más que la verdad sobre los fraudulentos trabajos que realiza el Flautista, del cual he sido partícipe y víctima a la vez. Años atrás, con mi gran familia, vivíamos en la pradera junto al lago, sin más preocupaciones que disfrutar de la vida. Un día, vino este joven con su flautita y su musiquita y, de uno en uno, nos fue convenciendo que podíamos trabajar juntos y obtener grandes banquetes de la ciudad de Hamelin. Así fue como la invadimos. La gente del lugar ofreció una abultada recompensa para sacarnos y, como en un acto de magia, apareció el flautista. Escuchamos su música, era la clave, y todas salimos al ritmo de su música, que de hecho era bastante desafinada. La cuestión es que, al otro día, el Flautista nos dijo que no le habían pagado, que la gente del lugar había despreciado su trabajo y bla, bla. Nos mandó a invadir nuevamente la ciudad y acabar con toda su comida. Me dio mala espina, así que en vez de ir a comer los banquetes que quedaban, me fui detrás de él. Este susodicho, al que llaman el flautista se enteró de los planes de una reina malvada que envidiaba la belleza de su hija. Armó un complot con la reina y siete enanos, en vez de usarlos a nosotros. Entonces, le hicieron creer a la joven que su madrastra había envenenado una manzana y que la haría dormir hasta que el beso del verdadero amor la despertara, la peor falacia que he escuchado, pero la ingenua joven se creyó el cuento.

Para tener testigos, los siete enanos ayudaron a la princesa en su estadía en el bosque ofreciéndole las instalaciones de su hogar. Aprovechando la situación, la sometieron a las tareas domésticas, y daban fe que la manzana algo malo tenía. Como estaba escrito en el libreto de esta farsa, la reina disfrazada de viejita, le dio la manzana y la princesa se durmió. ¿Qué hacían los enanos con un cofre de cristal para que la princesa descansara? Pero lo peor estaba por venir. El flautista vestido de príncipe la besó y los enanos festejaron, hicieron tanto ruido que la princesa despertó creyendo que era su verdadero amor. Así que ahora éste músico mentiroso tenía fortuna y una joven mujer. Un chanta.

Acá no terminó su afán. Se enteró de un viejo carpintero que quería tener un hijo verdadero. El muy embustero vio las creaciones de este ciudadano y se vistió como uno de ellos. Gepetto, es otro que se creyó el cuento. ¿Cómo una marioneta se va a convertir

en un niño de verdad? La gente anda loca y se cree cualquier cosa. El asunto es que el flautista se quedó con la casa del carpintero y también con la carpintería y su “padre” en una casa de retiro. Yo soy fiel testigo que todo lo antes dicho es la verdad y pido a la autoridad que proceda para que este malviviente esté entre rejas.

Mi asombro fue la contestación del juez: - “Ante las pruebas presentadas y siendo usted Señor Ratienzo el único testigo, le comunicamos que su comunidad no ha presentado ninguna denuncia contra el flautista, es más, desconocen la existencia del mismo, como así también la ciudad de Hamelin. Hemos hablado con la princesa que está felizmente casada con un respetado músico y Gepetto está en una casa de retiro desde que comenzó con las alucinaciones de que tenía un hijo. Por lo cual, usted ha mentido bajo juramento y levantado falsas injurias sobre los accionares del Flautista, respetado ciudadano de esta comunidad”.

Se escuchaba por detrás la música desafinada de ese bribón, mientras que de mis ojos caían lágrimas de desilusión.

Fin

Marcelo Daniel Sosa
Argentina

Alimento

Un padre camina junto a sus dos hijas por la calle Crisólogo Larralde. El sol tibio de otoño pinta de amarillo sus contornos, su andar.

El señor de unos cincuenta años, lleva la mochila de una de sus hijas, y un morral con sus cosas de color tierra de esos que se venden en Jujuy o Salta.

Mientras camina esquivando porteros que baldean las baldosas con aire ausente y triste, se arman ya alguna congestión de autos.

“Es lunes” piensa.

Va de la mano con la más chiquita de las dos chicas que usan uniformes de colegio distintos.

La más grande va adelante y no los mira. Tiene 13 años.

“Ir de la mano con mi hija me hace acordar a la parte del cazador oculto en donde Holden dice que Jane era una chica fabulosa para darle la mano, porque no la mueve demasiado ni la deja muerta, la lleva con cierto ritmo alegre” piensa el padre.

Comparten algo en ese gesto que vale mucho padre e hija para quienes los ven caminar, acelerando el paso tratando de llegar a las 8 de la mañana.

Le viene a la mente un fragmento de un recuerdo, de una película o un comic que quizás es “el eternauta” en donde los seres de otro mundo fallecen cuando van perdiendo las ganas de vivir. Creería que eran los manos que cuando sienten eso se empiezan a apagar, pero después disipo la duda porque recuerdo que aquellos seres cuando sienten miedos tienen una glándula que los hace morir. La hija le soltó la mano mientras pensaba en todo eso.

Vuelve a sumergirse en sus pensamientos “una viñeta increíble del eternauta 2 mostraba a un ser de estos extraterrestres en una casa, con una cafetera en la mano, malherido, diciéndole a Juan Salvo “siglos de civilización humana para hacer este objeto y a nadie parece importarle”.

Pasa un auto con una canción cantada por Luis Spinetta saliendo desde la ventanilla “toda la vida tiene música hoy, música del sol, en el aire” se escucha con una guitarra de duende acompañando.

-Una vez cuando tenía tu edad, vi una película o leí un comic, donde los extraterrestres cuando no tenían más ganas de seguir adelante, empezaban a perder su fuego su energía, y se extinguían- le dice a Chachi que me observa tratando de entender por qué le dije eso.

Luego hace silencio y reflexiona que no eran los manos. Eran otros seres entonces.

Se dice a sí mismo que los adultos de 47 años si tuvieran activado ese sensor de ganas de vivir no sabría quienes superan el filtro.

El efecto dominó de pensamientos lo arrastra a Germán, el padre del morral color tierra, hasta los videojuegos de la década del 80, como el dragonninja o el double dragón en donde los oponentes de turno te dan piñas o patadas debilitándote y perdías energía y la obtenías comiendo hamburguesas o pastillas.

Anabela, su hija de 13 años entra al colegio sin saludarnos, sin darse vuelta, sin ningún tipo de mirada siquiera.

- ¿Cuándo vos seas grande te vas a despedir de mí en la puerta si te acompaño hasta el colegio?

-Nadie sabe el futuro, no se decirte papá que haré- le responde.

La respuesta de Cachi es tan sincera y tan precisa que lo emociona, siente que nada mejor podrá suceder en todo el día. Caminan cuatro cuadras más y llegamos hasta su colegio. Entra sin tampoco saludarme cuando le doy la mochila y la vianda.

Se va caminando hasta la estación de trenes de Barrancas de Belgrano, mira las calles vacías del barrio chino.

“Si la vida es un videojuego donde están las hamburguesas que nos nutren, que nos dan líneas de vida. Los personajes que te pegan o te tiran cosas que tenés que esquivar si creo saber dónde están o quienes son. Pero que nos da alimento. Alimento espiritual, eso no lo sabría decir”

Llega el tren, se sube y continúa en su cabeza la canción de Spinetta que escuchó desde el auto gris que pasó zumbando hace un rato.

“Y a ti amor, te veo tan distante, que no se si correr...no sé si eras mundo entre tanto silencio mientras todo estalla” reverbera la canción entre las paredes de su cerebro.

Mira por la ventanilla las calles de La Lucila, donde alguien pase a su perro y todo parece silencioso y vacío.

Mariano Parnes
Argentina

Soñar despierto

Mis pesadillas se están volviendo reales. "El vacío" (2014), Victoria Schwab

Las Lomitas. Provincia de Buenos Aires. Otoño de 2022.

Esa noche durmió de un tirón hasta las ocho de la mañana. Lo despertó un fuerte sonido proveniente de la calle. Lo producía el motor de un camión o su carga que se golpeaba en el andar sobre el empedrado desaparejo. Miró la hora y se volvió a acomodar en la cama tibia y mullida. Tenía ganas de seguir durmiendo y estaba libre de compromisos hasta el mediodía. Enseguida se adormeció.

Un rato después volvió a despertarse, sobresaltado. Miró el reloj. Eran las nueve y veinte. Se incorporó hasta quedar sentado en la cama. En forma automática encendió el televisor. El aparato se había apagado, vaya uno a saber a qué hora, en un canal de noticias. Cada mañana sintonizaba un rato esa emisora para estar informado. En especial le interesaba saber si algún corte de calles complicaría sus movimientos y el pronóstico del clima para elegir la ropa adecuada para salir.

Ese día no le prestó mayor atención a la pantalla. Estaba nervioso y bastante agitado. Seguía dentro de una historia soñada en los momentos previos al despertar. Si bien, como siempre sucede, le resultaba imposible reconstruir la secuencia de las escenas tal como habían ocurrido, no podía dejar de pensar en ese desconocido onírico, que lo abordó en el garaje de la empresa al bajar de su camioneta. El hombre, al que jamás había visto, estaba parado cerca de una de las columnas. Él no lo vio al ingresar al estacionamiento. Cuando bajó del vehículo el sujeto se le apareció cortándole el paso. Su cara, de tez blanca, algunas arrugas incipientes, nutridas cejas y barba candado prolijamente cortada, o más precisamente la expresión de odio que lucía, le produjeron temor. Cuando el desconocido metió su mano derecha en el bolsillo superior de la campera negra y sacó una pistola, tal vez una calibre cuarenta y cinco, con la que lo apuntó directamente a la cabeza el miedo se transformó en pánico.

“-Me traicionaste-” le dijo el hombre con voz áspera.

Intentó contestar pero no le salían las palabras que pensaba decirle: “Pero si yo a Ud. no lo conozco...”

“-Y lo vas a pagar-” aseguró el desconocido al tiempo que entrecerraba los ojos y comenzaba a mover su dedo índice para ejercer presión sobre el gatillo del arma. El disparo directo a la frente era inevitable. Su cuerpo en forma refleja se contrajo. En ese momento despertó sobresaltado. Había sido tan impactante el sueño que todavía sentía el terror y su corazón latía más rápido que de costumbre.

Tenía gran necesidad de orinar, la noche anterior había tomado algunas cervezas, con Matías y Leandro. Se levantó de la cama y caminó con torpeza hasta el baño en suite. Al finalizar se dirigió al lavabo para higienizarse e ir a desayunar, como lo hacía casi todas las mañanas, a la cafetería de la planta baja del edificio. Abrió la canilla buscando despejarse con el golpe de agua fría en su rostro. Tomó el jabón con su mano izquierda y levantó la vista. Al mirar el espejo, de forma oval ubicado sobre el lavatorio, se paralizó. La cara del desconocido del sueño se reflejaba en el cristal y lo miraba con gesto amenazante.

*Miguel Angel Acquesta
Argentina*

Terraplen

Las sombras lo acompañaban espesas mientras caminaba y competían con esa sensación pegajosa y húmeda que lo rodeaba, nunca hacía ese calor en su Sicilia natal, aunque Brasil parecía mucho peor, pero su paso por ese puerto pestilente solo había sido de pocos días, la escala necesaria para llegar a Buenos Aires, la tierra prometida.

Había decidido que caminar por las vías hasta el parador era lo más apropiado, el Camino Real era un barrial intransitable consecuencia de las lluvias del día anterior y ya no era un hombre joven para quedarse empantanado con las botas en el barro, además lo haría impresentable ante Colomba, su nuera, que lo esperaba en los Altos de San Pedro, cerca del mercado constitución le habían dicho, donde lo dejaría el Ferrocarril del Sur.

Había tenido una mala noche, pésima en realidad, hacía dos días que estaba descompuesto y tenía unas líneas de fiebre, había vomitado y su amicci del paese le decía en dialecto siciliano que se veía mal, que estaba como amarillo.

Pero su nuera lo esperaba, era una posibilidad de trabajo, y para un inmigrante recién llegado esas oportunidades no se desprecian.

La noche lo envolvía con olores fétidos, los saladeros llenaban todo el espacio, cuando preguntó por el olor su amicci le habló de algo así como “Las Higuieritas” y la familia Rosas y que el tren era para llevar la carne salada hasta el puerto.

Las vías se extendían interminables ante él, perros ladraban cerca, imaginó perros grandes, de esos medios salvajes que no dudan en morder, las quintas, la carne de los saladeros, todo eso supuso transformaba esa zona en un criadero de jaurías salvajes y apuró el paso.

Los durmientes adormecían su paso, madera joven de un ferrocarril que le habían contado que también era joven, entre las maderas, pequeñas piedras grises que resonaban en sus botas, ruido de piedras contra piedras, como en cascada.

Nada iluminaba el camino, pero los rieles lo guiaban a destino, los rieles y el ruido de las piedras bajo sus pies.

Bajo el terraplén de las vías, no se veía nada, pero las oscuridades eran distintas, algunas parecían sólidas y otras no tanto, sabía que el agua lo rodeaba en parte de su caminata y el agua era peligrosa y pestilente, no debía bajar al agua le habían dicho.

De pronto se sintió mal nuevamente...muy mal, fue al costado del terraplén y vomitó, y el vómito se adivinó más negro que la noche que lo rodeaba y más pestilente que los olores del saladero. De pronto, algo salió de la noche y lo rozó, algo grande que sonó como aplaudiendo el aire y remontó vuelo, pero ni adivinaba que podía ser.

Ruidos profundos se adivinaban de fondo, ruidos como gritos, aullidos agudos y graves, estaban en todos partes y en ninguna, vacas pensó, este país está lleno de vacas, pero volvió a acelerar el paso por las dudas.

Tenía que faltar poco para el parador de las Lomas y a veces le parecía adivinar una luz, un fantasma blanquecino contra el fondo que solo se veía cuando no lo miraba directamente. Recordó las palabras de Colomba, un trabajo, un trabajo decente, construyendo vías del tren, las mismas vías por las que ahora estaba caminando, pero más lejos, siempre más lejos.

En algún momento de la monótona caminata algo cambió, el suelo lo acunaba con una cadencia distinta, algo que no estaba antes, una vibración, un susurro, algo grande, muy

Pero él no estaba bien, tenía fiebre, pensó en el puerto de Catania, en pescados del mediterráneo, barcos atracando en el puerto, trenes llevando mercaderías, trenes a lo lejos o cerca, locomotoras escupiendo vapor por los belfos como bueyes desbocados.

El ruido que todo lo ocupa, el sonido que pasa de ser ensordecedor y es una realidad en sí mismo, el universo un ruido que ocupa todo el espacio, se huele ruido, se siente ruido, se ve ruido.

Saltó en el momento justo que la locomotora Robert Stephenson pasaba por el lugar donde había estado caminando un segundo antes, el barro inundaba su boca y sus ojos eran tan inútiles como lo habían sido en toda esa noche oscura, estaba en el agua, pero tenía que salir de ahí porque el agua era peligrosa.

Se arrastró con manos y pies hasta el terraplén, el tren ya había pasado con su corazón de hierro latiendo a su lado, si había pasado él debía estar cerca de su destino.

La luz ya no era un fantasma, era una realidad que se acercaba con cada metro de caminata, el monstruo de vapor lo esperaba, serpiente de hierro y madera sobre su guía de acero.

Sacó un boleto, el vendedor hizo como que entendió su siciliano y le dio un cartón que le daba vía libre para subir y sentarse en el vagón, asiento de madera, no le importó, un trabajo lo esperaba en los Altos de San Pedro.

Nota:

El 27 de Enero de 1871, en Bolívar 392, un pequeño inquilinato de ocho cuartos, el italiano Ángel Bignollo de 68 de años de edad y su nuera Colomba de 18, contrajeron fiebre amarilla siendo asistidos por el doctor Juan Antonio Argerich, quien no pudo evitar sus muertes.

La epidemia diezmó un 8 % de la población de la ciudad de Buenos Aires ascendiendo la cifra alrededor de 14000 muertos.

En la definición actual, Angel Bignollo sería identificado como el caso “cero”.

Mario Omar Malaespina
Argentina

El ojo de la cámara

“En esa roca azotada por los vientos solo parpadea una luz:
la que señala el fin del mundo.”
LE FARE DU BOUT DU MONDE
JULES VERNE

Abrazado a su sueño, un joven marino de la Armada Argentina, patrullaba el peñasco de aquel remoto rincón del país casi descolgado del mapa. En esa zona hostil, de rocas traicioneras azotadas por el embate de los mares bravíos de Sudamérica, demostraba su coraje, solidaridad y altruismo, patrullando y custodiando el Faro del fin del mundo ¡Qué lugar extraordinario y plagado de leyendas!; tan maldito como hechicero; estimulante de imaginaciones lejanas, novelado y mundialmente famoso.

Él vio por primera vez el faro de San Juan de Salvamento —su verdadero nombre— en una maqueta a escala en el Museo Marítimo de Ushuaia. A partir de ese momento, esa casita octogonal de madera blanca y techo de cinc, enclavada sobre un promontorio

rocoso a sesenta metros de altura al noreste de la Isla de los Estados, se transformó en un imán poderoso.

Después de leer la novela de Julio Verne, que le dio el apodo al lugar, quedó totalmente fascinado con ese sitio y solicitó el traslado. Si bien sabía que ya no había actos de pillaje ni piratas, tenía bien claro que las condiciones de vida en la isla eran duras en extremo, porque la soledad era absoluta.

El joven viajó con escaso equipaje, algo de ropa, un portarretratos con la foto de sus tres sobrinitos, una Biblia de bolsillo. Envuelta en un estuche de cuero marrón, llevó a la que sería su compañera inseparable y fiel testigo de sus vivencias en la isla: una cámara de fotos digital, en la que había invertido todos los ahorros.

Los primeros meses fueron escasos de trabajo y abundantes de viento; hubo un par de naufragios, por fortuna sin víctimas. El mar era tan malhumorado como el clima. Por suerte, había comprado ese “chiche”, que lo mantenía hipnotizado como el primer día.

Se la pasó espiando por el ojo de la cámara y tomando fotografías del mar, de los fiordos, de los lobos marinos, de los petreles y los albatros negros, de las cruces inclinadas del cementerio abandonado, de los canelos, de las flores silvestres, de las rocas, del faro mismo. No obvió capturar con su cámara ningún detalle; le robó a esa isla, que producía atracción y rechazo a la vez, todos sus secretos.

Pero una madrugada de verano, lo despertó el pedido de auxilio de un barco. La alerta de emergencia radiotelefónica sonó a las 3,17. Lo siguió el continuo sonar de la campana y la sirena de la nave. Tras acusar el recibo del MAYDAY, saltó a la embarcación de rescate.

Así como Vázquez, el torrero principal de la novela de Verne, le pedía protección a Dios, él se encomendó a la Stella Maris, la patrona local de los navegantes como lo hacía siempre.

Las señales naranjas de las bengalas lo guiaron para localizar con rapidez el objetivo. Con arrojo, desafiando el oleaje de ese mar embravecido, llegó al lugar del accidente donde una pequeña embarcación zozobraba. Sin piedad, el mar continuaba azotando contra los escollos a los pocos maderos restantes.

En el agua, halló a una mujer ahogada y, frente al timón destruido, al capitán moribundo clamando por sus tres hijitos. Buscó y buscó por varios días, pero no los encontró. Otros dos militares se unieron a la búsqueda, pero fue infructuosa.

Ya terminó su período de servicio en esa isla batida por los vientos, pero el marino no quiere abandonar el lugar. Todo cambió en su vida desde aquel evento nefasto. Esos niños, esos niños lo atormentan, porque suele ver huellas frescas de piecitos estampados en la arena escarchada, entonces, alienado, corre hacia todas direcciones, buscándolos. ¡Le urge hallarlos antes del invierno!

—Lo tildan de loco. Pero no está loco. Yo doy fe; yo también las veo.

Bruna Mucignat
Argentina

Despertando a la esperanza

Y un día, finalmente, allá en los comienzos de los ochenta, volvimos a la democracia.

Los jóvenes de aquellos años, andábamos por ahí con los ojos llenos de asombro, de preguntas, como hijos pródigos regresando de un cruel invierno, sobrevivientes del horror, víctimas del silencio y el miedo.

Quienes vivíamos en pequeños y apartados pueblos del interior, éramos más bien espectadores; inocentes y crédulos muchachos y muchachas, testigos a veces, nunca protagonistas.

Poco después fuimos despertando; nos animamos a buscar las palas y salir al rescate de aquellos libros que habían dormido largo tiempo enterrados bajo las zanahorias y las lechugas del huerto. Esos libros preciosos que, por orden de nuestros asustados padres, habíamos bajado presurosamente de las bibliotecas, pero que no tuvimos el coraje de condenarlos a una hoguera y en un pequeño acto de heroísmo o inconsciencia, decidimos sepultar en viejas latas bien cerradas

Otro día, sin querer, comenzamos a tararear las canciones que, acalladas en las radios, habían quedado en nuestros corazones, pero que nuestras gargantas no se atrevían a soltar. Fuimos recuperando aquellas melodías prohibidas; poco a poco recordando sus letras, las que teníamos casi olvidadas en un lugar lejano y oscuro de nuestra mente. En pocos meses ya estábamos organizando guitarreadas y fogones o rondas de mates en la plaza, bajo el tibio sol de un benévolo invierno.

Muchos habíamos sacado a relucir nuestro documento de identidad para exhibirlo en una mesa de votación por primera vez. Allá fuimos con orgullo y cándida esperanza a depositar, con mano temblorosa y corazón palpitante, un sobre con nuestro voto.

Ese mismo documento que llevábamos casi a todas partes. En el pueblo no hacía falta, nos conocíamos todos, los únicos dos policías eran amigables, andaban en bicicleta y uno hasta era primo de mi mamá; pero si viajábamos a la ciudad, era lo primero que las abuelas nos recomendaban: “tené cuidado nena, no hablés con nadie desconocido, no andés por ahí al anochecer, si te para la policía no los desafíes, nunca jamás los mirés a los ojos, bajá la cabeza y tené siempre el documento a mano”.

Yo, que era de por sí medio asustadiza, una adolescente tonta criada en el campo, tenía terror y casi muero de un infarto una vez que tuve que ir a Buenos Aires a hacerme unos estudios médicos. Mientras caminaba por una calle del centro con mis radiografías a cuestas, fui testigo de un grupo de gente que gemía arrinconada contra una pared, mientras varios oficiales con armas en mano y a los gritos los cacheaban sin consideración. Apuré el paso y no volví la vista. La taquicardia me duró todo el día.

Pasó el tiempo y todo comenzó a parecernos una pesadilla, un cuento de terror, algo que quizás algunos habían exagerado, que sé yo... había demasiadas anécdotas e historias... las que contaba siempre Inés de sus primas de Córdoba, que aseguraban que una noche en medio de gritos y disparos, se habían llevado a sus vecinos y nunca los habían vuelto a ver. Inés siempre fue bastante dramática y exagerada, así que no estábamos muy

seguros de cómo habría sido la cuestión. Rodrigo tenía un hermano en la facultad y relataba angustiada que a muchos de sus compañeros los habían secuestrado y estaban desaparecidos. Nosotros escuchábamos sin salir de nuestro estupor.

En fin, la primavera iba asomando tímida, se respiraba un aire de libertad, de normalidad que nos contagiaba y nos volvía a nuestras “preocupaciones” habituales. Estudios, novios, salidas de día sábado, pensar seriamente en seguir estudiando, en irnos a la ciudad ahora que nuestras madres habían terminado sus largos y melodramáticos discursos en los que nos hablaban de la universidad como del mismísimo infierno.

La mayoría hicimos las valijas, decidimos comenzar una carrera, mientras que en los pasillos de las facultades se discutía de política, de filosofía, de derechos humanos, de igualdad, de problemas sociales... ¡yo estaba fascinada!

Nos fueron creciendo las alas, nos fueron creciendo las ideas en nuestras mentes pequeñas y adormiladas. Empezamos a crecer como personas, a crecer en democracia, a sentir que podíamos cambiar el mundo o al menos que era nuestra obligación intentarlo. Salimos a reclamar por cuanto causa justa se nos cruzara y también a festejar pequeños logros y victorias. Éramos expertos en pancartas, carteles, cánticos de todo tipo y era maravilloso encontrarnos, abrazarnos con extraños y sentir que no lo eran.

Pedíamos justicia, pedíamos libertad de elegir, exigíamos una Patria soberana y con oportunidades para todos.

Es justo reconocer que fueron muchas las decepciones, también. No siempre los políticos resultaron ser señores republicanos, ímpolitos ciudadanos que aspiraban al bien común, pero perseveramos, porque ya no nos queríamos conformar con poco, nunca más con menos.

Después ya no solo crecimos, definitivamente nos transformamos en adultos y nuestra revolucionaria y acalorada adolescencia dio paso a una época en la que comenzamos a hacer números para tratar de comprarnos un departamentito; algunos cambiábamos pañales y arrullábamos bebés siempre con las dulces canciones de la gran María Elena, mientras hacíamos malabares para combinar casa, trabajo, con participación social y política.

El país, como casi siempre, también andaba haciendo malabares, pasando de crisis en crisis, de político en político, devaluando, sufriendo desempleo e inflación... nuestra historia de siempre.

Pero, mientras hubiera democracia, siempre había esperanza. Una democracia endeble, imperfecta, amenazada, pero la sosteníamos y la defendíamos con uñas y dientes porque jamás dudamos de que era lo único que ya no podíamos perder, ni regalar.

Hoy, a casi medio siglo de distancia de todo aquello, seguimos peleando el día a día en un país que, permanentemente, parece estar subido a una montaña rusa; hartos de los mismos problemas y de los mismos discursos fogosos y mentirosos de siempre, pero aún embarcados en la utopía de tiempos mejores; convencidos de que el único modo de crecer, de vivir, de respirar, es en democracia.

La internación

Sabían darnos de cenar antes de las ocho de la noche, cuando se retiraban las visitas. Mi nuera pobrecita, se había quedado toda la tarde sentada al lado de mi cama, se la veía cansada; yo la miraba mientras ella juntaba las cosas que había traído y ordenaba.

Anteanoche, la señora que está como acompañante de la anciana que ocupa la cama de al lado, en cuanto la enfermera se fue, se comió la manzana que la mucama había traído para esa abuela, pero bueno acá se ve de todo, además ni parientes son, a ella le pagan; lo sé porque esa mujer a veces habla con mi Clarita. Casi siempre le come la cena, pobre vieja, aunque no creo que la doña lo haga por hambre, está bastante morruda... Siempre que viene lo primero que hace es correr la cama que acomodó la de la limpieza, porque si no, no entran ni ella ni la silla junto a la mesa de luz que compartimos.

A mí no sé por qué me siguen trayendo siempre comida, si con tantas sondas por todos lados hace meses que no puedo comer; qué mal organizan todo ¿Quién se lleva lo que nadie come? ¡Dios me libre de que estén tirando comida! Mi nuera, pobrecita, ni loca se come esta comida de enfermo, a ella como buena norteña le encanta el picante ¡Hacemos unas empanadas con la Clarita que todos nos aplauden, no terminamos nunca de fritarlas, y ella prepara una grasa que otra que manteca, deliciosa la grasa que prepara la Clarita! Esa grasa es su secreto de familia. Una vez me pareció verla poner en la cacerola una manzana con la grasa, pero no estoy muy segura si era manzana o qué, porque esa fue la única vez que la Clarita me miró medio torcida, por sobre su hombro, así como por el rabillo de su ojo. Tan mala se puso mirándome así, que yo la entendí enseguida. Cómo no iba a entenderla si soy igual; nuestros secretos de la cocina de las abuelas, es algo de lo más valioso que tenemos muchas mujeres de acá, son nuestros trofeos de la familia. Bueno, en aquel momento recuerdo que me hice la sonsa, y me hice como de humo a su lado y enseguidita preparé unos mates con yuyo de burrito y entre nosotras no había pasado nada. Ojalá yo pueda salir de esto prontito, antes del cumpleaños del Martín, porque sólo viene si le decimos que le hacemos las empanadas. ¡Qué familia linda esta! Siempre los domingos nos juntamos a comer, aunque ahora ya vamos siendo menos... Los niños no son tan niños y se aburren con esta vieja, pero el perfume de la canela con su olor de taza rica y calentita de arroz con leche tira de los mozos más rebelde y me los trae de vuelta, y yo qué... me aprovecho y los abrazo fuerte, muy fuerte.

Pero por ahora estoy acá y todas las noches siguen trayendo la cena para mí, aunque ahora ya mi nuera la envuelve antes de irse en unas servilletas, como si hiciera un paquetito, y se la lleva, seguro que para el Enrique que es diabético. Es muy buena mujer mi nuera, siempre está cuidándonos a todos.

Ahora que se va haciendo más noche, ella juntó las botellas de agua vacías, los papelitos, y el jabón que trajo. Me parece que este jabón es un pedazo del jabón Federal que yo tenía en mi casa para lavar mi ropa interior, ese que usamos las mujeres porque los doctores dicen que es más sano. Creo recordar que lo empezó a traer hace tiempo, junto con la toalla blanca, la única blanca que había en mi casa; eso sí, muy limpieta siempre. (Mi Clarita la lleva y la vuelve a traer, y seguro que hasta la seca cerca de la estufa cuando hay mucha humedad o hace frío porque ella cuida mucho de mí).

Yo ya no le hablo hace tiempo, no puedo, pero ella me lava las mano, los pié, la cara, me cambia la ropa interior y el camisón; siempre suave conmigo, y siempre, siempre, después de lavarme, me perfuma la ropa y el cabello con sus mano, me acaricia la cara con cuidado, sin tocarme la sonda, y me besa la frente... Esas manos, tan trabajadoras y tan cuidadosas, manos de mujer que tiene amor en sus entrañas, si las conoceré, no todas las manos son así. Yo la miro cuando se va y pienso...

– ¡Chau! ¡Hasta mañana Clarita! ¡Dios te bendiga m´ hijita! – Y así mi corazón se regocija al saber que m´ hijo, el Enrique, tiene una mujer que lo quiere tanto que hasta cuida con amor de su madre.

Mi Clarita... Se fue tan cansada...

Pienso y pienso, no me puedo dormir, hace tanto frío esta noche que se me habían enfriado los pie, pero bueno, de a poco se me está empezando a pasar y hasta el terrible dolor de espalda también empieza a aflojarse.

La enfermera vino recién a apagar las luces, miró los sueros de todas; pero qué cosa, qué frías son algunas acá. Ésta de la noche ni nos mira, como si ni estuviéramos, aunque ´para ella si tiene ojos y tiempo, está siempre pintada como una artista, nada de cabello atado como mi Clarita, esta tiene siempre los pelos brillosos de peluquería, bien lisos y siempre sueltos. Seguro que anda con algún dotor de la noche porque ni aparece y siempre se escucha su risa desde la sala y el ruido de sus tacos por el pasillo. Nada que ver con la gordita que viene a las seis de la mañana, que nos habla y nos sonrío a todas, aunque algunas, como yo, no le podemos responder.

Pero esta, recién se fue de la sala y ya se escucha de lejos su risita, qué mal aprendidas son algunas... Ni miró cómo estamos y dejó la puerta entre abierta; eso me hace más difícil dormir por los ruidos: las camillas, las sillas, el policía que se la pasa conversando, los tacos... Por eso me levanté, para cerrarla.

Me senté en mi cama y me levanté; caminé hasta la puerta y al estirar mi mano hacia el picaporte, sin poder tocarlo, la puerta se abrió... ¡Justo que llegas vos mamá a esta hora... ¡Qué sorpresa que hayas venido!... Pero espera... No entiendo cómo e´ esta puerta... Si, ya te cuento... Sí, mi nuerita es buena.... Está bien mamá... Te miro...

Entiendo... Empiezo a entender... Te hago caso mamá... No. No me voy a dar vuelta mamá; pero no hagamos ruido que la viejita de la cama de al lado se pudo dormir a pesar de las risas.

Te veo, si, estás con la abuela. ¡Pareces más joven que yo mamá!... Y esta puerta tan rara...

Sabes mamá, no escucho más ruidos en este pasillo del hospital. Tampoco escucho la risa de esa mujer, pero tengo tan presente, tan presente, la sonrisa y el beso en la frente de mi Clarita...

*Laura E. Coronel
Argentina*

Crímenes de alcoba- por Victoriano

Mientras la sangre que riega el piso se mimetiza con la alfombra, la salpicadura en la pared y los fragmentos de vidrio roto, alientan a la peor de las sospechas, la de un homicidio.

En la ardiente desesperación ella buscará quitar las manchas sobre el yeso, borrar las huellas, ocultar las evidencias. Pero aún así, la culpa permanecerá indeleble.

Freya llegó antes aquella tarde, esperando encontrarse con el habitual desorden de la modesta casa.

La premura por reencontrarse con Amadeo facilitó su arribo a la ciudad; en tanto que, de él, poco supo durante la exposición de sus obras, una cautivante colección de pintura modernista.

A su regreso y rebosada de equipajes, entró a la casa sin hacer mucho ruido, encendió las luces con un chasquido y reparó sigilosamente – con la agudeza de sus otros cinco sentidos – en cada cuerpo inerte, en la fragancia del aire y en el absoluto silencio. Tanta calma le susurró al oído que algo andaba mal.

La casa estaba fría, probablemente ocasionalmente habitada desde que ésta se fue, hacía como tres semanas. Los cristales estaban revestidos de polvo, al igual que los estantes, los cuadros y los frascos para granos forrados con tela; también la biblioteca, el busto froidiano de resina y el inmenso televisor. El refrigerador, la alacena y el almacén desprovistos de víveres, la bacha estaba seca y los plantines contiguo a la ventana de la cocina, sin una gota de agua, al borde de la deshidratación.

La guitarra acústica que adornaba el comfortable living, se moría por vibrar; las cortinas, el control remoto y el cenicero, todos en su sitio.

Dejó los bolsos al borde de la mesa ratona y subió hasta el dormitorio sin sacarse los tacos ni el apretado vestido negro con lentejuelas. Las zancadas irregulares de sus estilizadas piernas parecían saltar un escalón a la vez, agachó la cabeza y bufando bajo siguió, tal vez incómoda con la circunstancia.

Al ingresar a la habitación realizó el mismo peritaje con olfato sabueso. El somier matrimonial dormía suave como aquella última vez que dobló sus sábanas de ceda. El clóset no escondía a nadie y los almohadones de símil cuero descansaban firmes sobre el mismo futón.

Se cubrió los ojos con una sola mano y suspiró fuerte, sus pies hinchados hicieron que se desplomara de cansancio, instante en que la cobija la abrazó para andentrarse en un sueño abisal.

La puerta estaba entreabierta y alguien entró sin tocar, Freya sintió las pisadas del bulto y luego de beber agua del vaso apoyado sobre la mesita de luz, se restregó los párpados procurando despertar, casualmente era Amadeo. La amarga saliva se abrió paso quemándole la garganta, pero no dijo nada, masticó la bronca. El hombre saludó

cariñosamente y se recostó ocupando el lado izquierdo del engrosado colchón, su lugar predilecto.

Con la mirada puesta en el cielo raso, este le contó las escasas novedades sucedidas hasta el momento, ella decidió mirarlo, pero no prestarle su atención. Fingió seguir la conversación gesticulando apáticamente, tomó el cuchillo de cocina que ocultó bajo la almohada y en menos de lo que dura un pestañeo, le atravesó la tráquea.

Ambos se miraron atónitos sin poder creer lo que estaba ocurriendo, la dama rompió primero el clima de estupor, soltando un llanto ensordecedor; el hombre al borde del abismo atinó a auto socorrerse pero cayó sin más remedio, atrapado por la fuerza de gravedad.

Las sirenas de un patrullero que merodeaba el barrio iluminó la habitación con las cortinas abiertas de par en par, Freya pegó un salto aterrada, mientras su amado agonizaba sobre el alfombrado color rojo intenso. Desesperada pensó dónde ocultar nuevamente el cuchillo – esta vez ensangrentado – luego a la víctima y posteriormente pensó en ella, en el trágico crimen que había cometido. Pues nadie sabe lo que realmente habita en las profundidades de la mente, sitio insoldable y sombrío como las fosas del océano.

Amagó trabar la puerta y encerrarse a pensar, no obstante, al encender la luz del dormitorio otra ráfaga de espanto la detuvo, Amadeo había desaparecido, sí, aquél moribundo se esfumó sin dejar rastros. Volvieron los gritos de desesperación hasta que finalmente, en medio de alaridos y con el cuerpo empapado en sudor, la dama se despertó.

Luego de un baño renovador volvió la calma, se colocó la bata e hizo un par de llamadas desde la línea principal. Oyó atentamente los mensajes del buzón de voz rasgándose la piel con la uña más larga.

Entre ofertas promocionales y mensajes que ella misma le envió durante aquellos días agitados fuera de la ciudad, escuchó la voz apacible de una mujercita enseñándole una dirección, faltaba una hoja en el anotador.

Con las manos inquietas revolvió los cajones del chifonier y encontró las pastillas proscritas meses atrás, pero la situación nuevamente obligó a ceder. Enfrentada consigo misma ingirió dos o tres comprimidos del pastillero, seguramente mucho más de lo prescrito. Se miró en el reflejo con los ojos enrojecidos y en un nuevo raptó de ira, el espejo pagó la culpa producto de un puñetazo.

Para su suerte solo el cristal salió dañando, decidió entonces volver a la cama y soportar los efectos adversos de la sobre medicación, algo que ha sabido manejar a pesar de su constante vehemencia.

Al paso de seis u ocho horas - nadie se acuerda - Amadeo Sebtadky en el umbral de la puerta, encendió un cigarrillo; Freya que acababa de levantarse emergió enojada por las colillas tiradas en la alfombra –lo cual le producía tal repulsión – hizo que una vez más le hierva la sangre.

Sesgada por la emoción se abalanzó sobre este que estaba de espaldas. Mediante una rara técnica lo atenazó del cuello y con la fuerza abrupta de un animal, lo lanzó sin asco por las escaleras. El hombre que no tuvo tiempo de reaccionar dio varias vueltas besando uno a uno las escalinatas de madera hasta quedar boca abajo. El cuerpo tieso

quedó planchado, mientras la sangre que drenó de sus orificios se expandió por todo el living.

Freya quedó perpleja, mirando la escena desde arriba, muda e impertérrita. El Mr. Hyde que hizo de huésped por unos instantes, cumplió con su cometido para luego echó a andar satisfecho, dejando a la pobre dama huérfana y sola con la inmensidad del espanto.

Realmente había transcurrido cinco horas desde que volvió a recostarse. Los efectos alucinógenos y el profundo trance explicaban la angustia con la que despertó. Se levantó y miró hacia el living que era un interminable desierto. Las cosas se encontraban en su sitio, pero no hubo señales de Amadeo.

Pasada la medianoche, se escuchó el trino de un manajo de llaves al compás de unos pasos de suela, Freya siguió apostada en la alcoba, sabiendo que aquél sujeto de movimientos ligeros, era Amadeo. Este colocó el manajo de metal en el portallaves y encendió el televisor que retumbó a través de los altoparlantes.

Freya se pintó los labios color rojo carmín frente al espejo resquebrajado. Sus ojos despiadados le ordenaron romper aquel vaso de vidrio contra el respaldo de la amplia cama; se recogió el cabello dejando a la vista sus profundas ojeras de mil noches de insomnio, ya había dormido suficiente.

Bajó despacio empuñando aquella improvisada arma letal, descalza y segura, la sangre caía por gotas debido a la presión de su mano hábil, delicada y nerviosa.

Finalmente, la amarga espera terminó.

*Cristian Cabrera
Argentina*

“El Epilogo de las Palabras”

Un fuerte temporal de lluvia y vientos persistentes azotaron aquella tarde gris en mi Diamante natal, único puerto considerado de Ultramar en toda la Pcia. Para conectar por red fluvial 2 grandes Ciudades como Santa Fe y Paraná, bañada en sus costas por el ancho brazo oriental del río del mismo nombre que porta la capital entrerriana quien surca todo el Litoral Argentino al concluir tan extenso viaje en los lejanos pantanos del Brasil; era una jornada ideal para mate y tortas fritas hechas con grasa o bien una generosa galleta de campo untada en el más exquisito y casero dulce de leche acompañando la infusión caliente que provenía de las botellas de vidrio, que dejaba junto

a cada puerta por las mañanas: el Sr del carrito. En esa época cualquier excusa, no me importaban ni siquiera las inclemencias del tiempo, es más servían como excusa perfecta para asistir a la única biblioteca que poseía el pueblo por aquel entonces con sus altos pupitres y la escalera corrediza para poder alcanzar arriba en los estantes superiores ese Altar del conocimiento, aquello que bifurca la unión o la condena entre: la civilización o la barbarie. Poco me importaba la tarea de Castellano, había repetido primer año, yo era clase 63", me faltaba 5º año para terminar el secundario, ya tenía en mente seguir la carrera de Filosofía y Letras pero en Buenos Aires, a la vieja mucho no le gustaba la idea pero había elegido mi camino. Amaba los clásicos de Historia y detestaba cualquier materia relacionada con las Ciencias Exactas la Física y la Química. ¡¡Escribía cuentos cortos y poemas que por puro pudor nunca nadie escucho!! pánico dialectico podría decirse quizás-no lo se.

Cálida primavera del 81".De manera muy sigilosa me adentre en el recinto custodiado bajo la sagaz mirada de Doña Emilse, estaba a cargo del lugar hacia más de 30 años, quien gritaba ante el mas mínimo murmullo: silencio!!!y que a nadie se le ocurra alzar la voz o se mandan a mudar enseguida esta claro? Silencio nadie respondía. Lo único que esperaba encontrarme allí no eran solo a los Hermanos Grimm, a Hernandez, Juan B. Alberdi, Sarmiento tampoco a Verne ni siquiera al siniestro Mr. Poe o a Hemingway no! Solo acudía al encuentro de la graciosa figura y la dulce mirada de mi tan amada Maria Elisa, era muy tímida-a veces de un carácter muy irascible realizaba allí tareas de limpieza para aportar algo de dinero a su hogar adoptivo era una casita muy humilde adobe en las paredes techos de paja su segundo nombre era debido a una elección de su madre biológica única pariente fallecida muy joven ya hacía unos cuantos años había resultado ser en su juventud una notable concertista de piano, además de Profesora de Teoría y Solfeo recuerdo haber acompañado a mi madre y hermana quien sintió deseos repentinos de tomar clases de piano hasta que llegamos a esa vieja casona en la que vivían en aquel entonces construida por completo en madera, adornada por cuadros. En una sala: un enorme piano de cola sobre la pared asomaba una bellísima replica de un Renoir bajo el título: "Señoritas tocando el piano". Quedé hipnotizado bajo el hechizo de semejante resolución policromática, y la expresión en esos rostros sentí que me quitaron el habla. Ese día fue la primera vez que vi a Eli, y así habría de llamarla en todos mis poemas y cartas. Al tenerla delante mío fue como contemplar a esa flor inmarcesible que, sin importar el paso del tiempo su color y belleza habrían de permanecer intactos; al principio conmigo se me puso muy difícil esquivar como distante. En casa sabían de mi devoción por el chocolate así que ni bien recibía alguno no hacía más que obsequiárselo. Intente de todo cartas poemas pero todo indicaba que ni siquiera las poderosas y románticas influencias de los Becquer, Neruo o Neruda lograrían mi ferviente anhelo de conquistarla, ella solo recibía mis dulces los escritos y los guardaba mientras solo la veía alejándose.

Hasta que un día luego de tanto insistir gane su confianza asomaban los primeros calurosos rayos del verano del 82",tenias que recorrer un tramo muy largo para llegar a refrescarte en el rio; bajo un sol abrasador fue que la encontré solita caminando en aquella dirección

jamás quitándole la mirada a la entrada del Almacén de, "Don Tucho" donde los chicos venían desde otros pueblos a comprar los más ricos helados, eso si eran muy costosos y ella cada peso ganado lo destinaba en ayudar a su casa así que me detuve a su lado y la frené colocando mis manos al pecho no solo le ofrecí alcanzarla hasta el río encima de mi bicicleta sino que entra pedal y pedal pude ver su carita colmada de felicidad

degustando su favorito: bombón helado de chocolate con crema, mismo que a partir de ese día nunca dejé que le faltase, al pasar el tiempo empezaron a vernos siempre juntos- pueblo chico plagado de lenguas maliciosas hasta que un día escuché a un imbécil venir a preguntarme-¿asi que vos ahora sos el novio de la mudita? no pasaron ni 30 segundos y creo que ni el mismo Ringo Bonavena le hubiese calzado la jeta tirándolo de traste al suelo tan rápido como yo al advertirle:hoy la sacaste barata perejil!!! pero la próxima vez que digas algo que ofenda a mi novia vas a tener que morfar Nestum toda tu vida por que no pienso dejarte ni un diente sano ¿esta claro?. A Maria Elisa nunca le gustaba verme pelear resulto ser que una anomalía congénita al nacer le había otorgado la condición de ser: sordomuda, a mi jamás me importó ya que éramos polos opuestos ahí andaba yo con mi parloteo de loro litoraleño ante su atenta observación hacia mis gestos. Ese verano quedaría grabado por siempre en la piel de ambos ya que ninguno de los dos podría haber ni siquiera imaginado lo que estaba por acontecer, los vientos anglosajones de la aniquilación y la conquista se acercaban cada vez más y nunca los vimos venir. En esas tórridas tardes luego del infaltable chapuzón encontramos nuestro sitio ideal lo fuimos acondicionándolo de a poco había resultado ser una casita abandonada por antiguos puesteros de estancia se transformó en el lecho de una pasión juvenil donde el ansia de los cuerpos entrelazados aprendieron poco a poca a sumergirse dentro de un deseo tan incontenible como complejo. Solo estando con ella pude comprender que no existe la necesidad de tener que repetir frases trilladas al otro, así que decidí callar! ya que nuestros sentimientos se acoplaban tan solo con mirarnos yo amaba observar: sus pequeñas manos mejillas con diminutas pecas y piernas muy delgaditas, la caída de su largo cabello color cobrizo moviéndose al viento al igual que aquel junco que podía divisar oscilándose junto al pantanal; tras el cansancio físico que llega luego de un profundo éxtasis lo mejor para mis ojos era contemplarla dormida plácidamente sobre mi pecho y yo con mis brazos rodeándola suavemente tratando de evitar que nada ni nadie jamás la pudiese apartar de mi lado. Ella era mi Angel, ese universo infinito inmerso en una sola y pequeña criatura, cocinaba rico su madre había sido su gran docente además de que había aprendido a bordar bellísimas carpetas tejían juntas todo tipo de prendas además de alimentar a los animales de la granja y cultivar la quinta; una incipiente necesidad de sobrevivir la habían convertido aún siendo una niña en una trabajadora incansable. Yo trabajaba en la maderera junto a mi abuelo: Luigi Carmelo adoraba ir con él y sus paisanos a cazar perdices liebres y de vez en cuando algún jabalí, él fue quien me enseñó a tirar con su 30-30 Winchester usaba balas calibre 308 y me hacían sentir como el personaje de Chuck Connors en el “Hombre del Rifle”, me enseñó a apoyar la culata firme junto al hombro para amortiguar el retroceso.

Hasta que un día todo cambio el correo comenzó a llegar cada vez más seguido al poblado. Marzo del 82". Un sobre con mi nombre -llamo el cartero- para dejarlo en casa, contenía un mensaje que decía: Deberá presentarse dentro de las próximas 24hs. en su Destacamento Regional indicado allí en la nota a fines de servir a su País dentro del Cuerpo de Reservistas del Glorioso Ejército Argentino embarcándose a la brevedad con destino hacia el Atlántico Sur. En abril de ese mismo año lo que hasta ahora había sido mi caña de pescar hoy adoptaba la forma de un fusil de asalto FN FAL calibre 7,62x51MM según la modalidad automático-semi automático pudiéndose efectuar rondas de hasta 30-60 disparos por minuto, con un alcance que va desde los 200 hasta los 600 metros. Estaba rodeado de pibes de mi misma edad en su mayoría provenían de pequeños pueblos del Interior del país y en su casi ninguno había disparado un arma en su vida, ni siquiera en el corto entrenamiento precariamente abastecido para cuando fuimos a abordar los navíos. Antes de subirme al micro para presentarme en el Destacamento con

sus ojitos envueltos en lágrimas María Elisa me besó y me abrazó, además de pasarme una bolsa que contenía un sweater de lana se había quedado toda la noche anterior tejiéndomelo, prenda que cobraría un valor incalculable cuando nos encontrábamos allá todos petrificados en el frío Antártico, estábamos inmersos en pozos de barro y agua helada muertos de frío y casi sin comida porque no llegaban los pertrechos debido a los constantes bombardeos enemigos, en mi pozo me comí aquel chocolate que ella me dio y utilice el papel como separador, cuando se podía le escribía a Ella y a mi familia hasta que de pronto algo me llamo mucho la atención cuando Eli dejo de contestar mis cartas. Una noche en Puerto Argentino un Sea Harrier solto sus bombas muy cerca de nuestros puestos, pensé de esta no zafamos-me dije-

además de las quemaduras y heridas en mi cuerpo resultó que había perdido por completo la audición en ambos oídos y me vi forzado para poder comunicarme a aprender LSA o lenguaje de señas!! En ese momento al fin comprendi lo que Eli padecía a diario.

Me dieron de baja-fin de la guerra-luego de tenernos escerrados como presos por un tiempo dándonos de comer para no aparecer tan lánguidos y debilitados, me dieron la baja médica sufría de stress post-traumático según los médicos, pero lo peor aún no llegaba. No sólo tenía que cargar con las crueles imágenes del conflicto bélico sumado a la pérdida de tantos hermanos allá en las Islas, me entere por carta de mi primo dos meses antes de volver al pueblo que un feroz incendio se había desatado en ese humilde hogar cegándole la vida a aquel ángel que tanto deseaba volver a ver y que amaba más que a mi propia existencia, no podía entenderlo siquiera: ¿sobrevivir a una guerra para volver y haberla perdido para siempre? después de un tiempo en el Hospital de Veteranos regresé a Diamante, los viejos me esperaban y me abrazaron llorando, yo ya no sabía ni era capaz de llorar, respiraba aún pero algo había muerto dentro de mí, porque jamás volvería a ser el mismo al igual que ninguno de los hermanos que logramos por gracia de Dios o quien sabe ¿por qué? regresar a casa.

Hoy me encuentro de pie, frente a nuestro río quien nos había visto sonreír tanto en aquellos veranos, estoy solo. Me rodea un profundo silencio, Aquí: en el EPILOGO DE LAS PALABRAS.

*Alejandro Pacifico
Argentina*

El abuelo (Ceremonias)

Como toda construcción de italianos inmigrantes, la casa es una sucesión de ambientes recostados sobre uno de los laterales medianero, dejando un espacio libre sobre el otro lateral que llega hasta el fondo del largo terreno. Allí se convierte en una quinta o huerta de lado a lado y unos diez metros de largo con un pasillo central que desemboca, sobre el fondo del terreno, en el clásico gallinero con conejeras.

Está volviendo desde el fondo de la casa a través del pasillo abierto cubierto por la pintoresca y fructífera parra. Trae en una mano un blanco conejo asido de las orejas y, en la otra, un martillo. Una pipa humeante cuelga de su boca.

En el patio delantero, dos de sus nietos – de ocho y diez años – lo esperan entusiasmados y nerviosos.

Viste zapatos de cordones, un pantalón marrón con faja negra a la cintura, una camisa clara y un chaleco sin abrochar, un clásico sombrero de paño negro le cubre la amplia calvicie; la infaltable pipa en su boca aún sigue humeante; en uno de los bolsillos del chaleco asoma un trozo fino de caña de unos diez centímetros de largo.

Saluda a los nietos con un corto mohín demostrando estar de buen humor, los niños lo respetan signados por la imagen dura que siempre está presente en él a pesar de las sonrisas y cariños que les sabe dispensar.

La ceremonia está por comenzar.

Ante la atenta y maravillada observación de los niños, un corto y certero golpe de martillo sobre el centro de la cabeza del conejo produce el movimiento reflejo de las patas traseras mientras un hilo de sangre aparece por una de las fosas nasales.

Sin soltar al conejo, que sigue sosteniendo de sus orejas, deja el martillo sobre la cubierta del bombeador y extrae de uno de los bolsillos del chaleco un cortaplumas de cachas blancas nacaradas. El cuerpo muerto del conejo ya no muestra ningún movimiento.

El filo de la hoja del cortaplumas abre un pequeño tajo en la parte interior de una de las patas delanteras donde introduce, a modo de bombilla, el trozo de caña que trae en el chaleco.

Deposita el conejo sobre una vieja mesita de madera e inicia el paciente vaciado de la pipa que, una vez limpia, guarda en el bolsillo derecho del chaleco.

Comenta a los niños cómo separará con sumo cuidado el cuero de suave pelaje del cuerpo del conejo, ya que el valor del mismo dependerá de su estado final. Tomando al animal entre sus brazos introduce el extremo de la caña en su boca y comienza a soplar, lenta y continuamente el cuerpo muerto del conejo va incrementando su volumen a medida que el cuero se va separando de la piel, hasta convertirse en un inmenso globo. Al menos, esa es la imagen que proyectan los maravillados ojos de los niños.

Una vez verificado que todo el cuero se haya despegado, lo abraza apretándolo contra su cuerpo mientras un suave silbido sale del extremo de la caña.

La extracción del cuero sólo depende de cuatro o cinco cuidadosos cortes realizados con el filoso cortaplumas, dejando al desnudo el rosado cuerpo que pasará a manos de la abuela para formar parte del estofado que acompañará el plato de pastas del día.

Ahora los niños observan cómo el abuelo estaquea el cuero sobre unas tablas, fijándolo con pequeños clavos de forma que quede bien estirado para su secado al sol.

¡Abuelo!, la próxima vez que traigas un conejo ¿podremos ayudarte a inflarlo?

Él asiente con una leve sonrisa y, mientras los chicos festejan su aprobación, saca del bolsillo su pipa y el paquete de tabaco, e inicia su propia ceremonia personal.

Vicente Pazzano
Argentina

Alguien muy especial

La nube negra seguía instalada en su corazón. Y en su mente. Una idea vestida de final que nunca se había animado a concretar.

El piso estaba mojado, las pocas hojas que quedaban en los árboles caían y se pegaban a las baldosas, los relámpagos lo iluminaban todo.

Ese domingo había llorado mucho, estaba cansada. Decidió reunir coraje. Era el momento.

Vestía pantalón y camisa negros, pegó un portazo y salió de la casa. Subió al auto y arrancó.

Pasó calles, cruzó avenidas y seguía llorando.

Se detuvo frente a una barrera cerrada, escuchó el sonido del tren y el estruendo de la bocina.

Sintió sus latidos en la garganta. El pié derecho en el acelerador estaba listo para apretar el pedal. Ella quedó inmóvil y el tren pasó.

Todavía se escuchaba el sonido del tren cuando apoyó la cabeza con las dos manos temblorosas sobre el volante y rompió a llorar.

Se levantó la barrera. Los conductores de los autos parados detrás del suyo tocaban bocina y gritaban.

Arrancó. A pocas cuadras llegó a una clínica y trató de pedir ayuda, pero nadie la escuchó. Anduvo unas cuadras sin rumbo.

“Tal vez no necesito ayuda, tal vez tengo que dejar de dudar y hacerlo de una buena vez”, pensó.

Ya exhausta, encontró un lugar para estacionar. Paró el auto y al levantar la vista vio un cartel que decía “Guardia”. Entró llorando y sin poder hablar. Estaba en shock.

Un médico la abrazó y no dijo ni una palabra. Era joven, tendría unos treinta y tantos, más o menos como ella.

Lloró entre sus brazos un rato largo.

Cecilia se dejó llevar a un consultorio. Se dio cuenta de que él le hablaba y su voz era muy cálida. Le preguntó su nombre, su edad, si era de la zona, si recordaba por qué estaba allí.

El consultorio era pequeño y blanco. Apenas una camilla, un sillón y un armario.

El libro de registros reposaba sobre el sillón. El médico registró sus datos y siguieron hablando. Conversaron durante horas, sentados en la camilla con las piernas colgando como dos chicos.

Él quiso saber por qué buscaba lo que llamaba “el camino final”. Le insistía en lo mucho que todavía tenía por vivir y lo importante que era para mucha gente. En ese momento ella era incapaz de notarlo.

Cecilia lo escuchaba. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero cuando llegó a su casa ya amanecía. Durmió casi todo el día siguiente.

Pasaron los días y se fue sintiendo más aliviada. Volvían a su mente las palabras de aquella noche y sentía que los fantasmas se alejaban.



Nunca dejó de pensar en quien fue capaz de contenerla en su momento límite. Quiso volver a verlo, agradecerle y contarle cómo se sentía.

Volvió a la clínica. Estacionó otra vez frente al cartel que decía “Guardia”.

Entró y preguntó por él en la oficina de informes. Mencionó el día que lo conoció y dijo su nombre. La empleada preguntó a un compañero porque no lo conocía. Él tampoco lo conocía. Cecilia lo describió, sin embargo seguía sin respuesta. Luego recordó que la había registrado en un libro antes de sentarse donde hablaron casi toda la noche.

Pidió que revisaran los registros de atención. Le informaron que la Guardia de esa noche había sido cubierta por una doctora, quien firmaba todos los registros, pero ninguno a su nombre.

Cecilia estaba segura de lo que decía. ¡Estuvo allí! Registraron sus datos en el libro que dejaron sobre el sillón, y habló con el médico sentados en la camilla con las piernas colgando.

Las personas de la oficina de informes ya estaban impacientes y querían seguir atendiendo. Se fue caminando lentamente hacia el auto.

Subió mirando nuevamente el cartel, el edificio, la puerta de entrada.

Manejaba hacia su casa y empezó a sentirse extrañamente relajada, y de pronto empezó a rezar una Oración que su madre le enseñó cuando era chica: “Ángel de la Guarda, dulce compañía no me desampares ni de noche ni de día”.

*Susana Alicia Federico
Argentina*

Aroma verdoso

Julia corta con las manos los gajos secos de malvones que vio crecer. Agarra la tijera que cuelga de la pared, la tijera se ríe porque la compró y nunca la estrenó. La joven la escucha, la mira de reojo, la abre y la cierra.

En un hospital se abre y se cierra el paso de oxígeno de un respirador, quieren tratar de salvar una vida.

Se dirige a la canilla, estira la manguera y aprieta la pistola.

El terapeuta estira con desesperación la manguera de otro respirador.

El chorro de agua sale con fuerza, riega la tierra reseca, las plantas comienzan a levantarse poco a poco. Poco a poco se levantará Juan de la cama de Terapia Intensiva, ahí nunca debió estar.

Piensa en la maldita pandemia y barre con el rastrillo las hojas que cayeron de los árboles. El viento otoñal remolinea y las desparrama, Julia ve cuerpos desparramados sin piedad en la morgue, intenta taparlos con las hojas que no logra juntar.

La tardecita la sorprende en cuclillas delante de un lazo de amor y de una paleta de pintor. Hince los dedos en la tierra porque no le gusta usar guantes ni palas pequeñas. A la tierra se la debe amar y acariciar como a un niño que necesita cuidados especiales.

La brisa refresca su cara transpirada y apacigua el cansancio de muchas horas de trabajo. Mira a su alrededor, hay demasiada tristeza, silencio mortal.

Se sienta en el banco de hierro, el que alguna vez estuvo en una glorieta, y toma aire sintiendo culpa. Inhala el aire que sabe que no puede respirar su esposo.

El sonido de su celular la descoloca, el pasto parece encrespase. Mete la mano en el delantal y atiende. Una voz entrecortada le anuncia el final, no quiere saberlo, no responde. Su compañero no responderá nunca más.

Los malvones y geranios y orquídeas y cactus lloran su dolor y las macetas se estremecen. La tierra del lugar se reseca, como se reseca la de los cementerios abandonados.

Nelida Magdalena Gonzalez
Argentina

Vizoso Posse

Desde el 1.º de mayo, el combate armado se había desencadenado en las islas Malvinas. Las cenizas bañaban el suelo y llenaban el aire de olor a quemado. Las cruces blancas de los fallecidos no cesaban de aumentar.

La noche del 10 de junio, el plenilunio se descubría en todo su fulgor. La forma de la luna cambiaba al reflejarse en los charcos agitados: parecía que estaba pasando por todas sus fases en cuestión de segundos. Las estrellas titilaban, cual si se estuviesen sucediendo rápidamente cientos de milenios.

Los comandos argentinos esperaban ocultos entre los montes Kent y Dos Hermanas, detrás de unas grandes piedras. Se les ponía la piel de gallina y no sabían si era por el viento helado o por los pasos cercanos de los ingleses. El pensamiento de que podían perder la vida de un instante al otro se agravaba con el pasar de los instantes, los volvía locos. Cada crujido, cada mirada, cada respiro, cada mínimo sonido acrecentaba su incertidumbre. Era como una llama que les quemaba el alma lentamente para que así fuera más doloroso el momento en que el fuego los consumiera por completo.

La llegada de los británicos fue el desencadenante de mil infiernos. De pronto, el estallido de una mina marcó el comienzo de la batalla. El fuego ascendió como un enorme fantasma amarillo fosforescente. Los proyectiles abrieron fosas funerarias entre las rocas. El cielo rugió como durante una tempestad, una capaz de voltear barcos y hundir ciudades enteras, una que podría sumergir el mismísimo ARA General Belgrano.

Las figuras humanas fueron difuminándose con la humareda. Una de ellas era el comando Vizoso Posse, quien buscaba a Mario "el Perro" Cisnero. El Perro, el más leal a sus camaradas y a sus principios, el de espíritu más bravío que cualquier animal. El teniente contra cuya espalda Posse había apoyado la suya para entrar en calor. El hombre que había compartido una barrita de chocolate con él hacía tan solo unos minutos. El guerrero que había lanzado el primer proyectil.

Las entrañas de la tierra seguían rugiendo y el cielo vibraba. En medio de todo eso, Posse se precipitó lo más rápido que pudo hacia el teniente. Cisnero permanecía boca abajo en el suelo debido al impacto de una onda expansiva. El comando lo sostuvo del

tronco y lo volteó para comprobar que siguiera vivo. Dios no podía permitir que aquella alma ya hubiese emprendido el tránsito.

– ¿Cómo estás, hermano?

Preguntó Posse suspirando por el esfuerzo de sujetar un cuerpo tan pesado. Entonces, se le cortó la respiración. Sintió que la tierra se abría bajo sus pies y se lo tragaba. Solamente le tomó un segundo darse cuenta: lo que sostenía entre sus brazos era un cadáver, ¡el cadáver helado de una persona que le había dado calor hacía solo unos instantes! Cisnero mostraba las mejillas pálidas y la mirada perdida, cual si buscara un punto de luz en la penumbra. Él había pensado destinarle innumerables oraciones a la Virgen María; ahora, estas se quedarían atascadas en su garganta para siempre.

Posse permaneció inmóvil de la impresión. Las gotas de sudor provocaron que le ardieran los ojos. Con la mirada borrosa, observó el suelo colmado de sangre y de los rayones de las armas. Las exhalaciones treparon penosamente por su garganta, lucharon para llegar hasta sus labios. ¿Y si él también había muerto y aún no se daba cuenta?

Mientras pensaba aquello, unas sombrías voces le pusieron los pelos de punta: eran los ingleses. Las venas de Posse se habían congelado, pero aún le llegaba sangre al corazón. Por eso, fue capaz de concebir un plan: acomodarse al lado del cadáver de Cisnero para hacer creer a los britanos que también había fallecido.

Sobre el monte, seguían lloviendo piedras y gotas de fuego a semejanza del séptimo círculo del infierno.¹ El impacto de los guijarros contra la roca se oía igual que granizo. Los ingleses caminaron con paso flemático a través de la tormenta y rodearon a los dos caídos. Debían asegurarse de que hubieran muerto. Por eso, sin dar la menor señal, unos tiros atravesaron el aire cual lanzas que se hunden en la tierra. Los relámpagos de las descargas rajaron la penumbra. Los argentinos se agitaron de un modo aterrador cuando les dispararon.

Hasta entonces, el corazón de Posse había estado golpeando violentamente la jaula de sus costillas. Ahora esos latidos parecían haberse detenido. Cuando los ingleses inspeccionaron el rostro del comando, se encontraron con unos ojos muertos, vidriosos, que tal vez ya miraban el rostro de Dios o solo una oscuridad infinita. Piedras pequeñas se enterraban en la piel del argentino y provocaban que la sangre pegajosa oscureciera sus mejillas. Además, él no respiraba.

Los britanos estaban seguros de que Posse había muerto. Así pues, se marcharon mientras sus pisadas de hierro se oían frías e imponentes. Sus sombras pronto empezaron

¹ Según La divina comedia, de Dante Alighieri, en este desierto del inframundo, se castiga a las personas con una eterna lluvia de fuego.

a diluirse entre el humo gris. Los argentinos abatidos quedaron allí abandonados, a punto de ser sepultados por la lluvia de piedras y flamas.

Aquel fue un relato de catábasis y anábasis, o sea, de descenso y retorno del inframundo. Fue el momento en que se combinaron dos melodías diferentes para determinar cuál era más intensa: la de la vida o la de la muerte, la de la rendición o la de la resistencia. Pues, cuando los británicos ya se marchaban, unos tiros los sobresaltaron. Se quedaron petrificados y sus mentes permanecieron en blanco. Sorprendentemente, acababan de dirigirles unos disparos desde atrás.

...

Horas después, Posse reposaba en el hospital de Puerto Argentino. Solo podía observar borrosamente los ojos brillosos y asombrados de su médico. Él había descubierto el rosario que el comando llevaba en el cuello. Una de sus cuentas rojas, constituyendo un escudo aún más emblemático que el de los dorados leones ingleses, contenía la bala desviada del británico.

*Delfina Carmona
Argentina*

Ella volvió

Aún tenía los ojos cerrados con una solemnidad obediente y respetuosa. Sin embargo, estaba clara en que ya no reposaba en su tumba como lo había hecho durante 60 años en esa espesa oscuridad. Pero eso se transformó de la noche a la mañana gracias al llanto de un corazón puro, pidiendo en forma desinteresada por el resarcimiento de su alma hizo el milagro de regresarla. Ella ignoraba el cómo lo habría conseguido, y aunque reconocía el tono de su propia voz hablando, no lograba recordar que se llamaba Norma Jeane Mortenson, aunque para el mundo del espectáculo fue Marilyn Monroe. De manera inusitada se percibió en una especie de cuarto oscuro, en medio de otras personas que no alcanzó a distinguir, pero al parecer se hallaban en su misma posición de cara frente al universo. Le tocaba esperar, y pese a su desconocimiento algo le pedía permanecer ahí sin preocuparse. Un tanto atemorizada Norma Jeane se animó abrir los ojos, y cuando lo hizo la luz brilló por todo lo alto. Estaba erguida y giró el cuello mirando a su alrededor. Distinguió una habitación amplia y espaciosa, mientras ella se preocupó por palpase el cuerpo con la intención de comprobar que efectivamente había vuelto. De inmediato quiso verse al espejo convencida que el reflejo que le devuelva el cristal activaría su memoria dormida. Pero no fue así. Vio a una joven de unos 18 años, tímida, con facciones hermosas, y obesa observando el cristal. Estuvo mirándose unos minutos en espera de que la imagen hablara de su pasado y le dijera quién es, mas no dijo nada en especial. Sabía que la cara que miraba no era la suya, y paradójicamente tampoco se sintió ajena. Le hubiera gustado por lo menos recordar su nombre. Esa situación la frustró un poco, no obstante, se sintió viva. Emocionada tomó asiento sobre la silla pegada a la cama incrédula con la respiración continua que la asistía, y no terminaba de convencerse. En ello tocan la puerta y una mujer mayor con un aspecto descuidado le ruega apurarse para el colegio. Si bien Norma Jeane sabía de qué se trataba, cayó en cuenta que en esta vida era adolescente. Volvió al espejo de la cómoda, y tras calcular el

trabajo que le costaría volver a la normalidad y a sus 53 kilos acostumbrados, no entendió por qué se acordó de su peso y no de su identidad por completo.

—¡Apúrate Adelle vas a llegar tarde!

Se oyó escaleras abajo. La muchacha momentos previos a salir escondió bajo el colchón el block de canciones que había escrito pensando en el chico más popular de la clase. Temas acompañados a guitarra acústica y a entusiasmo genuino de amigos músicos en horas libres. Norma Jeane descubrió con interés que la joven que habitaba compartía una de sus grandes aficiones: el canto ignorando hasta el momento que su vida originaria había vivido del espectáculo y glamour hollywoodense. Sin embargo, se sentía una intrusa en la entelequia de la joven. Todavía se cuestionaba por qué podía leer cada uno de los pensamientos de Adelle sin que ella lo notara. En ese instante dorado, se le ocurrió que a lo mejor estaba en la chiquilla purgando alguna clase de pecado, y rogó a las alturas su guía.

En sus planes no estaba malograrle la vida a nadie con su propia forma de ser, e interferir involuntariamente en una joven que tiene todo el derecho del mundo a elegir qué hacer con su propia existencia. Decidida a no estorbar Norma Jeane se mantuvo observando el día y amistades de la muchacha. La vio conversar con un joven al cual ella llamaba Juan Pasadena, el mismo que le rogaba un demo para subirlo a Myspice, la nueva plataforma musical. Norma Jeane advirtiendo una oportunidad real en el muchacho creyó que sería muy bueno hacerlo, y aunque hubiese querido opinar se conformó con ser solo una observadora.

Una vez en casa apenas y cenó contando los minutos en que apareciera los miembros de su banda. Lista y preparada para grabar partieron a cantar en uno de los salones de la iglesia logrando consolidar el demo para su amigo. De allí en adelante todo fue ascenso y reconocimiento en la vida. La elevación fue meteórica y pronto se convirtió en la cantante británica con más premios en la industria discográfica. Y nada hubiera sido distinto a no ser porque ese día de mayo Norma Jeane no volvió a sentir a Adelle. No se explicaba por qué ya no podía leerle el pensamiento, oír sus conversaciones con los amigos o distinguir planes futuros. No sintió nada y eso la alarmó teniendo el dominio absoluto del cuerpo. Corriendo fue por una ducha fría pensando que los dos días de celebración continua habían noqueado a Adelle. En consecuencia, descansó lo necesario y al despertarse el gran vacío seguía en ella. Qué estaba pasando e intentó buscar en su entelequia a ver si se habían invertido los roles, pero allí tampoco estaba. Desconcertada no sabía qué hacer para despertarla, aunque

presentía que ella no volvería, después de mucho rogar por la muchacha, sacudió su cabeza una lluvia de recuerdos portentosos, y por fin supo quién había sido en vida. Sobre la marcha maldijo a los Kennedy y a toda la mafia capaz de mandarla al otro mundo en una sola noche, por el simple hecho de haber quedado con un periodista para dar una entrevista comprometedor. Ahora recordaba bien y al enterarse de la extinción de casi todo el linaje de sus asesinos le agradeció a la vida la venganza.

Finalmente, se hallaba sola con el cuerpo de Adelle y aunque sabía a la perfección sus canciones no pretendía suplantarla. Para variar el tufo a bambalinas continuaba

seduciéndola. Pero aquella jornada oró con todas las fuerzas de su alma rogando por una respuesta a su cuestionamiento, y mientras dormía un ser celeste le susurró al oído:

—¡Adelle ya no va a volver, el cuerpo es tuyo! ¡Hónrala engrandeciendo su legado!

De la noche a la mañana el look de faldones anchos fue mutando al igual que la interpretación de los temas se tornaron más sensibles e igualmente extraordinarios. Sus vestidos portaron su sello indiscutible reinventando su moda y su tiempo, le echó mano hasta de los guantes largos como complemento sesentero. Lucía absolutamente blonda con un encanto muy particular. Pronto la gente la amó, como se aman a los ídolos, pero el dinero, boato y celebración no le devolvía el derecho a usar su propio nombre, a pesar que todo su lenguaje corporal decía quién era en verdad, debía callar. Con el tiempo pasó por un matrimonio fallido y salió de él con un gran agujero en el pecho. Le dolió que el amor le siga siendo esquivo incluso en esta vida, y al cumplir 37 oró tanto que volvió al ataúd en una noche de invierno, cuando los pájaros cantan y el catafalco es bueno para combatir el frío.

Maritza Sala Luza Castillo
Perú

Sean todos bienvenidos

El brigadier general José Díaz se pasa un pañuelo mugriento por la frente al tiempo que observa el campo circundante. La lluvia torrencial de tres días ha sido un gran aliado, convirtiendo el terreno en un pantano pestilente y pegajoso. A la izquierda la laguna de Méndez, a la derecha el río Paraguay, los flancos están asegurados.

A lo lejos, la tropa enemiga se apronta. ¿Serán capaces de atacar?, se pregunta ¿Será que los aliados se atreverán en estas condiciones? El joven militar sorbe lentamente el mate amargo cebado por su ahijado, el sargento Cuatí; entrecierra los ojos, aguza la vista, busca indicios, movimientos. Bosque, río, lodo, agua estancada, un vaho húmedo se eleva en el ambiente y un sol renacido de la

Apunta firmemente el catalejo y mira la evolución de la flota brasileña por el Paraguay, que comienza un intenso bombardeo, pero a ciegas, sin mellar sus posiciones. Y ya no tiene dudas... Cometerán la insensatez de atacar.

“Trinchera de Curupaty” por Cándido López, 1893.

Mientras espera, recuerda su último diálogo con el mariscal:

- Atienda bien, che brigadier. Ya sabe que el 3 de setiembre el marqués de Souza con su ejército de macacos esclavos nos tomó el fuerte de Curuzú. Atienda bien... – reiteró Francisco Solano López, clavando la mirada en su subordinado.
- ¡Atentamente le escucho, mi mariscal! - replicó Díaz, dando un fuerte tacazo de firme.
- Descanse, che brigadier. Hay que fortificar Curupaytí, los tenemos que frenar en seco y para eso lo necesito a usted, que ya es héroe del Paraguay y por eso lo ascendí. Ellos detuvieron el ataque para discutir sinrazones, porque son figurones políticos que necesitan mandar e imponer su voluntad. Mientras tanto yo le voy a ganar a usted más tiempo, chamigo¹. Le pedí parlamento a Mitre en Yataytí-Corá. ¡Tiempo necesitamos! - rugió López, apretando los dientes y los puños.
- Déjelo por mi cuenta, mi mariscal. Los curepí² no han de pasar, se lo garantizo.

“Morir por la patria es darle a nuestro nombre un brillo que nada borrará, y no hay mujer más digna que aquella que, con heroica resignación, envió a la batalla al hijo de sus entrañas. Las madres argentinas transmitirán a las generaciones venideras el legado de nuestro sacrificio”, escribió Dominguito a su madre aquella mañana en la primavera de 1866.

Ahí va la tropa argentina. Unos, marchan exudando heroísmo, piensan en la gloria de la Patria, en los laureles del triunfo de la razón sobre la barbarie y la ignominia. Otros, marchan encadenados, arrastrando los pies y maldiciendo, a punta de fusil y obligados a morir en una guerra incomprensible. Unos, creen que el exterminio y la rendición sin condiciones es la solución al

1 Chamigo: (guaraní) unión de “che” y “amigo”, se entiende como “amigo entrañable”.

2 Curepí: (guaraní) piel de chanco. Insulto que hace referencia a la piel blanca de los argentinos.

“problema paraguayo”. Otros, creen que matarse entre hermanos es un pecado grave, Dios no perdona Caínes que asesinan Abeles.

El capitán Sarmiento creyó en la predicción optimista del general Mitre: “En 24 horas en los cuarteles, en 15 días en campaña, en tres meses en Asunción”. Pero parece que los paraguayos no están de acuerdo con la idea y la cosa se complica.

Hoy va a ser un gran día, aunque tendré mucho trabajo, por lo visto. ¡La cosecha será grandiosa! Hace tiempo que esperaba un banquete digno de mí, de proporciones pantagruélicas. Solo tengo que esperar, pacientemente, sin ansiedad, solo abrir mis brazos para recoger los frutos maduros...

El brigadier general Díaz murmura entre dientes, masculla pensamientos para sí mientras evalúa sus defensas, la distribución de sus baterías, la disciplina de sus 5000 hombres

que aguardan nerviosos. De repente cesa el bombardeo de los barcos brasileños y el jefe abre grandes los ojos al tiempo que escupe con fuerza una saliva amarga y grita:

- ¡Atención soldados! ¡Van a atacar! ¡A las armas, carajo!

Díaz ya divisa las columnas de curepíes y macacos avanzando a bayoneta calada por el lodazal y da la orden mortífera de ¡¡¡Fuego!!!

¡Al fin! ¡Que se inicie la fiesta! Necesito saciar mi apetito voraz y la guerra es mi mayor alegría en este mundo. Hoy anidaré a justos y pecadores; negros, blancos y mulatos; próceres y pobres diablos... No importa la condición, son todos bienvenidos...

El capitán Sarmiento avanza al frente de su tropa, sus botas se hunden en un barro empecinado al tiempo que los 49 cañones paraguayos escupen mutilación, desconcierto y muerte. A cada explosión le sigue un chorro de lodo y sangre, cuerpos despedazados y heridos que horadan la jornada con sus aullidos desesperados. Soldados campesinos, soldados gauchos, perecen bajo la lluvia de metralla, caen en fosos con estacas, se estrellan contra los abatíes³ paraguayos sin que el fuerte de Curupaytí se conmueva.

- ¡Sigán disparando, añamembuy⁴! ¡No tengan piedad! ¡¡¡Fuegoooo!!! - Díaz no da tregua a nadie, ni a propios ni a enemigos. La masacre debe continuar, el Paraguay debe sobrevivir.

3 Abatí: dispositivo de defensa militar formado por árboles y ramas apuntando al frente enemigo con el fin de detener el ataque y ocultar las posiciones propias.

4 Añamembuy: (guaraní) hijo del Diablo; bastardo.

- ¡Larga vida al mariscal López! - grita la tropa- ¡Viva el brigadier Díaz!

La victoria es evidente, así lo acredita la tierra, inundada de sangre gaucha argentina y sangre esclava brasileña.

El capitán Domingo Fidel Sarmiento siente el terrible ardor de la metralla que siega la carne de sus piernas, suelta el sable al tiempo que se desploma en el barro y su desgarrador grito de angustia queda ahogado por las explosiones. En vano sus hombres lo resguardan y cobijan, no pueden frenar la hemorragia de Dominguito, no pueden salvar al capitán de 21 años. Aquél que escribiera en carta a su madre: "Hoy es 22 de septiembre de 1866. Son las diez de la mañana. Las balas de grueso calibre estallan sobre el batallón. ¡Adiós madre mía!"

Mitre también escribe una carta. Con su habitual hipocresía, dice a Sarmiento: “Usted me entregó un hijo y yo le devuelvo un héroe”.

¡Día de gloria! Se engrosan mis huestes, devoro ávidamente almas dignas e indignas, héroes y villanos, castos e impíos. Sin pausa siguen llegando a mis brazos y acaso ya son demasiados para un solo día, por momentos no doy abasto y hasta empiezo a sentir cierta fatiga. Debo agradecer la inestimable ayuda del general Bartolomé Mitre, lo dejaré vivir muchos años y seguro que pronto me regalará más vidas. ¡Hasta coseché al hijo de un futuro presidente!

Sean todos bienvenidos...

*Sergio Federico
Argentina*

La pollera

Año 2023

Busco un trapo para limpiar los pinceles. Tomo uno al azar. Aparece ese trozo de tela fondo negro con flores fucsia. Con ella el asombro y la alegría de mi adolescencia descubriendo el mundo y el miedo de mi juventud. Miedo a los autos verdes ...y a la marca Falcón.

Año 2020

De un clavo de la cocina cuelga un ramillete fucsia tiene forma de agarradera. Esta chamusqueada y descosida pero me sonrío. No me decido a tirarla y la pongo en el cajón de trapos para limpiar los pinceles. Desde que me jubilé pinto.

Año 2018

-Mami , este almohadón descolorido no pega con los muebles nuevos lo tiramos?-

1988 Mudanza

-No con las partes buenas haré una agarradera. -

8

-Nena, por favor, trae la escalera. Subí en el fondo allá arriba veo un paquete. ¡La pollera! Mi pollera. No la voy a tirar hay que llevarla a la nueva casa.

1980

-Mamá hay que alegrar el sillón gris, ese que usaba papá para leer “La opinion” antes que se lo llevaran. Por qué no usas la tela de esa pollera que querés tanto?-

1978

-Estás llorando?¡Ganamos el mundial!.

¿Por qué te abrazas a esa pollera?

¿a dónde está papá?

Probate la pollera seguro que te va ,estas tan flaca. Ya está fuera de moda. Tirala

-¡No!-

¿Por qué te pones así al ver esa pollera vieja?-

-¿Así?...¿Como?-

-Con sonrisa de nube y mirada de ausencia-

-No la quiero tirar con ella bailé mucho con tu papá. ¿No tenías examen? . Anda a estudiar.

1967

Mamita ¿me prestas tu pollera con flores? Es para llevarla al jardín y disfrazarnos. Yo quiero disfrazarme de gitana .

-La voy a buscar.-

La encuentro entre los recuerdos. Está perfecta no se decoloró, ni se descosió. Entre sus flores aparecen los besos...los “no” que fueron “sí”la imagen del muchachito con su saco de sport blanco con su mirada dulce y pícara. A la sonrisa la encuentro entre los frunces y en mi hija. Los gestos también se heredan.

1964

Me pruebo la pollera , quiero sorprender a Carlos. El género está intacto: las flores brillan sobre el negro azabache pero el cinturón –faja no me deja respirar. La guardo, tal vez con una dieta...

1962

Necesito trapos para encerar el piso, los busco .Entre la ropa en desuso.alli va la blusa blanca pero la pollera ¡NO! Aún tengo esa cinturita. Veré como me queda después del parto.

1956 agosto

El pedal de la máquina de coser es parte del pie de mi madre.

Ese trac-trac-trac es la música permanente en la casita temperleña de día y de muchas noches. Mamá en la cocina cose. Yo leo la revistas "Para ti" y "Chabela" la Fabril de Barracas se las regala a un cliente de la fiambrería de papá y él las trae a casa. Afuera, el lechero con la novedad del barrio, deja la leche embotellada. Antes el lechero la traía en un tarro y mamá la recibía en una lechera de aluminio para hervirla. Siempre se derramaba . En la radio cantan pasodobles Lolita Torres, Angelillo o Miguel de Molina y mamá los tararea . En la calle el botellero con su pregón compite con el cacareo de la bataraza que acaba de poner un huevo. El trac -trac se silencia mamá terminó mi pollera. Voy a ir a los quince de "la Pochi". Entre todas nos organizamos le vamos a regalar un longplay de Paul Anka o de Los Plateros. y si sobra algo un ramo de claveles.

Estoy muy nerviosa el chico del saco sport blanco está invitado. Se llama Pocho. A mi ese nombre no me gusta. ¿Será porque en casa odian a Perón? Lo voy a llamar por su nombre Carlos y si me deja "planchando". Antes de salir , la recomendación de mamá " No tome9s Coca Cola te pueden poner algo". Yo no entendí. Por las dudas no voy a beber nada.

1956 julio

Salgo de compras con mi abuela .

_Abuelita me gusta esta tela para la pollera con la blusa blanca va a quedar muy bien. La quiero bien fruncida con la cintura ancha-

La abuela compró la tela en la tienda de Lomas de Zamora, frente a la estación. Se mezclan las pitadas del tren que llega con el rock de Elvis del winco que pusieron en la tienda.

El baja del tren ,si, él ese muchacho que me cabeceó en la matiné del club Colón Inconfundible con su saco de sport blanco pantalones oscuros anchos y con brazos fuertes

.Cómo tiemblo cuando me aprieta contra él para bailar los lentos.

¿Le gustará mi pollera?

*Ines Argentina Parrondo
Argentina*

Iga

Era muy tarde, ya entrada la noche. Al otro día debía madrugar para presentarse a un examen de matemáticas. Sin embargo, tuvo que ordenar la casa y preparar la cena de su hermano menor, Manuel, sazonada con discusiones y reproches por la tardanza. Y luego la batalla por llevarlo a su cama con la responsabilidad de una madre y la torpeza de una adolescente.

Su madre, Angélica, había avisado que llegaría tarde del trabajo y su padre, Fredy, era una dolorosa ausencia desde la separación. Se planteó si debiera ponerse a estudiar, pero concluyó que es de tontos librar guerras perdidas de antemano.

Iga solo atinó a refugiarse en su propia cama en el primer remanso de paz que le otorgó el día. Y se protegió entre las sábanas con su deportivo holgado, con su olor a sudor, su acné, su soledad, sus caóticas hormonas, su carencia de utopías y sus 15.

Porque a los 15, la vida puede parecer tediosamente larga y llena de sinsentidos. Con sus sinsentidos y su móvil se recostó.

Se desperezó entre sus correos, bostezó entre los tiktoks, cabeceó con desdén en su Facebook y finalmente cayó amodorrada recorriendo su Instagram.

@iga2008

Se despertó sin saber cuánto tiempo dormitó, pero le parecieron horas ya que se sentía con fuerzas renovadas. Los rayos del sol empezaban a pincelar los rincones de la casa. Estaba de buen humor, se dirigió al baño y al verse en el espejo se vio hermosa, sin las irregularidades de su rostro que tanto la fastidiaban, no reconocía su peinado, más propio de una pasarela y apenas llevaba puesto un camisón corto que insinuaba una figura estilizada.

No logrando asimilar los cambios, se dirigió a la sala principal. En la cabecera de la mesa estaba desayunando su padre, de camisa y corbata, y su madre salía de la cocina con más café.

-Vamos mi amor, vístete que se nos hace tarde.

- ¿Tarde para qué?

- ¡Uy! Todavía no se despertó, no está bueno eso de subir reels hasta tarde. Después no hay quien te despierte- Comenta @fredy123.

- ¿A dónde vamos?

-Llegamos tarde a tu graduación. Vístete @iga2008- responde @angela_gonz. Salió @manu223 en ropa interior. Y @angela_gonz volvió a comentar:

- ¿Cuántas veces te comenté que te vistieras @manu223? (pone emoji de enojo)

- ¿Cómo me llamaste? – cuestiona la sorprendida @iga2008

- No me digas que volviste a cambiar de cuenta – le comenta con cierto fastidio @angela_9gonz

y le pone un corazón.

No solo su casa, la familia de @iga2008 era hermosa, y volvían a estar unidos.

Aturdida, se va a vestir, con prendas de talla menor a la habitual y coloridas, posa frente al espejo, y nota en el mismo un corazón y al lado un número... al principio 50, 60, 70. Al mismo tiempo brotan los comentarios con halagos.

Se da vuelta y exhibe su espalda y cadera: 100, 150, 200...300 likes. Se photoshopea, una amplia sonrisa ilumina la faz de @iga2008... 400...500...600... y sube.

Excitada, se desabrocha la blusa...1200 ... 1300 1500, se sube un poco la pollera ... 1800 2000 3000... busca sus cosméticos hace mucho tiempo archivados... 3500...4000.

- ¡Vamos a tomarnos una selfie antes de salir a tu graduación! – comenta @angela_gonz - ¡me estoy poniendo celosa de todos tus likes @iga2008! – (emoji de carcajada).

- ¡Deberías ponerte así en tu perfil! - mensajea @fredy123 y le suma otro corazón.

Una radiante foto de una familia frente a una hermosa casa en una historia: comparten y se multiplican los Me Gusta.

En las horas siguientes @iga2008 tenía un título, era atractiva, sus amigos la seguían. Y también estuvo de vacaciones en hermosas playas, bailó en las mejores discotecas, se zambulló en las mejores piscinas.

Descubrió que leyó a los más importantes intelectuales y escritores de su tiempo, que puede citar sus frases, y reproducirlos en sus publicaciones. Y que podía compartir consejos de vida y ser divertida también. También ser descargada cientos, miles de veces por sus seguidores.

Mientras @iga2008 volvía a su casa con su familia, sintió la necesidad de compartir sus emociones y proyectos entre sus seguidores: improvisa un “Vivo”.

()

Al amanecer, Angélica entra al dormitorio de ésta. La cama está desocupada, solo ve su móvil descargado, lo guarda y sale a buscarla infructuosamente por toda la casa.

Darwin Redelico
Uruguay

Cuatro velas y una botella de agua

Mi padre camina por los pasillos de la casa y parece ir perdiendo esa áspera seriedad de siempre. Abre un cajón del bajo mesada y saca un paquete de velas. Va hasta el aparador, agarra una bolsa plástica y mete las velas en la bolsa. Deja esto sobre la mesa de la cocina y sale de la casa. Entra de nuevo. Trae una botella plástica, transparente,

recién lavada, en la mano. Le ha quitado la etiqueta de colores. Va hasta la mesada, pone el pico de la botella debajo de la canilla y la llena de agua. Mete la botella en la bolsa plástica donde están las velas. Y nos espera.

Yo estoy sentado en un banquito, recostado sobre una de las paredes de la cocina. Veo la escena en silencio, confiando en la verdad de la representación.

Cuando salimos de la casa, mi madre y mi padre van hablando del tiempo y de la garúa que cae, finita y fresca, entorpeciendo el calor del verano. La vereda está casi vacía. Anochece en el barrio y las gotas dejan un brillo en los bordes de las cosas, reaniman los colores, lavan las hojas. En procesión, vamos los tres esquivando los pequeños charcos que hay en la vereda, vamos saltando la línea ancha de agua que corre junto al cordón.

Pasamos por el almacén. Mi padre saluda y no espera la respuesta. Sigue caminando. Lleva la bolsa con las velas y la botella en la mano derecha. Mi madre va detrás y, en la esquina, me espera. Me agarra la mano y, juntos, saltamos la línea ancha de agua que corre junto al cordón. Apuramos el paso, tratando de alcanzar a mi padre que tiene las piernas más largas, que avanza rápido, que parece tener una decisión distinta, más confiada. Otra fe.

Las calles del barrio parecen todas iguales. Pasamos por varias esquinas y con mi madre volvemos a saltar las líneas anchas de agua que corren junto al cordón. Pasamos por la plaza y ya dejamos atrás el club. Del otro lado, lejos, queda la capilla. Vamos pasando por los frentes de las casas, esquivando los árboles de las veredas, tratando de evitar las baldosas flojas que salpican. Vamos en una procesión silenciosa pero confiada. Santa Magdalena es un barrio de gente que cree.

Mi padre se da vuelta y se asegura de que nosotros vamos detrás. Mi madre me tira un poco el brazo y avanzo casi al trote. De pronto, estamos junto a mi padre. Le pregunto si puedo llevar la bolsa y me dice que sí. Ahora llevo yo el paquete de velas y la botella plástica con agua. Yo sé adonde vamos, sé adónde vamos a dejar esto; porque ya fuimos alguna otra vez.

Ya casi hemos salido del barrio. Las veredas con pequeños charcos y las casas van quedando atrás. Ahora vamos por el costado del basural, camino a la ruta. La vereda ya no tiene baldosas, es solo un camino de tierra hecho de tanto andar. Del otro lado de la calle, también es campo, aunque algunos lotes tienen alambres y se están empezando a construir varias casas. De un lado el basural, del otro los terrenos. Es como un playón grande, de un verde oscuro y húmedo que bordea la calle asfaltada que une el barrio con la ruta.

Camino adelante, sacudiendo la bolsa de un lado para el otro. Mi padre me dice con voz calma que no haga eso. Extrañaba esa voz tranquila de mi padre. Mi madre viene un poco más atrás. Yo puedo ir adelante porque sé que vamos hacia la ruta, y que después, vamos a doblar a la izquierda. Vamos a pasar por la vieja estación de servicios que siempre tiene poca luz, luego hacemos la curva y ahí, llegamos.

Hago un pequeño trote. La ruta es un horizonte que acabo de alcanzar. Paro y me doy vuelta. Mis padres ya casi llegan. Apenas nos juntamos los tres, reanudo el paso. En la vieja estación de servicios hay un auto cargando combustible, una montaña de leña y una pila de garrafas al costado. Todo en jaulas con candados. El playero emite un sonido y veo a mi padre que lo saluda con una sonrisa. La cara de mi padre con una sonrisa es

como un mezquino gesto de dios. Mi madre va, un poco más atrás de mi padre, mirando adonde pisa.

Ahora el camino es más angosto. Entre la ruta y la vereda está la zanja y los yuyos que han crecido me llegan casi hasta el pecho. No hay alumbrado y los frentes de los lotes están también a oscuras. Un miedo pequeño se me mueve adentro. Camino un poco más lento y dejo que me alcance mi padre. Disimulo. Le pido que lleve él la bolsa con las velas y la botella de agua. Lo dejo que se adelante y me agarro de la mano de mi madre. Los tres seguimos la procesión, ya nos falta poco.

En la curva, siempre miro la estrella amarilla que está pintada en el pavimento. Son como cruces que se clavan en la memoria y uno no puede dejar de recordarlas, de mirarlas. Hay fantasmas que lo empujan a uno hacia sitios que no ha decidido ir. Esa estrella o cruz amarilla es una marca que siempre trato de mirar.

Mi padre ya casi llega. Le suelto la mano a mi madre, lanzo una breve carrera, paso a mi padre y cuando termino de doblar la curva, aparece la enorme pila de botellas de agua, el largo paredón de envases con agua, de plástico, de vidrio y hasta bidones con agua. Son muchos los que han hecho esta misma caminata y han dejado su botella, como nosotros.

En medio de la fila, de la larga hilera de botellas apiladas, aparece la pequeña construcción de ladrillo, con fotos, cuadros y estampas, metidas adentro de este cuadrado de cemento, todo acomodado de un modo bastante desprolijo, hacia el fondo de la construcción de ladrillos. Adelante hay un pequeño techo que cubre el frente. Debajo de esta especie de alero hay cientos de velas chorreadas, apagadas, caídas y, algunas pocas, aún encendidas que protegen y veneran las fotos, cuadros y estampas que desacomodadas, están en el fondo del cuadrado de ladrillos o de esta especie de altar levantado casi sobre la vereda, frente a la ruta.

Llego antes para poder mirar con los ojos impunes que quiero. Porque quiero entender los secretos de la fe, los misterios de la apuesta, la explicación del viaje que con mi madre y mi padre hacemos de un modo repetido, no seguido, pero constante. No logro desentrañar nada y mi padre ya me alcanzó.

Me corro un poco, hacia un costado. Veo que el gesto áspero de siempre de mi padre ha aflojado definitivamente; como si esa tensión oscura que lo amenaza todo el tiempo hubiera desaparecido. Como si todo fuera mejor en este lugar. Por estas cosas me gusta estar acá. La otra vez que vinimos, estoy casi seguro que fue igual. Mi madre también se mantiene a cierta distancia. Ambos nos miramos y volvemos a mirar a mi padre.

Él apoya en el piso la bolsa. Saca la botella de agua y la acomoda cuidadosamente sobre un costado. Si bien la colocó junto a las otras miles de botellas, nuestra botella tiene un color y una forma distinta a las demás. Y ahora que mi padre la ha dejado, puedo verla desde donde estoy. Puedo alejarme y alejarme mucho, que igual, la voy a seguir viendo porque es nuestra botella de agua. Mi padre también está mirando la botella.

Ahora se agacha y de la bolsa agarra las velas. Abre el paquete. El paquete de velas trae cuadro largas velas blancas. Mi padre saca una y la enciende. La deja babear un poco junto a las otras y la apoya rápido para que se quede parada. Las otras tres las deja en el paquete y las acomoda sobre un costado. Ahora puedo ver claramente la vela y su llama iluminando el frente de la construcción de ladrillos, sembrando luz bajo el pequeño techo junto a los restos de las otras velas. Iluminando las fotos, cuadros y estampas de la mujer y el bebé que están desacomodadas adentro del altar.

Sigo parado en la vereda. Mi padre mantiene esa mirada frágil que solo le conozco acá y mientras hace esto. Mi madre, continúa mirando el piso, como formando parte del silencio que nos rodea. Y yo me alegro de poder ver la vela y su llama blancuzca; y nuestra botella que sobresale del montón. El silencio se alarga y los tres nos quedamos hundidos allí, frente a la construcción de ladrillos, con las fotos, cuadros y estampas adentro, con un desorden de velas abajo del pequeño alero delante del altar, con la llama iluminando las imágenes de la mujer recostada sobre el piso, boca arriba, y del bebé que está sobre un costado de ella. Y la inexplicable hilera de botellas de agua que nos rodea. No entiendo la escena y necesito entenderla; solo confío en esta forma de fe que hace que mi padre tenga el gesto que ahora tiene.

Me gustaría que mi madre estuviera más cerca o que también ella encendiera una vela. Pero no. Se mantiene un poco más lejos, como mirando apenas. Igual que yo. A mí también me gustaría encender una vela. Pero no.

Mi padre recorre con los ojos todo lo que puede abarcar en la nochecita lluviosa. Mira el altar apenas iluminado por las velas debajo del alero y mira la interminable fila de botellas de agua que dominan todo el lugar. Casi no pasan autos por la ruta. El silencio es un espacio agradable. Solo lamento que, en un rato, vamos a volver a casa y todo volverá a ser como era antes.

*Alejandro Jacobsen
Argentina*

El arcángel libélula

Mandiel se encuentra en la Tierra trayendo la Buena Nueva hace años. Es un arcángel hermoso y de gráciles ademanes. Refleja la gloria de Dios como el que más, pero tiene un serio problema, es extremadamente diminuto.

No lo busquen en el Nuevo Testamento, no figura. Tal vez los escribas de las Sagradas Palabras consideraron que lo pequeño no se condecía con la magnitud del Creador y lo relegaron a mito, una quimera, lo borraron de la historia. Pero de todos los jefes de ángeles es sin dudas el más terrenal y el que más tiempo ha pasado entre nosotros, aunque por sus dimensiones muchos lo

confunden con una libélula y cuando brilla en todo su esplendor, a lo sumo luce como una luciérnaga agraciada.

La mitología celestial contempla siete ojos de Yahvé. En realidad, resultan más, según los teólogos del Viejo Testamento. Allí se detallaban veintisiete ángeles mayores o jefes, veintiocho si se lo cuanta a Lucifer, ángel caído y general de las tropas del inframundo. De Mandiel ni noticias. Únicamente documentos apócrifos de dudosa veracidad y menor comprobación empírica. Sin embargo allí está él, siempre errante, paseando por praderas y jardines de todo el mundo. Haciendo sonar su trompeta, que por una cuestión de acústica se nos asemeja al sonido de una chicharra veraniega. Solo los oídos sensibles y

las almas tocadas por Nuestro Señor permiten discriminar el llamado celestial de un bullicio estival, agradable por cierto pero con nada de sacro.

¿Cuál habrá sido la reacción del Creador al descubrir que a los arcángeles mayores Miguel, Jofiel, Chamuel, Gabriel, Rafael, Uriel y Zadkiel ignoraban olímpicamente a su par ínfimo por cuestiones tan triviales como el tamaño?

¿Será acaso Mandiel una divinidad especial que se encarga de las cosas nimias? Desde una media perdida hasta la organización de los protones, todo puede caer en su órbita y de ser así, su poder sería mayor al de sus pares, quienes debaten entre las vicisitudes de seres humanos y de las bestias mayores, pero olvidan que todo lo pequeño, incluso lo microscópico ha sido creado por mano celestial. Si los mismísimos científicos más conspicuos se han puesto de acuerdo para denominar al bosón de Higgs como la partícula de Dios, aquella omnipresente aquí y en todo el universo que configura todo lo que es ¿Quiénes somos nosotros para discernir sobre lo que es fundamental y lo que es trivial? Y lo que es peor aún ¿Cómo confundirlo por una dicotomía tan absurda como lo grande y lo pequeño?

Es sabido que Mandiel ya ha dado muestras de su poder. En la zona de Pernambuco logró reunir a un millón de hormigas soldados para arrasar con una aldea humana hasta no dejar rastros de ellas. Por cuestiones de leyes humanas y extraterrenales, se trató de un grupo humano rufianesco que se dedicaba a las lides del narcotráfico y habían sumergido a los pobladores vecinos en situaciones peores que las de la humillante esclavitud. Así como Jemanjá protege los océanos, Mandiel y sus insectos vengadores han sido representados en vasijas y tinajas, el montado cual corcel alado sobre una mantis religiosa comandando el victorioso ataque.

No es plausible hablar de su grandeza a aquel que hace culto de la pequeñez, pero ha sabido realizar gestas magnas, algunas de las que apenas tenemos noticias, como la detención de letales epidemias centroamericanas, haciendo retroceder a las bacterias con la única y grata presencia de su luz sanadora, hecho considerado milagro, pero que en las columnas laicas y agnósticas de los principales medios se atribuyen más a las razones del azar que a la intervención del más pequeño de los arcángeles.

Teólogos marginales sostienen que de no ser por Mandiel, el mundo entero sería campo de cultivo de hongos, moho y esporas haciendo imposible la vida en la tierra tal como hoy la conocemos. No hablar de la existencia del homo sapiens, únicos seres capaces de poseer escritas que puedan inmortalizar y dar orden a las peripecias de una raza específica. Por eso es menester rescatar la gran figura diminuta, oxímoron inevitable, al referirnos a Mandiel y su noble oficio de hacer mejor este mundo.

¿Por qué si Mandiel es tan poderoso, como bien lo debe ser un arcángel que preanunciará el Apocalipsis, eligió forma tal humilde de presentarse ante nuestro mundo? Precisamente por ello. Es menester recordarle a nuestros sueños de grandeza, desde el más noble hasta el más ruin que en proporciones cósmicas, bien podríamos ser el ínfimo ápice del cabello de una uña

encarnada de un descomunal gigante sideral, quien a su vez es un ínfimo neutrón de un ser de formas y dimensiones inconcebibles. Probablemente el pecado de los otros arcángeles, el orgullo y la vanidad, sean tomados en cuenta por Dios el día de pasarles factura incluso a aquellos cuya pureza rebalsa en la balanza de los más justos.

Mandiel se encuentra organizando polinizaciones, en el mundo de escarabajos y cucarachas, todos aquellos seres que se pueden ocultar en las hendidias y por ello no merecen atención y son pobres mártires de nuestros ataques insecticidas. Se ha sabido de hombres cuya bondad no les permitía matar ni a una mosca, pero su torpeza los llevaba a masacrar a todo un hormiguero. De amantísimos padres que estragan moscos y polillas para mantener en blanca asepsia sus hogares, asesinando congéneres vivos, pero despotricando contra la pena de muerte y todo tipo de acciones homicida de su raza.

Mandiel conserva la furia, aquella misma que guarda Jehová en el Primero de los Libros, más en su bondad infinita reprime sus acciones criminales gracias a leyes que van más allá de nuestra comprensión, pero tenemos el buen tino de seguirlas, aunque sea parcialmente. En caso contrario el globo entero se convertiría en un pandemonio. Ya estamos cerca de serlo, así que imagínense lo que sucedería sin las intervenciones beatíficas pero silenciosas de aquellos que aparecen como nuestra moral y guía férrea.

Debido a su ridículo tamaño, es necesario no confundirlo con otros seres fantásticos, no por dudar de su ontología, sino por su mágica presencia. Las hadas, por ejemplo, tampoco alcanzan alturas mayores que un pulgar, también pueden volar y realizan actos mágicos, que no deben confundirse con milagros. Los últimos tienen una función especial, que es mejorar la vida y en ocasiones reencauzarla, tal como ocurre con las resurrecciones. Son señales de una justicia superior. Las hadas, que pueden ser de ambos sexos, aunque conocemos mejor su complexión femenina, pues los varones poseen un accionar similar al de los zánganos; tienen la capacidad de manipular la materia, pero sus portentos no son otra cosa que fuegos de artificio, fantasías visuales de insuual belleza, pero que en nada competen al mundo de los seres racionales, salvo en hacernos recordar que el universo todo está lleno de hechos y acciones que se nos escapan de las manos. Por otra parte su supervivencia es muchísimo menor. Las mayores bajas se produjeron en el siglo XVII, cuando se inventaron las palmetas matamoscas. Los nobles se divertían cazándolas como si fueran mariposas y colocando sus cadáveres entre dos placas de vidrio para mostrar su destreza en una lucha desigual. Incluso su posesión, de ejemplares vivos o muertos, fueron símbolo de status, cosa que empeoró la situación ya que la plebe, la chusma y la pequeña burguesía con ínfulas de heraldos inventaron métodos especialmente cruentos para capturarlas, obteniendo muy pocas con vida y la mayor parte de las sobrevivientes, exánimes y en pésimas condiciones. Mandiel por su parte es inmortal, resistente a palmetas, raquetas e incluso bombas nucleares. Recordemos que la esencia de los ángeles es pura energía y que las dimensiones y formas en que los contemplamos son puros avatares materiales. Por ello valga aún más el sacrificio del Arcángel Libélula, tal como con sorna lo bautizaron sus pares, quien pudiendo ser colosal y de singular hermosura, escogió una presencia mucho más humilde, para enseñarnos el camino de la simpleza. Pero nosotros, vanidosos humanos, mentores de telescopios que nos arrodillamos ante la grandeza del cosmos, jamás podamos verlo por más que su Gracia Canija, se deposite ante nuestra vista posándose sobre nuestras feas y ganchudas narices.

Aún no se han inventado los anteojos para el alma y el día que sean creados, miraremos para el lugar equivocado, tal es nuestra necesidad, que deambulamos por el mundo, con ridículas y cretinas anteojeras.

Él se encuentra presente ante nosotros desde nuestra más simple mocedad tanto individual como de estirpe, pero en un gesto soberbio, nosotros nos arrodillamos ante

superhéroes de tebeos y filmotecas de dudosa calidad. Por eso es tan necesaria la existencia de Mandiel, el arcángel más pequeño, dueño de una belleza y una gracia sin par, la que solo se hace presente en las cosas más pequeñas de nuestras vidas.

Martín Troncoso
Argentina

Un búho llamado Antonio

Los búhos siempre fueron asociados con la muerte, también con la sabiduría. No es casualidad. Ya el Árbol Primigenio cuyos frutos no había que morder, eran la planta del conocimiento y vaya ilación (o mejor dicho enraizamiento), el origen de la dualidad entre el Bien y el Mal.

La maldita manzana nos expulsó del Edén y nos arrojó a este patio trasero donde hoy sobrevivimos.

Los patriarcas pre diluvianos rondaban los mil años antes de fenecer. A medida que avanzamos por el tiempo, las vidas se tornaron más breves mientras nuestros saberes se multiplicaron con los años. Cuando la muerte empieza a pisarnos los talones, estamos en el ápice de nuestra sabiduría, cierto que también afloran las chocheras y la estantería se desacomoda. Si bien la información está allí, no siempre podemos encontrarla.

Las lechuzas giran sus cabezas en ángulos imposibles, como si ya estuvieran degolladas. También mueven los ojos con total independencia uno de otro, abarcándolo todo y no solo eso, obteniendo un mismo panorama desde distintos ángulos.

Son carroñeros, se alimentan de la Parca. La borran de los suelos. Eliminan sus huellas con canibalismo ontológico ¡Quién pudiera incorporar los libros por ósmosis!

Estas aves de rapiña reposan mansas en las ramas. Saber sobre saber que los humanos pasamos por alto pues no despegamos del suelo.

Cuanto más sabemos, más comprendemos de cuanto carecemos. El tiempo nos apura, carroñamos las historias en resúmenes, intentamos devorar hasta la médula, si bien dicen que esa es la parte más sabrosa, solemos no dejar siquiera los huesos.

Un águila imperial vuela sobre nuestras cabezas, es más altiva que esas aves que atraviesan rasantes los suelos. No amenazan nuestro espacio y gobiernan en picos altos e inalcanzables Sabemos que la especie calva destrozaría a los búhos con una solo garra. No suelen hacerlo. Son útiles y eficaces. También les temen porque saben. Las águilas en su ignorancia manejan un solo conocimiento, el necesario, el de saber que ellos saben.

La muerte para los conscientes pesa y duele mucho más que para las criaturas que se funden en el paisaje.

Los búhos también consumen roedores y alimañas, formas de vida que aún en su pequeñez, nos espantan. El final asoma invisible en la casi imperceptible picadura de una araña. El veneno suele dar sabor a una cena que por definición siempre resulta la última. Que la amenaza sea tan ínfima suele sobrecogernos. ¿Quiénes son esas fierecillas para poner en jaque a titanes como lo somos los de nuestra raza?

Antonio pensaba como búho pero recordaba como humano. Los saberes de otra vida no se perdían en la amnesia de la reencarnación, esa es una de las virtudes de esta especie que muchos desconocen. Pocos se acercan a conversar con ellos y son muchos menos los que entienden su lenguaje. Pero en cada plumífero misterioso se alberga los secretos de otras existencias, aunque ellos mismos no lo aceptan, aunque lo intuyan.

El instinto y las vivencias los han hecho excelentes cazadores nocturnos.

Los humanos que rememoran sus costumbres intentan desentenderse de sus vuelos rasantes y rapaces, sumergidos en cavilaciones intelectuales. Por suerte el instinto y el hambre son más fuertes.

Su nombre impresiona ser más intimidante que el de las lechuzas, pero no dejan de ser de la misma familia de estrigiformes o rapaces nocturnas. Los búhos poseen plumas alzadas que parecen ser orejas, las lechuzas, no. Nucos, bubos o pequeños escapan de clasificaciones estrictas tanto por forma, tamaño como hábitats donde se confunden.

La mayoría de los homo sapiens no suelen quitar vidas, no obstante los dominantes sí, por ende se nos considera una raza asesina. Quienes jamás capturaron una criatura viva y se alimentaron de ella a feroces picotazos (enormísima mayoría), les cuesta acostumbrarse a su nueva gastronomía al convertirse en criaturas noctámbulas emplumadas. La crudeza y la carencia de sazón son un problema menor, pero no por ello descartable. La importancia de las cosas siempre reside en los detalles. Al pasar de nuestra vida presente a esa nueva forma existencial, los platillos, sin dudarlo, resultan mucho más desabridos.

Antonio sopesaba sus dos sabidurías, las de los grandes maestros de la historia y la de un animal que todo lo mira y solo interrumpe su silencio en estremecedores ululares. Habría aceptado gustoso compartir sus teorías sobre el idealismo hegeliano o el pesimismo de Schopenhauer, pero estaba consciente de que el resto de los animales, en su infinita ignorancia, jamás lo comprendería. Tampoco lo hicieron una infinidad de hombres, a quienes consideraba criaturas rastreras, dignas de ser devoradas como cruel pero merecido castigo.

Cada tiro de dados de Dios representa un cambio de condiciones. Cuando salen los siete fatales, la partida se da por concluida y se levantan de nuevo las apuestas. Los ludópatas insisten con su juego hasta quedar secos. Antonio intentaba a toda costa rescatar sus saberes humanos e incluirlos en un nuevo quehacer de animal salvaje. Era un anfibio de intelectos.

La moraleja de esta historia no es muy alegre que digamos, sumergido en cavilaciones propias de bípedos lampiños, descuidó con imprudencia su nueva forma y sus costumbres, lo que no deja de ser una contradicción flagrante de un ser que en su faceta humana, era metódico hasta los límites de lo soportable.

Cabe preguntarse si el pensar en exceso no enturbia los sentidos. Si somos algo más que la fórmula cartesiana del cogito ergo sum. Algo suele decirnos que sí y que el pensamiento aún más profundo jamás puede anteceder el suceso que estamos viviendo. Los eventos superan cualquier razonamiento que podemos hacer sobre él. Invertir la ecuación y suponerlo producto de nuestras intelectualidades es poner el mundo patas para arriba en nombre de la búsqueda de un sentido que sencillamente nos es dado por el simple hecho de estar vivos.

Todas las criaturas, a excepción del vacilante ser humano se mantienen alertas a los devenires naturales y ponen la acción por encima del pensamiento, aunque esto no significa que carezcan de él, como tampoco de una memoria, útil para la supervivencia, pero extremadamente innecesaria para sumirse en las somnolientas aguas de las nostalgias, por no hablar de la melancolía. Pocos animales poseen este padecimiento, con excepción de los gigantescos y memoriosos elefantes, que así les va en este asunto de estar vivos y son junto a nosotros los únicos especímenes que conocen de cementerios y la congoja espiritual que ellos implican.

El lechucear es un argentinismo, que implica mala suerte, por la injerencia de un tercero. Está íntimamente relacionado con el mal de ojos, que podemos sufrir si una persona nos mira fijamente demasiado tiempo y no con buenas intenciones. Suele curarse con rezos y en caso de llegar al empacho, malestar que afecta principalmente al estómago, con ayuda de una curandera sin ninguna especie de doctorado, pero una sensibilidad especial que no se obtiene en claustros, quienes a su vez acusan a estas prácticas alternativas aunque centenarias, de la más vulgar charlatanería sin ningún sustento, peligrosa para la salud del paciente y más aún para su inserción en el cada vez más complicado y oneroso sistema médico.

Los búhos saben pero callan, hay mucho de prudencia en eso. Los hombres proclaman su sapiencia los gritos, en palabras rimbombantes y hay que aceptarlos, en muchos casos, por pomposas, también carentes de sentido.

Antonio tiene un nuevo nombre imposible de pronunciar por sus antecesores. No está compuesto de palabras, sino de los recortes que produce el silencio entre cada ruido. Es una denominación muda. No es el ulular el que lo bautiza, menos aún nuestras patéticas imitaciones hechas con las manos en cuenco sobre la boca. Esos son gorjeos de apareamiento o señales de alerta para los bichos vecinos. Pero no dejan de ser sonidos, sin pretensiones algunas de palabras, por más que los hombres encarnados en estas aves, lo deseen a rajatabla. Seguramente Nuestro Buen Señor convirtió a Antonio en un búho como una cruel broma del destino que maneja con tanta ironía fina por momentos, aunque a veces tosca. Lo ha erigido como símbolo del saber, pero nada puede hacer con ello. Dudo que Él, en su magna sabiduría reniegue del conocimiento, cuando su sino es justamente abarcarlo todo. Lo que detesta desde el Árbol del Bien y el Mal es la soberbia de los necios que equiparan la acumulación de experiencias en elevaciones del intelecto. La humanidad escala las montañas de la experiencia sin las precauciones necesaria, sin idea, vaya paradoja, que cuanto más alto se encuentren mayor será el precipicio.

Ese desfase entre aquello que se adquiere y la humildad necesaria para hacer buen uso de ello, es lo que hace que hoy Antonio se lamente de su nueva forma y no pueda entregarse manso a ello. Y aunque está dentro de su nueva naturaleza, si viejo yose llena de espanto al verse a sí mismo, con una laucha aún viva entre sus garras, sabiendo que va a desmenuzarla en forma sangrienta con su cruel pico.

Entre anaqueles de volúmenes de experiencias prestadas, esa imagen, se le hubiera antojado en su vida anterior, con una bastarda y desagradable pesadilla. Pero ahora tiene hambre y sabe que no puede desprenderse de su alimento, aunque el asco de sus nuevas tareas le corroa sus entrañas.

Paula Vasouf

El actor

Horacio meditaba en el living de su casa, mientras observaba de reojo el calibre 22 apoyado sobre la mesa ratona, pensaba en su frustrada carrera como actor, se preguntaba de qué le servía tener una vocación si no había nacido para ella.

Su mente se sumergió en un turbio lago de recuerdos relacionados a castings desperdiciados. Si tenía que hacer un balance del resultado de todos sus intentos, podía resumirse todo a una sola frase: "flaco, esto no es lo tuyo, dedícate a otra cosa". Esa fue la frase que tuvo que soportar en la mayoría de las audiciones en las que se presentó.

Horacio no podía creer lo que estaba a punto de hacer, nunca creyó que llegaría a eso. Siempre sostenía que el camino hacia el suicidio era más extenso que lo que cualquiera pudiera suponer. Según sus argumentos, existe una brecha demasiado grande entre el no pensar en quitarse la vida y comenzar a pensar en hacerlo. Pero entre pensar en hacerlo y hacerlo la distancia era aún mayor.

El frustrado actor no quiso seguir torturándose, con el poco valor que le quedaba tomó el arma. Sintió culpa por abandonar a sus seres queridos, pero el solo hecho de pensar que nunca cumpliría su sueño era motivo suficiente como para anhelar partir hacia la eternidad. Necesitó un poco más de tiempo para adquirir esa valentía que le permitiera apuntar el revólver sobre su sien, pero finalmente lo hizo. Se disparó sin vacilar. Y cuando se dejó caer al suelo, escuchó al director cortando la escena y felicitándolo por su brillante actuación.

Carlos Nogueira
Argentina

Volar hasta la paz en buenos aires

Así comencé, en Seropédica y Campo Grande, donde nací y observé el cielo abierto sin nada que tapara el amarillo del sol al amanecer y el brillo de las estrellas al atardecer, olor de los árboles y las frutas y ahora extraño hasta el jugo de limón y el sabor del coco y la acerola.

Pero lamentablemente hace más de veinte años que tuve que dejar mi tierra natal y ya no vivo así, vivo in Penha donde intento luchar contra mi vida triste y difícil, llorando en mi silencio y mirando todos los días, veo que lamentablemente los tiempos han cambiado y el odio, la violencia y los prejuicios están en los rostros de las personas, paro y pienso donde miro el cielo y nunca dejo de decir mis oraciones para que un día haya paz para todos y para mí, llueva ohaga sol ya no quiero más el mismo día y misma vida sin paz y sin luz.

Cada día al despertar pienso en algún momento sentirme libre como un pájaro volando hasta el lugar más lejano, mientras vivo y creo cada día, cada uno pensando en sí mismo y son pocos los que hoy en día tienen la capacidad de soñar y ayudarse unos a otros, sé que necesito liberarme y en el momento justo ver este tiempo. Mientras me siento sola como si estuviera encerrada en un cuarto oscuro con miedo al futuro imprevisto cortándome las alas y no haciendo realidad mi amada fantasía. Quiero y intento llamar, pero nadie me escucha, porque están concen-trados en sí mismos y el tiempo nunca deja de pasar y los minutos en el reloj solo corren para marcar en mí recuerdos ya sean tristes o hermosos en experiencias que nunca volverán.

Hoy ya tengo 28 y si Dios quiere, estoy casi llegando a los 29 y siento aún más que necesito respirar, necesito volar hacia el entorno que realmente es mi lugar, sé que necesito alcanzar mi meta, un foco que vive y grita dentro de mí y no está ni ha estado nunca aquí en un lugar tan abandonado, lleno de en rostros vacíos y egoístas y desesperanza de personas perdidas sin fe y no saben qué hacer, yo inmediatamente digo: no, este no es mi historia y no se escribirá así. Soy de Seropédica y Campo Grande, hablo portugués y amo el español y admito que he dejado pasar algunas oportunidades en mi pasado, pero hoy no y con las experien-cias de mis errores y de los golpes de la vida, me he convertido en un pájaro blanco latino que lucha para tener alegría y por la paz.

Mientras lucho, no dejo de mirar al cielo y soñar y le pido un deseo a la estrella que brilla en mi dirección, pido un lugar donde todos puedan tener conciencia, donde ya no veo el cielo en partes, lamentablemente en mitades cubriendo el sol y la visión de las estrellas y a veces admito que ya no quería volver a mí Tierra, pero hoy a veces extraño allí, aunque tengo otros vuelos que alcanzar, sé que ya no puedo permitirme detenerme hasta donde quiero llegar porque el cielo es hermoso y más allá del infinito, un lugar conocido por tener paz, donde nadie pude cambiar, deforestar o destruir, así como también puede retrasar, pero lograré.

Rio de Janeiro a Buenos Aires, sé que llegaré, miraré a Argentina y su capital y que será el comienzo de un sueño que ya estaba guardado en mi mente y ahora se ha hecho realidad, al mismo tiempo sintiendo paz. Por salir del lugar escondido y llorar en silencio, ahora me siento feliz y veo que realmente puedo volar. Me liberé de la lluvia, de la

soledad y de la tormenta que descoloró mi vida, el lugar donde está el fondo del pozo que acomoda y deja a muchos sin visión y solo sentados frente al televisor o chismeando sobre la vida ajena, un lugar que no deja crecer y brillar a nadie y muchos se odian con el amor disimulado, lejos de la verdadera paz.

Soy lo que soy sin prejuicios y discriminación, sé que tengo mis defectos y nos es siempre que tengo la razón, pero necesito seguir la motivación pura y viva que no para, siempre grita en mi corazón, así como todos somos iguales, pero en idiomas, apariencias, formas de ser y de hablar en diferentes lugares y países, todos lo merecen y yo también merezco ser feliz con lo que pienso en mis sueños, porque desde Rio de Janeiro hasta Buenos Aires, quiero respirar otros aires y nunca más ver la misma historia que se repite ante mis ojos y veo donde las personas nacen, crecen, viven y mueren y nada cambia porque se contentan no con tener la paz, sino con tener la misma vida y dejar pasar el tiempo y no puedo dejar pensamientos de pesimismo callar mi voz y tengo que siempre volar más lejano.

Algún día miraré al cielo y siempre estaré agradecida por todo, por nuevos amigos, nueva familia y más allá de mi arte de escribir, que siempre me acompaña y en mí la posibilidad de reescribir otra historia no de llanto, sino de libertad, no de injusticia y sino de igualdad. Donde quiera que vaya tenga amor, y que mi vida sea siempre un impacto de paz vista por todos y inspiración para muchos. Seré un pájaro libre para el cielo azul que siempre calma, el amarillo del sol que es alegría y sueño para volar con el blanco de la paz eterna que se desarrolla en la vida de todos y en mí, desde Rio de Janeiro hasta Buenos Aires, sé que aún no ha llegado, pero llegaré y lo que parecía lejano, ya no lo estará.

Siempre creo que un día viviré y volaré donde los rostros siempre estarán cubiertos de alegría, donde los ríos no estarán contaminados y las aguas siempre serán azules, lejos de los prejuicios y hasta de la contaminación sonora, ya no se quemarán los árboles y las casas estarán separadas unas de otras, pero los pueblos estarán unidos, sin enfermedad y dolor en cielo siempre abierto, sin nada que tape el sol y la vista de las estrellas, todos caminarán en paz, no como pájaros negros con la paz en falsedad, pero así como yo, todos pueden volar como pájaros blancos que están a dejar su pasado y errores para seguir adelante y volar con la verdadera paz, la verdadera paz que todos necesitan para siempre vivir. BRTA

Julia Aparecida De Scuza
Brasil

Debajo de los escombros

Había permanecido inmóvil por más de cinco horas. Su pierna, perforada por una gran astilla, se había entumecido y le provocaba un dolor lacerante. Cinco horas sintiendo sobre su cuerpo el intenso trajín de las personas que buscaban sobrevivientes entre los restos del edificio destruido por la explosión; un espacio de tiempo demasiado extenso

que le hacía pensar en muchas cosas que no debía pensar porque lo desesperaban: sus hijos, su mujer, sus amigos, su vida que ya no creía que volvería a vivir, el sol que no pensaba que volvería a ver.

Estaba en la oscuridad, casi sin aire. Siempre había sido claustrofóbico: odiaba los edificios y los ascensores. Es más, hasta su escritorio del tercer piso siempre había subido por las escaleras, soportando las burlas de los demás. Y en ese momento estaba enterrado debajo de toneladas de escombros, casi sin esperanzas de sobrevivir. Si no fuera por su inseparable banco de algarrobo, no se hubiera salvado de morir: ni siquiera hubiera tenido unos segundos para sentir el contacto del aire sobre su piel.

Hasta se sintió aliviado cuando descubrió que estar vivo y enterrado era mejor que estar muerto, que tenía la posibilidad de poder salir de allí. Fue entonces cuando escuchó un llanto, mientras su mente intentaba soportar el dolor de su cuerpo: al principio lo oyó entrecortado, luego más consistente, real. Un llanto inocente, lleno de ganas de vivir, repleto de una energía que lo hacía sentir vulnerable, vacío.

-¡Si solo pudiera ayudarlo, o rozar sus manitos delicadas, limpias como su alma! ¡Si pudiera soportar su dolor, al menos, para sentirme digno de vivir! ¡Él está vivo y está luchando! Y yo deseando morir para dejar de sufrir... –murmuró casi llorando.

-¿Alguien me escucha? ¡Ayúdenme! –intentó gritar, aunque su voz sonó casi inaudible- Dios, ¿Estás allí? Por favor calma su dolor... El mío no importa, quizás hasta me lo merezca, pero él... tan chiquito... Él no es culpable de las locuras de los hombres, ni sabe de ideales o de fanatismos. No merece este castigo porque recién comienza su vida, porque apenas puede distinguir alguna de sus formas, alguna de sus caricias -su voz sonaba casi como un susurro-. A él no, por favor, que en este momento es más importante que yo porque me está enseñando a vivir...

Decepcionado, sintió la amargura en su corazón, la angustia de sentirse totalmente inútil. Las voces de los rescatistas se oían cada vez más nítidas, pero el llanto del bebé había cesado.

-¿Estará muerto o se habrá dormido? ¡Que Dios tenga su alma a salvo de las locuras de este mundo! -pensó nuevamente, en un intento desesperado por retener las lágrimas. - ¡Aquí hay uno vivo!- gritó uno de los socorristas al mover un gran trozo de mampostería y encontrarse con el escritorio- ¡Rápido, traigan al médico!

-¿Cómo se siente? –le preguntó este último cuando estuvo frente a él.

-Bien, aunque no siento la pierna derecha. Pero no se preocupe por mí: hay un bebé atrapado, hasta hace un rato se escuchaba su llanto...

-¿En qué dirección se oía?

-No lo sé. Sonaba muy cerca de mi cabeza, quizás uno o dos metros...

-¡Atención! ¡Excaven con cuidado: hay un bebé enterrado! -gritó el médico a los demás hombres que removían los escombros. Luego, volviéndose hacia el hombre, le dijo:

-No se preocupe, en unos cuantos minutos estará libre. Y tampoco lo haga por el bebé: si está cerca, seguramente lo encontrarán en un par de horas...

-¡Un par de horas! ¡En ese tiempo puede morir!

-Si sobrevivió hasta ahora es porque seguro que sabía que vendríamos y nos está esperando. Ya le apliqué un calmante que hará que su dolor sea más llevadero...

Entre el cansancio de la tensión física y mental que le había provocado estar enterrado, la pérdida de sangre y la inyección, más algunas palabras de los médicos que lo tranquilizaron, consiguió dormirse. Cuando despertó tenía una gran venda en su muslo y estaba en la sala de un hospital, rodeado de enfermeras y médicos que iban y venían atendiendo a los demás sobrevivientes.

-Su estado de salud es bastante bueno – le dijo el mismo médico que lo había atendido en el salvataje, al acercarse a la cama para revisarle el vendaje-. Le hicimos un drenaje en uno de sus pulmones y suturamos la herida, que era bastante profunda. Por un par de meses sentirá la pierna débil y tendrá dificultad para caminar, pero con un buen cuidado y una buena rehabilitación se le normalizará.

-¿Se salvó el bebé que estaba cerca de mí?

-No, lo encontraron muerto. Su madre y él rodaron por las escaleras en el momento de la explosión. Al parecer murió instantáneamente. Lo siento mucho... En su inconciencia, durante su traslado hacia este hospital, usted no dejaba de nombrar que había un bebé y le pedía a Dios que lo salvara. No entendemos cómo usted lo escuchó, si ya estaba muerto desde hacía horas... Ahora descanse, que lo peor ya ha pasado...

El médico se retiró y él se quedó pensando. ¿Cómo podía escuchar su llanto si estaba muerto a más de siete metros de su escritorio? ¿Cómo podía oírse nítidamente si el ruido que producían los equipos de salvataje era insoportable?

La herida curó con el tiempo, pero el recuerdo seguía latente, como si lo sucedido hubiese ocurrido apenas unos días antes. La prensa escribió su historia, por lo que pasó a ser uno de los sobrevivientes más conocidos. Pero aun así se sentía vacío, inútil: era como si su alma todavía permaneciera debajo de los escombros, o como si presintiera que debía encontrar la forma de salvar a ese bebé.

Hasta que una mañana sucedió: una nueva explosión sacudió la ciudad, que comenzaba a despertarse a ese nuevo día. Apenas escuchó la noticia del atentado, su piel se estremeció y sintió que ese era el momento que tanto había estado esperando. Se alistó en un grupo de rescate y en las primeras cinco horas ya había rescatado a seis personas.

Todos se asombraban por la enorme facilidad que tenía para encontrarlas; parecía que se movía por debajo de las montañas de escombros y que escuchaba cuando respiraban o gemían del dolor. Pocos sabían que él había quedado enterrado en una explosión similar durante horas.

Las manos le sangraban y respiraba con dificultad por causa del polvo que se levantaba. Varias veces las enfermeras le habían suministrado oxígeno y habían intentado hacerlo desistir en su búsqueda, pero no pudieron: él sabía que su trabajo aún no había terminado, presentía que él todavía estaba allí, esperándolo.

Siete, ocho horas buscando sin detenerse... El sol comenzaba a desaparecer entre los edificios y las sombras a alargarse su oscuro paño.

- ¿Quieres salvarte? ¡Aquí estoy! ¡Cuando me encuentres a mí te salvarás! Aquí...

Aquí... Aquí... -escuchaba las palabras en su mente, como si alguien le hablara.

Desesperado, comenzó a buscar esa voz que brotaba de los escombros, inconfundible.

No escuchaba ningún otro ruido que no fuese esa susurrante y dulce voz...

De pronto, se paró en un trozo de mampostería y después se dejó caer de rodillas, mirando fijamente hacia el suelo.

-Aquí... Aquí estoy... Búscame...

Un grito cruzó el aire y sus manos, ya sin fuerzas, comenzaron a cavar. Unos minutos después sus dedos sangrantes retiraban los últimos trozos de escombros que había sobre el frágil cuerpecito de un bebé que aún respiraba...

Muchos dijeron que ese rescate fue un acto de heroísmo, pero lo único que le importó fue que, por fin, había podido desenterrar su alma que había quedado atrapada debajo de los escombros en la explosión anterior...

*Relato en homenaje a las 22 víctimas y 225 heridos del atentado a la embajada de Israel en Argentina, ocurrido el 17 marzo de 1992 y a las 85 víctimas y 300 heridos del atentado a la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), ocurrido el 18 de julio 1994.

Omar Fernando Argüello
Argentina

Inspector Cortese

Apenas empezaban a distinguirse las primeras luces del día. Desde la ventana de su dormitorio, el Inspector Cortese contemplaba cómo una bandada de pájaros se alejaba debajo de un cielo gris, que ya presagiaba tormenta.

Cortese, Jefe de la División Homicidios de su pueblo natal, un pequeño conglomerado rural del interior de la Provincia de Buenos Aires, era un personaje conocido y también muy reconocido por la mayoría de sus habitantes, que a decir verdad no eran tantos.

Su prestigio y la fama alcanzada fueron el resultado de excelentes logros dentro del campo profesional.

Sin embargo, habían pasado ya 15 minutos y, todavía parado frente a la ventana, seguía con su vista el vuelo de esos pájaros que ya no estaban.

No fue una de sus mejores noches, no había podido conciliar el sueño, se despertó varias veces, le dolía la cabeza de tanto recordar ese llamado anónimo recibido la noche anterior y que casi lo paraliza.

Un asesinato no era lo más común en esa zona de la provincia, si bien él estaba a cargo de la división interviniente en este tipo de casos, no había precedentes que lo igualaran desde su llegada a la fuerza policial.

Le faltaban cinco años para jubilarse y estaba a un paso de ser ascendido a Inspector General, por lo tanto, no quería que una acción desafortunada o un caso sin resolver, empañara antes de su retiro la obtención de ese tan ansiado nuevo escalafón de su carrera.

Sabía que no podía descuidarse, pues el Inspector Muñoz, Jefe de la División Drogas Peligrosas, también era un posible candidato a ocupar esa plaza por él pretendida. Sobre todo sabiendo que Muñoz era un oficial muy reconocido por el Comisario Lugones, jefe de ambos.

Cortese, ni bien recibió el llamado, lo puso al corriente a su jefe, quien le dio total libertad para que se ocupara y tratara de cerrar el caso lo antes posible, con el objeto de no dar lugar a los comentarios que, fuera de su ámbito y por lo general mal intencionados, sólo buscaban desvirtuar el accionar policial.

Esa mañana, como era habitual, desayunó con su esposa, quien no sólo admiraba la responsabilidad profesional de su marido, sino que además, lo apoyaba para que no se rindiera frente a la casi segura obtención del ascenso tan deseado.

El Inspector Cortese salió de su casa pasadas las 7:30 horas rumbo a la delegación policial, que si bien estaba cerca, a no más de dos kilómetros de distancia, prefirió ir caminando y no en su auto particular, tal cuál era su costumbre.

Necesitaba pensar, buscar algún tipo de relación, un vínculo, un móvil que lo aproximara a una conclusión posible y le permitiera dirigir la investigación con criterio lógico, más racional.

Era muy difícil establecerlo, el llamado había sido muy breve, apenas unos 10 segundos, tal vez menos, y no estaba claro si la víctima era hombre o mujer, si quien lo llamó era familiar, amigo o conocido de la persona asesinada. Había muy pocos indicios, casi ninguno. Tal era su desconcierto que no alcanzó a preguntar, antes que su interlocutor cortara abruptamente, la dirección o el lugar donde se encontraba el cuerpo.

Con esos elementos, era como pretender encontrar un botón en el fondo del mar, nada más complicado, prácticamente imposible, no obstante, Cortese no era el típico hombre que se ahoga en un vaso de agua. Todo lo contrario, su capacidad de trabajo, astucia,

sagacidad y una férrea tolerancia ante situaciones complicadas o frustrantes, lo hacían más fuerte e incapaz de bajar los brazos.

Ya había pasado una semana del llamado, y pese a todas las averiguaciones, seguían siendo infructuosas. Cortese, cada vez más confundido, no encontraba direccionar el rumbo de la investigación, se encontraba frente a una encrucijada, casi insostenible o inimaginable de acuerdo a sus características personales, tanto era su fastidio e impotencia, que a poco estuvo de renunciar a este desafío.

Resignado y dejando de lado su amor propio, le pidió ayuda a su colega Muñoz, quien no se mostró demasiado abierto al pedido de auxilio, porque, según argumentó, estaba muy atareado y sin posibilidades de tiempo extra disponible para darle una mano. Seguramente, en su fuero más íntimo, deseaba que su compañero competidor directo del posible nuevo cargo a la vista, fracasara en su intento de resolver el enigma.

Cortese, al borde de la desesperación, llama a su esposa para comentarle que va a hablar con su jefe, para ponerlo al corriente de su fracaso y presentarle su renuncia indeclinable.

Su esposa, que lo conocía muy bien, era consiente que el estado emocional de su esposo no era el más adecuado o aconsejable para tomar decisiones tan importantes. Trató por todos los medios de tranquilizarlo y le aconsejó que saliera antes de la delegación para poder conversar con él con calma sobre el tema.

Y fue así como Cortese, durante el transcurso de la cena, mucho más sereno, pudo charlar con su esposa, quien le sugirió, si es que ya no lo había hecho, tratar de obtener información más fehaciente de parte de la compañía proveedora del servicio telefónico del cual había recibido el llamado, la ubicación del lugar de procedencia, el número del celular, y cualquier otro dato que pudiera aportar mayores precisiones, a fin de lograr avanzar en la investigación que tan angustiado lo mantenía.

A lo que su esposo respondió que efectivamente así había procedido... el mismo 28 de 1 diciembre, día que recibió el llamado.

*Jorge Adolfo Rosenzveig
Argentina*

Sangre, sudor y lágrimas

Laura no recordaba el inicio de todo. A veces sentía que había nacido con ella pero no podía asegurarlo. Cada vez que veía el color rojo debía hacer tres chasquidos con los dedos de su mano derecha. Cuando su madre noto esta situación y su repetición a través del tiempo pensó que era un tic. Como la gente que se come las uñas o se suena los dedos. “Te vas a atrofiar la mano” le gritaba cuando escuchaba el sonido. Nunca le preguntó el por qué ni pensó que era algo grave.

A medida que fue creciendo y perdió la impunidad de la niñez, Laura comenzó a padecer muchas situaciones cotidianas. En el último año del secundario se hizo una votación para elegir los buzos de egresados y el 80% de los votos fueron para el modelo rojo y azul. Tal fue la crisis de llanto de Laura pidiendo por el otro modelo, cuyo color era verde y negro, que luego de la intervención de varios profesores se anuló la votación y no hubo buzos para nadie. Aquello provocó que ninguno de sus compañeros le dirigieran la palabra en lo que quedaba del año lectivo.

Su primer trabajo fue de telemarketer en una oficina. En la sala de descanso, que también se usaba de cocina, había un enorme cuadro abstracto cuyo color predominante era el rojo. Sí entraba mirando hacia abajo y se ubicaba de espaldas al mismo podía almorzar tranquila. Sí los lugares claves estaban ocupados y quedaba de frente al cuadro, se iba a comer en solitario a alguna oficina vacía.

Dado que su vida cotidiana no paró de llenarse de complejidades decidió empezar terapia. Con el correr de las sesiones pudo atenuar algunos síntomas. Los chasquidos se volvieron un movimiento silencioso. Una vez hecho el mismo luego de ver el fatídico color podía seguir viéndolo sin tener que repetirlo. Hasta había comenzado a salir con un chico que tenía una vieja camioneta Ford roja. Solo debía hacer su movimiento silencioso cuando la pasaba a buscar y luego podía disfrutar sin problemas de la salida.

Un día volviendo de la oficina recibió el mensaje de Whatsapp de una amiga que la invitaba a su casa a tomar unos mates. Aceptó al instante y se bajó del tren en la estación Dario Santillán y Maximiliano Kosteki (antes Avellaneda). Solo debía caminar unas cuatro cuadras para llegar a destino. Cruzó la avenida y tomó una calle paralela que poco a poco se fue abriendo en una diagonal. No se dió cuenta de donde salieron, pero en pocos segundos se vió rodeada de hinchas de Independiente y la desesperación no tardó en llegar. Sus dedos no daban abasto y ya no pudo hacer el movimiento sin sonido. Los chasquidos no paraban mientras su cara de horror se hacía más y más evidente. ¡¿Qué sos de Racing vos?! le gritó un hincha mientras se le acercaba de modo amenazante. Laura no aguanto más. Cerró los ojos y empezó a correr chocando todo a su paso, cayendo al suelo y volviéndose a parar para

seguir su carrera. Desde ese día que está atenta al calendario de partidos más que cualquier fanático del futbol con motivo de evitar otro traumático encuentro.

Cuando siente que su problema no tiene solución y no hay manera de escapar de él, va a ver a Racing a la cancha. Siente paz al saber que el rojo no la va a molestar. Al menos por dos horas.

*Romina Aldana Oster
Argentina*

Volver a sonreír

Su deseo de cumpleaños sería... ¡Volver a sonreír! Pensó Laura recordando a la vieja de la mercería que vivía en la esquina de enfrente y que la había embrujado unos días antes.

Es que Laura todos los mediodías pasaba por la puerta del negocio con su hermana mayor al volver de la escuela y al atravesar la esquina de baldosas marrones brillantes, no podía evitar mirar desde el lado exterior de la ventana y reírse de esa señora.

Era una bruja de cuento para Laura.

De la cintura para abajo el cuerpo de la mujer parecía invisible, detrás de su mostrador lleno de hilos, telas y agujas. Y encima de él, su torso delgado fantasma y flotante sólo dejaba al descubierto su vaporosa camisa floreada, de gasa muy gruesa, con unas hombreras que dibujaban una espalda pequeña pero amenazante y aguda, gracias a unas antiguas hombreras, que casi alcanzaban el largo de su hirsuto y encrespado cabello. Su nariz aguileña con una verruga en la punta se asomaba amenazante, como sus ojos fijos, pequeños y desafiantes, como los de un águila. Sus labios finos y serios revelaban un carácter enfadado. Y sobre el mostrador, arañando con rencor, raspando los vidrios rotos y pegados con cinta se posaban sus dedos largos y sus uñas afiladas

Esa tarde, la mamá de Laura la llevó a comprar un set de agujas para arreglarle el vestido que luciría ese fin de semana en su fiesta de cumpleaños.

Laura entró muerta de risa al ver a la vieja bruja que sin dudarlo la apuntó con su dedo afilado y le dió una advertencia: "Si te pinchás con una aguja, vas a dejar de reírte tanto".

La chica se tapó la boca con las dos manos e infló bien los cachetes al intentar no soltar otra carcajada y cruzó la esquina de baldosas marrones estallada de risa.

¿Qué le importaba lo que dijera esa vieja ridícula? Ese torso flotante era sólo un personaje de cuento que daba gracia.

Al día siguiente, la mamá de Laura le pidió que se probara el vestido que estaba remendando para la fiesta, sin percatarse de que una aguja había quedado en medio de la costura. Se pinchó con ella. Se quedó dura. En shock. No se podía mover del susto.

- "Laura, ¿Qué te pasa?" - preguntó su mamá.

Pero Laura no podía responder. De repente el miedo se apoderó de ella. Entró en pánico

¡Debía ser un hechizo de la bruja!

La chica más temerosa del mundo pasó su cumpleaños asustada, evitando a su tío disfrazado de payaso en la fiesta, huyendo de la piñata, sin querer jugar con nadie y sin tocar los regalos.

Nadie entendía lo que le pasaba.

Cuando llegó el momento de soplar las velitas en la torta, llena de fe y esperanza Laura pidió un único deseo.

- "Quiero volver a sonreír" - pensó.

Al día siguiente, el lunes, al volver de la escuela con su hermana, Laura decidió que no cruzaría la esquina de baldosas marrones sin entrar a la mercería.

Temblando y llorando, tocó el timbre a la bruja para pedirle que quitara el hechizo.

La mujer de cabello hirsuto, nariz puntiaguda y dedos alargados la recibió entre llantos, rogándole que quitara el hechizo.

Y por primera vez, el torso flotante salió de detrás del mostrador y sus ojos en lugar de ser amenazantes como los de un águila fueron redondos y atónitos. Y la fina línea de sus labios se desdibujó para lucir una mueca de gracia.

Laura jamás supo que la mujer respondía con una carcajada y la abrazaba con ternura conmovida por su inocencia. Aferrada a la camisa floreada de gasa de la dueña de la mercería, la chica se echó a reír también, aliviada, porque creyó que pidiendo clemencia había roto el hechizo.

Gabriela Dozoretz
Argentina

Cita de traspasnoche

Contra todo pronóstico, Victoria dijo que sí. Ramiro, un hombre acomplejado por mandatos sociales y perseguido por sus propias máscaras, se animó a invitarla esperando una negativa como era su vida últimamente. Comenzó así una lucha: entre el macho exitoso con dinero, coche y buen ver que debía ser y su propia identidad cansada de aparentar lo que no era, lo que no le gustaba. No tenía ni dinero, ni coche. La ansiedad lo mataba por dentro.

En su cabeza, la cita sería un desastre y si fuera cualquier mujer, no le importaría, pero ella era la mujer que quisiera tener a su lado. Todo el día soportó la ansiedad provocada por la presión de tener que llevar a una cita perfecta y lo único que se le ocurría era cena y baile como era habitual.

Victoria significaba para él una frescura que venía apagar la mente. Como si se centrara en una obra de arte y contemplara su forma, su apariencia, su esencia, su modo de encajar en el mundo. Ramiro estaba cansado de seguir creencias limitantes para encajar y ser aceptado y Victoria estaba cansada de hombres falsos escondidos tras máscaras. Estaba harta de esos hombres con aire de éxito, que medían su hombría por el tamaño de su billetera.

Ramiro y Victoria eran almas que estaban madurando. Almas solitarias que se alejaban de lo mundano, de lo banal, buscando conocerse a sí mismos para encontrar una compañía con quien compartir la vida. El físico era lo de menos. La persona, era lo importante.

No es difícil invitar a salir a una mujer y que acepte. Solo hay que conocerla un poco y/o hacerle pasar un buen rato como para generarle algo de interés y ese interés viene del misterio y la curiosidad que siente por saber algo más.

Incluso, hay toda una ciencia de la seducción y Ramiro conocía toda la teoría. Algunas cosas le han funcionado y otras no. Pero esta noche, haría gala de su autenticidad.

Cuando Victoria se sentó, Ramiro corrió la silla para no quedar frente a frente, sino para sentarse a su lado. Victoria lo notó sin decir nada. Se dejó sorprender por aquel hombre que conocía como un cliente más del bar donde ella trabaja.

Ramiro prefirió no tocar temas de trabajo. En cambio, fue claro y le dijo que esta noche iban a pasarla bien. Sin temas aburridos, ni preocupantes. La esencia de salir, es divertirse o conocerse y Ramiro quería ambas cosas.

Se pidió una comida sencilla y un vino para compartir entre ambos. Ella, animada por el caballero, ordenó una comida un poco más elaborada. La velada transcurrió entre risas, anécdotas y conocieron un poquito mejor entre deseos, inseguridades, metas. Incluso bromearon sobre el día en que se conocieron. Ella admitió haber pensado que él era un amargado y eso le dio gracia a Ramiro.

Victoria, de manera inconsciente, dejaba notar que Ramiro le gustaba. Por lo menos que la pasaba bien; sonreía, ladeaba la cabeza, se tocaba el cabello.

Ramiro solo se interesaba por ser el artífice de un buen momento para y por ella. La idea del tiempo había desaparecido entre los temas de conversación que iban surgiendo naturalmente. Ramiro no era buen conversador, pero sabía escuchar y ella sentía la confianza de poder abrirse emocional y sentimentalmente porque consideraba que él siempre sabía qué decir.

Ella ordenó un café después del postre. Él no ordenó nada, le preocupaba la cuenta y en efecto, al momento de recibirla, sin perder naturalidad para que no se note su vergüenza hizo como que él iba a pagar. Victoria preguntó cuanto era el total y puso la mitad del dinero.

Si bien Ramiro no era anticuado y le desagradaba la idea de que el hombre tuviese que pagar todo, esa noche se había hecho a la idea de pagar la cena. Después de todo, él invitó y se quedó con un malestar consigo mismo por no poder cumplir con su idea de invitación.

Le preguntó a la dama si tenía pensado ir a algún lugar. Contestó que no. Entonces, Ramiro, aprovechó para llevarla a caminar por Puerto Madero.

Un sábado en la noche, había gente, pero no tanto como de día. La mayoría estaba de paso o salía de los restaurantes de la zona.

La noche estaba linda. No había nubes pero soplaba una leve brisa que acompañaba la noche. Las luces creaban el entorno. Mientras caminaban por el Puente de la Mujer, Ramiro se perdió en sus pensamientos.

Victoria rompió el silencio. Quería saber que pensaba. Ramiro admitió estar pensativo. Estuvo a punto de mentirle para guardarse sus penas, pero se dio cuenta que la careta quería salir como de costumbre y fue sincero. Le ponía mal aceptar reglas que él no creó.

Estaba cansado. Estaba en medio de dos mundos. Por un lado, aquel que le mostraron. Aquel que debía estar trabajando cuarenta horas semanales recibiendo un sueldo que no le alcanzaba para nada. Viendo televisión y quejarse como la gente normal. O esforzarse para alcanzar un logro, muchas veces sacrificando por mucho menos que un sueldo miserable.

En cualquiera de los casos, el fin era tener bienes materiales, una casa, un coche, dinero, buena ropa. Todo lo que hace a una persona exitosa en el siglo XXI.

Lo cierto es que estaba en contra de todo eso. Estaba en contra del insostenible ritmo de vida de las sociedades científicas modernas que acaban por enfermar a las personas y le daban importancia a cosas no importantes.

Ser consciente de todo aquello, en un mundo de zombies civilizados como él lo llamaba era difícil porque apagaba la motivación de hacer las cosas y las ganas de vivir. En el paleolítico no importaba estudiar, sino sobrevivir y una vez que aseguraba la comida, el agua y el refugio, la civilización paleolítica vivía en abundante bosque, sin contaminación, sin presiones de un ritmo de vida vertiginoso.

Quería gritar para descargar toda la confusión e impotencia y Victoria lo animó a gritar. Él, desde el recato pensando desde el lugar de comportarse no se animaba y la dama gritó con todas sus fuerzas que quería ser libre. Ramiro se detuvo, vio la gente que los miraba y no le importó. Gritó con ella, para desahogarse y ambos rieron como dos locos simpáticos sueltos en la ciudad sin importar el qué dirán.

Victoria sentía que podía ser con Ramiro y a su vez, Ramiro se inspiraba lo que quería hacer y no se había animado.

La noche les abrió la puerta a la liberación. Saltaron en charcos de agua sin importarles los zapatos ni la ropa. Abrazaron árboles. Hicieron tonterías simpáticas frente a desconocidos. Ramiro dejaba salir ocurrentes frases sin sentido que divertían a Victoria porque empezaban con lógica y remataba con alguna exageración. Se mojaron dentro de una fuente. Eran jóvenes, eran niños libres antes de ser limitados por creencias impuestas por el decoro y la moralidad y el correcto comportamiento.

Estaban tirados en medio del parque, sintiendo el frío debajo de los árboles, no sentía esa presión y se sinceró diciéndole sobre sus inseguridades y ella le correspondió confesándole que era una cita diferente y eso la hacía la mejor de todas. Le agradeció y le dio un beso en la mejilla.

Le gustaba que sea un hombre auténtico. Le gustaba su forma de ver el mundo y su esencia y se lo dijo. Ramiro le preguntó si no le molestó tener que pagar la cena y ella, respondió que no, sin mencionar que se había dado cuenta de que comió poco para no tener que pagar demasiado. Además le animó a dejar esa vida que no le motivaba para nada y empezar a hacer lo que realmente sentía. En ese momento, la conexión entre ellos fue la más genuina y sincera de todas las que tuvieron en la noche. Dos almas que se habían encontrado se motivaban ante las adversidades de la vida.

Ramiro repasó mentalmente todos sus temores a lo que ella dijo que no eran reales. La vida se vive una vez y más vale vivir y arrepentirse de algo que arrepentirse de no haber vivido. Esta frase fue explosiva para Ramiro y lloró. Dejó caer lágrimas de impotencia, lágrimas liberadoras. Se mostró vulnerable ante aquella mujer hermosa y empapada que lo miraba con afecto. Él se disculpó. Ella expresó lo atractivo que es ver a un hombre

vulnerable, humano, sin esas estúpidas reglas de macho perfecto. Victoria se acomodó para que el caballero se acueste sobre su regazo y contemplar la noche que aún estaba comenzando.

Edgardo Nocetti
Argentina

Estela

Llegué hace dos horas y ella sigue en la calle, que le fascina. Cuando regreso a mi casa quiero que esté mi mujer. Para que me sirva; para no hablar con las paredes. Necesito que alguien esté esperándome. No soporto estar solo. Esta mocosa no tiene punto de comparación con Estela. Es callejera, haragana, contestadora. ¡Reviento el cenicero con puchos contra el suelo!... Pero hoy se le acaba.

Acá llega, con un peinado rimbombante.

– ¡Por fin aparecés! ¿Cuántas veces te dije que quiero que estés en casa cuando llego?; y vos nunca estás.

– Fui a la peluquería, querido; ¿tiene algo de malo, eso?

– Tiene de malo que vas a la peluquería a la hora en que yo llego.

– No fue culpa mía; le faltaron dos empleadas a la señora, y me corrió el turno; si no, hubiera estado cuando llegaste.

– Tendrías que haber dejado la peluquería para otro día.

– ¿Por qué?; ¿qué precisás?

– ¡Preciso que estés en tu casa!; ¡porque no estás nunca! Si no es por hache, es por be; hoy te corrieron el turno; ayer te demoraron tus amigas; anteayer fuiste a la casa de tu madre.

– Querido, ¿querés que no vaya más a ver a mami? ¿Vos le tenés celos?... Ella se quedó sola porque vos no quisiste que viviera con nosotros, ¿o te olvidaste? Mami quiere verme siempre, y cuando me ve quiere disfrutarme, obvio, porque...

– ¡Escuchá! De hoy en adelante, cuando yo vuelvo a mi casa vos vas a estar. Sí o sí. ¡Se acabó este libre albedrío! Me pediste el concubinato, ¡pero vos seguís haciendo tu vida de soltera!

– Querido... viniste histérico... te cargás en tu empresa y te descargás conmigo; no te hacés el machito con los que tenés que hacerte y te hacés el machito conmigo; sos de esos tipos que se piensan que son Dios, que son dueños de los demás y los usan como

mejor les parece, según la forma en que se levantan: si con el pie derecho o con el pie izquierdo.

– ¡Se fue! Va a la casa de la madre como en la última discusión, y vuelve tres días después como

si nada. ¡Pero ya no! Le cambio la cerradura a la puerta, y le llevo la ropa a la casa de la madre. Sexualmente es un genio; pero después... no sirve para nada. Ya, me ocupo de recuperar a Estela. Ella se va a alegrar de volver conmigo porque nadie le va a dar la vida que yo le di. Conmigo vivió siempre como una reina; aunque eso lo hice para que no me jodiera, y hacer tranquilo todo lo que yo quería. Además, la inocente cree que esta es la única traición que le hice; pero toda mi vida tuve queridas, y no iba a cambiar por ella; ¿quién es ella? Yo puedo dejar todo, menos mis vicios. Tomo unos whiskeys, y emprendo la reconciliación.

Oprimo el timbre de mi ex hogar. Oigo que se desllava la puerta; veo que se entreabre y queda sujeta por la cadena de seguridad. En el vano aparece Estela.

– ¡Alejandro!

– Estelita... quiero hablar con vos.

– Ahora no, Alejandro, por favor; porque... está por llegar mi marido.

– ¿Quién es tu marido?

– Humberto, mi primer novio; vos lo conocés.

– Bueno, no importa; abríme porque quiero hablar con vos.

– Alejandro... no, por favor... va a ser para lío.

– ¿Por qué para lío? No soy un amante que viene a acostarse con vos. Soy tu esposo legítimo que quiere hacerte una propuesta.

– Es que... él a vos no te quiere... y si te encuentra aq...

– Abríme; ¿o querés que te pida la casa, que es mía, que no es un bien ganancial y no me pagás alquiler?

Lentamente Estela libera a la puerta de la cadena de seguridad, y me deja entrar. Me ubico en el que era "mi sillón".

– Estelita... me arrellano en mi sillón; como en nuestros buenos tiempos, ¿te acordás?. (Toco el contiguo). Sentate acá. (Ella lo hace). Estelita: te propongo que rehagamos nuestro matrimonio porque va a ser para bien de los dos. Vos no vas a encontrar otro marido como yo, ya lo habrás comprobado en los meses en que te falté; y a mí no me va a ser fácil encontrar otra como vos.

– En este momento no es posible, Alejandro... solo porque está Humberto de por medio...

– Cómo que no es posible; cómo que no es posible. Tenés que elegir entre él o yo; nada más. Él es un empleaducho de mala muerte, yo un industrial pudiente; no tenés nada que pensar. Conmigo viviste como una reina siempre. Fui un marido ejemplar; en todos los órdenes; nunca te falté en nada. Cometí este único error; un solo error en siete años. ¡Creo que merezco otra oportunidad!

– El tema no pasa por ahí, Alejandro... De lo que se trata... es que yo le pedí a Humberto que viniese a vivir conmigo, porque caí en depresión cuando te fuiste; estuve internada, con ataque de pánico...

– ¡Eso no te volverá a ocurrir! ¡Te lo prometo!

– Creo que en mi depresión influyó... impensadamente... el hecho de que vos no quisiste tener hijos; porque si yo...

– ¿Tener hijos hoy?; ¿que no obedecen; que se drogan; que no estudian ni trabajan; que viven a costillas del padre?; ¡por favor!

– No te iba a hacer una recriminación, Alejandro... No tengo derecho a hacértela... porque yo estuve de acuerdo con esa condición tuya antes de que nos casáramos; por eso te dije que fue algo impensado... lba a decirte que... si hubiese tenido hijitos por quienes vivir en vez de encontrarme tan sola... lo pensé muchas veces... habría hallado fuerzas para esperarte, pensando que podías volver, como vi volver a otros hombres con sus muj...

– ¡Esas no son más que excusas! ¡Lo que pasa es que no me perdonaste!

– Sí; Alejandro... te perdono... pero tenés que comprenderme... Humberto aceptó venir a vivir conmigo... y me ayudó a salir de esos momentos difíciles... ¿Te parece que puedo echarlo ahora?...

– No tenés por qué echarlo. Vos venís conmigo. Él puede seguir viviendo aquí sin pagarme alquiler. Puede traer a otra mujer; la que él quiera. ¿Querés que hable yo con él? ¿Querés que yo solucione todo con él? Vos no tendrías que hablar una sola palabra.

– No... No puedo hacer eso... porque... estoy embarazada.

– ¿Qué? ¿Estás embarazada? ¡Con eso me estás diciendo que no podemos ser marido y mujer nunca más!; ¿no te das cuenta?

– Es que yo... yo... Yo... yo no pude... No puede terminar la frase; gimotea.

– ¡Contestame! ¿Con eso me decís que no podemos ser marido y mujer nunca más?; o... ¿o creés que todavía estás a tiempo de... abortar?

Prosigue con el gimoteo; como si no me escuchase.

Me doy cuenta de que es imposible hacerle cambiar de idea.

– ¡Está bien! ¡Me voy! Veo que es lo que estás esperando. Me encamino a la puerta de calle. Ella me sigue.

Salgo. Estela echa llave a la puerta, y los clics del cierre significan para mí “¡NUNCA MÁS!”.

Me ciega el odio.

– ¡Déjenme la casa! ¡Cuanto antes!

– Está bien, Alejandro... como digas.

Me dirijo a mi automóvil; pero en el trayecto me detengo... porque me encuentro en un estado de ánimo insoportable.

Recapacito. Analizo.

¡Retorno! Toco el timbre.

Momentos después Estela desllava la puerta, y la entreabre.

– Alejandro... ¿qué pasa?... Le respondo, sin mirarla:

– ¡Pueden quedarse!

– Bueno; te lo agradezco, Alejandro.

– ¡No me odies!

– No podría odiarte; fuiste siempre bueno conmigo; yo provenía de la pobreza... No sé si hice algo mal... o no supe comprenderte.

Voy a mi coche, lo pongo en marcha, ¡y parto a toda velocidad!

Waldemiro Luchini
Argentina

La boda

– Los declaro marido y mujer – exclamó el hombre de lentes.

La pareja se besó y los presentes, un grupo pequeño de invitados cercanos y fieles, aplaudieron. Ella sonreía, mientras él mantenía un rostro sobrio y reflexivo, pero que se iluminó brevemente con una sonrisa luego de aquella declaración, momento en que olvidó la suerte que le había deparado el destino.

El amor que ella sentía era extremo, él era el hombre de su vida y era realmente capaz de hacer cualquier cosa por su amor y atención. Para él, en cambio, su vida era otra cosa. Quería a su amante, ahora esposa, pero no tenía la devoción hacia ella que sí tenía por su causa y sus ideales.

El ideal que él eligió seguir, que muchos consideraban el más noble de la historia, consumió su vida enteramente. Su ética de trabajo bordeaba la obsesión, ponía todo su empeño en crear un mundo mejor y más puro. Algunos piensan que tal comportamiento, junto con otras circunstancias, fueron los que debilitaron tanto su estado físico, dejándolo severamente enfermo y deteriorado. Aparentaba en aquel momento tener mucha más edad de la que tenía, especialmente para los que no lo veían hace tiempo y lo recordaban con la energía y vigor que siempre había tenido. Además, su carácter se volvió muy irritable, melancólico y errático. Esto dio lugar a muchas especulaciones. Algunos creían que no le quedaba mucho tiempo de vida, otros opinaban que era temporal y que volvería a ser el que alguna vez fue, y por último estaban quienes se negaban a sí mismos completamente su cambio de aspecto y personalidad, él nunca podría deteriorarse.

Por mucho tiempo él se rehusaba a casarse, prefería tenerla de amante, a pesar de ser soltero, porque creía que sus seguidoras podrían decepcionarse de que tuviese pareja y dejaran de apoyarlo. Esto devastaba a su amante, quien se sentía muy desvalorizada, en ocasiones llegando a poner en riesgo su bienestar emocional y físico. Ahora, finalmente, por la fidelidad y lealtad que ella le tenía, decidió llevarla al altar. Fue una boda muy precipitada, y se sabía por qué.

Si bien todos estaban felices de que esta pareja que conocían tan bien finalmente se casara, no podían olvidar lo que estaba ocurriendo. Ella parecía no tener miedo, pero no por poseer una gran valentía, sino más bien porque ejercía un gran esfuerzo en ignorar cualquier emoción negativa. Solo se sentía feliz de pasar más tiempo con él, no importaba la circunstancia. Él, por su parte, mantenía su rostro serio, que había dejado ese pequeño instante de felicidad y se había sumergido en el enojo y la melancolía.

Entró un hombre a la sala, visiblemente agitado y ansioso, caminando rápidamente. Aprovechó que se había dispersado más la gente y el novio comenzó a hablar con el padrino de su boda, y se acercó sigilosamente a dos hombres que habían estado en la ceremonia, sus dos amigos.

– Hey muchachos, nos acaba de llegar un mensaje – dijo susurrando el recién llegado. Él era uno de los encargados de las transmisiones de radio y lo llamaremos R, un hombre de cabello castaño, estatura mediana y contextura delgada –, tenemos que hablar en privado.

Los otros dos asintieron y los tres fueron a una sala diferente para poder hablar a solas.

– Atravesaron el perímetro – dijo lleno de miedo R –, el que decían que era infranqueable.

– ¡No puede ser! ¡Nos dijeron que era imposible que lo atravesaran! – respondió también en voz baja el segundo hombre, que llamaremos F. Era rubio, de ojos azules, muy atractivo, y uno de los que había estado presente en la ceremonia.

– Nos ha mentado – dijo el tercer hombre, H, un hombre calvo, alto y fuerte – ¿Qué haremos?

– ¡No fue su culpa! – respondió F enojado, agitando sus cabellos rubios.

– Tenemos que escapar – respondió rápidamente R, determinado y desesperado.

– No podemos abandonarlo ahora – respondió F, aún enojado –, ¡tenemos que apoyarlo hasta el final, como él nos apoyó a nosotros! No podemos traicionarlo.

– ¿Te volviste loco? – respondió furioso R, intentando mantener el susurro pero con mucha dificultad, hubiera gritado si podía – ¡No se merece nuestra lealtad! Nos prometió demasiado y no cumplió absolutamente nada. Esto podría terminar ahora mismo si él quisiera, pero no lo hace.

– Tal vez él nos pudo haber fallado, pero es la causa es la que merece nuestro apoyo y confianza, tenemos que protegerla – dijo de manera calmada H –. Como mínimo le debemos lealtad a ella, es nuestra responsabilidad. Nosotros podemos seguir la tarea que él empezó... o morir en el intento.

– ¿Lealtad a la causa? ¿Cuál causa? ¡Ya no hay causa, está todo perdido! – dijo R, cuya desesperación era cada vez más incontrolable – Todos están huyendo, ¡estamos solos... solos y al cuidado de este viejo!

– ¡Él es un buen hombre, no es un viejo! – dijo F, casi gritando – Solo necesita que lo apoyemos.

– No, no es un buen hombre, al igual que sus tontas ideas – respondió R –. No hay lealtad para quienes no la merecen.

– ¿Y qué pasó con todo por lo que peleamos? – dijo H – Tal vez si permanecemos firmes esto no se derrumbará.

– Bien, ustedes mueran por nada – exclamó R enojado – yo me escaparé.

– Eres un cobarde – le respondió F –, nos abandonas cuando más necesitamos estar unidos.

– ¡No soy cobarde, solo no soy estúpido como ustedes!

– Sí lo eres – dijo H –. Nunca abandonas lo que te propusiste, lo sigues hasta el final.

– ¡No cuando se está derrumbando!

– Especialmente cuando se está derrumbando. Grandes héroes de la historia lo han sido por haberse mantenido en sus creencias incluso cuando estaban siendo perseguidos. Esto es hasta el final, y si es necesario morir lo haremos.

Mientras H pronunciaba estas últimas palabras, apareció repentinamente en la sala el padrino de la boda. Era de baja estatura, tenía muy mal carácter y un cabello negro que engominaba hacia atrás. Los regañó subiendo la voz, y ellos guardaron silencio. Tuvieron suerte de que estuviera de buen humor, o podrían haber tenido consecuencias severas por haberse retirado así y hablar secretamente.

Un frío húmedo, a pesar de ser abril, recorría los cuerpos de quienes habitaban el lugar, como un presagio de lo que sucedería, cuando la muerte fuera quien lo hiciera. Había olor a encierro, a acumulación de gente y a humedad. Las paredes grises delimitaban un espacio demasiado pequeño, que con el correr de los días se percibía cada vez más reducido, como un encierro psicológico. La mayoría sentía un miedo que nunca habían sentido incluso en el frente de batalla; habían tenido miedo, sí, pero sabían que detrás de ellos había una fuerza poderosa y atemorizante para los enemigos, y que ella les cuidaba las espaldas. Ahora, esa fuerza se consumió en sí misma.

El novio se retiró hacia su habitación, moviéndose lentamente y agitando involuntaria y rápidamente sus manos. Los demás, incluyendo a los tres amigos, se dirigieron a sus puestos en las distintas salas o en el exterior, vistiendo uniformes que habían enseñado al mundo con orgullo, pero que ahora algunos sentían como una vergüenza, y con pasos que alguna vez fueron firmes, pero que ahora se movían con miedo y desesperación. El barco se hundía, y ellos estaban dentro.

Un día entero pasó. Los bombardeos se intensificaron y el olor a pólvora se hizo más notorio. A pesar de ser un lugar protegido, los escombros caían cada vez que una bomba

aterrizaba sobre él. Había llegado el momento fatídico, aquel que el novio amenazaba con realizar desde hace más de una semana, y que solo unos años atrás nadie creía que pudiera ser posible, aunque muchos lo deseaban.

Se formaron en una hilera, uno al lado del otro. Estaban presentes los soldados, entre ellos R, F y H, y algunas figuras más, como la esposa del padrino y la secretaria del novio. Él y su esposa los saludaron uno por uno. Él miraba seria y amargamente, creía que la situación era injusta, que él merecía ser victorioso. A su vez, la paranoia que tuvo estos últimos meses no hizo más que intensificarse, pensaba que todos le habían dado la espalda, que estuvieron todo este tiempo conspirando en su contra y que por su culpa y la de cierto grupo de personas, había perdido. No obstante, había aceptado su destino. Ella, por su parte, tenía cierta tristeza, pero predominaba la alegría, estaba feliz de seguirlo hasta el final, como siempre había querido.

Se retiraron hacia su dormitorio, y un soldado cerró la pesada y fortificada puerta, quedándose de guardia para que nadie entrara. Algunos soldados y generales se retiraron a otra habitación, tan gris como las otras, pero que había sido el centro de estrategias militares estas últimas semanas y que aún tenía un mapa de Europa en la mesa central, y se sentaron alrededor de ella. Se oían desde abajo del búnker los motores de los aviones que lo sobrevolaban, las ametralladoras a lo lejos y las bombas cayendo en la cercanía.

Rudolf, Hans y Fritz estaban en aquella sala, y se lanzaban miradas desde puntas contrarias de la mesa. Rudolf movía las piernas con impaciencia, ya no soportaba más estar ahí dentro, y cuando tuviese una oportunidad intentaría escapar. Miró a sus dos amigos, que lo entendieron al instante. Hans movió la cabeza hacia los lados, decepcionado, luego miró al techo con seriedad y cerró los ojos, él no iba a abandonar su puesto, a pesar de ser una decisión difícil. Fritz, a su vez, sentía una profunda tristeza, el hombre en quien había depositado su lealtad tantos años realmente iba a morir. Él tampoco iba a dejar el búnker, pero no estaba tan dispuesto como Hans a ser capturado. Agachó la cabeza y miró la pistola que tenía en su mano, quizás él debía correr la misma suerte que su líder, pensaba.

Se oyó el fatídico disparo desde el dormitorio del führer. Todos en aquella sala de estrategias militares miraron hacia abajo... realmente había pasado.

El soldado que protegía su puerta se acercó donde estos estaban, esa habitación en el búnker de un Berlín enteramente asediado por el ejército soviético. Habló con la misma melancolía y pena que ellos tenían.

– El führer ha muerto.

*Leandro Joel Godoy
Argentina*

Me sentí tentado

Siempre me negué volver al barrio, pero un día me sentí tentado y fui.

Tantas tardes mirando el horizonte desde mi nuevo hogar, hoy lo transformó en un camino de regreso, volviendo a mis tiempos felices. Miro, pero con otra mirada, porque según mi visión de niño, a las casas las veía más altas, los vecinos eran celebridades, algunos eran de mucha admiración y otros, con solo verlos causaban miedo.

Acercándome a mi casa natal las lágrimas mueven todos mis sentimientos. Veo a un hombre trajeado alejándose por la esquina y me invade el recuerdo de papá yendo a su trabajo. Mi ex casa está igual, como si se hubiese detenido en el tiempo. Me niego a saber quiénes la habitan, Miro la cortina media baja y me acuerdo, cuando a la hora de la siesta mi madre con mi hermana Adriana, hablaban bajito mirando la vida pasar por la ventana.

Observo en la cuadra tres chicos jugando a la pelota con un arco improvisado de piedras y me transporta a los picaditos que hacíamos con Gabriel, Luis y José. El rubiecito es igual a Luis, para recuperar la pelota, se tira con vehemencia a los pies del pibe bajito que mueve la pelota con mucha habilidad ¡Cómo se enoja ante el foul! Todos los rasgos de José María. El más grandote que sale del arco pone calma a la situación con estirpe de capitán, no tengo dudas, es la copia de mi hermano Gabriel. Acá faltaría uno como yo, errando goles imposibles, como tampoco estuve esa tardecita calurosa, previa a la Nochebuena, cuando rompieron de un pelotazo los vidrios del portón de Isabel y don Victorio. Ellos siempre recordaban la anécdota jocosamente y que Gabriel alcanzó a sacar la pelota “pulpo” de goma para que no quedaran pruebas y salieron corriendo sin testigos a la vista entre miedos y risas cómplices. Yo me lo perdí, pero recuerdo que oí el estruendo desde la ducha. Al principio se tenía en claro que fue José, después el tiempo se encargó de confundir y hoy, ya nadie recuerda al autor, pero el hecho quedó marcado. Ni los damnificados supieron quien fue, entre las confusiones hubo roces y discusiones de Isabel con nuestras madres.

Mientras miro los vidrios del portón, me acuerdo que papá contaba, que don Victorio tuvo que trabajar horas extras para comprarlos.

Empieza atardecer, saludo alegremente a uno de los pocos vecinos antiguos que quedan en la cuadra; Miguelito, que se emociona cuando se acuerda de los viejos, mis ojos se humedecen. Me quiere contar quienes viven en mi ex casa, pero yo le esquivo el tema, le pregunto por Victorio e Isabel, me comenta que casi ni salen a la vereda y con la mirada melancólica me dice que los años no vienen solos. Después del abrazo a Miguel, en mi memoria, me vienen las imágenes de esos atardeceres de barrio; veo Alicia llamando Adriana en la puerta y al rato estaban saltando en la soga con la banda de chicas: Viviana, Sandra, Patricia, Elena, Piojito, Mariel y Karinita.

Luego venían las infaltables y tan esperadas visitas de mi prima Claudia. También veo las charlas después del picado futbolero con los chicos y la imagen de Robertito caminando lento hacia la barra de varones para contarnos películas jamás vista por nosotros. Gabriel siempre inventaba una y me hacía reír por lo bajo y como olvidar a Claudito Basi rompiendo los oídos de los vecinos en las siestas, con su carrito a rulemanes.

El día terminaba uniéndonos ambos bandos y jugábamos a cuanto juego quisiéramos hasta entrada la noche, a veces el tocadiscos “Winco” se encendía para dar cita a los antiguos “asaltos”

Ya no están en mi vereda los dos árboles, donde en su corteza figuraban escritos en puntas de piedra los romances, algunos confirmados, muchos ficticios, otros en bromas y también, los que nunca pudieron serlo.

Voy cerrando la persiana de los recuerdos y comienza mi regreso. La calle está desierta, salvo los chicos que siguen jugando al fútbol. Pero antes de irme, le pedí al rubiecito que me diera un pase, dudó, pero lo hizo, cuando la pelota llegó a mi pie, sin dudarlo le pegué de zurda con fiereza y no quedo ningún vidrio del portón de Isabel y don Victorio, los pibes se asombraron y empezaron a correr, yo también, ahora sí corríamos los cuatros, como si fuera el ayer, y yo envuelto en un sentimiento de nostalgia, me incluí con Gabriel, Luis y José en la antigua anécdota.

Claudio Manuel Otero
Argentina

Puertas

En la observación he palpado el devenir del tiempo.

Múltiples eventos han ocurrido desde mi temprana construcción.

Ya por 1940 era yo una sucesión de espacios ocupados por personas discurriendo sus días. Palomar era mi nombre. 1

Otras formas me dieron y con discreción crearon cuatro telones distintos con sus actores más audaces. Latiendo estaba en mi segundo escenario cuando al alba de mis cimientos cantaba el gallo. Qué grato los sonidos traviosos del joven que desfloraba muchachas en mi patio humilde.

Olores variados a flores diversas, comidas aromáticas, perfumes de adolescencia!. Y también sudores de amores ocasionales a mis ojos entretenían.

Cuántas lluvias mojaron mi techo, repiquetearon ventanas y mojaron mis suelos. Inolvidables recuerdos, imborrables, por supuesto!

Cómo los escuchaba!, canciones a veces y penas rondaban, de niños y adultos que murmuraban. Acumulé secretos que nunca nadie sabría ni sacaría ventaja.

Recuerdo esa familia que se prendió a mis entrañas. Vegetación y gorriones explotaban de ganas y en mi interior avanzaba el calendario.

A veces me dolía el dolor de ellos, y otras reía con sus risas. Derrotas y triunfos, pasaban los días, año tras año, así sucedía. Me fui haciendo fuerte y los sostenía y aún hoy en mi vejez sigo protegiendo sus necesidades.

Dos niños ingenuos jugaban con insólitos objetos sin saber que yo los mantenía bajo mi estricta vigilancia. Miraban con respeto el viejo ropero, majestuoso y serio en el patio

blanco y negro oliendo a misterio. Esa lavadora de espanto rugía a diario y ellos asustados corrían a ocultarse.. Iban y venían, las muñecas conversaban y las esperanzas crecían.

Olía a pintura fresca en los largos eneros y las estufas me abrigaban cuando el frío invadía y acechaba el invierno.

Era gente buena esa gente!!!. Y fui feliz mucho tiempo!... El señor mayor perdió su vista pero no su afán trabajando duro por mantenerme íntegra.

Navidades curiosas me colmaban de colores y regalos. Tomó la comunión mi niña y torta y caramelos fueron repartidos.

Otro tiempo pasó y cerraron mis puertas. Mi gente cambió de telón pero los sabía al lado. Me sentí más pequeña, personas nuevas vinieron a habitarme. Veintidós años pasaron, ruidosos, explosivos. Fiestas y más fiestas, muchas voces y seres distintos fueron felices conmigo.

Inolvidable sábado aquel en que una hermosa novia llenó con su traje blanco mi alma bohemia. Salió diosa y reina a su noche de bodas, qué bonita estaba!.

Tristezas hubo también, disgustos en fin. Sabía que en otra parte de mi cuerpo el señor sin vista había partido de esta vida y sus hijos tomaron senderos distintos. Para no ser menos, en mi fuero íntimo otro ser de azules ojos decidió acompañarlo como buen hermano que era. Claro está, estuve en soledad otro tiempo vacío.

Cambiaron mi aspecto, me maquillaron para un nuevo período!.

Quién lo iba a decir! Mi niña que corría por mis venas y festejó su comunión conmigo volvió a visitarme y me dijo al oído: “regreso un tiempo, dame abrigo”!. Fue lindo tenerla, era la luciérnaga que me iluminó siempre. Puso cuadros en mis sólidas paredes, llenó de luces los cuartos y con los mejores trajes disfruté con ella los siguientes años.

Pepita, Pepita repetían, de pelaje dorado y carita linda. Ladró muchos años, ella otrora y ahora su hija, amor de ojitos color café. La madre me entendía y su pequeña aún hoy mira mis ojos y comprende mis silencios, ¡adoradas perritas!. Quiso el mal tiempo a la madre de mi niña llevarse y entonces hubo cambios en mi primavera. Ella sigue a mi lado, del lado de afuera, en el primer telón en el que abrió sus ojos. Me busca un nuevo dueño para que no muera. Me vistió de colores, curó mis heridas, abrió ventanas y me sentí plena.

Ahora espero la aventura de seguir con vida en este espacio donde paso mis días y noches!. Aún siendo anciana cobijo con sabiduría. Ay mi niña! Sigue conmigo hasta que el tiempo diga!.

*María De Los Remedios Vidal
Argentina*

Vivir sin memoria

Si fue por un accidente, un imprevisto o ¿por qué no? un hechizo, el hombre no lo supo. Un día despertó y no tuvo más memoria, tan sólo imágenes imprecisas, pero no memoria.

Los problemas y la insondable angustia de tener que resolverlos dejaron de existir; ya nada fue importante, todo aparecía y se borraba al instante; desaparecía sin dejar rastros ni vestigios.

A él sólo le quedaban sensaciones, todas, inexplicables; cualquier imagen o pensamiento, como llegaba, se iba al instante.

Se acostumbró, entonces, a no pensar ni retener y tan mal no se sintió. Él no supo cómo su cuerpo se fue acomodando a lo cotidiano y simplemente se dejó llevar sin poder hacer un análisis de la realidad.

Comenzó a reír en la iglesia y en los velorios, a llorar en las fiestas, a gritar cuando todos callaban y hacer silencio cuando todos hablaban. La gente no le decía nada, era inofensivo y todos lo apreciaban.

Ya no hubo, ni tuvo, una lógica cotidiana y se dedicó a vivir como lo sentía. Disfrutó de las luces y de los colores, de los niños y de los pájaros. No quería ni podía saber cómo era el mundo; sólo tenía que vivir en su mundo y hasta se pensó, que, de alguna manera, el hombre lo disfrutaba.

Si era de día, él vivía el día; si venía la noche, él dormía, pues a la noche, por instinto, le temía. Cuando había viento miraba el cielo y se dejaba llevar por el movimiento de las nubes; con el sol, se sentía abrazado y contenido. El frío, lo acurrucaba y detenía, con el frío, no podía.

Un día cualquiera, de sol y alegría, la suave brisa lo invitó a correr y lo hizo con entusiasmo. Las gotas de su transpiración lo refrescaron y motivaron.

Él siguió corriendo, feliz y transpirado. Corrió, corrió mucho. Al llegar al risco sintió que tenía alas, levantó sus brazos y voló.

Se sintió liviano, etéreo, un ave y como no tenía ayer, sólo se dejó llevar y voló. Las luces lo guiaron. Su sonrisa, lo dijo todo.

*Nestor Aldo Merlo
Argentina*

La tundra

La inestabilidad no es nada nuevo, y cuando no nacés en plena ciudad, es más común ver las polaridades. Personalmente me tocó nacer en “los suburbios”, como les gusta decir a mis compis, pero para nosotros era hablar de “la tundra”. Cuando nacés en la tundra, podés ser rico, o estar en la miseria, y por esas cosas de los dados, a mí no me tocó tener la cuna de oro. Desde muy chica me di cuenta de que yo era “la sobra”. A nadie le importaba que estuviera. Aunque sí bastaba que una de las “nenas bien” dijera algo, para tener a todos alrededor. Por eso hice desastres en las escuelas a las que fui. Para tener algo de atención, y también para migrar. Finalmente logré empezar la secundaria en una escuela donde no me conocía nadie.

Ya había aprendido a aclararme el pelo, y con los problemas que había en casa nadie notó que hacía días que no comía. Porque sí, mamá estaba a cargo de la farmacia, porque la mención de los dados al inicio no fue algo azaroso. Mi viejo había vuelto a apostar, y también fue parte de las razones por las que estábamos atados a la carencia.

Pero cuando empecé en la secundaria me las arreglé para salir última (la mayoría no sabía ni mi nombre, mucho menos donde vivía). Ya flaca y rubia no me costó hacerme de un novio más grande, y al menos él me iba llevando a algunos lugares interesantes.

Una vez me quedé más tiempo con él y cuando llegué a casa mi viejo me atacó. Después del primer golpe mamá me quiso defender y casi la mata.

Estuve una semana diciendo que me había enfermado para no ver a nadie. Después con maquillaje me fui tapando.

Finalmente llegó fin de año, y me había decidido. Si lograba sostener el personaje un poco más, quizás pudiera mudarme con Marcos (se iba a ir a Buenos Aires, y con eso no iba a volver a ese lugar). Solamente quería huir. Pero llegué un poco más temprano a la fiesta, y lo vi apretándose con Valeria, la única que creía mi amiga.

Ella me vio. Yo corrí. Me encerré en el primer baño que encontré. Lloraba pero no de dolor. Lo único que habían conocido era ese personaje estúpido que había creado para escaparme. Lloraba de ira. Por estar ahí, en ese baño inmundado, como el de mi casa, frente a ese espejo sucio, con la cartera manchada, y las medias corridas. Marcos golpeó la puerta. Seguro que Vanesa lo había puesto sobre aviso. Lo que siguiera iba a ser violento, así que elegí la huida. Salí por la ventana rota y me corté. No pude parar. Llegué a casa rengoando. Comprobé que perdía mucha sangre pero no me mareaba siquiera, así que corté las muñecas hasta que sangré lo suficiente como para asustar. Recién ahí grité. Le pedí llorando a mamá que nos fuéramos. Tenía un golpe nuevo y me imaginé que iba a seguirme. Nos fuimos a la casa de una tía.

Siguieron amenazas, pero también así seguimos un recorrido nómada. Cuando terminé la escuela le prometí a mamá que iba a estudiar. La última mentira que le dije. La última vez que la vi.

En cuanto llegué a la ciudad volví a decolorar el pelo, me vestí lo más provocativa y hueca que pude, y me fui con el primero que vi con algo de plata.

No estoy orgullosa de este camino, pero al menos no voy a volver a la tundra...

Lo único que lamento es el personaje. Me creen esta imagen de hueca... Sé que mi marido (ya es el tercero) tuvo más amantes de las que puedo imaginarme, pero también me cree frígida, y no se imagina la cantidad de veces que me acosté con alguien más, solamente con el objetivo de satisfacer un poco mi ego. Ya hace años que no puedo hablar en serio con alguien, y es por eso que mis mejores amantes son los virtuales. Los que jamás me vieron pero saben que puedo pensar. Al final de esto se trata. Mantenerme viva en la medida de lo posible, mientras alimento a esta carcasa con lo mínimo, hasta que la construcción me termine de consumir.

Luz Rios Iribarne
Argentina

El hospital

Todo me lo contaron. No supe nada hasta mucho después. Yo aparecí como el final de un 1a vela. Una brisa me hubiera apagado. Una bruma gris y húmeda me nublabla la vista, mientras cantidades de imágenes se cruzaban en mi mente. Algunas sombras se inclinaban sobre mi cuerpo.

Otras voces sonaban en una larga borrachera. Quería decir palabras que no escuchaba.

Sin sol en la ventana, solo una placa en sombras. De lejos, las bocinas como olas lánguidas. No sé dónde estoy. Me parece un cielo de lluvia tenue donde las gotas se multiplican, mostrando mis ojos en pequeños espejos. ¿Llueven espejos? ¿Llueve agua apenas húmeda? O.....

¿Llueven lágrimas de miedo?

Llega la noche y el televisor no para, con una eterna canción infantil. Se va y vuelve. Una y otra vez. No se puede dormir. No sé quién grita tan fuerte, o quién chasquea la lengua hasta que se enciende la luz.

Sé que es el día porque se apaga el chasquido de la lengua y los gritos cesan. Trato de dormir, imposible.

Llegan las enfermeras con la sonrisa dibujada en los labios pintados con maquillaje teatral, el color del pelo, tantas veces teñido. Casi todas peinadas con colita. Discuten, cambian opiniones, el color de la sombra, el delineador...y siguen...siguen, sobre todo lo que hoy me parecen nimiedades. Eso mimo que volveré a hacer cuando salga de aquí, la prisión blanca. Entre todo el jaleo yo no estoy aquí ni para las enfermeras que hacen su tarea como marionetas, sin dirigir una palabra, apenas una mirada de apuro. Suelen arrastrarme en una camilla con ruedas “vamos al estudio” única respuesta ante mi inquietud, y nunca sé dónde voy o para qué.

Nunca obtengo respuestas directas, correctas o acertadas, que me sosieguen. Es un mundo galáctico. La atmósfera huele a desinfectante.

El piso brilla, trata de ser un espejo que me mira desde abajo. Un abajo incierto, sin apoyo, sin más allá. Se suceden los momentos con olor a muerte, donde Dios es un enigma.

Cuando vuelven las enfermeras para iniciar el día con un pinchazo, los cuerpos se tensan...la piel endurece. El rechazo natural a la agresión. Respirá profundo...ya está...ya termino...listo. Unas tres.. horas después, todo vuelve. El pinchazo del mediodía, luego el de la tarde, después el de la noche y el de la madrugada...todo vuelve a empezar. El cielo se repite. El día es redondo.

Quiero mi cama, mi casa, el olor del jardín, la tierra húmeda del último riego. Quiero abrir mis ventanas y aspirar la brisa e agosto plena de sol. Y cumplir años y apagar velitas y paladear los dulces con mis hijos y el hombre que me acompaña. A él ya le volvió el color a las mejillas, viene todos los días, sin pasar uno. Todo se va tranquilizando. Yo no me di cuenta, para mí todo era igual entre sábanas y jeringas.

Llegará el día que vuelva a mi cama...a mi casa...a mis ventanas, a las fotos , los barcos de mis paredes. Desde allí me llega el aliento, con sonrisas de mis tan amados, los que ya saben que Dios existe.

Me vieron y me ayudaron para mantener mi vela encendida. Y ya estoy más fuerte recobrando la alegría, no la quiero perder.

Todos los sueños rodean mis intenciones, cada uno hace visible el contenido, estallando ante los ojos atónitos que me rodean.

Hoy fue un gran día, subir la escalera, un aplauso para la actriz, una Virginia Wolf de pie frente al mundo.

La satisfacción de volver a Ser. Marilyn

Maria Del Carmen Bossa
Argentina

Arcoiris nocturno

Era otra más de sus tantas noches de insomnio. El calor sofocante de enero no ayudaba.

Una brisa perezosa hurgaba entre su pelo que, sigiloso y sin hacer barullo, había empalidecido en muy poco tiempo.

Se había quitado las sandalias. Estaba sentada a borde de la piscina con los pies desnudos metidos en el agua, mezclando con su chapoteo los colores de las luces que, reflejadas, nadaban en ella.

Primero captó el aroma a jazmín del perfume que usaba su madre. Luego, la vio venir caminando por el sendero de lajas evitando pisar el césped que crecía entre los

espacios, como era su costumbre. Traía puesta su bata de abrigo y las pantuflas con las que solía deambular por la casa, con el mate en la mano.

No le extrañó verla.

Desde que le habían diagnosticado su enfermedad terminal, la soñaba a menudo.

Dejó el vaso de té helado en el suelo, junto a la jarra, la invitó a sentarse a su lado en una de las reposeras.

- ¿Te sirvo un poco? – le preguntó – Debes tener calor con esa bata encima.

- En el lugar de donde vengo nunca hace calor. Además, esta madrugada va a llover. Mis juanetes nunca se equivocan.

- ¿Y cómo es ese lugar de donde venís?

- Muy parecido a tu piscina, pero sin bordes. ¡Es hermoso! Ver el arcoíris darse un chapuzón a estas horas, con esas nubes llegando con timidez, como pidiendo disculpas por tapar las estrellas. No pasó tanto tiempo y sin embargo no me acordaba de cómo se ven las cosas desde abajo. Sólo un pedazo de memoria. El resto queda acá para perpetuarse. En los recuerdos que siguen vivos, en los que no nos olvidan, en los lugares que hemos habitado, en las cosas donde hemos dejado nuestra esencia, nuestra razón de ser.

- ¿Sabes? – dice ella – Muchas veces te he soñado. Pero hoy es distinto.

- ¿Distinto por qué? – pregunta su madre.

- Porque en los sueños hablamos, pero yo escucho sólo lo que quiero escuchar y no o que vos querés que oiga. Nunca fuimos de hablar demasiado. Las palabras me salían torpes cuando lograba pronunciarlas. Temerosas de no ser comprendidas. Ahora me siento dispuesta a aceptar lo que tanto me costó entender.

- Hoy he venido con una misión especial. Me han permitido viajar. Por eso esta noche no me estás soñando.

- Creí tener respuestas a todas mis preguntas. – dice ella.

- Y esas respuestas que no encuentras son las que recorren los pasillos de tus dudas buscando que alguien las conteste. Pero nadie más que vos puede hacerlo.

- Se me vienen palabras que debí callar y quedaron pendientes las que debí haber dicho. Siempre quise poder expresar lo que sentía. Me hacía mucho ruido, pero no podía. Te fuiste sin saberlo. Muchas cosas me quedaron adentro. No sé.

-

Siempre te vi con un ser etéreo, inalcanzable. Más para venerar que para intimar.

- ¿Cómo una extraña para vos?

- Extraña no. Eras mi madre. Como si hubiera vivido lejos y nos viéramos cada tanto. Me costaba mucho llegar a vos. No recuerdo haber tenido una conversación de mujer a

mujer. Esas charlas íntimas que se dan cuando sos más amiga que madre. Yo no tuve hijas ni la posibilidad de vivir esa experiencia.

- Tal vez haya sido al revés. A lo mejor fui yo la que no supe llegar a vos y ganarme tu confianza para poder entrar en tu mundo. Tenías muchas puertas bajo llave.
- Mi tiempo se acaba mamá. Siento que las puertas se abren, algo se me escapa.
- Son palabras que pujan por salir. Deja que fluyan. Yo las escucharé aunque creas que no salen de tu boca. Cuando el espíritu se siente libre, los silencios se hacen elocuentes.
- Mami, tengo miedo. Se me pasó a vida. No puedo recuperarla en una noche.
- No temas, mi chiquita. Tenemos mucho tiempo para recobrar juntas los años perdidos. ¿Qué te parece si, mientras tanto, nadamos un poco en ese arcoíris nocturno?

Por la mañana, su marido despertó solo en la cama. No la encontró, aunque buscó por toda la casa. Sus sandalias, dos vasos, una jarra con un resto de algo helado y una bata de abrigo mojada en una de las reposeras saludaban el alba frente a la piscina. Durante la noche y en contra de todos los pronósticos, había llovido.

Adriana Cosso
Argentina

La caja oscura

Desde hace poco tiempo aprendí que el miedo es un recurso del cuerpo que actúa como medio de defensa frente a situaciones inesperadas. Por lo menos eso es lo que dicen los expertos. Ahora, el pánico es algo muy diferente, es una sensación inesperada en una situación de la vida habitual, que no siguen la evolución de los hechos, no hay forma de dominarlo con el uso de la razón, y como consecuencia, te cambia por completo la vida desde ese momento.

Me presento, mi nombre es Julián Torres, tengo dieciocho años, nací y aún vivo en un barrio clase humilde de la zona sur del conurbano bonaerense. Para los que no saben, el conurbano bonaerense es un territorio de la provincia de Buenos Aires, que mantiene encerrada a la Capital de Argentina, la Ciudad de Buenos Aires, contra el Río de la Plata.

Mi infancia y mi adolescencia, hablando solo de lo material, fueron las de un pibe de barrio, con las necesidades satisfechas, y con algún que otro capricho cumplido. Por otro lado, jugué, hice deportes, aun estudio, viajé, tengo hermanos, amigos de la vida, compañeros de colegio, soy amado por mis padres y tratado con mucho cariño por el resto de mis familiares. Básicamente, tuve una vida sin sobresaltos.

Hasta no hace mucho todos los que me conocían resaltaban un rasgo de mi personalidad, una característica que sobresalía, y es que nunca dudaba de lo que me proponía hacer. En otras palabras, no tenía temor al momento de afrontar nuevos desafíos o de vivir experiencias desconocidas. Es así como a lo largo de mi corta vida visité lugares, aprendí cosas y conocí personas gracias a esa particularidad personal. Mi vida se desarrollaba ampliamente, con los obstáculos normales que resultan de pertenecer a una familia de recursos económicos limitados.

En cuanto a lo importante, que es lo que quiero contar, no puedo precisar exactamente cuando pasó, solo sé que uno de los primeros días de la primavera de hace un año atrás, por la tarde, mis viejos organizaron un paseo por la Ciudad de Buenos Aires, algo habitual ya que era domingo, cosas de la rutina de fin de semana, salir a tomar aire, y elegir un lugar para conocer. Una organización generalmente unilateral, que nos incluía junto a mi hermano. Lo que pasó tampoco puedo explicarlo, y eso complica todo, pero puedo decirles lo que sentí.

Ese día, mientras viajaba en el asiento de atrás del auto miraba la puerta que se encontraba con la traba para evitar que la abrieran desde afuera, a la vez que veía como pasaban los autos por la avenida en la que circulaba mi viejo. No había muchas cosas en mi cabeza, salvo el hecho de tener que hacer algunas tareas para presentar en el colegio al día siguiente. También estaba muy atento, como siempre, a mi celular: videos y publicaciones de Instagram y Tik tok, y charlas por WhatsApp con mis amigos. En ese momento comencé a sentir golpes en el pecho, primero levemente, y luego se hicieron insoportables, sentía que el corazón se estaba enloqueciendo, no lo podía controlar. Parecía que iba a explotar, se hacía cada vez más grande y no dejaba pasar el aire a mil pulmones. Quería respirar en forma tranquila pero no había forma, sentía que el oxígeno no llegaba a mi cuerpo. Mi cerebro no podía pensar, no sabía de donde agarrarme, que hacer. Me miraba las manos y no podía enfocar en otra cosa, las pellizcaba para ver si era un sueño, y no sentía dolor, pero no era un sueño, mis dedos estaban lastimados. No estaba presente en ese momento y lugar, de alguna forma me había transportado a un lugar oscuro, cerrado, asfixiante, terrorífico. Tenía la sensación de estar en una caja oscura y cerrada, que cada vez se hacía más chica, o yo más grande.

Empecé a golpear el asiento de adelante, a intentar decir alguna palabra. “No puedo respirar” solo podía decir. Ni mi padre, ni mi madre entendían nada. Intentaban calmarme con palabras o concejos que no llegaban, se desvanecían en el camino, se desintegraban antes de llegar. Mi cabeza se oscureció, sentía que me moriría en breve, y que no podía decirle a nadie como ni porqué.

Mis padres, frente a esta situación, decidieron volver rápidamente a casa. Supongo para analizar lo que me pasaba y pedir algún tipo de ayuda. Fue en ese momento que mi cuerpo reaccionó. Seguramente capté esas palabras como la llave que abrió la cerradura de esa pequeña caja oscura. Mi corazón bajó su intensidad paulatinamente, los latidos fueron bajando lentamente. Mi cerebro se despejó.

Ese fue el inicio de mi padecimiento. Solo de esa forma puedo explicarlo. Algunos podrán entenderlo, y a otros les tocará aceptar que hay cosas difíciles de explicar. A partir de ahí el tema ya no era volver a sufrir lo que había sufrido, sino que todo se transformó en el temor a hacer algo que generara nuevamente ese momento. Eso fue lo que condicionó mi vida a partir de ese momento, estar un paso antes de ese momento de terror.

Caminaba hacia adelante esperando no tener miedo, y eso, como una profecía autocumplida, se tradujo en sensación de terror cuando tuvimos que salir nuevamente a un compromiso familiar. Ya no podía subirme al auto, me ganaba el espanto a pasar nuevamente por el momento de terror que había pasado.

Mi vida se cerraba rápidamente, pero esta vez, a diferencia de lo que me pasó en el auto, estaba en una caja más grande, pero que se iba achicando lentamente. Como si fuera un lugar con vida propia, ponía límites a mis movimientos, por medio de mi mente y de mi corazón. Si yo avanzaba hacia un lugar poco habitual, una señal de alarma se encendía, el corazón empezaba a palpar fuerte, y la ansiedad por volver a la comodidad de mi cuerpo hacía que desistiera de mi objetivo nuevo.

Sin embargo, todos a mi alrededor intentaban abrir esa caja desesperadamente. Yo los sentía, estaban afuera de mi encierro, pero no había herramientas que sirvieran. Veía como les resultaba difícil entender que ese pibe que hacía de todo ahora se encerraba por temor a que algo le pase. No comprendían ese clic mental, y tampoco las consecuencias de esa primera sensación inesperada. Y yo, que estaba encerrado, cara a cara con ese monstruo llamado Pánico tenía que darle pelea, no podía dejar que me venciera, pero aún no me encontraba en condiciones de evaluar todas las propuestas que me llegaban.

Sigo encerrado, no lo voy a ocultar, pero ahora empujando las paredes de mi encierro, lentamente, para volver a extender mi territorio. Buscando las herramientas más efectivas de cada ayuda que se acerca o de cada corriente de aire que percibo. Yo se que esto no es esperanzador, pero llegará el momento en que esto lo recordaré como una pesadilla. Solo será eso.

Sergio Hugo Pedersen
Argentina

Fue inútil volver

El otoño instala su ícono de hojas caídas en el calendario y cada año se repite esta nostalgia puntual que incomoda, esta vez me encuentro en un escenario que no me es propicio, detengo el automóvil y el silencio delata a un pueblo que permanece dormido desde el día que me marché. Años de ausencia y mil sueños menos me reciben en la misma calle donde abandoné mis huellas, el desgaste a corroído los carteles y han perdido un porcentaje de sus colores, el paisaje es una postal desteñida, todo está entumecido en su sitio, el empedrado rodeando la plaza, la galería de tilos, la iglesia enfrentada al palacio municipal y la avenida principal tan ancha como vacía de presente y futuro.

Tras un par de minutos de espera lo vi llegar, hubiera preferido que no ocurriera, pero sucedió porque así lo planeé, sabía que fiel a su rutina ingresará puntualmente al palacio municipal para ocupar su escritorio Mario Valdez...el Marito de antaño.

Lo observo esquivando charcos ocultos bajo las hojas de tilo como jugando rayuela, Mario Valdez envejeció en la viceversa del recorrido y los tiene exactamente registrados. Bajo el manto sacro de su viejo saco oculta el remanente de culpas pasadas, la mirada baja y su postura corva evidencian el acopio de malos recuerdos. Todo en él anuncia angustia. -Mario viudo de Mara- Mario de nadie, absolutamente intrascendente, un hombre que solo aporta un número al último censo ciudadano. Un sujeto singular sin verbos por conjugar. Mario de antes, de Mara. Casi amigo. Mario Valdez a través del vidrio empañado por la lluvia.

Mario Valdez desde el pasado.

Ya es tarde para frenar los recuerdos, maldita memoria que se niega a olvidar, las imágenes me azotan con su impiadosa secuencia y veo al pueblo conmovido acudiendo en tropel para dar el pésame a Mario.

Él era experto en manipular armas, nadie se explicaba como pudo ocurrir esa tragedia, Mario atinó de decir que limpiando la pistola se accionó accidentalmente y Mara recibió el disparo en la frente. Una hija dilecta del pequeño pueblo había sido amputada sin anestesia y toda la comunidad lo sentía en carne propia. Recuerdo la mirada extraviada de Mario buscando un porqué que nunca llegaría mientras docenas de manos estampaban huellas digitales sobre su hombro para dejar una firma de consuelo, palabras vanas, el dolor no se mitiga con palabras de terceros, la mano sobre el fuego solo la sufre su propietario y son inútiles los lamentos ajenos. La llaga arde en él y solo él llevará su cicatriz. (A menos que otro haya compartido esa llama).

No quise ver a Mara en un ataúd, dicen que estaba pálida y bella como un ángel pero preferí asentar su recuerdo en otra página menos trágica. A la semana siguiente me marché y no volvía a saber de Mario hasta hoy, a no ser por los malos sueños que me atormentan no hubiera regresado, corría el riesgo de toparme con antiguos recuerdos que nunca pude desterrar y así ocurrió, apenas llegar el aroma a tilos de la avenida me abofeteó con su aroma, después el empedrado de la avenida me mostró sus matices brillando bajo la llovizna y la presencia de Mario en la avenida me asestó el golpe final.

El nudo que se formó hace tiempo parece imposible de desatar, siempre sospeché que él mato a Mara. Ella pensaba abandonarlo, yo era el padre del hijo que esperaba.

Mario cruza la calle y al pasar frente a mi automóvil no repara en mí, los vidrios empañados no dejan ver mi rostro con claridad, el portal del edificio municipal lo devora de mi presencia y desaparece de la escena, un tímido rayo de sol se atreve a perforar las nubes y el día se aclara por un instante, veo que Mario ha dejado su sombra en el empedrado y no tardará en cubrirme.

Mario arrastra sus cadenas y aún se conmueven por su dolor, la comunidad es injusta, nadie reparó en mi partida para despedirme con un pésame, Mara era tan mía como de él, y también su ausencia es mía, nunca tanto como ahora que estoy en el sitio de nuestros encuentros sabiendo que no ha de venir.

El pueblo aún duerme y la plaza continúa allí, con la iglesia de un Dios que mira sin intervenir, los tilos perfuman la memoria de Mara mientras la sombra de Mario aún permanece en la avenida, arrojo por la ventanilla la rosa que no pondré en la tumba de Mara y guardo la pistola en la guantera, comprendo que es hora de retirarme de este escenario que me incomoda. No puedo llevarme menos de lo que traje y asumo la carga de una pena que no tendrá redención, vine a vengar la muerte de Mara y encontré el

dolor de Mario que se ha sumado al mío. No puedo juzgarlo, ambos ya estamos condenados.

El viento barre el empedrado y la avenida queda sin la sombra de Mario que inevitablemente se ha pegado a mi piel.

Fue inútil volver.

*Raúl D' Alesandro
Argentina*

El gran capitán

El tabernero tocó varias veces la campana para silenciar a la ruidosa clientela.

Hoy se cumplen diez años desde que zarpó por última vez el Yilmaz. Brindemos por el capitán y su tripulación; Dios los tenga en la gloria, dijo levantando su copa.

¡Ese ladrón estaba loco!, gritó un marinero con desprecio y escupió al piso.

Un viejo barbudo, sentado en el fondo de la taberna en medio de una nube de humo, golpeó con fuerza su jarra vacía contra la tosca mesa de madera. ¡No era ningún ladrón!, dijo indignado con la pipa colgando de la comisura de los labios.

Los parroquianos se asombraron. Era la primera vez, en diez años, que el hombre hablaba. El tabernero le sirvió otra jarra para soltarle la lengua. El anciano frotó su único ojo nublado por las cataratas; tomó un largo sorbo de vino; se limpió la boca con la manga del saco y, con voz firme, comenzó a contar por primera vez la historia de su entrañable amigo que, en parte, era también la suya.

Nacimos en una pequeña aldea cerca de Cahul, en el Principado de Moldavia. Él se llamaba Vadim, aunque no creo que alguien todavía lo recuerde por ese nombre. Cuando éramos apenas unos púberes, las autoridades obligaron a nuestras familias a entregarnos como prisioneros cristianos a los otomanos, quienes nos incorporaron a su temida infantería de jenizaros. Los musulmanes lo rebautizaron Melek, por el aspecto angelado que le daban su piel blanca, el cabello rubio enrulado y los ojos verdes.

Con el paso de los años nos convertimos en soldados aguerridos. Como recompensa por nuestra valentía en los campos de batalla, nos designaron miembros de la escolta personal del Gran Visir en el Palacio de Topkapi.

El destino quiso que Melek estuviera de guardia, cerca de la Sublime Puerta, la fría noche en la que atentaron contra el funcionario. Espada yatagán en mano, le salvó la vida tras batirse con los seis atacantes. A partir de esa noche lo llamaron Melek Yilmaz, que significa ángel intrépido. La profunda herida en la mejilla izquierda, que con el paso de los años se ocupó de ocultar con su frondosa barba rubia, el börk verde y su espada curva fueron los únicos recuerdos de esa época que lo acompañaron por el resto de sus días.

En 1826, cuando el Sultán degradó y mandó a asesinar a su propio cuerpo de jenízaros, nos ocultamos en los fogones de los baños de Estambul. El Gran Visir intercedió ante el Sultán y, después de varias semanas, nos dieron un salvoconducto para escapar en un barco corsario, con la única condición de nunca más volver.

A bordo de ese navío participamos en varias razzias en pueblos costeros del Mediterráneo. Secuestrábamos cristianos para llevarlos a Argel, donde vendían a los hombres como mano de obra y a las mujeres para ser usadas en los harenes. No toleramos convertirnos en piratas berberiscos, así que nos alistamos en un bergantín holandés.

Melek soportó como un asceta las inclemencias del mar y las injusticias de los capitanes a quienes servimos, mientras aprendíamos los secretos del arte de la navegación hasta convertirnos en marinos avezados.

Surcamos los mares del mundo, sobrevivimos a tempestades y a naufragios. También conocimos islas paradisíacas en las que estuvimos con mujeres exóticas. Después de años de travesías, un armador belga nos contrató como oficiales de un buque recién botado. Pese a que era un velero espacioso, con una gran cubierta corrida, se caracterizaba por ser veloz, difícil de interceptar. Zarpamos en el viaje inaugural rumbo al golfo de Guinea con un cargamento de armas. El solo hecho de navegar hacia la Costa de los Esclavos fue un mal augurio para Melek; su desconfianza hacia el armador y el capitán creció día tras día.

En África, mientras descargábamos y nos reabastecíamos de víveres, nos enteramos de que habían fletado el barco para llevar un cargamento de esclavos negros hacia el Caribe. Los trajeron al muelle a punta de pistola; eran trescientos hombres y mujeres jóvenes, quizás más. Los encerraron en la bodega, pero como el espacio no fue suficiente, muchos fueron encadenados sobre cubierta.

Cuando zarpamos, un cruce de miradas fue suficiente para ponernos de acuerdo. A solo un par de millas del puerto él subió al puente y, sin pronunciar palabra, degolló al capitán. Yo hice lo propio con los otros dos oficiales que estaban sobre cubierta. Liberamos a los esclavos y dejamos ir al resto de la tripulación. Viramos rumbo al puerto y, para horror de las autoridades, mandamos a pique al flamante navío.

La noticia se esparció veloz, al igual que el ánimo de venganza del armador. Huimos remontando el Níger en una falúa. Después deambulamos por la selva hostil hasta que una tribu nos encontró moribundos, enfermos de cólera. Pudimos sobrevivir gracias a los cuidados de un médico brujo igbo; pero, antes de cumplirse un año del hundimiento, los soldados nos capturaron. Fue nuestro turno de viajar encadenados en una bodega, como delincuentes, hasta la metrópoli. Allí nos condenaron a muerte por el asesinato del capitán y de los dos oficiales, aunque en realidad lo que más indignaba a los jueces era la pérdida del buque y de su valiosa carga humana. Resignados, aguardamos la ejecución de la sentencia en la gélida prisión del castillo de Loevestein.

Pero la suerte, otra vez, estuvo del lado de Melek. Pocos meses antes, en la lejana Estambul, un golpe palaciego había obligado al Gran Visir a exiliarse en Europa. Se radicó en Bélgica, donde pronto escuchó la noticia de nuestra sentencia a muerte. El anciano indemnizó al armador del barco hundido y a las viudas de los asesinados. Recurrió a todos sus contactos diplomáticos para entrevistarse con el rey Guillermo II. Con sutileza le explicó la mala reputación que le traería ejecutar a quienes habían

impedido que un buque negrero navegara bajo la bandera del rey. El joven soberano, educado en la Inglaterra abolicionista, otorgó el ansiado indulto en 1842. Nos liberaron justo a tiempo para que Melek pudiera, al fin, abrazar a su protector en su lecho de muerte. El otrora poderoso primer ministro del Sultán lo sorprendió, por última vez, al designarlo su único heredero. La deuda de gratitud recíproca quedaba saldada.

Mi amigo usó la fortuna para mandar a construir el clíper de tres mástiles que siempre había soñado. Lo bautizó Yilmaz, que significa intrépido, en su propio honor. Yo fui su primer oficial. Era un navío mercante veloz, al que Melek había dotado con seis cañones -dos a babor, dos a estribor y dos en popa- convirtiéndolo en una embarcación formidable. Ese poder de fuego nos permitía defender las valiosas cargas que transportábamos y, también, mandar a pique a cuanto buque esclavista se nos cruzara.

Durante años sembramos el pánico entre los capitanes negreros a lo largo de toda la costa occidental de África.

Su fama de capitán temerario se agigantó con cada viaje. En todas las tabernas se contaron historias increíbles sobre Melek Yilmaz. Llegaron a decir que cuando Eolo desencadenaba vientos huracanados el capitán podía domarlos con sus ojos verdes, transformándolos en un céfiro cuyo soplo apenas hinchaba las velas. También dijeron que Melek desafiaba a Poseidón, cambiando el curso de las corrientes marinas según su conveniencia. La realidad es que, gracias a su pericia, sorteamos todo tipo de tempestades, aunque varias veces, debido a su tozudez, estuvimos a punto de naufragar.

Recuerdo en especial una noche en el confín del mundo. Parecía que el mismísimo Zeus se había fastidiado con nosotros. Atravesamos una tormenta como jamás habíamos visto. Terminamos varados en una playa inhóspita. El casco crujió cuando nos incrustamos en el lecho rocoso. Las olas nos castigaron sin piedad durante horas, con una fuerza inusitada. El Yilmaz estaba herido de muerte; casi lo dimos por perdido. Pero la tripulación, siempre fiel a su capitán, se negó a abandonar el navío. Todavía no me explico cómo pudimos mantenerlo a flote mientras esperábamos que subiera la marea. Desencallar en esa costa maldita fue un verdadero milagro.

Pero llegó un momento en el que ya nada satisfacía el hambre de gloria de mi viejo amigo. El capitán se transformó en su propia tempestad. Su mirada, intensa y vivaz, se volvió desangelada y fría a medida que cruzaba el Rubicón que separa la lucidez de la locura. El delirio de unir los dos polos, en una sola travesía, creció enfermizo en su cabeza.

Hace diez años yo estaba ahí afuera, en el muelle, malherido. Él se había liado el börk verde de una forma extraña. Me saludó desde el puente, mientras marcaba el rumbo hacia el polo norte con su espada yatagán desenvainada. ¡Suelten amarras!, lo escuché ordenar con su inconfundible acento.

Esa mañana, con mi único ojo todavía sano, vi cómo Melek Yilmaz iniciaba su último viaje; ése que lo convertiría en leyenda.

*Sergio Albornoz
Argentina*

Gancho de derecha

Ramón Díaz comenzó su carrera boxística en la escuela. ¡No había un día que no aplicara un gancho de derecha a algún compañero! El ring era el patio de la escuela. Era tan atrevido que hasta ponía entre las cuerdas algún que otro profesor.

- ¡A ver Ramón! ¿Estudiaste para la clase de hoy?

- ¡No profe, no tuve tiempo! -contestaba.

- ¡Díaz, no me hagas perder la paciencia! ¿qué pasó?, porque según veo ¡todas las clases tenés una excusa diferente! -la libreta del profesor mostraba el nombre del alumno con muchos signos de interrogación,

- ¡Ya le dije, tengo unos trabajitos! -mientras se levantaba de su pupitre y amagaba en dirección a la puerta, con intención de abandonar el aula.

- ¡Ramón, no podés dejar la clase a tu gusto! -

El profesor había planteado en la dirección de la escuela que el chico necesitaba ayuda. Siempre sus causas eran válidas: desde madrugar para acompañar a su madre y a su hermanito enfermo o cuidar a la abuela y a los menores de la familia hasta quedarse toda una noche en un terreno tomado para poder construir un lugar digno donde vivir.

- ¡Profe, voy hasta el baño y después la seguimos! - y Ramón se ausentaba un rato refugiándose en el baño, planeando tal vez su próxima pelea.

- ¡Voy a cagar a palos al grandote de cuarto! -mascullaba frente al espejo

- ¡Pero ¡qué se cree ese cagón, burlarse de mí!

Cuando Ramón volvía al aula, la clase había finalizado. Y su plan estaba en marcha: buscaba a su próximo contrincante, sus compinches formaban el cuadrilátero y sonaba la campana: "Cross de izquierda, Cross de derecha y por último noquear al rival". Y el coro del público: "¡Díaz, Díaz, Díaz!".

En ese momento los preceptores ya corrían a separar a los contrincantes, la directora se precipitaba por los pasillos de la escuela y los profesores dejaban sus almuerzos a medio comer.

Marcela, la preceptora de los primeros años decidió tratar de ayudar. Se acercó al Club Guaminí, distante a pocas cuerdas de la escuela, donde según pudo averiguar funcionaba una escuela gratuita de boxeo. Llamó a la mamá de Ramón, quien después de varias citas y excusas acudió al colegio. La mujer llegó con un ojo morado. Marcela, con su excelente tacto descubrió que el padre de Ramón fue el mentor de su ascendente carrera boxística.

Martes y jueves, a la salida de la escuela, Ramón iba al club, estaba entusiasmado. Había comenzado a saltar la cuerda, a mover adecuadamente los pies y el profesor le había

dicho que iba a mejorar su ansiedad. Los días que no practicaba en el club, en los recreos seguía experimentando con algún compañero: “estiramientos, ganchos y golpe al saco”. Había mejorado su tono muscular y se había podido comprar unos guantes usados que mostraba orgulloso en el recreo.

Mientras en su cabeza imaginaba la promoción de la pelea del siglo enfrentando a un viejo rival:

- “¡En el rincón derecho, el peso pesado Díaz padre, quien acusó en la balanza ciento veinte kilos, con una izquierda potente! Acostumbrado a encerrar al contrincante aplicándole golpes bajos, patadas o apresar a su rival. Vestido con un pantalón gris raído y sucio y su rostro mostrando la violencia. Y su retador, Díaz hijo, peso mosca, un boxeador en ascenso, con una derecha prometedor”.
Y con la certeza de que nunca llegaría a finalizar el primer round.

Susana Ines Bianchi
Argentina

El vuelo de la cigüeña

Rogelio posó la vista en el limonero del jardín observando cómo cada fruto que ostentaba el árbol, pese al paso de los años que lo obligaba a hacer un esfuerzo por mantenerse erguido, dibujaba un halo de supervivencia en su porte. “Estamos envejeciendo juntos, pero aún sentimos el mismo amor el uno por el otro”, pensó.

Inés le había pedido que comprara el frutal a poco del regreso de la luna de miel, una de esas tardes de verano en las que solían distraer la pesadumbre de los domingos recorriendo viveros.

-Estaría bueno que lo llevemos. Será la primera planta que adornará nuestro jardín -le dijo susurrándole las palabras al oído como cada vez que pretendía doblegarle el machismo adquirido y del cual renegaba en la intimidad.

Le resultaba imposible esbozar, siquiera, una negación, por lo que la miró con esa expresión que a ella le dibujaba una sonrisa tenue, le besó la frente y accedió. Ella constituía la representación misma de su capacidad de amar; era ese ser que sabía hurgar en su alma y le daba el permiso para dejar fluir aquello que el afuera solía censurarle por haber nacido hombre.

La había conocido el día de su nacimiento, pues la mamá de Rogelio había ayudado a doña Emilia, la madre de Inés, en el parto. Eran vecinas, y ante el apremio y la falta de comunicación con la partera, el marido de Emilia recurrió a Josefina. Ésta, apresurada, tomó al niño de la mano mientras iba indicándole que no debía asustarse cuando se encerrara con la vecina.

-Esperame acá... no entres a la pieza... sentate y no te muevas -finalizó los consejos señalando el sillón del living.

Rogelio acató la orden sin oponer resistencia.

- ¿Está todo listo, don Martín?

-Sí, le armé lo que pidió, pero el teléfono parece que no anda.

-Bueno. Espere atento, por favor.

El inminente padre tomó una silla y se ubicó junto al niño, observando que la pequeñez del cuerpo que se perdía en el sofá no le permitía apoyar los pies en el mosaico encerado. El hombre parecía atónito y ansioso a la vez, provocando que Rogelio lo observase azorado; quizá la expectativa de oír el llanto que corroborara la vida, le imponía al rostro del adulto un rictus indescriptible que los cuatro años de Rogelio no lograban descifrar. Todo acontecía en medio de un silencio que doblegaba a la adrenalina y que parecía generar una batalla contra las agujas del reloj que insistían en marcar el paso del tiempo.

Ante la proximidad de convertirse en papá, don Martín mantenía anclada su vista en la puerta de la habitación. Cada vez que un sonido, proveniente del otro lado de la puerta de cedro lustrada, interrumpía el silencio se sobresaltaba y provocaba que Rogelio, a quien nadie supo explicarle ni lo más mínimo en torno a un nacimiento, lo mirase sorprendido; había escuchado hablar de cigüeñas y otras yerbas, pero la mención de la palabra parto orillaba lo prohibido. Era un vocablo inexistente en su mundo infantil cuya primera cita a viva voz alarmó a su madre ante el llamado de don Martín y alteró la rutina del día. Se preguntaba, mientras se hundía en el sillón que percibía esponjoso, si su mamá llegaría a tiempo para prepararle la leche porque ya estaba sintiendo algo de apetito y el hombre sentado a su lado era incapaz de percatarse de la hora.

-¿Tarda mucho esto, don Martín? -se atrevió a preguntar.

El hombre se sobresaltó y, mirándolo a los ojos, sólo atinó a encogerse de hombros.

Rogelio entendió, sin mayores protocolos, que su merienda corría serios riesgos de ser postergada. Ello, incrementado por la intriga ante los hechos nóveles y desconocidos, lo sumía en una angustia que trató de subsanar con un caramelo escabullido en su bolsillo mientras contaba los objetos que decoraban la cajonera labrada ubicada frente a él. Reconoció las calas que su mamá le había regalado a doña Emilia unos días atrás y su memoria se posó en el diálogo suscitado ni bien la señora traspasara el dintel de la puerta.

-Mamá ¿porqué tiene la panza así?

-Porque está esperando a la cigüeña.

-¿Y cómo es una cigüeña?

-Cómo un bicho feo, pero más grande.

Don Martín se incorporó ante el llanto que provenía de la habitación y corrió hacia el cuarto como una saeta, olvidando por completo al niño que permaneció boquiabierto, en tanto sus piecitos continuaban colgando del sofá.

“Será que habrá venido el pájaro grandote”, dijo para sí mientras reparaba en que las calas se estaban empezando a marchitar, pero sin osar moverse del lugar indicado por su madre. “Debe haber sido ese ruido fuerte que escuché en el jardín”, pensó.

Un benteveo se posó sobre las ramas del cítrico. Rogelio detuvo sus pupilas en las líneas del plumaje que simulaban un perfecto antifaz. El pájaro rotó su cabeza para mirarlo y él atinó a esbozar una sonrisa al evocar su inocencia ante el cuento de la cigüeña.

Quizá producto de la distracción, una espina del limonero le rozó la piel y un manchón de sangre se hizo visible en la mano que portaba la bolsa en la que recogería los frutos con los que Inés, que lo espiaba con picardía a través de la ventana, cocinaría el budín de limón.

Josefina tenía el delantal ensangrentado cuando salió de la habitación matrimonial luego del parto. Evidentemente se había olvidado del niño, o no lo creyó capaz de obedecer durante tanto tiempo la orden emitida y Rogelio, al verla en ese estado, le preguntó sobresaltado:

-Mamá ¿te peleaste con la cigüeña?!

Ella lo miró con ternura.

-No, hijo. Vamos a casa que te explico y en un rato volvemos.

-¿Todavía no trajo al bebé? Don Martín dijo que ya estaba llorando y yo lo escuché; aparte, un ruido fuerte, como de cigüeña, se escuchó en el patio.

Josefina no sabía que responder, pero no quería continuar mintiéndole. Entonces, se quitó el delantal y lo alzó con ternura.

-Vení, te lo explico acá.

Y lo llevó a conocer a Inés.

Doña Emilia se hallaba recostada sobre la cama, apoyada sobre unas cuantas almohadas distribuidas cuidadosamente sobre el respaldo; sostenía en brazos a la beba mientras ésta procuraba succionar el seno materno. Rogelio reparó en que la señora ya no exhibía la panza puntiaguda y su gesto evidenciaba un gran cansancio, pero algo en su rostro le llamaba la atención. “¿Será que las cigüeñas se comen las panzas cuando dejan a los niños en las casas? Capaz que eso es lo que me explicará mamá”, elucubró para sí. Don Martín le guiñó un ojo mientras acomodaba una cuna pequeña ornada con volados y cubierta de tul blanco. El niño desvió su mirada hacia Inés y, de inmediato, se supo cautivado por esa pequeña que buscaba con ahínco el néctar para su supervivencia.

Entonces, Josefina, con total dulzura y buscando las palabras adecuadas, desmitificó para siempre la historia de la cigüeña. Cuando la beba había saciado su apetito y Rogelio, luego de escuchar con atención a su mamá, esgrimió las preguntas que fueron respondidas con total amor y respeto, don Martín le hizo señas a la comadrona improvisada para que acostara a Inés en la cuna que él mismo había construido para su hija, con el fin de que su esposa pudiese descansar.



Ante la mirada inquieta del niño, Josefina miró a doña Emilia.

-¿Puedo? -le preguntó.

-Sí. Que se siente primero.

Josefina le indicó a Rogelio que se ubicara en una silla ladera, tomó a Inés y la colocó en sus brazos con un cuidado supremo. Los ojos del niño se emocionaron y delataron tal expresión de amor al observar a la pequeña, que sorprendieron a los adultos.

- ¿Sabés? -le dijo por lo bajo al notar que se disponía a llorar- Si me dejás, te voy a cuidar para siempre -y al besarle la frente, la niña depuso su llanto.

-Rogelio ¿te falta mucho? -se escuchó desde el pasillo.

-No, ya junté bastantes.

Colocó la bolsa rebalsada de frutos amarillos con total delicadeza entre las manos extendidas de Inés mientras la mujer develaba una sonrisa tenue; ella le susurró algo al oído y él le besó la frente. Un benteveo oteaba la escena a través de la ventana.

Corina Pacagnella
Argentina

Marca de agua

Ser el chivo expiatorio de la familia ha sido mi estigma. Cuentan las historias familiares que uno de nuestros ancestros, antes de llegar al nuevo continente huyendo de la inquisición, había hecho un pacto para obtener gran prosperidad en las nuevas tierras. Ese pacto lo debía pagar alguno de sus descendientes para que todo vuelva a ser como al principio. El pacto funcionó y tanto él como las generaciones sucesivas vivieron con gran abundancia. En la segunda mitad del siglo XIX esa prosperidad comenzó a resquebrajarse de manera lenta y constante, pasadas varias décadas la familia está prácticamente acabada.

Durante una mañana de febrero, las fuerzas despliegan una gran tormenta; una mujer en nombre de su hija recibe varios obsequios: uno de ellos es un diario. La niña lo usará cuando vaya a la escuela sin saber de dónde había llegado, su madre por algún motivo olvidó todo sobre ese objeto.

Mi infancia transcurrió tranquila a pesar de algunas situaciones un poco confusas a las que nunca di importancia; la adolescencia fue oscureciendo mi existencia como si una maldición la abrazara con perverso cariño. Desconocía los planes que el destino tenía reservado para mí. Así fue como comencé a escribir en ese diario que los libros acumulados por años no habían ocultado del todo en la biblioteca del living.

La primera vez que me animé a escribir fue una tarde al llegar del colegio, con la vista borrosa salpicando el papel con lágrimas y palabras que intentaba recuperar para expresar mejor mi tristeza.

Mi adolescencia y juventud fueron escritas con tinta y lágrimas en ese diario, solo el conocía mis secretos, mis dolores y los sabía contener como un fiel amigo, como un confesor sin el rigor de la penitencia.

Aunque siempre he sido una persona que cuestiona los hechos que le producen curiosidad, jamás me dediqué a observar la extensión de dicho diario. Sin importar cuanto escribía, siempre le restaba una cantidad importante de páginas. Mucho peor era cuando parecía que iba llegando al final, algún acontecimiento triste en mi vida surgía y se volvía a llenar de páginas en blanco. Extrañamente mantenía su volumen y las páginas ya escritas transmitían humedad al tacto, por otra parte, las que aún no habían sido escritas, conservaban siempre su sequedad por más que estuviesen en contacto con las otras.

Las tormentas en mi vida no cesaron, sin importar cuanto aprendiera no lograba descifrar por qué debía transitar por caminos tan umbrosos; lo único que lograba contener mis lágrimas era ese diario, tan extraño como mi vida, a la que no le encontraba sentido ni explicación para ciertos acontecimientos.

Seguía escribiendo decenas de páginas donde la desesperanza engordaba las letras de las palabras más lloradas, esas que se deforman porque no soportan comunicar tanta desazón. El diario seguía conservando su forma, aunque comenzó a ser más pesado, tal vez había sido el caudal de lágrimas que dificultaba llevarlo con facilidad de un lado a otro de la casa.

Revisando en el galpón del fondo encontré una vieja mesa de luz, su superficie era de granito con los bordes y patas de madera; la humedad del diario no iba a estropear su superficie y1 podría escribir cómodamente.

Una noche cuando estaba por quedarme dormida comencé a escuchar un goteo. Primero fueron gotas con ritmo lento golpeando sobre el parquet; luego el goteo fue más rápido y se oía que impactaba sobre una superficie acuosa. Al encender la luz la habitación se estaba inundando.

Llevé con dificultad el diario al fondo, estaba toda empapada, allí hice fuego en un viejo tacho semi oxidado, quise quemar al diario pero fue imposible, el fuego se había apagado y la leña quedó totalmente mojada.

Desesperada pensé en arrojarlo al lago a pocos kilómetros de la ciudad pero temí que este se desbordara e inundase la región.

Ya no sabía que hacer con ese objeto infernal y decidí llevarlo al mismo infierno. Saqué del galpón una pecera ya sin uso, la guardé en el baúl del auto, dentro de ella ubiqué con dificultad el diario.

Manejé 1001 kilómetros, con la pecera casi desbordada de agua hasta el volcán, sabía que había estado inactivo durante siglos, sin embargo, estos colosos infernales siempre guardan en sus entrañas su primitiva condición del averno.

Habiendo estudiado a fondo la cartografía del lugar descendí por una de las grietas, sobre mis espaldas la mochila mojada con el diario que se hacía más pesado en el

descenso. Era como una escalera caracol, la mochila dejaba un hilo de agua que marcaba el camino que dejaba atrás. Cuanto más avanzaba era más caluroso e irrespirable se sentía, ya casi no podía cargar la mochila y el agua se iba evaporando.

Cuando las fuerzas me dejaron, arrojé la mochila que cayó en caída libre por una de las chimeneas del volcán. Quería que el magma lo consumiera, lo purificara y de alguna manera también mi historia. No quise permanecer mucho tiempo temí que Hades me devolviese esa infinita carga. Llegué agotada al auto y emprendí el camino de regreso.

Los días que siguieron fueron muy lluviosos, los expertos dijeron que un extraño vapor de agua había salido de un volcán, este se condensó en las alturas y el viento transportó las nubes que descargaron su humedad sobre el campo deseoso de agua por la sequía.

Esos campos habían pertenecido al primero de mis ancestros que llegó al continente, le sucedieron muchos dueños y ahora de alguna manera, todos sienten el alivio de no perderlo todo y la esperanza de volver a prosperar

Carolina Hayde Islas
Argentina

La casa de los abuelos

Uno de los momentos más tristes de la vida es cuando un abuelo se va, cuando Los Abuelos se van, y ya no hay vuelta atrás.

Mirás la casa de los abuelos por última vez y se te agolpan todos los recuerdos, y sabés que se terminan para siempre aquellas lejanas tardes de alegría con tíos, primos, nietos, sobrinos, padres, hermanos e incluso novios pasajeros o amigos ocasionales. Mirás las escaleras una vez más antes de irte y sabés que se terminaron también para siempre las escapadas a la terraza en verano mientras todos dormían la siesta, para alcanzar las ramas más altas de la higuera y hacerte panzadas de hijos sin ni siquiera lavarlos. Se acabaron también las travesuras con tus primos, y que cuando tus papás y tíos los retaban, los abuelos siempre

estaban ahí para rescatarlos y decir, ¡no es para tanto! A no ser que rompiéramos a pelotazos los malvones del patio o Diego matara de a poco la flor del pájaro, meando detrás de esa gran planta para no perder tiempo de juego en ir hasta el baño.

Sabés que nunca más vas a tener esos encuentros con todos los miembros de la familia, ya no vas a tener días de la madre, del padre, del niño, navidades o fin de año en esa

casa que enamoraba tanto por el ambiente que allí se respiraba, es que estar en la casa de los abuelos y comer los ravioles caseros es lo que toda familia necesita para ser feliz.

Jamás te diste cuenta cuando en navidad estabas abriendo los regalitos, envueltos por los abuelos con tanto amor, que eso tenía fecha de vencimiento y que un día toda esa hermosa

casa, que olía tan rico, se iba a llenar de polvo y que las risas que alguna vez se escucharon, quedarían flotando como un recuerdo de mejores tiempos, de cuando eras chico, de cuando eras feliz y no te dabas cuenta.

Los años pasan, la vida pasa, y sin darnos cuenta crecemos y pasamos de sentarnos en la mesa chiquita todos los primos juntos, a la mesa de los adultos y a tomar strawberry casero hecho por la abuela con frutillas licuadas y sidra Real y puesto en la jarra de cristal de Murano que la abuela Nona (bisabuela) había traído de Italia cuando vinieron a la Argentina.

A la casa de los abuelos podés caer a cualquier hora del día o de la noche que siempre hay una chocolatada o un mate o un omelette o una milanesa con papas fritas, porque las abuelas siempre tienen mucha comida o te la cocinan en 5 minutos. Y la cama que era de alguno de tus papás siempre está armada y esperándote.

Cuando cerrás por última vez la puerta de la casa de los abuelos, es decir adiós a todas esas delicias de la abuela, a los consejos del abuelo, a la plata que te daban bien dobladita, a escondidas de tus papás, como si te estuvieran pasando droga; a llorar de risa por cualquier tontería, o llorar de pena porque se fueron demasiado pronto.

Si todavía tenés la suerte de poder ir a la casa de tus abuelos y están ahí para abrirte la puerta, aprovechalo y disfrutalo cada vez que puedas, porque entrar ahí y encontrar a alguno de tus viejos sentado, al abuelo haciendo el asado y a la abuela con el delantal, atado a la cintura, en la cocina armando doscientas ensaladas distintas y horneando panes saborizados, y que te vengán a recibir con un beso, es la sensación más maravillosa que podés sentir en la vida, y que se te escapa de las manos demasiado rápido.

Y si resulta que ya sos abuelo, abriale las puertas de tu casa a tus nietos y no te pierdas la oportunidad de quererlos, abrazarlos, mimarlos y malcriarlos, de ir a buscarlos al cole, de ir a verlos cuando bailan en actos escolares, no digas: "Yo ya no estoy para esos eventos." Porque ellos se acuerdan de todo y también de cuando no quisiste ir aunque te haya invitado especialmente.

La familia es donde encontramos ese espacio para vivir el misterio del amor a los más cercanos y a los que nos rodean.



Yo puedo seguir yendo a la casa de mis abuelos porque allí siguen viviendo mis papás, pero cuando entro a la habitación que era de ellos, si cierro los ojos y me concentro, puedo

escuchar todavía la risa de la abuela Fina atrapada en el tiempo, puedo verla con sus agujas y sus lanas tejiendo para todos sus nietos, puedo verme durmiendo con ella, ya adolescente

simplemente porque era lindo dormir en su cama con ella, y puedo escucharla quejarse porque no me quedaba quieta y daba mil vueltas; puedo verme jugando de chiquita con mi prima Claudia, con su "juego de toilette blanco" y llenando toda su gran cómoda y los

espejos, de talco o gastándole toda la colonia Heno de Pravia y el spray del pelo en nuestras muñecas. Del resto, puedo decirte, que al abrir los ojos, me atrapa la nostalgia y me pregunto por qué estuve tanto tiempo enojada con ella cuando se fue sin lucharla, sin ponerle ganas para mejorar. No entendía que estaba cansada de estar enferma y siempre internada, no lo

entendía y no quería entenderlo.

¿Por qué se fue todo tan rápido?

Y será doloroso descubrir que no se fue... lo dejamos ir...

Así que si tenés la suerte de tenerlos con vos, tratá de estar siempre presente en sus vidas,

sacate muchas fotos con ellos, enséñale a usar su celular o su compu, aunque se lo tengas que repetir mil veces, teneles paciencia. Escucha los aunque te cuenten las cosas más de una vez, tienen miles de anécdotas y cosas bellas para contar.

Acordate que ellos vivieron todo el progreso de la humanidad, nacieron cuando solo había una radio eléctrica por casa, se calefaccionaban con braseros o estufas a kerosene, no había televisión, ni teléfonos y mucho menos computadoras. Tienen mil cosas para contarte.

¡Escúchalos! Aprovechá sus abrazos, sus besos, su olor a abuelo. Llámalos, mándales mensajitos, visítalos, deciles cuanto los amas. No dejes pasar ni un solo día sin decírselos.

Después los abuelos se van, y ya no están sus abrazos, ni sus besos, ni sus historias, ni su olor a abuelos.

Después ya es tarde.

Dedicado con todo mi amor a mi querida abuela Fina, que aún hoy después de tantos años la sigo extrañando, el abuelo Luis, al abuelo Toto, y al tío Felipe, tío abuelo por título familiar pero el más grande de los abuelos en mi

corazón.

Silvia Alejandra Salimbene
Argentina

Reminiscencias

Cuando murió solo quedamos él y yo en la casa. Estuve ocupado atendiendo a las visitas y el teléfono. Mis ganas de estar tranquilo me hizo pensar que eran inoportunos, agradecí que algunos se marcharan después de haber estado el tiempo suficiente.

El olor a glicinas del patio interno entró por la ventana, impregnó el ambiente dando la sensación que deambulaba por ahí; me venían recuerdos, parecía verla en la cocina, el comedor o el living leyendo alguna revista de recetas.

Nunca lo vi así. Estuvo sentado todo el día con la mirada perdida en el suelo asintiendo a los pésames, sabía que tenía ganas de quedarse solo, hacer duelo a su manera. Descubrí algo más en su rostro, un asomo inquietante. Pensé que vendrían los médicos, después las recetas y los comprimidos antes del almuerzo y la cena.

Miré un momento las glicinas, recordé lo hermosa que era ella, mi vida podría haber sido diferente, quizá me hubiera casado, tal vez tendría hijos, no lo hice para no dejarlos solos y permití que se marchara.

Por la tarde fuimos al cementerio. Algunos se fueron y otros nos acompañaron, un amigo vino con nosotros, le agradecí. En algún momento él también me dijo que ella era espléndida y no debía desaprovechar la oportunidad.

La ceremonia fue breve, el cura dijo unas palabras y él prefirió no ver cuando enterraban el féretro.

Regresamos, ninguno quiso cenar, estábamos solos, pudimos hacer nuestro duelo; conversar, decirle que se encontraba en un lugar mejor, ver un par de lágrimas en su rostro, estar callados, irnos a nuestros cuartos, quedarnos en silencio y alejarnos de todo.

Salí temprano para cobrar a los inquilinos, al abrir la puerta el viento frío me dio en la cara, estábamos a fines de mayo. En la calle; gente atareada a paso rápido, paseando perros en el parque, autos yendo y viniendo, hojas amarillas. Miré nostálgico el mundo del que era parte, lugares donde había transitado, rememorando paseos con ella, me pregunté qué sería de su vida.

Al regresar pasé por la librería a buscar un encargo que me hizo. Vi lo inminente, las nubes tomaron parte del cielo desvaneciendo la ilusión de un día soleado. Empezó a llover, aún me quedaban un par de cuadras para llegar.

Doblé en el bazar de la esquina, saqué la llave y abrí la puerta. Me quité el abrigo mojado y lo colgué en el perchero, caminé hasta el living, lo llamé, no respondió.

Lo encontré junto a la chimenea releendo un libro. Lo miré tomar té sin que me viera, el decline de luz se notaba por la ventana. Fui a la cocina, después de buscar ingredientes en la heladera y la alacena para preparar la cena, regresé. El libro estaba cerrado y sostenía la taza vacía entre sus manos cerca de los labios, parecía estar muy lejos, ajeno al mundo material que lo rodeaba, la mirada perdida en el fuego.

Se la pasa sentado, a veces sale al patio, es raro que quiera ir a la calle, comienza a preocuparme. Es cierto que hablamos poco. Hubiera preferido que esto no ocurriera,

pero lleva tiempo mantener la casa que ha quedado tan grande, llena de recuerdos y retratos.

Sería bueno mudarnos a un lugar más pequeño, en el que sea fácil hablar, tener tiempo para otras cosas. Sé que quiere quedarse aquí, esta casa significa mucho para él.

Lamentándolo, sin querer darme cuenta, me están atrapando a mí también.

Hoy lo vi más animado, estuvo esperándome en la cocina, me acerqué y lo saludé palmeando su hombro. Encendí la radio, escuchamos música y conversamos mientras preparaba la cena. Era necesario saber que todavía pertenecíamos a este mundo, uno piensa que nunca le ocurrirán estas cosas, algo tan simple como dialogar.

Nos venían a la memoria momentos en los que todos estaban aquí, también ella. Luego de cenar limpié la mesa y preparé café, lo serví y encendí un cigarrillo.

Lo acompañé a su cuarto pensando en la noche, los dos sabemos, él nunca habla de eso. Supuse que sería peor, así que renuncié a mi curiosidad, opté por no mencionarlo.

Cerré con llave la puerta del frente, la de atrás y los balcones, con esos cavilares me fui a dormir. El sonido de grillos llegaba a mis oídos a través de la oscuridad, acompañando lo nocturno, dando sensación de penitencia.

Hace tiempo que murió, más tiempo hace que observo la historia, llena de imágenes enojadas con el lugar. A veces pienso que las pinturas de mirada hostil me hablan, dicen que demolerlo sería bueno, acabarían generaciones que trajeron el sucumbir y lo encerraron para siempre en esta casa.

Ha ocurrido cuando menos esperaba, así suceden estas y la mayoría de las cosas relevantes, cuando no se espera que pasen, se unió a ellos.

Miro por la ventana de la cocina, está anocheciendo, los colores del patio se opacan.

– Tendríamos que cortar esas zarzas – digo en voz alta esperando una respuesta.

No puedo dormir, quizá por el ruido en la noche, siempre tuvo ruidos, como toda casa antigua, pero ahora me quitan el sueño. Lo imagino sonámbulo, cambiando todo de lugar.

Parece que existiremos convertidos en habitantes invisibles, aferrados a los recuerdos, hasta que aprendamos.

Ya es tarde, me encuentro cansado. Es la última noche que escribo otra página de este diario estúpido.

Los noté inquietos todo el día, a lo mejor esperan. Apagando las luces, lo acompañé a su cuarto (o imaginé que lo hacía). Encerrándome ante el imponente retrato de la tradición recluida, fui a la cama. Recé anhelando que aprendiéramos, así por fin un resplandor nos daría paz.

*Mariano Diani
Argentina*

La confesión

10 de Mayo de 2023

El que suscribe Dr. en Leyes Octavio O'Brien

Declaro ser autor material del homicidio cometido contra la Señorita Sonia Campos de tan solo 17 años, hecho ocurrido en su departamento sito en la Avenida Alvear al 1300. Recoleta Capital Federal.

Hace 20 años atrás la sometí, viole y asfixie hasta su muerte.

Todo terminará pronto, el veneno que estoy a punto de tomar afectará rápidamente todo reflejo motriz y mi final será inevitable, así de esta manera dejo constancia de todo lo sucedido.

No tengo tiempos para protocolos, mi mente retrocede en el tiempo, pero no se detiene, aun así, no siento arrepentimiento por lo que he hecho la ame, la sigo amando como siempre, en

consecuencia, sería mía, mía por la eternidad.

Por aquel entonces con 40 años abogado con una carrera en ascenso, astuto locuaz tenía el mundo a mis pies, avanzaba con mi sonrisa encantadora poniéndome en el primer puesto como el mejor Defensor de la época, reconocido nada ni nadie podía decirme que no, todo salía según mi propósito y no me importaba cual fuera el costo.

Cuando la vi por primera vez, ya le doblaba la edad, su padre, un colega conocido con el que solíamos confrontar algunos casos y así es como por casualidad comencé a frecuentar en cuanto lugar ella estuviera, me sabia atractivo hacia uso de mi seducción y comencé a conquistarla, más cuando comprendí que solo para ella era un conocido más "Coqueta" "Malcriada" que podía darse el gusto de jugar con un hombre mayor enamorado, yo sabia que era una niña, cuanto más me rechazaba mi obsesión aumentaba.

Imaginaba cada día despertando a su lado, acariciándola toda, en mi cabeza daba vueltas como latiguillo continuamente.

Fue entonces cuando anuncie un congreso y viaje de negocios me vieron partir en un vuelo, lo que no sabían era que bajaría en el próximo destino, arrende un auto para regresar bajo un falso nombre, nadie podría sospechar, minuciosamente estaba todo programado en mi cerebro.

Como por casualidad le salí a su encuentro, ofrecí cortésmente llevarla hasta su casa, mi monstruo interno no iba a detenerse.

Su perfume, su inocente vestimenta de colegiala me volvía loco, provocaba y su sonrisa invitaba al beso.

Una vez adentro en el mismo vestíbulo, trastornado la tome con fuerza sometiéndola a mi poder; la ame ¡Como la ame! mientras ella gemía no de placer, sino de terror.

Lo vi en sus ojos llenos de lágrimas una de mis manos seguía tapando con fuerzas su boca ahogándola, de pronto la sentí laxa, su expresión en la mirada vidriosa me decía que algo no estaba bien, la separe violentamente de mí, excitado todavía me vestí cuando escuche que una puerta se cerraba, sabía que sus padres se encontraban en su casa de fin de semana, evidentemente

no tuve en cuenta a su hermanito menor de nueve años “el rarito” pequeño problemático, conducta rebelde y perturbaciones neurológicas internado en un instituto salía en algunas ocasiones, él no podría reconocerme su miedo facilito la ocasión para salir huyendo en el mismo vehículo, seguir viaje a mi destino, todo muy fácil para el temerario abogado, di por terminado el tema, nada podía afectarme.

Seguí con mi vida, hasta que hace unos tres años atrás comencé a recibir una misiva muy breve: “ASESINO, estoy cerca.”, esto se repetía cada 10 de mayo fecha que me recordaba la perdida demi bella amada.

Algo ha cambiado por tres días previos a la fecha recibí las siguientes notas; “Asesino espérame”, “Asesino tengo tu pañuelo” “ASESINO TODO ESTA EN MANOS DEL JUEZ”.

Hoy por la mañana temprano entro en mi despacho mi hijo Tomas, mi mano derecha, mi discípulo, recientemente recibido de abogado, mi mayor orgullo, casi igual a mí, en su mano traía un sobre cerrado y lacrado a mi nombre, lo dejo y se fue.

Sus ojos fríos, inquisidores, hicieron que un sudor helado recorriera mi espalda, tome el estilete, me apure a abrirlo, leí repetidamente.

Lo sabía, lo había presentido era él. 1

Sali corriendo, tropezando y cayendo por las escaleras, tambaleante, como pude hui entre la gente, sabía que no tenía escapatoria.

Ahora aquí oculto releo mi sentencia firmada por un próspero abogado que sin dudar con este caso subirá a los niveles más altos.

Como pudo pasarme esto a mí, el alumno había superado al maestro, su padre; nunca lo comprendí cuando me comento su homosexualidad y su amor por un joven, la mayor sorpresa su nombre Daniel Campos, el niño que ignore un día y guardo por años uno de mis pañuelos personalizados con mis iniciales bordadas y que yo en un gesto de ternura traicionero seque las lágrimas de mi amada.

_ “El Dr. Tomás O´Brien lamenta de corazón la partida inesperada de quien fuera su padre desaparecido trágicamente e invita a deudos y conocidos del Dr. En Leyes Octavio O´Brien a la

ceremonia fúnebre para despedir sus restos en la Capilla Ardiente del Cementerio de la Chacarita

*Marta Susana Aranguren
Argentina*

Mi amigo el machi

Poeta minero

Ayer yo le hice la fiesta a otro que nadie quería hacérselo, y pensé hoy deben estar diciendo quien cresta le hace algo a este hoy día.

Me separe y mi señora no quiere verme ni en pintura, mis padres tampoco, los mande a todos a la cresta y aquí estoy, vine a verte para celebrar mi cumple.

Comenzamos a tomarnos unas piscolas y a comer algo, al rato ya los tragos comenzaron a hacer estragos y se puso a contar sus aventuras.

Que salían en el jeep en los primeros días de toque de queda y pasaban balas a todos los huevones sospechosos, hacia como manejaba el jeep y disparaba la metralleta, hacia el ruido del Jeep, como si estuviera en un video juego.

Me dijo que él había hecho muchas huevadas y visto otras tantas... pero que prefería matarse y morir con el secreto antes de hablar, pues me decía la patria esta primero y no se debe traicionar, yo lo miraba en silencio y me daba pena el ver en lo que se había convertido mi amigo y solo lo escuchaba...

No niego que lo que escuchaba era para gritarle asesino mínimo y debía de echarlo de mi casa, pero lo veía tan mal mentalmente que me guarde todas mis opiniones, solo lo escuchaba, el necesitaba votar mucho veneno.

Ya avanzadas las horas le dije que era muy tarde y que le podía pasar Algo, sacó su pistola y me dijo que nada le pasaría que él podía matar a cualquiera y no le saldría ni por curado "eran tiempos de protestas"

y la pistola me la mostraba... y yo más silencio guardaba...

de pronto se limpió la boca y volvió a decir... algún huevon estará enojado diciendo que tenga que hacerle algo para celebrar el día de cumple de este huevon... "ese huevon soy yo" como yo lo hice hace unos días atrás, nadie quería celebrarle ese día al otro... y yo me ofrecí... y aquí estamos. Salud, recordó un poco el pasado hasta que vio la hora y me dijo ya amigo me tengo que ir, me abrazo y me dijo cuídate mucho... mucho... eres mi amigo.

pasaron dos días y a mi oído lleo la noticia de que mi amigo Machi se había suicidado;

la pregunta que me hecho por muchos... muchos años a que fue a mi casa... a matarme... por ser dirigente, después de tantos años... ¿a despedirse...?

Quiero mejor pensar que al último venció la amistad por sobre el odio... quiero pensar eso, es lo mejor.

Nelson Carrizo Muñoz
Chile

Queridos lectores,

Con profunda gratitud, cerramos este libro con el corazón lleno de emociones. A ustedes, nuestros lectores, les extendemos nuestro más sincero agradecimiento por acompañarnos en este viaje a través de las palabras y las historias que han cobrado vida entre estas páginas.

A los valientes participantes de nuestro concurso de Cuento Corto, les expresamos nuestra admiración por compartir con nosotros sus creaciones, por su pasión y dedicación a la escritura, y por enriquecer nuestras vidas con sus relatos inspiradores.

Al distinguido jurado que ha dedicado su tiempo y experiencia para evaluar cada obra con cuidado y profesionalismo, les estamos profundamente agradecidos por su invaluable contribución a este proceso. Sus conocimientos y discernimiento han sido fundamentales para reconocer el talento y la creatividad que abunda en estas páginas.

Y finalmente, extendemos nuestro agradecimiento a todos aquellos que trabajan incansablemente para hacer de este mundo un lugar mejor. Cada persona que, de una manera u otra, contribuye al bienestar y la prosperidad de nuestra sociedad merece nuestro reconocimiento y gratitud.

Que este libro sirva como un recordatorio de la belleza y la diversidad de la experiencia humana, y como una inspiración para seguir adelante en nuestro viaje hacia un mundo más luminoso y compasivo.

¡Gracias a todos por formar parte de esta hermosa aventura literaria!

Con afecto,
Rotary Lomas Este